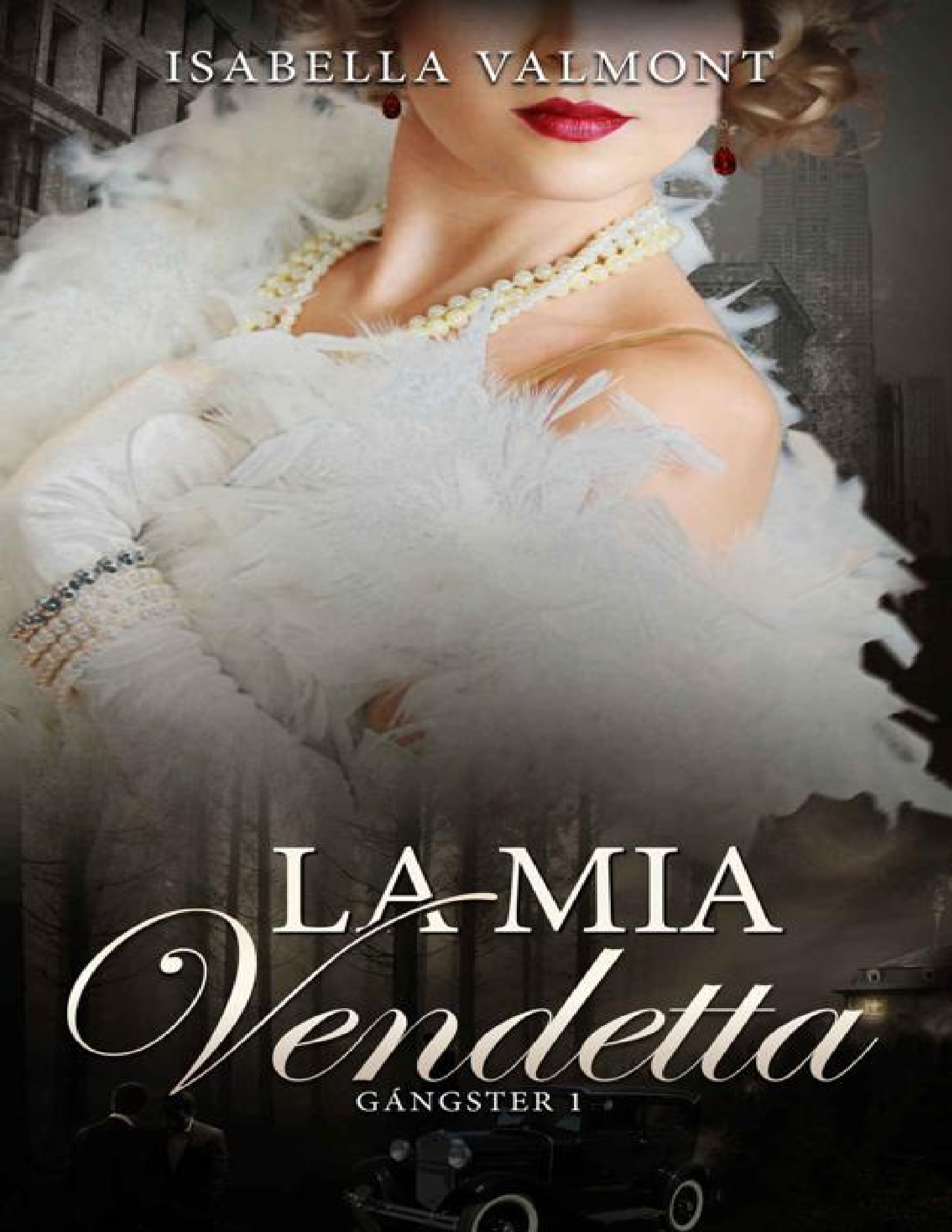
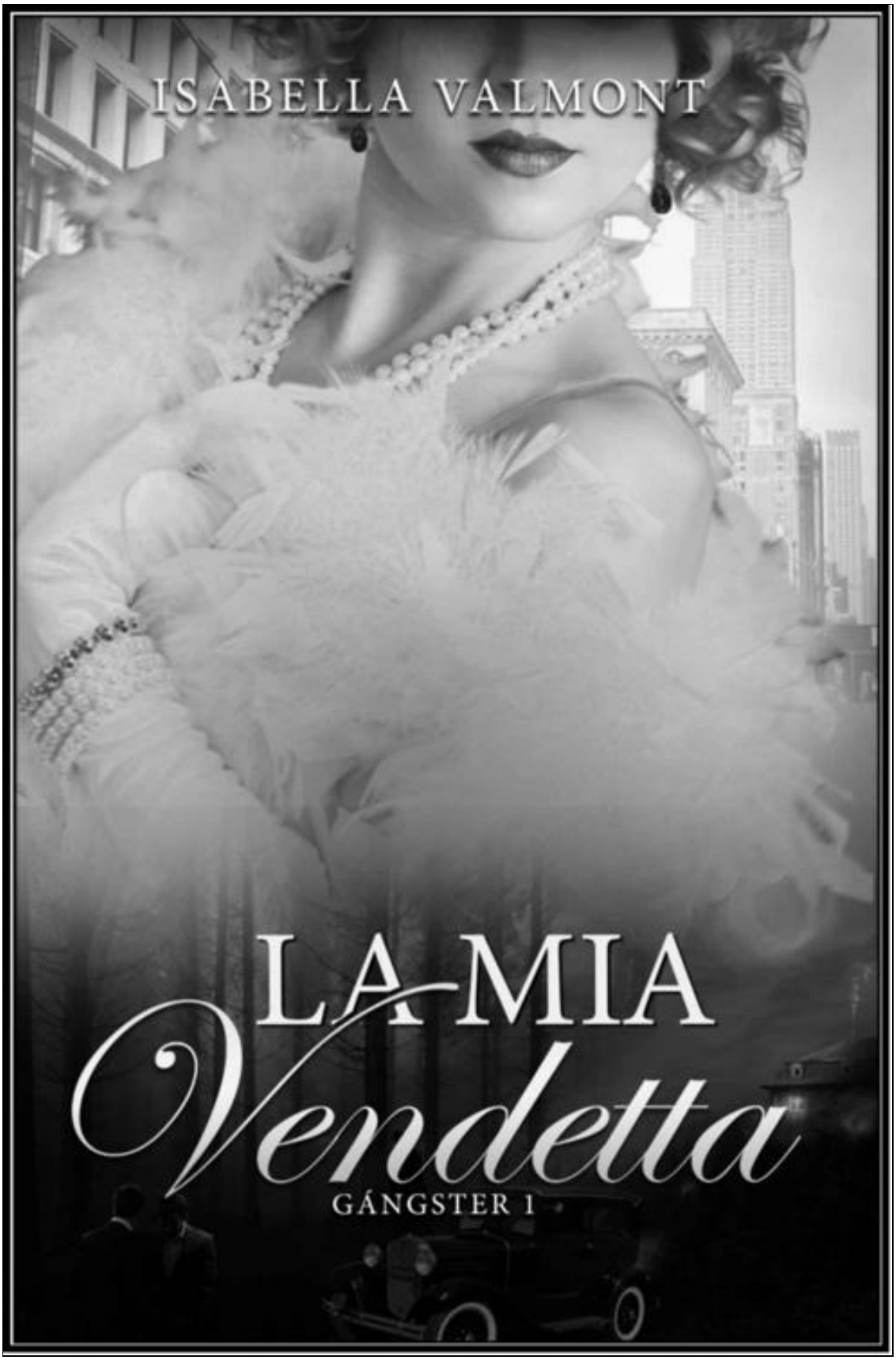

ISABELLA VALMONT
LA MIA
Vendetta
GÅNGSTER 1


ISABELLA VALMONT
LA MIA
Vendetta
GÁNGSTER 1

Créditos iniciales:

Título original: La Mia Vendetta

Autor: Isabella Valmont

Primera edición: septiembre 2024

Creative safe number: **2409079343908**

Servicios editoriales: Cálice Servicios Editoriales

Reservados todos los derechos.

Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Te explico:

Inicio 1

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Inicio 2

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Epílogo

Gratitud

Mis libros:

Me encontrarás en:

«L'amore è la gioia dei buoni, la riflessione dei saggi, lo stupore degli increduli ».

Platone.

«El amor es la alegría de los buenos, la reflexión de los sabios, el asombro de los incrédulos».

Platón.

LOS FAMOSOS AÑOS 30

«Bajo el humo y con el sonido de grandes orquestas, el *jazz* ejerció de banda sonora y el club como hogar y centro de la vida social americana. Toda una generación marcada por una profunda transformación industrial y los avatares de una política exterior cada vez menos influyente en su territorio que dedicó gran parte de sus esfuerzos a buscar lugares en los que poder disfrutar de sus bebidas favoritas. Aquellos años locos en los Estados Unidos también fueron reconocidos por el auge de la poderosa mafia que se aprovechó de la famosa Ley Seca y de la debilidad de políticos y policías».

Fuente: Musicópoli.es

Te explico:



En primer lugar, te advierto que esto no es una novela romántica, sino una de suspense y crimen (novela negra). Pero bueno, el toque romántico/amor ha de estar sí o sí, porque el amor es lo que mueve el mundo.

Insisto en que es una novela negra y que encontrarás escenas duras, no solo porque hay mafias, sino porque leerás capítulos en los que la maldad del ser humano fluye con libertad.

Indudablemente, es una novela ficticia. Los personajes son imaginarios, las situaciones también. Si lo he catalogado de novela de ficción, ya sabes qué implica.

Por último, quiero decirte que esta historia la comencé en el 2015 y la terminé en el 2018. Durante seis años (largos) ha estado guardada en el ordenador (decir cajón suena un poco antiguo).

Estoy contenta de poder publicarla, aunque sea después de tantos años.

Espero que te guste.

Isabella Valmont

LA MIA Vendetta

PRIMERA PARTE



Inicio 1



New York, 1929

Después de varios meses de intenso trabajo, era el gran día. La noche cubría la ciudad con su manto oscuro, y las sombras eran cómplices silenciosas de la operación. Bajo la atenta mirada del agente que dirigía la intervención, un grupo de veinte policías se escondió entre los rincones sombríos y rodeó la casa. La quietud del entorno no dejaba entrever que en aquel lugar pudiesen ocurrir las mayores atrocidades de la sociedad. Los agentes, con los rostros tensos y los cuerpos preparados, aguardaban el momento de actuar.

El señuelo, designado para atraer la atención, respiró profundamente y rezó un par de plegarias, buscando fortaleza en su fe. Con pasos medidos, se acercó a la puerta y tocó con firmeza. El sonido de los golpes resonó en la silenciosa noche, aumentando la tensión en el aire. Durante unos instantes, la incertidumbre se apoderó de los policías, cada segundo sin respuesta pesaba como una eternidad.

El pensamiento de que la información recibida pudiera ser una trampa comenzó a rondar en las mentes de los policías. Quizá los escurridizos capos habían ideado este entretenimiento para distraer a la policía mientras realizaban sus negocios ilegales en otro lugar. Sin embargo, los guardias permanecieron firmes, con los músculos tensos y los sentidos alerta, preparados para cualquier eventualidad.

De repente, en medio del silencio, alguien respondió al segundo intento del señuelo. Los corazones de los agentes se quedaron pétreos, olvidaron lo que significaba la palabra respirar y apuntaron sus redondas pupilas hacia la entrada. La puerta comenzó a abrirse tras la última frase del gancho y, justo en ese momento, una persona se alzó de entre

las sombras para agitar su mano derecha y dirigir a sus hombres.

—¡Adelante! —gritó el agente Frank Alexander Stilmet—. Vosotros id por la derecha. Ese grupo irá por la izquierda y yo marcharé de frente —indicó con energía.

El sonido de las botas resonó en la casa mientras los agentes se movían rápidamente hacia sus posiciones designadas. Frank sentía una mezcla de adrenalina y determinación. No podía permitirse fallar.

—¿Quieres que me quede aquí para evitar la huida de algún bastardo? —preguntó su compañero, con el rostro iluminado por una tensión palpable.

—No, prefiero que subas al piso de arriba. Necesitamos tener controladas todas las zonas de la casa —explicó Frank, manteniendo la calma en su voz a pesar del caos que se avecinaba.

Tal como le habían ordenado, su compañero subió las escaleras, que crujieron bajo su peso, y llegó hasta la primera planta. Con la linterna en una mano y el arma en la otra, fue abriendo una por una todas las habitaciones que encontraba a su paso.

—No os preocupéis, soy policía —informaba a las niñas que hallaba encerradas en las estancias—. No lloréis más. Os prometo que ahora estáis a salvo —les decía, su voz tratando de transmitir calma mientras las chiquillas gritaban y sollozaban de alegría.

El agente creía haber finalizado la inspección de la primera planta cuando algo llamó rápidamente su atención. Un leve soplo de aire hizo mover unas cortinas color borgoña que se encontraban al final del pasillo. Levantó su arma y caminó despacio hacia el lugar. El sonido de su respiración parecía amplificarse en el silencio. Con la pistola apuntando hacia la tela, la apartó y se quedó perplejo al descubrir que tras los aterciopelados doseles se ocultaba una puerta de forja negra.

Llevó la mano derecha hacia la manivela, sintiendo el frío metal bajo sus dedos. La giró despacio, con el corazón martilleando en su pecho, y se quedó rígido como una tabla al contemplar lo que allí estaba sucediendo. La escena era surrealista, como una pesadilla hecha realidad.

—¿Se…ñor Ba…ker? —preguntó el agente tartamudeando.

El asombro y el horror se reflejaban en sus ojos al ver al abogado más importante de la ciudad sometiendo a una menor. Por unos instantes, entró en estado de *shock*. Todo empezó a darle vueltas y en su cabeza dos pensamientos diferentes comenzaron a torturarlo: uno le indicaba que aquella situación era tan solo una alucinación, que se girara y olvidara lo

que sus ojos contemplaban. Por otro lado, un pensamiento le chillaba que todo aquello era real y que el hombre al que idolatraba la ciudad de New York y que podía optar por la candidatura de alcaide de esta, era un monstruo.

—¿Qui…quién eres? ¿Qué sucede? —preguntó tirando a la chiquilla al suelo y corrió hacia la cama para cubrir su desnudez con la sábana.

—¡Dios mío, señor Baker! La casa está llena de agentes. Esto es una redada. ¿Cómo ha podido…? —Miró a la niña que se había colocado en posición fetal y no paraba de llorar.

—¡Sálveme! Se lo ruego. Sálveme y le haré el hombre más poderoso de la ciudad. Se lo suplico…

El agente entrecerró los ojos, negó con la cabeza y extendió sus manos hacia la niña.

—Ven, preciosa. Voy a llevarte a un lugar mejor.

La niña se levantó despacio, miró de reojo hacia su agresor y, sin dejar de gimotear, se entrelazó en los brazos de quien la reclamaba. El policía observó cómo las manos de Julian Baker no paraban de temblar y cómo sus labios se movían despacio, murmurando palabras inaudibles, tal vez plegarias. Luego, agachó la mirada y observó a la niña. Proyectó velozmente el futuro que tendrían ambas personas. Por un lado, un hombre de la reputación del señor Baker estaría en la cárcel durante un escaso año hasta que su abogado encontrase la forma de exponer que todo había sido un error y, tarde o temprano, volvería a la calle. Por otro lado, estaba la cría. Tenía la certeza de que una chiquilla como ella no sería capaz de superar los episodios a los que había sido obligada durante su cautiverio. Terminaría en cualquier antro ejerciendo la prostitución o se suicidaría en algún momento de su vida. Así que concluyó que, por mucho que odiara la idea, la niña no tendría futuro, pero el señor Baker sí. Alzó la barbilla hacia el abogado y dijo:

—Coja toda su ropa y métase en ese armario. Yo mismo le avisaré cuando todo haya finalizado.

La niña levantó su aterrorizado rostro. El policía colocó las palmas de sus manos a cada lado de las infantiles mejillas y, sin dejar de sonreír a la pequeña, le retorció el cuello. La habitación quedó en un silencio mortal, roto solo por el suspiro final de la niña y el eco de las decisiones irrevocables del agente.

Capítulo 1



New York, 1930

Habían recibido órdenes directas desde la central y no podían tardarse. Los agentes Frank Stilmet y Charles Dunn se dirigían hacia las afueras de la metrópolis. Solo por una noche, se alejarían del conflicto constante de las calles para proteger la fiesta del abogado más influyente de la ciudad. Al ser notificados de su asignación, Frank fue el primero en rechazarla. No estaba de acuerdo con ser apartado de un caso casi resuelto para vigilar a un grupo de ricos que ignorarían la ley y disfrutarían del mejor *whisky* del país. No obstante, el director logró persuadirlo, alabando su desempeño y expresando la confianza que tenía en su capacidad para manejar el evento. Con resignación y desánimo, avanzó con su compañero hacia la ubicación que les fue proporcionada.

Durante el viaje, Charles no cesaba de hablar acerca de la inesperada asignación. Se mostraba entusiasmado por la oportunidad de interactuar con la alta sociedad. Insistía en que las donaciones de estos individuos les proporcionaban recursos significativos para combatir el crimen. Frank, sin embargo, no estaba de acuerdo. Consideraba que los avances se lograban gracias al esfuerzo y la dedicación de los agentes que arriesgaban sus vidas por la seguridad de su comunidad. Pero Charles era persistente, argumentando que la lucha también se podía llevar a cabo desde un despacho. Esta idea irritaba aún más a Frank, quien creía que la verdadera batalla se libraba en las calles, no sentado en una oficina cómoda.

A pesar de sus diferencias, ambos compartían un objetivo común: proteger a quienes los rodeaban. Frank lanzó una mirada de reojo a su compañero y suspiró, comprendiendo por qué Charles podría querer dejar las calles. Con una esposa y un bebé en

camino, él también consideraría la posibilidad de alejarse de ese entorno peligroso donde se sentía el latido del corazón al cruzar las puertas de la ciudad, aunque sin garantía de que continuaría al final del día. Por eso Frank había decidido no formar una familia, aunque en ocasiones extrañaba tener a alguien a su lado a quien amar y cuidar.

—¡Daba unas patadas increíbles! —exclamó Charles con orgullo, sacando a Frank de sus pensamientos. Este giró la cabeza hacia su compañero y le sonrió.

—Con esa fuerza, seguro será el mejor boxeador del mundo —continuó el emocionado padre.

—¿Y si es niña? —bromeó Frank.

—¿Crees que una mujer tendría esa fuerza? —preguntó Charles, frunciendo el ceño—. Las mujeres, mi amigo, son delicadas, suaves y muy sensibles. Tan frágiles como los pétalos de una flor en otoño. —Hizo una pausa y luego, con una mirada lasciva, agregó—. Aunque de vez en cuando, mi mujer saca las garras y se convierte en una tigresa. Ya sabes a lo que me refiero... —Le guiñó un ojo.

—Prefiero no pensar en eso, Charles. Realmente, hay cosas que no quiero imaginar, y verte con tu mujer haciendo… eso, es una de ellas.

—Si sigues con esa actitud tan gruñona, ninguna mujer querrá casarse contigo —dijo Charles dándole una palmada en la espalda, mientras Frank activaba el intermitente y giraba a la derecha, saliendo de la carretera hacia un camino secundario que los llevaría a la mansión de los Baker.

—Ya sabes que no tengo intención de atarme a nadie...

—Bueno, debes saber que *mamma*[1] Stilmet ya está buscando a la candidata perfecta para amarrarte —dijo Charles en tono burlón.

—*Mamma* tiene muchas ganas de ver su casa llena de nietos revoltosos, y estoy seguro de que hará todo lo posible por conseguirlo. Pero recuerda que es mi vida, y al final, yo haré lo que me parezca —respondió Frank con tal convicción que hasta él mismo se creyó sus propias palabras.

—No te enfades con ella. Tan solo quiere lo mejor para ti. Gabriella es una deliciosa madre y será la mejor abuela del mundo. Quizá si empezaras a caminar de la mano de alguna muchacha, si dejaras de pensar en salvar esta maldita ciudad y comenzaras a imaginar un hogar lleno de personas a las que amar y cuidar…

Charles apartó la mirada de su compañero y la dirigió hacia la gran verja de metal que les impedía el paso.

—Yo he nacido para ser agente de policía y no entra dentro de mis planes ser el marido de nadie. Además, tú mejor que nadie sabes cómo es esto. —Frank abrió la puerta y salió con rapidez del coche.

Se acercó a la verja y antes de poder tocarla, les recibió un hombre vestido con un elegante traje gris a rayas.

—Buenas noches, imagino que serán los agentes Stilmet y Dunn —les saludó mientras tiraba el cigarrillo que estaba fumando al suelo y comenzaba a abrir la entrada.

—Buenas noches. Imagino que lo has deducido tú solito al ver nuestros uniformes —respondió Frank burlón.

—¿Alguna novedad? —preguntó Charles interrumpiendo la conversación.

—No, señor. Por ahora todo está muy tranquilo.

El trabajador tendió la mano hacia Charles para saludarle, pero no se la ofreció a Frank.

—Lo que me imaginaba. Esta noche nuestro trabajo será más fácil que tararear una canción infantil. —Dunn palmeó la espalda de su compañero y lo hizo caminar.

La mansión de los Baker estaba rodeada de grandes columnas de mármol rosado. Unos altísimos setos verdes cubrían los alrededores del hogar, evitando cualquier mirada curiosa desde el exterior. Frank se quedó prendado del maravilloso camino de abundantes flores que los dirigía hacia la entrada y del olor a hierba mojada. Recordó que la última vez que tuvo el placer de percibir aquel aroma fue la noche que le confesó a su padre que deseaba ser policía mientras paseaban por el Central Park. Charles carraspeó para llamar su atención al verlo abstraído en algún pensamiento. Este dirigió su mirada hacia el cinturón y Frank colocó las manos sobre su cinto. Se lo ajustaron, confirmaron que sus armas tenían puesto el seguro y tras quitarse el sombrero, llamaron a la puerta.

—Buenas noches, caballeros —los saludó una sirvienta.

—Buenas noches, somos los agentes Stilmet y Dunn. Creo que nos están esperando —dijo Charles, con una sonrisa cortés.

—Por supuesto, si son tan amables de seguirme, los conduciré hasta donde se encuentra el señor.

La empleada les permitió el paso y, después de asegurarse de que la puerta quedaba bien cerrada detrás de ellos, los guio hacia la gran sala donde se congregaban más de cincuenta personas disfrutando entre risas y conversaciones animadas.

Frank se detuvo en la entrada, observando la escena. No podía creer que esa fuera su nueva asignación. Se repetía a sí mismo que ese no era su lugar; él estaba hecho para enfrentar a los criminales en las calles, no para vigilar lujosas mansiones donde banqueros, políticos y abogados alardeaban del poder que tenían.

Echó un vistazo a Charles, quien, al notar la expresión de disgusto de Frank, levantó sutilmente la ceja derecha. Sin necesidad de palabras, su gesto indicaba que debía disimular su repulsión y mostrar su mejor sonrisa. Con un suspiro, Stilmet intentó relajarse y adaptarse a la situación, preparándose para enfrentar la noche con la mejor actitud posible.

—Señores… —Una voz ronca y longeva se les aproximó—. Gracias por venir.

—Señor Baker, es un honor ofrecerle nuestros servicios —contestó Charles rápidamente. Cambió el sombrero de mano y alargó la palma libre para saludarlo al mismo tiempo que mostraba la mejor de sus sonrisas.

—El honor es mío. Me siento afortunado por tener a los mejores agentes de la ciudad protegiendo mi fiesta privada. —El abogado extendió la mano hacia Charles mientras su mirada se clavaba en Frank—. Usted debe ser el increíble agente Frank Alexander Stilmet.

—La gente exagera… —dijo el policía con malhumor.

—Yo creo que la gente no lo hace. Según he leído sobre usted, cada caso que ha llegado a su mesa lo ha resuelto con prontitud. Eso no es exageración sino esfuerzo en su labor. Por otro lado, los periódicos lo llaman el héroe de azul —continuaba alabando mientras abandonaba la mano de Charles para ofrecérsela a él.

—Los reporteros escriben lo que les da la gana para vender más ejemplares. Ni soy un héroe ni mi trabajo es digno de comentar. Tan solo soy un hombre que busca justicia y tranquilidad en la ciudad donde quiere vivir el resto de su vida. —Frank mantuvo la mirada fija en el señor Baker, sintiendo el peso de sus propias palabras. Tras unos segundos de incertidumbre y de mil gestos de enfado de Charles, extendió su mano y respondió al saludo del abogado.

—Es usted un hombre muy modesto. Aunque no puede negarme que, gracias a su magnífica labor, las barbaridades que realizaba la familia Stelleno han sido condenadas —insistió Baker, sin soltar la mano de Frank.

—Ese logro no se hubiera conseguido sin el esfuerzo de todo un equipo —intervino rápidamente Charles, notando la tensión creciente y temiendo que Frank diera una respuesta inoportuna que arruinara la noche.

—Por supuesto... —murmuró el abogado mientras comenzaba a andar hacia el centro de la sala.

Frank se quedó rezagado, observando la conversación que se desarrollaba delante de él. No le cabía duda de que Charles estaba utilizando todas sus artimañas para conseguir su propósito de dejar las calles. Arrugó la frente y volvió a resoplar como si se tratase de un toro a punto de embestir. No quería estar allí y mucho menos si el centro de atención era él y su trabajo. Había vivido bastante cómodo hasta el momento en que un reportero del *Diary Morning* consiguió hacerle una foto y la colocó en la portada de su periódico: «El agente Stilmet, quien ha conseguido desmantelar la mayor trama de pederastia, se esconde bajo su sombrero policial».

Desde ese instante, su privacidad desapareció. Raro era el día que no se encontraba un reportero frente a la puerta de su casa para preguntarle sobre el caso. Lo que había sido una lucha anónima se había convertido en una función de circo. Donde la gente señalaba como un héroe, él se convertía en una persona cada vez más deshumanizada, evitando incluso aparecer en lugares donde se agruparan más de tres individuos. Cada vez que salía de su hogar, confirmaba mil veces que nadie le seguía. Hacía visitas inesperadas a su familia para asegurarse de que se encontraban bien. Siempre estaba al acecho, con la mano sobre el frío metal de su arma por si en algún momento necesitaba usarla.

Miró a su alrededor, apretó los dientes y los puños por el enfado que sentía y tomó aire. Aquella gente que le golpeaba en la espalda para darle la enhorabuena no había tenido el gusto de ver imágenes como las que él tenía retenidas en sus pupilas: niñas desnudas llorando por lo que habían sufrido, o un padre de familia, arrepentido por la vida que había llevado, que se suicidó delante de su hija. Hijos que presenciaron el asesinato de sus padres, ladrones que terminaban descuartizados y servían como alimento para animales… En resumen, donde todo el mundo divisaba las astucias y pericias de un magnífico policía, él solo veía el mayor error de su carrera: dejar morir a un inocente.

—¿Perdón? —preguntó Frank al darse cuenta de que le habían hecho una pregunta.

—Me comentaba el señor Baker que el sueño de su hijo pequeño es ser, algún día, uno de nuestros agentes —dijo Charles con una sonrisa exagerada.

—¿Qué edad tiene? —inquirió Stilmet al anciano.

—Dieciséis años recién cumplidos —respondió orgulloso el padre.

—Es entendible que el joven quiera ser policía. Si en su entorno solo se habla de las heroicidades de los agentes y no del riesgo que corren sus vidas cada vez que se ponen el uniforme, es lógico que él quiera ser un héroe más... —Frank clavó la mirada en su compañero, que comenzaba a hacer unos ruidos extraños con la garganta.

—Todavía es muy joven, Frank, no se le puede decir esas cosas... —explicó Charles antes de que este continuara con su espontáneo discurso—. Se nota que no tienes familia, ¿verdad, señor Baker? Imagino que, si mi hijo algún día me dice que de mayor quiere ser como yo, me sentiré muy halagado —volvió a esbozar su sonrisa de «aquí no pasa nada».

—Mi hijo tiene muchos sueños, señor Stilmet. Le he comentado el de ser policía porque, al usted serlo, pensé que le resultaría gracioso. Pero sin duda alguna, lucharé para que el día de mañana ocupe el lugar que le corresponde: un estupendo y cómodo asiento en el bufete que he construido con tanto esfuerzo —explicó el ofendido padre con irritación.

—Pues le recomiendo que desde ya le ponga los pies en el suelo, no vaya a ser que se quede con ese asiento vacío —contestó Frank con su típico sarcasmo hiriente.

—Como siempre, la negatividad es el rey de tu mundo, amigo mío —Charles se colocó entre ambos y, posando su mano sobre el hombro del anfitrión, intentó calmar la situación—. No tiene de qué preocuparse, señor Baker. Si su hijo decidiera ser policía, me encargaré personalmente de su seguridad.

Antes de que alguno de los invitados pudiera replicar, un camarero se acercó a los tres hombres y les ofreció una bandeja con vasos colmados de *bourbon*. Charles y el señor Baker aceptaron con gusto, pero Frank rehusó beber. Ante la negativa, el anfitrión se dirigió a él.

—¿No le apetece beber el mejor licor que guardo en mi bodega? —Arqueó las cejas mientras se llevaba el vaso a la nariz para olfatearlo.

—Estoy de servicio, señor y no me gusta mezclar el placer con el deber —expresó Frank con sarcasmo.

—Una copa no hará que pierda el sentido común, pero sí mostraría algo de respeto a quien le ha contratado —repuso con agravio el anfitrión.

—Estimado señor Baker, ya puede imaginar la tortura que soporto al trabajar cada

día con este hombre —con tono burlón, Charles, intentando quitar importancia al asunto. Luego, se llevó al anfitrión hacia el interior de la sala, donde rápidamente fueron abordados por los demás invitados.

Charles realizaba sus típicos aspavientos al sentirse el centro de atención y daba énfasis a sus palabras al contemplar los ojos sorprendidos de quienes le escuchaban. Sin tener que acercarse, Frank sabía a la perfección cuál sería el tema de la conversación. Arrugó la frente y pensó si alguna vez dejarían de hablar sobre las idealizadas hazañas policiales y se centrarían en todas las cosas malas que vivían. No, por supuesto que no. Eso no era interesante. Se llevó las manos al cinturón y palpó su arma. Tocar el frío acero le reconfortaba tanto como si pudiera respirar el aire fresco de la noche. Emitió un ahogado gruñido y decidió salir fuera del hogar para confirmar, de nuevo, que todo estaba bajo control.

Cruzó el gran salón por los pasillos de la derecha y, contemplando la magnitud del sitio, recabó en su mente toda la información que tenía del señor Baker. Era un hombre de unos cincuenta y dos años. Casado, con dos hijos. Creció en una familia pobre, pero su afán de poder le ayudó a convertirse en uno de los mejores abogados de New York. Tenía tantos contactos, que se decía que pronto podría ser el dueño de la ciudad. A Frank no le importaba qué lograría, mientras lo dejara tranquilo.

De pronto, un movimiento extraño en el cuarto de la derecha llamó su atención e hizo que se llevara la mano al revólver. Pegó su espalda a la pared y caminó despacio hacia la habitación.

—¿Señor Stilmet? —La voz de un joven apareció a su lado.

Frank se giró rápidamente hacia él, con la mano apoyada sobre su arma.

—¿Es usted? —El brillo que el muchacho mostró en sus ojos al descubrirle, lo dejó confuso. En cuestión de segundos recordó que el hijo de Baker se encontraba en la casa y que, desafortunadamente, quería ser policía.

—Supongo que eres el joven Baker —respondió con desgana y paciencia.

—Sí, señor —comentó él con una mezcla de desconcierto y felicidad al descubrir que su héroe lo conocía—. He bajado a saludarlo. Cuando mi padre me informó que hoy estaría en nuestro hogar, he esperado su llegada.

—¿Para qué? —espetó Frank muy serio.

—Para hablar con usted.

—¿Sobre qué? —perseveró sin borrar de su rostro la expresión de fastidio.

—Quiero convertirme en agente cuando termine mis estudios —desveló el joven con orgullo.

—El futuro que piensa tu padre para ti es muy distinto del que mencionas —expresó con seriedad.

—Lucharé contra todos los que no me permitan cumplir mi sueño —comentó el muchacho con determinación.

Frank lo observó y sonrió. A su edad, él también sabía qué quería hacer y a pesar de la negativa de sus padres, hizo lo que deseaba.

—En ese caso, si tan claro lo tienes, nos veremos en el futuro —dijo para dar por concluida la conversación.

—Nos veremos en unos años, señor Stilmet —contestó él extendiendo la mano.

Frank aceptó el gesto del joven y, una vez que lo observó marchar, él continuó con su camino. Como había pensado antes de la interrupción, echó un vistazo a las ventanas de los pasillos. Confirmó que, salvo en la cocina, no había más movimiento de personal por la casa y regresó al salón principal, donde los invitados permanecían en el mismo lugar. Su compañero continuaba allanando su próximo ascenso laboral entre divertidas palabrerías y sonoras carcajadas. Defraudado por la actitud que Charles había tomado, se propuso salir al exterior cuando una hermosa risotada despertó su curiosidad. Se giró hacia el lugar de donde procedía la risa y comprobó que, entre un grupo de hombres, se hallaba la única mujer de la fiesta. Repleto de curiosidad, se dirigió hacia ella, ocultándose entre las columnas de mármol rosado.

—Es usted encantadora —comentó uno de los hombres que la rodeaban.

—No comprendo cómo puede estar usted todavía soltera —otra voz masculina se unió a la conversación.

—Tal vez no he terminado de encontrar a ese hombre ideal —contestó la dama con una voz tan sensual que se asemejaba al canto de una sirena.

—Y… ¿cómo debe ser ese hombre ideal, señorita Falco?

«Tercer participante», pensó Stilmet sin advertir con claridad cómo era la mujer. Intentaba caminar alrededor de la gente para situarse tras ella, pero le resultaba imposible. Aquellos aspirantes a cónyuges se apilaban alrededor de la señorita como si fuesen un rebaño asustado por un depredador. Como le resultaba difícil acceder hasta la mujer, empezó a mover

la cabeza de derecha a izquierda para intentar descubrir, al menos, cómo era.

—No sé... —contestó perezosa.

Isabella intentaba mantener la calma. No era la primera vez ni sería la última que una multitud de hombres la avasallaba buscando dormir esa noche entre sus sábanas. Odiaba aparecer en celebraciones como esa, pero hoy no podía rechazar la invitación. Echó un vistazo hacia el fondo de la sala y observó al anfitrión charlando con tres personas más. Este levantó su copa hacia ella y pareció que le regalaba un brindis.

Isabella sonrió e hizo lo mismo. Fue entonces cuando sus ojos se encontraron con dos pupilas azul mar que se movían inquietas de un lado para otro tratando de encontrar las suyas. A pesar de la distancia y de la aglomeración de gente, ella pudo ver el brillo de un metal bajo la chaqueta del hombre. Al principio creyó que era algún empleado de su agresor que lo había enviado para vigilarla, pero al ver una placa en la gorra que agarraba sus manos, comprendió que era la persona que andaba buscando.

—Entonces... —alguien seguía insistiendo.

—Si me disculpan, necesito tomar un poco de aire fresco —sonrió y se abanicó con la mano.

—¿Quiere usted compañía? —le preguntó el hombre que estaba a su izquierda.

—No, gracias. Me vendrá bien estar sola durante unos minutos.

El grupo se dividió en dos para dejarla pasar. Más de quince pares de ojos se clavaron en el trasero de la señorita Falco mientras balanceaba sus caderas con suavidad al caminar. Stilmet se apartó hacia la derecha y la observó con detenimiento. Cuando pasaba por su lado, un guante blanco cayó de la mano de la mujer a sus pies. Se agachó, lo cogió y se lo ofreció.

—Gracias —contestó con una sonrisa tan bonita que Frank no pudo apartar su mirada de aquella boca.

Los labios perfilados y pintados de color rojo invitaban a ser besados con ferocidad. Sus oscuras pestañas resaltaban el intenso marrón de aquellas vivas pupilas que se volvieron a posar en los ojos del agente.

—Un placer —contestó el hombre al ver que ella esperaba algún tipo de respuesta.

«*Stronzo*![2]», exclamó en su mente al ver que había tenido que hacer un gran esfuerzo para conseguir hablar. «Es tan solo una mujer. Guapa, sensual, hermosa, excitante,

encantadora… ¡mierda, Frank! Llevas mucho tiempo sin meter una *donna*[3] en tu cama», se dijo mientras sus ojos se posaron donde lo habían hecho todos los demás; en las caderas más explosivas que había visto.

—¿Señor Stilmet? —dijo un joven al acercarse al agente con la intención de comenzar una conversación.

—¿Quién lo pregunta? —demandó con cautela.

—Mi nombre es David Cameron, soy reportero del periódico *Daily Morning*. —Se llevó la mano al bolsillo y sacó con rapidez una libreta y un bolígrafo—. ¿Podría hacerle unas preguntas?

—¡No! —contestó con contundencia.

—¿Es verdad que la ciudad está segura tras la detención de la familia Stelleno? —El muchacho hizo caso omiso a la exclamación negativa del policía.

Frank entrecerró sus ojos y reflejó en su rostro atisbos de enfado, pero el joven no se dio por aludido y prosiguió.

—Se comenta que gracias a esa detención se han descubierto varios negocios oscuros que implican a altos cargos de nuestra sociedad, ¿es cierto? ¿Puede confirmarme ese rumor?

El reportero acercó tanto la libreta al rostro del agente que este, para abrirse paso y salir de la emboscada en la que se encontraba, la apartó con tanta fuerza que la lanzó al suelo. El joven lo miró con miedo mientras Frank salía huyendo de la sala. No paró de andar hasta que el frío de la noche lo envolvió y sintió el silencio de la soledad. Respiró profundamente y miró hacia atrás. El revuelo parecía estar controlado. Seguramente Charles habría salido al encuentro en plan salvador y les habría dado alguna excusa por su comportamiento. De esta manera, menospreciarían su conducta y exaltarían la ardua tarea que soportaba su compañero por lidiar con los trastornos diarios de un desquiciado agente.

Frank se llevó la mano al bolsillo y sacó un paquete de tabaco cuando el sonido de un encendedor se escuchó tras él.

—Creo que ambos huimos de lo mismo —la mujer le ofrecía fuego al tiempo que le sonreía con cordialidad.

—Yo no huyo de propuestas matrimoniales sino de reporteros que desean meter la nariz donde no deben. —Encendió el cigarrillo y, tras una calada, decidió marcharse de aquel

lugar para dejarla sola.

—No hace falta que se aleje… —aclaró la mujer, previendo sus intenciones.

—Perdone, como la escuché allí dentro… —intentó excusarse.

—Deseaba retirarme para no oír halagos innecesarios. Por cierto, me llamo Isabella Falco, y tú eres… —Extendió la mano para saludarlo.

—Frank Alexander Stilmet.

Cogió la mano y la apretó con suavidad.

—Bien, Frank Alexander Stilmet, ¿qué hace un hombre como usted en una fiesta como esta? —Caminó hasta un banco de piedra blanca que había en el balcón y se sentó.

—Puede llamarme Frank si lo prefiere.

—Me gusta Frank. —Isabella suspiró muy despacio y miró a las estrellas—. ¿Estás evadiendo la respuesta a mi pregunta?

—El señor Baker, anfitrión de la fiesta, necesitaba dos agentes de policía que velaran por la seguridad de sus invitados y, desgraciadamente, aceptaron su petición y nos enviaron —explicó desmotivado.

—Y por lo que puedo apreciar, no le gusta este tipo de celebraciones —insistió Isabella mientras le hacía un hueco en el banco para que se sentara.

—No es eso. Soy una persona solitaria y encontrarme con tanta gente me hace sentir como si me estuvieran estrangulando. No sé si me entiende. —Isabella asintió—. Soy un hombre de acción. Prefiero tener el cañón de un arma apuntándome en la sien que ser interrogado como lo ha hecho ese joven.

—No está casado, ¿cierto?

Frank se sentó junto a Isabella y, con una gran sonrisa, respondió:

—¿El matrimonio es igual que tener veinticuatro horas un cañón apuntándote en la cabeza?

—No… —susurró la mujer, asombrada por la pregunta.

—Pues entonces… no estoy casado, señorita Falco. ¿Y usted? —Tiró el cigarro al suelo y lo apagó con el zapato.

—¡No! —gritó horrorizada—. ¡Jamás se me ocurriría hacer semejante locura!

—Entonces… sí que tenemos algo en común —se carcajearon.

Estuvieron charlando durante un buen rato. Isabella le contó quién era y qué hacía en aquel lugar. Frank halagó el hecho de que una mujer pudiera llevar la dirección de un club musical y que tuviese una reputación tan admirable como para ser invitada por un hombre como Baker. Ella le dio un codazo en el estómago cuando escuchó de su boca aquella afirmación y le dijo con algo de enfado que no era una vulgar ramera y que tan solo se preocupaba de que su clientela se divirtiera y cantara al ritmo de sus músicos. Él se sintió afligido por la interpretación de sus palabras y le pidió mil disculpas. Convencido de que su afirmación había sido mal entendida, comentó que procedía de una familia peculiar donde su madre era italiana y su padre irlandés. Ella le confesó que su madre también era italiana pero que la procedencia de su padre era desconocida. Él le dijo que su madre se llamaba Gabriella, que tenía un mal temperamento y que se había empeñado en casarlo. Ella comentó que ese nombre le gustaba y que si algún día tenía una hija la llamaría así, aunque solo lo comentó para crear un ambiente más cercano entre ellos.

Durante un buen rato, los dos charlaron como si fueran amigos de toda la vida. Descubrieron que tenían muchas cosas en común y hablaron sobre ellas. Sin embargo, Frank no paraba de observarla e intentaba averiguar cuál sería la verdadera razón para que una mujer fuese invitada a una fiesta donde todos los miembros eran hombres salvo ella. Una posible respuesta que se le ocurrió fue que Isabella era la amante de Baker, pero no encontró ningún indicio que afirmara tal hipótesis. Así que se conformó, por el momento, con la respuesta que había obtenido de la mujer: que su participación en la fiesta tan solo se debía a la popularidad que su club había adquirido. Frank la observaba en silencio, sin comprender cómo una mujer tan bella le hacía colocar en nivel de alerta máxima su instinto policial. Tenía que averiguar fuera como fuese la verdad.

—Creo que le he entretenido demasiado. —Isabella, tras mirar hacia el balcón durante unos segundos, se levantó, palmeó su vestido para eliminar las pequeñas piedrecitas que se habían quedado pegadas a él y sonrió al agente.

—No te preocupes, has conseguido hacer divertida una noche que se auguraba desastrosa y enfermiza. —Se levantó él también.

—La verdad es que yo pienso igual. Si no te hubieran obligado a venir, todavía estaría ahí dentro intentando despegar las manos de mi culo. —Sonrió y extendió la mano para despedirse de Frank.

—Buenas noches, Isabella. Espero vernos en otra ocasión.

La mujer, todavía agarrada a la mano del agente, se acercó y lo besó en los labios.

—Estaré encantada de invitarte a una copa. —Se alejó del agente y se rio al ver la cara de asombro que tenía el hombre—. Buenas noches, Frank. —Se giró sobre sus talones y caminó hacia el interior de la casa.

Diez minutos más tarde, Isabella salía de la mansión y era recogida por un hombre vestido con prendas oscuras que la conducía hasta el interior de un Ford de ocho cilindros. Frank observaba la escena desde el balcón. Se había encendido su segundo cigarrillo desde que ella lo había dejado solo. Frunció el ceño y entrecerró los ojos, dándole vueltas al posible motivo de su presencia en la fiesta. «Quizá el motivo eras tú», se carcajeó al pensar aquella afirmación. «De todas formas, aceptaré esa invitación, señorita Falco. Necesito averiguar qué escondes bajo esas pupilas de color caramelo», meditó sin apartar la vista del coche que se alejaba.

—¿Frank? ¿Estás ahí? —La voz de Charles hizo que desaparecieran todas sus divagaciones sobre la mujer—. ¿Qué haces? —preguntó el amigo al acercarse hasta donde este se encontraba.

—Tomando el fresco. Tanto ímpetu por lamer el culo a los aristócratas me ha puesto cachondo —dijo burlón.

—Tú haz lo que quieras, pero no muerdas la mano que te da de comer —le susurró al mismo tiempo que le echaba el brazo sobre el hombro y lo conducía hacia el interior del hogar.

—Yo muerdo y tú curas, hacemos un buen equipo, ¿no crees?

De pronto, sintió una presión más fuerte de lo normal en su hombro. Dirigió su mirada hacia la zona y observó la mano de Charles apretando con fuerza mientras le advertía:

—No me toques las narices, Frank. Todo esto lo hago para sacarnos de esas malditas calles y poder regresar a nuestras casas sanos y salvos.

—Si tú lo dices...

Capítulo 2



Frank no pudo dormir ni una hora. Durante toda la mañana estuvo dando vueltas en la cama hasta que, cansado de su inquietud, se levantó y caminó hacia el salón. Cogió el paquete de cigarros que tenía sobre la mesa y se encendió uno. Mientras miraba la pequeña humareda gris, su mente volvía a la imagen de Isabella. Sus ojos marrones brillaban con una intensidad peculiar, su pelo oscuro desprendía un delicioso aroma y sus labios eran tan perfectos que parecían irreales. «¿Por qué y para qué estabas allí? ¿Quién te hizo llamar?», seguía pensando. Sin poder hallar una respuesta aceptable, recordó lo que había escuchado: Isabella era la dueña de uno de los clubs más famosos del barrio Washington Heights en Upper Manhattan. El local era la herencia que le había dejado su madre tras su inesperado fallecimiento, y entre sus clientes más selectos se hallaban casi todos los abogados y políticos de la ciudad. A pesar de parecer todo tan evidente, él seguía teniendo sus dudas. Sospechaba que la presencia de ella en la celebración debía de tener una razón muy diferente a la de ser la primera empresaria femenina.

Caminó hacia un sillón y se desplomó sobre él. No era capaz de hallar una respuesta coherente a sus preguntas, y eso le ponía bastante nervioso. Sabía que algo oculto rodeaba la fiesta. Un halo de oscuridad y maldad envolvía el lugar. Como no estaba tranquilo, empezó a recordar uno por uno a todos los asistentes: periodistas, abogados, empresarios, futuros políticos, algún que otro gánster *retirado* y, por supuesto, ellos. Dos policías que habían sido obligados a cuidar de una celebración que desde un principio se sabía que no tendría altercado alguno. Para él fue una pérdida de tiempo preocuparse por la seguridad de aquellas personas, aunque Charles no opinaba lo mismo.

Frunció con fuerza el ceño al recordar la actitud de su compañero. Estaba distinto. No entendía la razón por la cual este se comportaba como un maldito capullo con una sola

idea rondándole la cabeza: dejar las calles. Quizá su futura paternidad le había hecho recapacitar sobre los peligros de su trabajo y deseaba abandonarlo lo antes posible. Pero Frank se obsesionaba en aquel inesperado cambio y planteaba otra posibilidad. Una que, por mucho que Charles lo negara con contundencia, era conocida por todos los que trabajaban en la comisaría: tras la redada en la casa de los Stelleno, el agente Dunn nunca volvió a ser el mismo. Desde aquella misma noche, su comportamiento se había transformado radicalmente. Evitaba patrullar más de dos horas seguidas, inventaba excusas para no aparecer por las calles más problemáticas de la ciudad, y cambiaba turnos con otros compañeros alegando enfermedades o problemas familiares. Parecía como si se tratase de un hombre diferente, uno que había olvidado por completo la primera y principal misión por la que se hizo policía: prevenir el crimen y el desorden.

«Quizá sea mejor que se marche…», reflexionó con tristeza. Apagó el cigarro con saña y apartó el cenicero con desgana mientras observaba cómo el humo gris ascendía rotando. En lo más profundo de su ser, una vocecita le gritaba que aquel vicio no tenía que ser nada bueno para su salud. A pesar de encontrarse con decenas de vallas publicitarias en las que se enfatizaba el tabaco como un producto necesario para afirmar la masculinidad o la independencia, él sabía que aquel tipo de afirmaciones se equivocaban porque no era sano meter en el cuerpo sustancias desfavorables. Tarde o temprano, causarían una tragedia mundial. Cruzó los brazos detrás de la cabeza, levantó los pies para apoyarlos sobre la mesita, y volvió a resoplar. «El día que encuentre a la mujer que me vuelva tan loco que desee casarme con ella, dejaré de fumar», se prometió entre risotadas. Él sabía que aquella promesa era imposible de cumplir. Desde muy joven había construido un muro infranqueable en su corazón y jamás lo destruiría. Un muro que fue consolidando tras observar cómo compañeros de trabajo vagaban por el mundo de la oscuridad o daban por finalizada sus vidas cuando perdían a las mujeres que amaban.

Arrugó la frente al rememorar la historia de Eduard; un joven policía que, tras vivir diez días de maravilloso matrimonio, recibió la terrible noticia de que su mujer estaba tirada en mitad de la calle con cinco puñaladas en el pecho. No lo resistió. Por mucho que intentaron consolarlo y ofrecerle millones de razones para continuar vivo, terminó suicidándose con su propia arma. Desde ese instante, Frank entendió que su trabajo no era compatible con tener una vida familiar, así que, cada vez que necesitaba sentir el calor de una mujer, buscaba alguna viuda que añorara algo de placer en su cama. Siempre hacía lo mismo: se acostaba con ellas durante unas semanas y, cuando observaba algún brillo especial en sus ojos al verlo aparecer, las abandonaba con un *Ciao bella*. Él era un lobo solitario, de eso no le cabía duda. Un lobo que aprovechaba cualquier oportunidad para saciar su hambre.

Tras reírse de su comparación, regresó a su mente el nombre de Isabella y la insinuación de esta para invitarlo a una copa. Se la aceptaría con gusto esa misma noche. Como si hubiese tenido púas en su asiento, se levantó con rapidez. Ya no había tiempo que perder. Visitaría a sus padres y, tras alimentarse de una buena comida italiana, aparecería por el club de Isabella para cerciorarse de las intenciones de esta. Por mucho que su sonrisa le mostrara que su actitud era tan solo una forma sensual de coquetear con un hombre, Frank seguía pensando que tras ella había algo más.

Se duchó, se vistió con una camisa blanca y un pantalón beige con tirantes y, tras colocarse su inseparable gorra gris, se dirigió hacia el hogar de sus padres. Cuando salió a la calle y descubrió que había dejado de llover, su rostro se llenó de satisfacción. Odiaba caminar bajo la lluvia. Se sentía ridículo empapado y oliendo a humedad. Manía que, sin lugar a dudas, provenía de su progenitor. Un irlandés de nacimiento, pero americano de adopción. El verdadero nombre de su padre era Darian Murray, pero tras pisar tierra neoyorquina se hizo llamar Alexander Stilmet. Tal vez deseó alejar tanto los horrores que pasó en su pasado que empezó deshaciéndose en primer lugar de su propio nombre. Aunque, por mucho que lo intentara ocultar, su aspecto físico lo delataba. A pesar de tener casi sesenta años, seguía siendo un hombre alto, de complexión ruda. Su nariz se asemejaba al pico de un halcón. Sus ojos eran de un azul tan intenso que ni el mar podía hacer sombra a su belleza. Su boca, perfilada, tenía forma de corazón, y su barbilla, adornada con un hoyuelo, realzaba las facciones masculinas de un escondido irlandés.

Su madre, por el contrario, tenía el pelo oscuro, su tez no era tan blanquecina como la de Alexander y su estatura no superaba el metro sesenta. Sin embargo, Gabriella era una mujer con buenas curvas. A pesar de no poseer una belleza angelical, raro era el hombre que no giraba la cabeza cuando ella pasaba por su lado, algo que, más que enfurecer a su marido, lo enorgullecía.

El joven Stilmet caminó por su antigua calle con tranquilidad. Le gustaba observar cómo los niños habían crecido y cómo comenzaban a construirse nuevas estructuras por los alrededores. Pensaba que los políticos finalmente estaban tomando conciencia de la peligrosidad de aquellos barrios y trabajaban en mejorarlos. Habían levantado varios campos de béisbol y fútbol, algo que sin duda funcionaba muy bien, ya que los niños, en lugar de holgazanear en las escaleras de los hogares, se reunían para hacer deporte y soñar con ser grandes deportistas.

Frank se quedó inmóvil frente al portal de su casa. Este no había cambiado nada. Seguía teniendo la misma puerta de siempre y las ventanas de su hogar continuaban

entreabiertas. Sus padres nunca habían tenido temor a que cualquier extraño invadiese su hogar. Jamás entendió la razón por la cual vivían con tanta tranquilidad en un barrio tan conflictivo. Subió los cinco peldaños, se quitó la gorra y golpeó varias veces.

—*Il Bambino! Benvenuto, figlio mio*![4] —exclamó Gabriella al ver a su hijo en la entrada—. Pasa, tu padre está en casa. *Marito, Frank è arrivato*[5] —gritó mientras giraba la cabeza hacia el interior y llamaba a su marido.

—*Hi, mamma, tutto bene*?[6] —Le dio un sonoro beso en la mejilla.

—*Tutto bene, figlio*. ¿Y tú? ¿Vienes a darle a tu querida *mamma* la gran noticia de que por fin has encontrado una mujer con la que casarte? —Cerró tras ella la puerta y, cogiendo a Frank del brazo, lo acompañó hacia la cocina donde Alexander preparaba alguna de sus deliciosas comidas.

—No, *mamma*, desde la semana pasada hasta hoy no he encontrado una esposa adecuada para ti —respondió con burla. Sabía que, si algún día venía con una noticia así, ella volvería loco a todo el barrio.

—*Ma... c'è una donna nella tua testa?*[7] —Gabriella había clavado la mirada en el rostro de su hijo y lo miraba con intriga, porque si la había, tenía que idear otro plan.

—¡No digas tonterías! ¡Mi hijo es inteligente y jamás caerá en ese tipo de locuras! —Salió su padre al rescate. Le guiñó el ojo derecho y lo apretó entre sus brazos.

—*Dia duit daidí*[8].

—Te quedarás a comer, ¿verdad? Esa vieja gruñona a la que llamas *mamma* me ha puesto hoy a cocinar. Creo que me quiere castigar por algo que ayer no conseguí terminar correctamente… —comentó en voz baja al mismo tiempo que una risa sarcástica se dibujó en su anciano rostro.

—¡No digas bobadas! —gritó la madre mientras le daba a su esposo una colleja —. No es un castigo, es una tradición. Las mujeres se liberan de la cocina el día de Halloween, ¿no lo recuerdas?

—Es una tradición tonta —replicó burlón.

—¡Pues es irlandesa! —Alzó de nuevo la voz y puso sus manos sobre la cintura en forma de jarra.

Frank los observaba con felicidad. Le encantaba ver a sus padres en escenas tan

divertidas como aquella. Según recordaba, era la única manera en que los había visto discutir, si a eso se le podía denominar discusión. En su hogar reinaban más las caricias y los besos que las disputas. Volvió a sonrojarse al venirle a la memoria la única pillada que realizó cuando no contaba con más de ocho años.

Había salido a jugar a la calle con algunos de sus vecinos al fútbol. Era verano, así que todas las ventanas de su hogar estaban abiertas. Su madre le había insistido en que portara una bolsa de tela con un bocadillo y una botella de agua, pero como estaba tan emocionado de salir fuera de su casa sin la atenta mirada de una madre protectora, se la dejó olvidada sobre la mesa de la cocina. Tras un rato de diversión, le entró sed y buscó su morral por todos los portales de los vecinos hasta que recordó que lo había dejado dentro de casa. Como no quiso llamar a la puerta, porque sabía que Gabriella le soltaría un sopapo al no estar pendiente de sus cosas, trepó por los cubos metálicos de basura hasta la ventana de su habitación. Entró tan despacio, que hasta el zumbido de una mosca era más ruidoso que sus pisadas. De repente, un jadeo le hizo abrir de par en par los ojos y asustarse. Salió de su dormitorio en silencio y se dirigió hacia donde procedían los sollozos. Cada vez más intensos. Cada vez más eufóricos. «*Più forte, l'amore. Più Veloce. Entra in me...*». Escuchó. Intentó traducir aquellas palabras, pero tan solo podía descifrar algo que no le cabía en la cabeza: «Más fuerte, amor. Más rápido. Entra dentro de mí...». ¿Más fuerte el qué? ¿Dónde se mete uno dentro de la *mamma*?, se decía una y otra vez. Angustiado por no comprender lo que en verdad sucedía, se aventuró a caminar hasta la habitación de sus padres. La puerta estaba casi abierta, pero él no dudó en acercar los ojos a la rendija y observar lo que allí sucedía. Cuando vio a su madre desnuda, sobre su padre, gritando, moviéndose y las manos de Alexander sobre los pechos de Gabriella, se puso la mano en la boca y salió por donde había entrado. Se le quitaron las ganas de comer, de beber y de volver a asaltar la casa cuando sus padres estaban solos. Desde aquel día, pisaba con más fuerza el suelo para que tuvieran la certeza que merodeaba por allí. Incluso aun siendo mayor, cada vez que tenía que pasar de su habitación a la cocina o al baño, tosía o silbaba.

—¿Te parece divertido ver a tus padres discutir? —increpó Gabriella al ver el rostro chistoso de su hijo.

—No es eso, madre, me estaba acordando del día en el que entré sin avisar a la casa y os pillé en la cama… —dijo sin reparo, puesto que sabía la reacción que ella tendría.

—¡*Madonna mía*! —clamó al cielo—. ¡El *figlio mio* se excita con el recuerdo de sus padres!

Frank se cruzó de brazos, pegó sus grandes hombros sobre el marco de la puerta y esperó a la reacción de su padre. Siempre actuaba de la misma forma.

—Querida, relájate. Tan solo le enseñamos la mejor parte de un matrimonio. —Se acercó a ella y, sin que pudiese apartarlo de su lado, la besó con pasión.

—*Spostati*![9]

Lo apartó de su lado y, roja como un tomate, soltó una maldición para los dos hombres y se marchó de la cocina. Segundos después la escucharon todavía soltar sapos y culebras por la boca y cerró la puerta de la entrada con fuerza.

—En ese tarro tan pequeño, el mal genio está muy concentrado. —Sonrió el padre y se sentó en su asiento.

Frank descruzó los brazos y se acercó a Alexander. Retiró la silla contigua y se puso a su lado.

—Imagino que es el típico carácter italiano —expresó arqueando una ceja.

—No lo creo. Por esta zona viven muchas italianas y son tan zalameras como una gata en celo. Sin embargo, la mía es una tigresa, dentro y fuera de la cama, ya bien sabes… —Se carcajeó y dejó expuestos los fuertes y blancos dientes.

Alexander cogió la jarra de limonada que acababa de hacer y sirvió un buen vaso a su hijo y otro para él. Observó durante unos instantes al muchacho y, frunciendo el ceño, dijo:

—¿Qué sucede? ¿Sigues teniendo problemas dentro de la comisaría? —Se reclinó hacia atrás, entrelazó sus brazos y mostró los curtidos y trabajados bíceps.

—Eso lo tendré siempre, *daidí*. Mi filosofía de trabajo es muy diferente a la que realmente existe. Ayer pude comprobar con mis propios ojos que Charles desea salir a cualquier precio de las calles.

—¿Y eso te preocupa? A mí no. Sabes que desde el primer día que entró ese muchacho en esta casa no me ha dado buena espina. Tú lo consideras un buen amigo, pero para él no lo eres. Me atrevería a pensar que más bien le resultas un doloroso grano mestizo en su enorme culo americano —arrugó la frente, preocupado.

—Tal vez… —Frank se reclinó hacia atrás y se ajustó el cinturón.

—¿Pero? —Alexander puso los antebrazos en la mesa y miró fijamente a su hijo.

—Pero tengo mis dudas, *daidí*. Llevo mucho tiempo a su lado y no creo que sea capaz de traicionarnos. Aunque sigo pensando que tenemos un topo en la comisaría.

—¿Y lo afirmas porque…?

—Porque sigo dándole vueltas a quién podría haber delatado el paradero de Michael Puzo. No hay día que abra los ojos y no piense en ello. Mi mente grita un nombre que me resulta imposible de borrar… —Su rostro se ensombreció ante lo que estaba desvelando.

—¿Qué te dice, Frank? ¿Qué nombre es el que aparece? —Aseveró las facciones de su cara.

—Paul Dawson —dijo sin titubeos.

—Ajá… —Alexander se levantó de su asiento y se acercó al fuego para mover la comida—. ¿Estás seguro de eso, muchacho?

—No puedo estar seguro de nada, *daidí*. Pero cada vez que estoy a su lado y observo su comportamiento, afianzo un poco más mi teoría. —Alzó la mirada hacia su padre y esperó a que él le disuadiera de sus conclusiones.

—Quiero que tengas presente una cosa, Frank. Nunca ataques al diablo de frente si no quieres terminar como el señor Puzo. —Apretó con tanta fuerza la cuchara de madera sobre la base de la cacerola que estuvo a punto de tirarla al suelo. Con un movimiento ágil, no propio de un hombre sesentero, la cogió del asa y evitó la caída.

—Sé que la familia Dawson lo está pasando mal. He visto a su madre dejando fiado en las tiendas y Paul va después pagando las deudas. Quizá eso haya sido un detonante…

—Eso no son excusas, jovencito —le regañó como si tuviese quince años.

—Ya lo sé… Aunque claro, si me pongo a pensar quién puede ser, jamás terminaría. Ya puedes hacerte una idea de la corrupción que puedo encontrar todos los días. Hay demasiados gánsteres y muy pocos policías que deseen luchar contra ellos. Por eso creo que Charles tiene razón y hay que huir de una muerte segura. Sin ir más lejos, ayer estuvo afianzando su amistad con el señor Baker y quiso hacerme partícipe de ello. —Se inclinó hacia la mesa y empezó a tocar con su dedo el filo redondeado del vaso.

—El señor Baker es un pez gordo. Según dicen, no solo tiene el mejor bufete de abogados de la ciudad, sino que la mitad del embarcadero es suyo y, —siguió con tono enumerativo—, también se convertirá en uno de los socios capitalistas de la empresa de

construcción de ferrocarriles.

—No tenía ni idea… —dijo sorprendido.

Alexander se sentó de nuevo frente a su hijo, su expresión se había vuelto más seria.

—Frank, en este mundo no puedes confiar en todos, ni siquiera en aquellos que parecen ser tus amigos. La lealtad es algo raro, y muchas veces, quienes creemos que están de nuestro lado, tienen sus propios intereses. Vigila a Charles, y no bajes la guardia con Dawson.

Frank asintió, consciente de la gravedad de las palabras de su padre. Sabía que tenía razón y que debía estar alerta. La situación en la comisaría y en las calles era peligrosa, y no podía permitirse ningún error.

La comida estaba lista y Alexander los llamó a la mesa. Mientras comían, la conversación giró en torno a temas más triviales, proporcionando a Frank un breve respiro de sus preocupaciones. Sin embargo, en el fondo de su mente, las palabras de su padre seguían resonando. Tendría que ser más cuidadoso, más observador, y estar siempre un paso adelante.

—Pues como puedes ver, Charles sí que está bien informado. Así que deberías estar atento en ese tema y ahora, hablemos de esa mujer que te ronda la cabeza...

Levantó la barbilla y dirigió una mirada de asombro hacia su padre. Este sonreía y mostraba la cuchara de madera rota por la furia que le había provocado la conversación. Lo contempló durante unos segundos sin poder negarle lo que acababa de afirmar. Suspiró y, mentalmente se preguntó otra vez, si en verdad su padre había trabajado en la construcción de las vías del ferrocarril tal como le decía desde niño. O si la razón de su cambio de nombre había sido hacer desaparecer un pasado tenebroso. A Frank le resultaba muy extraño que un hombre con más instinto policial que él, hubiese basado toda su vida en ajustar las vías del tren.

—Tranquilo —tiró el utensilio partido a la basura envuelta en un viejo trapo—, tú no le dices a *mamma* que he roto la mejor de sus cucharas y yo no le cuento que andas tras el culo de una *signora*. ¿Trato hecho? —Frank sonrió y mostró en su mirada la enorme admiración que sentía por el hombre que tenía a su lado.

Pero antes de poder contarle el encuentro que había tenido la noche anterior con Isabella y las dudas que tenía sobre ella, se escuchó el cierre de la puerta y, tras eso, la conversación entre dos mujeres. Sin lugar a dudas una era la voz de Gabriella, pero ninguno

de los dos reconoció quién era la segunda. Ante la mirada atónita de los hombres, una joven morena de apenas veinte años fue arrastrada hacia donde ellos se encontraban. Frank se quedó perplejo al verla entrar. Su pelo era tan oscuro como la noche. Sus ojos verdes brillaban con más intensidad que dos gigantescas esmeraldas y su boca era tan perfecta que parecía estar esculpida sobre delicada porcelana. Pestañeó varias veces, echó su silla hacia atrás, se levantó con rapidez, metió su gorra en el bolsillo y, llevándose la mano con disimulo hacia la cabeza, se arregló el cabello.

—Pasa, querida, tan solo son mi esposo y mi hijo —comentó Gabriella con una sonrisa muy poco usual en ella—. Chicos, os presento a la señorita Fabia Canetti. Es la hija de nuestro nuevo vecino. —Al ver la cara de asombro de su marido, continuó con tono de advertencia, arqueando las cejas—. El señor Canetti, ¿no lo recuerdas, Alexander?

—¡Por supuesto! —exclamó con rapidez—. Pasa, no te quedes ahí parada. Puedes sentarte con nosotros. Por cierto, este es nuestro chico, Frank Alexander.

—Encantado… —Tomó la mano de la joven y mantuvo la cara de tonto durante el tiempo que ambos estuvieron unidos.

—Cuando veas oportuno, le devuelves la mano —susurró Alexander acercándose a la oreja de su hijo, quien se había quedado petrificado.

—Siéntate, hija. ¿Quieres una limonada? Mi marido acaba de hacerla y está muy buena.

Sin que la muchacha tuviera tiempo para contestar, Gabriella colocó el vaso frente a ella, se lo llenó y le ofreció la silla libre. Estaba encantadísima al ver la cara de su hijo. Sabía que una joven como Fabia le haría cambiar de opinión en lo referente a casarse. Ya se veía guapísima con un bonito vestido rosa palo, su cabeza adornada con un elegante sombrero y llevando a su niño del brazo hacia el altar.

—Gracias —dijo al fin la joven—. Es usted muy amable.

Tal como Gabriella había calculado, no solo tomó la limonada, sino que también se quedó a comer. Era una joven muy simpática y graciosa, además de poseer la belleza de la mismísima Venus. Frank se reía de buena gana ante las historias que la muchacha comentaba sobre su trabajo. De repente, un brillo especial apareció en los ojos de Gabriella y miró con ternura a su marido. Este no quería desilusionarla, así que le respondió atrapándole la mano y acariciándola con su dedo pulgar.

—¡Jamás me hubiese imaginado que existiría eso en la trastienda del señor Petter! —exclamó Frank con una gran carcajada.

—Pues si eso te parece extraño… no te puedes imaginar lo que encontré cuando moví el armario del sótano —comentaba la joven con entusiasmo.

—¿Qué? Dime, ¿qué encontraste? —increpaba Frank entre risotadas.

—Esqueletos… —Agachó su rostro hacia el del hombre y, tapándose la boca con sus manos, continuó—: de toda clase de animales.

—¡Qué asco! ¿Cómo puedes trabajar ahí? —Frank arrugó la nariz sin dejar que la sonrisa se eliminara de su rostro.

—Porque me encanta tener un sueldo. Me da independencia. No soy como las demás mujeres que buscan un hombre para que las mantengan. Yo deseo comprarme un coche, ir de compras, tomarme un delicioso y caro helado de alguna heladería de Manhattan y poder asistir a alguna fiesta donde se pueda bailar charlestón.

—¿No buscas esposo? —preguntó Gabriella, sorprendida.

—Si ha de llegar, llegará. Pero no es una de mis prioridades —contestó Fabia, acompañando sus palabras con un dulce rostro infantil.

Ambos hombres sonrieron mientras Gabriella se enfadaba. Viendo que su madre estaba a punto de volver a soltar una enorme lista de injurias a la *Madonna* o incluso a la vida misma, Frank se ofreció para acompañar a Fabia hasta su hogar. Ella aceptó encantada y, tras despedirse de sus anfitriones, salieron fuera. Justo en el instante que este cerró la puerta, escuchó a su madre gritar y a su padre intentar apaciguar su furia con palabras llenas de ternura.

—No te preocupes, se le pasará. —La tranquilizó al verla angustiada—. Quiere ser mi casamentera y hasta que no lo consiga, no parará.

—Pues se lo toma muy a pecho. Si la hubieras visto llegar a mi casa y arrastrarme hasta aquí con la excusa de que bebiera el mejor zumo que he tomado…

—Lo siento, así es mi madre —se excusó entre risas.

—No te preocupes, la mía es igual. Piensa que si alguno de sus hijos se queda soltero traerá una desgracia a la familia. Pero imagino que olvidará esa tontería con el paso del tiempo.

Frank suspiró.

—¿Sabes? Yo pienso igual que tú, aunque mi negación por el matrimonio es por otra razón distinta.

—Bueno, yo no veo justo que lo primero que debe hacer una mujer cuando se casa es perder sus apellidos. Es como si tuviese que eliminar su pasado de un plumazo, como si…

—No tuviese vida hasta que decidió contraer matrimonio… —dijo Frank, algo melancólico.

—Sí… algo así —Fabia lo miró sorprendida. Por la expresión en el rostro de su acompañante, pensó que estaba recordando la tortura de un desamor. Ella mejor que nadie sabía lo que podía llegar a sufrir por una cosa así. Intentando ser amable, le cogió el brazo y continuó charlando—. Me gustaría ver mundo. Quiero ir a teatros, a cines. Aparecer en fiestas y bailar… —Retiró su mano y comenzó a dar vueltas y vueltas por la calle.

Frank la observaba en silencio y sonreía al mismo tiempo que ella lo hacía. Su pelo se extendía por su espalda y se alzaba en cada giro. Estaba embelesado. Le parecía tan deliciosamente bella que se sintió sucio al imaginársela abrazándolo o besándolo.

Intentó mantener las distancias cuando la punta del pie derecho de Fabia se metió en un socavón de la acera y perdió el equilibrio. Ella cerró los ojos para no presenciar el impacto que iba a sufrir, pero notó cómo los brazos de él se aferraban alrededor de su cuerpo, evitando la caída. Levantó los párpados y lo observó tan cerca de su cara que se sonrojó más por esa cercanía que por la torpeza del tropiezo. Entonces fue cuando sucedió. Seguro que, si lo hubiese pensado, no lo habría hecho. Pero al verlo tan próximo a ella y mostrando en sus ojos atisbos de preocupación, se acercó a los labios del hombre y le ofreció un tierno y delicado beso.

Frank no se apartó. Se quedó anonadado al sentir la calidez de la boca femenina. Desde que la había visto aparecer en su casa, en lo único que había pensado era en besar sus suaves labios, pero no le parecía justo que una muchacha tan joven y con las ideas tan firmes la involucrara en una relación que la tendría en su cama un par de días. Sin embargo, al pensar en ello, se enfadó consigo mismo porque en ningún momento la había comparado con una de sus amantes; es más, ni se había planteado ponerla en esa categoría. Tan solo se había dicho que no quería tenerla en su cama solo un par de días.

—Lo… lo siento —balbuceó Fabia mientras posaba sus pies en el suelo y se apartaba del cálido cuerpo varonil.

—No te preocupes, no ha sido nada —restó importancia a lo que había sucedido para que ella no se sintiera mal, aunque para él había sido algo parecido a una hecatombe mundial. En su mente aparecía la imagen que había visto en la tele un par de veces, esa en la que dos trenes chocaban de frente y salían unas palabras en mayúsculas diciendo: CHOQUE INEVITABLE.

—Por supuesto. Esto no ha sido nada ni yo he sentido nada. Si me disculpas — empezó a andar hacia atrás y su rostro mostró ira.

—Fabia, yo no quise decir… De verdad que… —intentó excusarse.

—¡Cállate! —Levantó su mano derecha y le hizo silenciar. «Ahí está la sangre italiana», pensó Frank—. Ni se te ocurra decir una palabra más.

Se giró y, dando grandes zancadas, se marchó a su hogar.

Frank se quedó con la mirada clavada en la ventana de la joven. Inmóvil y aturdido, observaba cómo la gente que pasaba por su lado murmuraba sobre él, pero no le importó en absoluto lo que pensaran aquellos que lo contemplaban. Lo primordial era que había sido un bocazas y que la chica huía enfadada y humillada. «¡Maldito imbécil!», se repetía sin cesar. «¿Por qué narices le has dicho que no ha sido nada cuándo sí que lo ha sido?». Metió su mano en el bolsillo derecho, sacó el paquete de cigarrillos, lo machacó con saña y lo tiró a la basura.



Cuando regresó a su hogar, Fabia entró como una yegua desbocada. Pegó un gran portazo y, bajo las atónitas miradas de su familia, que fueron incapaces de preguntarle qué le sucedía, se dirigió hacia su dormitorio maldiciendo a su destino. Estaba cabreada consigo misma porque no entendía la razón por la cual se había rendido con tanta facilidad al deseo de rozar aquellos perfilados y sensuales labios. Se acercó a la ventana, retiró de un golpe las cortinas que le impedían ver qué había tras ellas y, al contemplarlo allí parado, mirando hacia

donde ella se encontraba, sintió cómo su corazón se oprimía. Su esbelto cuerpo inamovible. Sus ojos azul mar, todavía asombrados por la situación, buscaban los suyos. La melena rubia, inimaginable para el hijo de una verdadera italiana, se movía al ritmo de la brisa que acababa de levantarse.

Bufó con fuerza y se apartó del cristal. El hombre más seductor que había conocido estaba allí plantado, preguntándose qué había sucedido mientras ella corría para resguardarse de su acto infantil. Arrugó su frente, enfadada, y se dijo que ella era una mujer cabal y no una adolescente movida por unas descontroladas hormonas. Se giró sobre sus talones y cayó de bruces sobre la cama. Necesitaba algo de tiempo para reestructurar su mente. En ningún momento pensó, al regresar a su hogar, que encontraría de nuevo un hombre que hiciera añicos todos sus sueños.

Sin embargo, al cerrar sus ojos y presionar la almohada sobre su cabeza, tan solo mostraba imágenes de él: su sonrisa cuando hablaban de las aventuras en la tienda, las miradas de asombro que puso al comentarle a Gabriella que ella no buscaba esposo, o cómo, sin darse cuenta, había rozado su mano al verter más limonada, que ella odiaba con toda su alma, en el vaso. «¡Me hubiera bebido el vaso lleno de cicuta!», pensaba mientras la rabia aumentaba. Una y otra vez se decía que había nacido para ser libre y no para estar esperanzada al amor que un hombre estuviese dispuesto a ofrecerle.

A pesar de obligarse a apartar de su mente el rostro sonriente de Frank o de abandonar la sensación que había notado en su cuerpo cuando este le rozó, fue incapaz de hacerlo. Se sentó en la cama, puso su almohada en la boca y gritó con toda su fuerza. Pero, aun así, escenas en las que se veía desnuda y acariciada por él sucedían como si de una película se tratase.

De repente, se acordó de algo. Se levantó y buscó en el cajón de su mesita un pequeño objeto que la había acompañado durante años. Lo cogió con cuidado y lo miró durante un rato. Era un reloj de bolsillo plateado que su padre le había regalado al cumplir los dieciocho. Tras dos años de intenso noviazgo con Stefano, ella decidió dejar la relación porque no quería verse incluida en un mundo de maldades y delitos. Al principio, el muchacho no se lo tomó nada bien y, resignada, tuvo que poner kilómetros entre ellos para mantenerse a salvo. Fue el mismo día de su partida cuando su padre se acercó y le ofreció el reloj: «Sé dueña de tu tiempo…», le dijo mientras la abrazaba.

Y así lo hizo. Gracias a la ayuda de su tía materna, emprendió un nuevo camino donde la esperanza de una vida mejor era su principal objetivo. Pero ahora, tras regresar de su

forzoso exilio que duró casi cuatro años y segura de que las frías manos de Stefano no la amarrarían, puesto que este había fallecido en una trifulca callejera, se encontró con un problema mayor. Uno del que no sabía cómo escapar salvo huyendo de nuevo.

—¿Fabia? —preguntó su madre tras la puerta del dormitorio.

—Estoy bien. No ha sido nada… —comentó entre resoplidos.

—La última vez que me dijiste eso, te marchaste de mi lado durante una larga temporada —espetó.

—No voy a irme, tan solo necesito algo de tiempo…

Se levantó y caminó hacia la puerta, la abrió e intentó ofrecerle la mejor de sus sonrisas.

—¿Tan mala estuvo esa limonada? —preguntó la mujer al ver cómo su hija fingía encontrarse bien.

—No, *mamma,* estuvo demasiado buena…

Su madre la observó con una mezcla de preocupación y cariño. Fabia intentó mantener la fachada, pero las emociones que la embargaban eran demasiado intensas. La madre de Fabia suspiró, entendiendo que su hija necesitaba espacio para procesar lo que estaba pasando.

—Está bien, querida. Tómate tu tiempo. Solo recuerda que estoy aquí si necesitas hablar —dijo, acariciando suavemente la mejilla de su hija antes de retirarse.

Fabia cerró la puerta y volvió a sentarse en la cama, sosteniendo el reloj en sus manos. Se perdió en sus pensamientos, recordando los momentos de su vida que la habían llevado hasta este punto. Sabía que no podía seguir huyendo cada vez que las cosas se complicaban. Tenía que enfrentar sus miedos y decidir qué quería realmente para su futuro.

Capítulo 3



Más arrugado que una pasa, Frank seguía dándole vueltas a los acontecimientos. Ni meterse en una bañera con cubitos de hielo le habría servido de nada. No solo estaba confuso, sino también cabreado. ¿Por qué el destino le daba una patada en el culo? ¿Por qué pensaba en Fabia, en su beso y en cómo sería tenerla a su lado? Aquello era nuevo para él y no tenía ni idea de cómo debía actuar. Desnudo, deambulaba por su piso sin parar. Necesitaba encontrar una respuesta, por muy simple que fuera, a esa encrucijada mental que sufría.

Era cierto que Fabia era la mujer más bella que había visto hasta el momento. Su melena lisa y oscura ocultaba un rostro infantil lleno de magia. Se imaginó que el brillo tan especial que emanaban los ojos de la joven se debía a que todavía era pura. Esa idea lo puso en alza y sintió cómo su miembro reclamaba lo que pensaba que era suyo. Intentó no reflexionar en la tirantez que tenía entre sus piernas, llevó dos dedos hacia su boca y la rozó despacio. Nunca un roce tan suave le había provocado tanto desastre. Sonrió al imaginar la cara que pondría su madre al llevarle por fin la noticia que tanto esperaba.

«¡Idiota! ¿Cómo puedo pensar en eso cuando le he dicho que no he sentido nada? Primero tendré que hablar con ella, explicarle que mis palabras no fueron las más acertadas y, cuando me perdone, le diré que pienso, creo, imagino, estoy seguro de que... me estoy enamorando de ella». Abrió los ojos como platos al darse cuenta de lo que había pensado. Unas horas antes no tenía intención de prendarse de nadie. Es más, había aceptado con agrado la proposición que Isabella le había hecho en la fiesta del señor Baker y, ahora, sentía que sin la sonrisa de Fabia no podía vivir. Le resultaba odioso tener que visitar a la *donna* del club para averiguar el trasfondo de aquella inusual invitación.

Caminó hasta el dormitorio y una sonrisa tonta se dibujó en su rostro. Imaginó a

Fabia tendida en la cama, esperando su regreso, y por una vez en su vida se sintió satisfecho de volver al hogar. Se vistió deprisa y recuperó la mirada sombría del policía que era. Antes de aparecer por la tienda del señor Petter e invitar a Fabia a un nuevo paseo que terminaría de una forma muy distinta al anterior, tenía que zanjar el tema Isabella. Averiguaría quién la había invitado y con qué fin. Se colocó su sombrero gris y se alejó de allí con paso firme hasta llegar al club.

El local estaba al principio del barrio Washington Heights, muy cerca del río Hudson y del famoso puente George Washington. La zona, bastante peligrosa al caer la noche, era conocida por sus diversos trapicheos. La policía, aunque al tanto de los movimientos, hacía la vista gorda porque les salía más rentable mantener a sus agentes con vida que muertos. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y se dirigió hacia la gran entrada de madera del bar. Antes de poder tocar la puerta para abrirla, una enorme sombra apareció tras él. Se giró hacia ella y, aun midiendo más de un metro ochenta, tuvo que levantar la barbilla para averiguar de quién se trataba. En medio de la oscuridad, unas líneas blancas surgieron de aquel rostro, iluminadas por las luces de la calle.

—Buenas noches, soy el agente Frank Stilmet —comentó con serenidad. Hasta ese momento, ser quien era le había dado ciertos privilegios y esperaba que esa noche los continuara manteniendo.

—Buenas noches, señor. Le doy la bienvenida. Antes de dejarle pasar, tengo que informarle sobre las normas que posee el club. —El hombre de color estiró las manos hacia el suelo y, como si estuviese recordando las notas de un papel, alzó la mirada al cielo y continuó—. No es un local de lucha, por lo tanto, no se admiten peleas. En el caso de que se produjera alguna, todos los implicados serían, cortésmente por supuesto, invitados a salir del lugar. No se beberá nada que la ley haya prohibido. Y como última norma…

—No hace falta que sigas —lo interrumpió Frank en tono burlón—. Tan solo he venido a hablar con la señorita Isabella Falco.

Durante unos instantes el portero pareció fruncir el ceño y arrugó la nariz como si estuviese a punto de golpear la bonita cara de Frank. Sin embargo, se mantuvo inmóvil. Hizo regresar la sonrisa a su duro rostro y continuó.

—Y como última norma, le indicaré que no está permitido hablar con la dueña de nuestro exquisito club. Si se la encontrara, no se acercará. De lo contrario, será invitado a salir. —Agachó su cabeza hasta quedar su nariz pegada a la de Frank y dijo entre dientes—. Y de verdad, señor, que eso no es lo que deseo hacer.

—Entiendo... —murmuró el agente sin pestañear ni atemorizarse de tal insinuación—. Pues entonces te comentaré que tan solo he venido para disfrutar de un divertido espectáculo.

—Perfecto entonces. —Echó un paso atrás, alargó la mano hacia la manivela de la puerta y la abrió para dejar pasar al nuevo cliente—. Que tenga una estupenda velada.

—Gracias, la tendré —dijo mientras entraba al local sin apartar una mirada desafiante hacia el guardián.

Una vez que sus pies bajaron las escaleras y pisaron la amplia sala, se quedó boquiabierto. Nunca se había imaginado que un lugar tan tétrico diera vida a un salón de espectáculos tan elegante. Las paredes estaban decoradas con un sofisticado papel tapiz dorado, y una araña de cristal colgaba del techo, bañando la estancia en una luz cálida y acogedora. A pesar de que una espesa nube de humo ocupaba el ambiente, se podían contemplar unas quince mesas de roble oscuro rodeadas por unos tallados sillones. Estas estaban estratégicamente colocadas para que los asistentes no apartaran la vista del escenario que tenían en frente. Un cuidado telón rojo escondía aquello que los actores no querían dejar ver. En el momento que Frank entró, una chica de color salía al escenario y se preparaba para cantar. Parecía nerviosa porque miraba inquieta a los asistentes. Alguien emitió un chiflido y le gritó: «¡Vamos, preciosa!». Más que ayudarle, la alteró un poco más. De repente, estiró las manos, respiró profundamente y, mirando a los focos que la alumbraban hasta dejarla casi ciega, comenzó a cantar. Al principio, su voz era apagada, pero era tan cálida que empezó a desaparecer el murmullo de los clientes al hablar. Poco a poco, la muchacha tomaba algo más de confianza y fue ofreciendo el talento que escondía.

Stilmet no apartó la vista de la niña. Le parecía increíble ver cantar a un ángel y en aquellos momentos lo estaba haciendo. Sin querer llamar la atención, caminó despacio hasta la barra del bar, se quitó el sombrero y le dijo al camarero:

—Una pinta fría.

El muchacho se giró, cogió una jarra de cristal, se agachó y cuando se levantó, una cerveza con abundante espuma colmaba el vaso.

—¿Qué te debo? —preguntó sin dejar de mirar a la chica que hacía reverencias porque el público se había levantado y le aplaudía.

—A esta ronda invito yo. —La sensual voz de Isabella surgió de repente.

Frank se llevó la jarra hacia sus labios y bebió despacio. Levantó la mirada y la

contempló. Su pelo oscuro estaba suelto, sus labios rojos daban la nota de color a aquel lugar y su vestido negro de lentejuelas la hacía brillar como una estrella. Tras el sorbo, colocó el resto de la cerveza en el mostrador y apoyó los codos. La voz de la joven hizo que sus pupilas se dirigiesen de nuevo hacia el escenario mientras que Isabella caminaba hacia él.

—Buenas noches, Frank Alexander Stilmet.

—Buenas noches, Isabella Falco —la saludó inclinando levemente su cabeza, pero no apartó la mirada de la niña.

—Canta como los ángeles, ¿verdad? —comenzó a entablar conversación con el agente.

—Sí. Es increíble cómo una chiquilla tan pequeña pueda tener ese don.

—Se llama Anne Holiday y no tiene más de catorce años —dijo Isabella, colocándose al lado del agente y llevando el cigarrillo hacia sus sensuales y voluptuosos labios rojos—. La conocí hace unos días. Estaba dando un paseo cerca del Central Park cuando se acercó a pedirme trabajo. Le pregunté qué deseaba hacer y ella me contestó: cantar. Así que hice su sueño realidad. Ahora espero que deje aparcado lo que antes hacía y continúe con esto —comentó, como si la niña le hubiese despertado algún fantasma de la infancia.

—Debe sentirse orgullosa al tener una protectora como tú —dijo Frank, consciente de las insinuaciones de la mujer.

—Velaré por ella durante un tiempo. Si no me decepciona, la protegeré. Pero si, por el contrario, vuelve al lugar de donde vino, la olvidaré. ¿Te parece mal? ¿Crees que soy mala persona? —Se giró hacia él y soltó con elegancia el humo que contenían sus pulmones.

—Para nada. Me parece que la niña ha conocido a su hada madrina... —quiso halagarla con tanta elegancia que Isabella comenzó a reír sin parar.

—¡Qué cursilería! —exclamó—. En el fondo soy una mujer de negocios, señor Stilmet, y ella es una gran inversión para mi club. Si lo hace bien, yo estoy bien; si lo hace mal, la despido —explicó tan convincente, que por un momento Frank creyó en la totalidad de sus palabras.

Pero instantes después, cuando observó la mirada de cariño que le ofreció a la joven cuando esta se bajó del escenario y pasó por su lado, confirmó que Isabella quería tan solo ocultar, bajo la apariencia de una mujer cruel e inhumana, una personalidad cálida, cariñosa y comprensiva. El porqué, no lo sabía, pero con el tiempo lo averiguaría, lo mismo que indagaría sobre los enigmas que lo condujeron hasta ella.

—¿Qué te parece mi local? —inquirió curiosa. Sus pestañas oscuras bajaban y subían despacio, mostrando sensualidad a las vivas pupilas marrones. Sus labios se movían con erotismo al atrapar el filtro del cigarrillo e inclinaba la cabeza hacia atrás para exhalar el humo.

—Me has dejado impresionado. Pensé que sería un lugar donde los gánsteres pondrían con tranquilidad sus armas sobre las mesas y charlarían amenamente mientras una decena de prostitutas caminarían por los alrededores buscando clientes —contestó burlón.

—Cuando descubrí que mi madre era la dueña de este lugar, no me lo creí. Vengo de España y allí no existen los clubs, sino desastrosos burdeles en los que los habitantes son conocedores de lo que allí se ofrece. Sin embargo, cuando entré por esa puerta, comprendí que tanto el local como yo necesitábamos una vida nueva —hizo una leve pausa y prosiguió—. The Blue Sky lleva abierto casi dos años y no he tenido ni quejas, ni redadas, ni peleas —comentó con orgullo.

—No sabía que tu madre... —La miró con tristeza.

—Cosas que suceden en una típica historia de adolescentes: chica conoce a muchacho. Se enamoran y ella queda embarazada. Él decide no querer saber nada de ella ni del bebé, así que la despechada mujer se marcha tan lejos de su amante que abandona el país. En dicho lugar conoce a un hombre y este se convierte en su marido, alegando que tener una hija de otro no le importa y que la querrá como si fuera suya. Tras años de matrimonio, ese esposo decide que la cónyuge es bastante vieja y desea mantener relaciones con la hija, cobrándole, a través de sexo, el tiempo que ha sido alimentada con su dinero. La niña se niega, pero él la somete. La hija no desvela nada a su madre porque su padrastro le grita en el oído mientras la viola que es ella la culpable de sus pervertidos deseos. Al final, la madre descubre todo, mata al bastardo y huye con la hija, pero... el destino es traicionero y cuando piensan que la vida les puede dar otra oportunidad, no lo consiguen. La madre empieza a trabajar en un miserable burdel de las afueras de la capital para poder conseguir algo de comida. No tienen una buena vida, pero les da igual porque lo principal es que están juntas. Sin embargo, un día descubre que la madre sufre una enfermedad incurable. Entonces esa madre, casi sin aliento, le desvela a su hija su verdadera historia... —Isabella frunció el ceño y su labio superior se torció levemente hacia la derecha. Se giró y apagó el cigarrillo con fuerza sobre el cenicero del mostrador. Luego se volvió hacia el agente, aparentando no sentir dolor y mostrando la mejor de sus sonrisas—. Pero no hablemos de cosas tristes que no tienen solución. Me agrada que te haya gustado mi pequeño local, al igual que me satisface descubrir que esta noche has abandonado tu casa de la bella Manhattan para aceptar mi invitación.

Frank evitó expresar la sorpresa ante la revelación. Esbozó una sonrisa de oreja a

oreja y, sin apartar la mirada de los ojos castaños, habló.

—Veo que no soy el único que hace bien sus deberes...

—Siempre fui cauta con los hombres que invito a besarme —Isabella se acercó a Frank, acercó su boca al oído y, rozando con sus labios el lóbulo, le preguntó—. ¿Te arrepientes de haber venido?

—No —murmuró el hombre, medio ahogado por la excitación. Por mucho que intentara pensar en otra cosa que no fuera la sensualidad y la atracción peligrosa que aquella mujer le hacía sentir, no conseguía eliminarla. Su cuerpo no era racional en aquellos instantes.

—Me alegra escuchar eso... —susurró de nuevo, rozando el cuello del agente con su boca.

Frank llevó sus manos hacia la diminuta cintura e intentó continuar el juego que se había iniciado entre ellos, pero Isabella se echó hacia atrás al adivinar sus intenciones. Con una sonrisa lujuriosa, caminó hacia una salida sin dejar de mirar al agente, quien respiraba entrecortado al prever qué sucedería entre ellos segundos después de traspasar la puerta.

A pesar de querer correr tras ella, dejó que desapareciera. Contó hasta veinte y luego caminó con firmeza hacia la puerta. Cuando la abrió, la descubrió mirándolo. Sin vacilar, se abalanzó sobre ella, la pegó contra la pared, le alzó las manos sobre la cabeza y la besó con tanto ímpetu y ansiedad que durante casi un minuto dejaron de respirar.

—¿Quieres matarme? —Isabella jadeaba.

Frank sonrió contra sus labios, sabiendo que había cruzado una línea de la que no había retorno. Aceleró el ritmo de sus caricias, explorando cada rincón del cuerpo de Isabella con una pasión desbordante. Ella respondió con igual fervor, moviéndose contra él, buscando más de su contacto. Entre cortos jadeos, ella sonrió al notar hacia dónde se dirigían las duras y fuertes manos.

—¿Vas a llevarme hasta el límite del placer? —murmuró, rozando los labios masculinos.

—¿Desde cuándo el placer tiene límites? —Apartó la lencería femenina y condujo su mano hacia el cálido lugar—. Me encanta… —dijo a duras penas.

—¿El qué? —Se abría más para él, dejando que su aliento saliese entrecortado.

—Que me desees… —Agarró las muñecas con una sola palma, la besó con pasión y metió un dedo dentro de su cuerpo.

Isabella cerró los ojos y se dejó llevar. No podía fingir algo que no podía sentir. Era

una lección que había aprendido de su madre cuando ella le preguntaba por qué gritaba tanto al acostarse con los hombres: «Como de todas formas he de hacerlo, es mejor disfrutar y que me paguen por eso. Además, un cliente satisfecho no buscará sustituta y eso nos interesa», respondía sin pudor.

—Eres tan bella… —los murmullos de Frank la hicieron regresar. Este hacía deslizar su vestido por su cuerpo—. Eres una diosa y yo un miserable por aceptar esta ofrenda.

Frank la miró a los ojos e intentó descubrir si en ellos encontraba algo de lo que había venido a buscar. No halló nada, tan solo deseo y pasión. Posó sus manos sobre los hombros femeninos y los acarició lentamente. Luego prosiguió sus caricias hasta conseguir ocultar bajo sus palmas los firmes y turgentes pechos. Volvió a levantar la mirada hacia la mujer, necesitaba encontrar algo que le hiciera parar porque de lo contrario estaba perdido en el deseo. Isabella echó la cabeza hacia atrás y gimió ante el tacto y el agente se dejó llevar. Utilizó sus dedos como pinzas y presionó con fuerza los alzados pezones. La mujer abrió más las piernas y se ofreció por completo. Frank se arrodilló y, sin apartar las manos de los pechos, guio su boca hacia el centro cálido. Deseaba averiguar a qué sabía el engaño de una pecaminosa fruta. Tras el paso de la primera caricia con su lengua, Isabella se debilitó y perdió el equilibrio. El hombre fue ágil y la sujetó entre sus brazos.

—Ven. Aquí estarás mejor —le dijo con voz estrangulada por el deseo.

La llevó hasta la cama y la posó despacio. Manteniendo las manos en su cuerpo, consiguió regresar hasta el centro de su sexualidad. La volvió a acariciar y sintió en sus papilas la esencia de la mujer que tenía a su lado. Esa mezcla de salado y miel empezó a parecerle el mejor elixir que había probado. Duro y excitado, se retiró y con premura, se desnudó bajo la atenta mirada de la mujer.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó, ardiente de deseo.

—Mucho… —Se incorporó y, colocándose a cuatro patas, anduvo como la felina que era. Posó su boca cerca del duro y erecto miembro y lo lamió como si fuera un helado.

Frank gritó ante el toque y empezó a temblar. Si volvía a tocarlo de aquella manera, explotaría. Pero antes de poder explicarle que estallaría como un volcán, sintió el calor de la boca alrededor de su sexo. Dirigió sus palmas hacia el cabello enmarañado de Isabella y lo apartó para ver mejor su rostro. Ella alzó la mirada y al observar cómo Frank se arrastraba al mundo de gozo por el que lo conducía, se sintió vanidosa.

—No sigas —tiró del pelo con suavidad y la apartó a pesar de escuchar pequeños gruñidos de disgusto—. Isabella, no hagas eso…

La mujer lo miró y se echó sobre la cama. Él se tumbó sobre ella y la besó con frenesí. Plegó las piernas femeninas y se introdujo en su interior. Como una bestia fuera de control, empezó a zarandearla, conduciéndola hacia el mundo de satisfacción que ambos buscaban. Al mismo tiempo que el clímax recorría el cuerpo de Isabella y le hacía levantar la cabeza para gritar en la boca del hombre, este sentía cómo su pene temblaba y se sacudía como el látigo de un domador de leones. Clamó al cielo al notar correr su semen en el cuerpo del deseo. Y cuando las sacudidas se vieron reducidas a unos leves escalofríos, se tumbó a su lado y, mirándola a los ojos, empezó a acariciarle el pelo. No hablaron. Se mantuvieron en silencio, ofreciéndose caricias hasta que se abrazaron y se quedaron dormidos.

Cuando Frank se despertó, la observó durante unos minutos. Seguía abrazada a él y respiraba con tranquilidad. Algunos mechones rebeldes tapaban facciones de su hermoso rostro. La sábana se había deslizado por su cuerpo y dejaba al descubierto un bonito pecho. Levantó su mano derecha y apartó el cabello para poder contemplarla mejor. Era preciosa incluso dormida y despeinada. Frunció el ceño al rememorar lo que allí había pasado. Nunca se había imaginado que Isabella se entregase a un hombre con tanta facilidad y menos a un simple policía. Con más dudas que respuestas, levantó la mano de la mujer que lo aferraba y la colocó sobre la almohada. Se levantó despacio y mientras se vestía la seguía observando. «¿Qué estás escondiendo, Isabella Falco?», se preguntaba incesantemente.

Ojeó a su alrededor y no halló nada que le llamase su atención. Era tan solo la habitación de una mujer en la que colgaban numerosos vestidos de su armario, y la cómoda se llenaba de botes de perfume. Nada que le diese alguna pista sobre lo que venía buscando. Se acercó despacio hacia la mesa que se encontraba al lado de la cama y echó un vistazo a los papeles. Se trataban de posibles ofertas de compra del local. Arrugó la frente al ver un nombre conocido. «John Rossi…». Se giró para marcharse y de repente una cosa minúscula hizo que se parara en seco. Apartó unos informes para poder cerciorarse de su hallazgo. «¿Dos colillas de diferente marca?», se preguntó con decepción. Había dado por supuesto que John tenía algo que ver con Isabella, pero en un principio su teoría era errónea, puesto que Rossi no fumaba. «Quizá solo quiera el local y sea otro quien esté detrás de esta artimaña sexual», se dijo al mismo tiempo que volvía a mirar a la mujer. Se ajustó la gorra y se alejó de allí.

Capítulo 4



Desde lo sucedido un año atrás, no había apartado la vista del policía. A pesar de tenerlo todo controlado, él era el único cabo suelto que le quedaba y, por mucho que estudiaba la manera de hacerlo desaparecer, no la hallaba. Ni la familia del policía ni su entorno le ofrecía la solución que necesitaba para conseguir tal fin. Sin embargo, no se daba por vencido en su empeño. Fue toda una sorpresa encontrar aquella noche a la mujer y sentirse atrapado por la seducción que esta desprendía. Sabía que, si él podía caer entre los suaves aleteos de las oscuras pestañas, Stilmet también sucumbiría a sus encantos. Así que ideó un plan.

En primer lugar, indagó, gracias a sus contactos, sobre quién era ella y cuál podría ser su punto débil porque si no aceptaba su proposición tras ofrecerle una respetable suma de dinero, tendría que utilizar otra alternativa menos amigable. La primera reacción que tuvo su cómplice al averiguar la posible debilidad femenina fue prohibirle rotundamente que se acercara a ella. Si sus sospechas eran ciertas y John Rossi había puesto sus ojos en la mujer, todo el mundo debía mantenerse alejado porque nadie en aquella ciudad estaba lo suficientemente loco como para molestar a la *donna* de un Santoro. Pero a él le dio igual. Sabía que durante un mes John había abandonado la ciudad para atender los negocios de su padre en New Jersey y aprovechó ese tiempo para hacerle creer que estaba secuestrado y que de ella dependía la vida del hombre. Sonrió orgulloso de su logro. Contaba con treinta maravillosos días para realizar su plan y eliminar todo tipo de rastro. Y con eliminar se refería también a dar por terminada la vida de Isabella, puesto que su cómplice tenía razón; si la familia Santoro descubría que la había extorsionado y que John podía sentir algo por la mujer, tarde o temprano sería él quien aparecería flotando por el Hudson.

Miró a ambos lados del callejón y, una vez que confirmó que estaba solo, sacó las manos de los bolsillos y las aferró a la baranda. Muy despacio y sin hacer apenas ruido, fue

subiendo las escaleras de emergencia hasta llegar a la habitación de Isabella. Se acercó a la ventana y sonrió al verla en la cama con el agente. El enemigo ya había mordido el anzuelo, ahora le faltaba dar el siguiente paso. Emocionado y excitado por la escena de sexo que observaba, notó cómo su pantalón se alzaba. Al principio se sintió confundido. Sus erecciones eran cada vez más reducidas y también más selectas. No podía concretar el momento en el que su miembro dejó de levantarse por una mujer adulta. Era más, para poder concebir a sus hijos tuvo que meter en la habitación a una jovencita que, pagada con una gran cantidad de dinero, aparecía desnuda y se toqueteaba ante sus ojos mientras que su esposa se tapaba los ojos con cintas de seda para no ver lo que allí sucedía. Sin encontrar la razón de su erección, se llevó la mano al cinturón, se lo desabrochó y, sin apartar la vista de los amantes, comenzó a masturbarse.

Mientras veía cómo Frank arremetía en el interior de la mujer, él se apretaba con más fuerza el miembro y más rápido movía la mano. Ojeó sorprendido las gotas de semen que empezaban a salir de su excitado pene. Proveyendo la llegada del clímax, apretó con la otra mano los testículos y tiró de ellos. Abrió la boca y cerró los ojos para imaginarse que aquellas manos eran la boca de dos niñas que le ayudaban a culminar el éxtasis. Su cuerpo empezó a vibrar y aparecieron unos silenciosos gemidos. El semen salió disparado manchando el pantalón. Tras recobrar la respiración, cogió el pañuelo que guardaba en su bolsillo y se limpió. Cuando hubo terminado, volvió a observar a la pareja que yacía abrazada. «¡Qué lástima haber dejado hoy en casa mi querida Smith and Wesson!». Simuló que sus dedos eran el cañón del arma, apuntó hacia ellos y disparó. Un tiempo después, vio cómo el agente se incorporaba de la cama y merodeaba por el dormitorio. Julian cubrió su cuerpo con el muro de la fachada para que el policía no pudiese descubrirlo. Al volver a mirar hacia el interior, observó que el agente ya no se encontraba dentro. Agarró la ventana, la subió con cuidado y se introdujo en la habitación.

—¿Quién…? —Isabella, todavía adormilada, intentó abrir los ojos y ver con claridad qué la había despertado. En el momento que supo que no estaba sola y quién era la persona que tenía frente a ella, reaccionó con rapidez sentándose en la cama y cubriendo su desnudez—. ¿Qué hace usted aquí? —preguntó con miedo.

—He venido a confirmar que mis órdenes se ejecutan a la perfección —se sentó frente a ella y se encendió un cigarrillo que sacó de su bolsillo.

—¿Ha estado…? —Abrió los ojos como platos y sus mejillas comenzaron a teñirse de un rojo intenso. No era vergüenza sino ira lo que recorría el cuerpo de la mujer. Deseaba con todas sus fuerzas llamar a Joseph y que este le arrancara la cabeza como si se tratase de una pequeña gamba. Pero sabía que, si actuaba así, John estaría en peligro y eso no

lo podía permitir.

—¿Crees que he llegado hasta donde estoy dejando que los demás hagan su trabajo sin mi revisión? Además, he tenido un momento muy placentero viendo cómo te follaba y cómo gritabas de placer.

—¡Maldito seas! —gritó Isabella—. Ahora cumpla su palabra y deje a John en libertad.

—Lo dejaré cuando hayas concluido tu función. —Se levantó con rabia y caminó hacia ella—. Creo que todavía no te has dado cuenta de quién es el que ordena y quién es el que cumple los mandatos, ¿verdad? —Se echó sobre ella y, aunque Isabella intentó apartarse de él, este la atrapó del pelo y tiró con fuerza—. Maldita zorra… —le dijo en el oído apretando los dientes—, tengo que enseñarte mejor.

Amarrando con más fuerza el cabello de la mujer, la arrastró por el suelo. Isabella se llevaba las manos hacia la cabeza y, mientras lloraba con desesperación, pedía piedad y decía una y otra vez que era él quien mandaba y que ella era tan solo una zorra que cumplía órdenes. Pero aquello no calmó la furia del hombre que, haciendo oídos sordos, buscó en la habitación, sin soltar el tirón de pelos, algo con lo que castigar la osadía de la mujer.

—Esto me parece perfecto —sonrió al coger un palo de golf—. Me pregunto qué hace una puta como tú con un bastón tan exquisito. —Agachó la cabeza hacia el rostro de la mujer—. No sabía que jugaras al golf.

—No. Es… es un regalo —balbuceó temblorosa.

—¿Lo has probado? —Sonrió con maldad.

—No.

—Pues ahora lo vas a hacer porque te voy a enseñar lo que es tener un buen *swing*… —dijo, levantando el palo de golf y apuntando hacia ella.

Isabella, aterrorizada, intentó retroceder, pero el dolor en su cuero cabelludo por el tirón de pelo la mantenía en su lugar. Julian levantó el palo de golf y, con una sonrisa sádica, lo bajó con fuerza sobre su espalda. Un grito desgarrador salió de los labios de ella mientras el dolor la atravesaba. La esperanza de ser salvada era nula. Una de sus cantantes había comenzado su pequeño repertorio y nadie podía escuchar los gritos.

—Esto es solo el comienzo, zorra. —Baker susurró con una voz fría, levantando el palo para otro golpe—. Vas a aprender a obedecerme.

Cada golpe que le daba era una mezcla de dolor físico y humillación, recordándole la posición de poder en la que él se encontraba. Isabella intentaba protegerse con las manos, pero era inútil. Sus lágrimas corrían por su rostro mientras su cuerpo se sacudía con cada impacto. Después de lo que pareció una eternidad, Julian finalmente se detuvo, respirando con dificultad, pero con una mirada de satisfacción en su rostro.

—Ahora, espero que hayas entendido tu lugar. —Baker se inclinó hacia ella, tirando el palo a un lado y agarrándola por la barbilla—. Si haces lo que te digo, John vivirá. Si no… —dejó que la amenaza colgara en el aire, su significado claro.

Isabella, temblando y adolorida, solo pudo asentir. Sabía que no tenía otra opción si quería mantener a John a salvo.

—Buena chica —murmuró Julian, soltándola bruscamente y poniéndose de pie. Se ajustó la ropa, recuperando su compostura antes de dirigirse hacia la ventana—. Recuerda que siempre estoy observando.

Sin esperar una respuesta, salió por la ventana tal como había entrado, dejando a Isabella sollozando en el suelo. El dolor físico era abrumador, pero la desesperación y la impotencia que sentía eran aún peores. Sabía que tenía que encontrar una manera de salir de esa situación, pero por el momento, solo podía quedarse allí, tratando de recuperar el aliento y calmar sus pensamientos.

Después de un tiempo que no supo calcular, se obligó a levantarse. Cada movimiento le causaba un dolor punzante, pero no podía quedarse en el suelo. Tenía que encontrar una manera de proteger a John y salir de la trampa en la que se encontraba. Caminó hacia el baño, se miró en el espejo y vio las marcas de los golpes en su cuerpo. Las lágrimas volvieron a llenar sus ojos, pero las contuvo. No podía permitirse el lujo de rendirse ahora.

Mientras planeaba su próximo movimiento, una sola idea se mantenía firme en su mente: no permitiría que Julian ganara. Haría todo lo posible para proteger a John y recuperar su libertad, sin importar el costo.

—¿Señora, está usted ahí? —La criada golpeó despacio la puerta.

—Sí, Emily. ¿Deseas algo? —Isabella giró la cabeza hacia la puerta, que la joven había dejado entreabierta, y esperó a que apareciera, pero esta vez no lo hizo.

—Señora, ha llegado una nota para usted. La ha traído un tal Michael. Dice que es amigo del señor Rossi. También comenta que este le cortará las pelotas si descubre que dicha carta debería haberla entregado hace dos semanas —explicó la joven.

—¿Una nota de John? —Isabella se quedó tan atónita que, a pesar del inmenso dolor y de las heridas, salió con rapidez de la bañera—. ¿Dónde está?

—¡Señora! Por el amor de Dios… ¿qué le ha sucedido? —gritó Emily horrorizada.

—¿Dónde está la nota? —insistió Isabella.

—En su mesa, señora. ¿Quiere que busque a un médico? ¿Llamo a Joseph? —Emily no sabía cómo actuar. Era la primera vez en su vida que se encontraba ante una situación tan desagradable. En el cuerpo de Isabella no había un pedazo de piel sin herir. Sus bonitas pestañas oscuras estaban cubiertas de una sustancia viscosa. Apenas se podían ver las pupilas castañas y los labios, rojos y sensuales, parecían estar cortados con la hoja de una fina navaja.

—No te marches, Emily, porque voy a necesitar tu ayuda.

Isabella cogió la carta y la desdobló. La letra era de John, de eso no le cabía la menor duda. Era el único ser humano que hacía las bes como pes. Con temblores en las manos y un río de lágrimas cayendo por sus mejillas, comenzó a leer:

«Mi querida Isabella,

espero que el capullo de Michael te haya dado la nota porque de lo contrario le cortaré las pelotas. Te escribo porque no me ha dado tiempo a despedirme de ti esta noche. Mi padre me ha mandado con urgencia a New Jersey para que ponga en orden algunos de sus negocios. Intentaré visitar alguna de esas tiendas de sombreros que tanto te gustan y te llevaré uno. No me eches de menos y, por favor, no te metas en líos. Siempre tuyo:

John Rossi».

La leyó tantas veces que sus ojos empezaron a escocer. Permaneciendo de pie a duras penas, dejó la carta sobre la mesa y dirigió la mirada hacia su doncella, quien todavía mantenía un rostro repleto de terror.

—Necesito que empaquetes todo aquello que sea imprescindible —ordenó Isabella sin titubeos, sacando fuerzas de donde no las tenía—. Tenemos que marcharnos de aquí.

—Pensé que el señor Rossi era un hombre bueno…

—Lo es. Es el hombre más maravilloso que he conocido y por eso debemos marcharnos de aquí.

—No la entiendo… —murmuró la chica sin apartar los ojos de Isabella.

—No hace falta que comprendas nada. Lo único que debes saber es que debemos alejarnos de esta maldita ciudad lo antes posible —comentó mientras regresaba al baño.

Apretaba con fuerza la esponja sobre su cuerpo. Si en aquel momento hubiese podido arrancarse la piel a tiras, lo habría hecho. No paraba de pensar en qué tipo de maldad escondía Julian Baker y hasta qué punto odiaba al agente Stilmet como para realizar un plan tan siniestro. La había hecho creer que la vida de John estaba en peligro cuando este ni siquiera estaba en la ciudad. «Eso me pasa por enamorarme. ¿Acaso Marietta no me enseñó que debía evitar sentir cualquier tipo de sentimiento hacia un hombre porque nos hacía tontas? ¿Cómo no se me ha ocurrido ponerme en contacto con John y confirmar lo que ese hijo de puta me decía? ¡No! En vez de eso, me pongo a temblar y acato sin rechistar las órdenes de un maldito psicópata. Soy una imbécil y toda la miseria que me sucede es porque me la merezco», se decía con rabia. Secó con cuidado su cuerpo, alargó la mano hacia un vestido gris que Emily le había colocado en el perchero y, olvidando su dolor, se lo puso.

—Señora, ¿no piensa usted que el señor Rossi esperará una respuesta a dicha carta? —le asaltó Emily al entrar de nuevo en el dormitorio.

—John conocerá lo sucedido a su debido tiempo… —Y con esas palabras dio por zanjada la conversación.

Dos horas más tarde, Isabella y Emily abandonaban The Blue Skay.

Capítulo 5



Frank se levantó con pesadez. Durante la noche, no había logrado conciliar ni una hora de sueño, dándole vueltas a la razón por la cual Isabella se había entregado con tanta facilidad. Descartaba el amor, pues sabía perfectamente que un encuentro fortuito no podía fundamentarse en algo tan profundo. Desechó también el deseo, aunque al mirarse al espejo se decía que, a sus más de treinta años, se conservaba bastante bien. «Hay algo más... Estoy seguro de que escondes algo», murmuró mientras se levantaba de la cama y se dirigía a la cocina para preparar una buena taza de café.

De repente, su mente voló hasta la tarde anterior. Se encontraba junto a Fabia, sonriendo y charlando animadamente. Recordó la sensación de su piel bajo el tacto de su mano y el roce de los labios. «Es preciosa...», pensó mientras una sonrisa de bobo se dibujaba en su rostro. Sin embargo, esa mueca desapareció rápidamente al darse cuenta de que, si Fabia descubría que el mismo día que la conoció se había acostado con otra, lo apartaría de su vida sin pensarlo dos veces.

Comprendía muy bien el temperamento de una mujer italiana; tenía experiencia con su madre y estaba seguro de que Fabia lucharía para separarlo de su lado. Frunció el ceño y resopló con frustración. Lo último que deseaba en esos momentos era vivir una situación así, por lo que debía evitarla a toda costa. Comenzó a idear un plan: conquistaría poco a poco a Fabia y averiguaría más sobre los propósitos de Isabella sin caer de nuevo en sus brazos. «No tiene por qué ser tan difícil, ¿no?», se autorreconfortaba.

Miró su reloj; eran casi las nueve de la mañana. Si estaba en lo cierto, Charles no tardaría en aparecer para comenzar las labores asignadas. Hoy sería uno de esos días en los que el trabajo se haría eterno, no solo porque la jornada duraba más de doce horas, sino porque deseaba tener algo de tiempo para emplearlo en sus dos nuevos propósitos. Se vistió

rápidamente, se colocó el cinturón con el arma y miró de nuevo la cama. Suspiró con nostalgia y, girándose sobre sus talones, se dirigió hacia la salida.

—¡Buenos días, dormilón! ¿Preparado para impartir justicia? —Su compañero apareció justo cuando abrió la puerta, con una sonrisa desmesurada.

—Sí, estoy preparado. —Cerró el portón tras su salida y sin rodeos preguntó a Charles—. ¿Y esa risa burlona?

—Antes de venir, pasé por casa de Gabriella porque pensé que habías dormido allí... —comenzó a explicar mientras andaban por el pasillo hasta llegar a la calle.

—¿Y? —Arqueó sus cejas.

—Me ha hablado sobre el episodio que vivió ayer. Está destrozada porque la chica en quien puso todas sus esperanzas para hacerla tu esposa... no busca casarse —dijo jocoso.

—Ya sabes cómo es la *mamma*. Debía haberse informado antes… —respondió Frank sin querer mostrar ningún sentimiento hacia Fabia. Como decía su padre, nadie debía saber nada de su vida privada, puesto que era eso, privada. Y tal como estaban las cosas en aquel momento, debía mantenerla al margen de cualquier objetivo criminal.

—Dice que es una chica preciosa. —Abrió la puerta del vehículo y se sentó en el lugar del copiloto.

—Lo es… —susurró Frank mientras se sentaba y ponía en marcha el coche.

—¿Entonces? —replicó Charles mirándolo fijamente.

—¿Crees que una mujer deseará tener esta vida? ¿Crees que estará dispuesta a cambiar la tranquilidad que disfruta para esperar el regreso de su marido, vivo o muerto?

—Eso también lo decía Abbie, pero una vez que descubrió la pasión y el amor que le puede dar este agente, borró de su cabecita toda esa tontería. Y mírame ahora, soy el hombre más afortunado del mundo.

—¿La amas? —se atrevió a preguntar Frank.

—Por supuesto, es la mujer de mi vida —afirmó Charles con rotundidad—. Pero al principio no. He de serte sincero, Frank. Cuando conocí a Abbie me pareció la mujer más bonita que había visto hasta ese momento, aunque me casé sin amarla. Sin embargo, todo cambió tras nuestro matrimonio. Me espera sentada en la hamaca y no es capaz de dormirse hasta que yo no entro en casa. Ni te imaginas la cantidad de besos que me regala sin motivo o

cómo me cuida cuando estoy enfermo. Sin olvidar el sacrificio que está haciendo para hacerme el hombre más feliz del planeta. Ya sabes que su vida corre peligro por tener en su vientre a nuestro pequeño, pero ahí está, luchando por conseguir ese esperado nacimiento. Todo eso, Frank, ha hecho que no solo la ame, sino que no pueda vivir sin ella —confesó Charles.

—No lo sabía. —Frank miró de soslayo a su acompañante y notó en su rostro algunos rasgos de dolor. Tal vez el hecho de no haberla amado antes le producía cierto resquemor.

—Cuando entres en casa y veas que la persona con quien convives está esperándote con los brazos abiertos y calma tu inquietud con besos y caricias, todo lo pasado no tendrá importancia —lo miró serio—. Por cierto… ¿dónde vamos? Porque hoy no toca hacer servicio por esta zona.

—Quiero confirmar una cosa… —respondió Frank.

Aparcó frente al establecimiento del señor Petter y, tras divagar durante unos segundos sobre si estaba haciendo lo correcto, salió del coche, se ajustó el cinturón y se dirigió hacia la entrada. Charles también se alejó del auto, pero se marchó hacia un grupo de muchachos que se ensalzaban en una pelea. Tras confirmar que estaba solo, Frank abrió la puerta.

—Buenos días, señor Petter. ¿Cómo ha amanecido hoy? —Su voz se dirigía hacia el comerciante, pero la mirada no se apartaba de la alterada joven que, haciendo una afanosa labor por agrupar aquello que se había caído, no lo conseguía.

—¡Buenos días, jovencito! —respondió con entusiasmo—. Por ahora muy bien. Me alegra verte por aquí. ¿Qué tal tus padres? Hace tiempo que no veo al viejo Alexander merodeando por el barrio —apartó del mostrador unas botellas y extendió la mano para saludarlo.

—El viejo Alexander está ocupado en la cocina. Gabriella no le deja salir de allí hasta que no tiene preparado el almuerzo —respondió al saludo, y ambos se carcajearon ante la afirmación del joven.

—Esa mujer... siempre ha sido de armas tomar. Todavía la recuerdo dando órdenes a todos los que jugábamos al lado de su casa.

—Sí, parece ser que mi madre nunca fue una fierecilla domable —comentó Frank, girándose hacia Fabia, que seguía intentando mantener en equilibrio la caja que tenía entre sus

manos—. Buenos días, ¿has dormido bien?

—Como una marmota —bufó ella, sin ocultar su malhumor.

—Me alegro... —dijo Frank, aliviado de que no se hubiera enfadado más por el incidente del día anterior.

—Si me disculpan, tengo trabajo que hacer —comentó Fabia, airada, antes de volverse para seguir con su labor.

—Dime, Frank, ¿qué te trae hasta mi humilde local? —Las cejas del señor Petter se unieron mientras analizaba la escena entre los dos jóvenes. El muchacho no apartaba la mirada de Fabia y parecía tener la necesidad de ayudarla, pero ahí estaba la chiquilla con todo su orgullo aflorando en la rojez de su rostro, evitando a toda costa dicho auxilio.

—Pasaba por aquí. Esta mañana me ha tocado supervisar la calle y quería saludarle —explicó Frank con tranquilidad.

—¡Gracias a Dios que alguien se preocupa de nosotros, los mestizos! —recalcó Petter—. He ido como unas cien veces a reclamar más vigilancia por estas calles.

—No he sido informado de ello… —Frank entrecerró los ojos, preocupado por lo que estaba escuchando.

—Pues el otro día, sin ir más lejos, cuando cerrábamos la tienda, unos muchachos nos asaltaron con pistolas. Menos mal que tras darles lo poco que había ganado, nos dejaron en paz. A mí me da igual si me disparan, he vivido mucho, pero ella... —señaló con la mirada a Fabia—. Una chica joven, guapa, y contando tan solo con la minúscula fuerza de un hombre de mi edad, es presa fácil.

—¿Cuándo dice que sucedió? —Frank arrugó la frente y clavó la mirada en la joven, que nerviosa no conseguía finalizar con éxito su propósito.

—Hace tres o cuatro días… —Miró a la muchacha—. ¿Verdad?

—Será… —respondió Fabia sin querer observar a ninguno de los dos.

—Fabia, eso es mejor que lo pongas en la estantería. Coge la escalera que está detrás de la puerta y colócalo en la primera balda —indicó Petter con un tono más paternal—. Pues eso —continuó el anciano—, que los mestizos no tenemos derecho a ser protegidos por las leyes americanas.

—No piense así. Sabe que yo también soy mestizo… —contestó Frank sin dejar

de contemplar cómo Fabia arrastraba la pesada escalera de madera hasta colocarla cerca de la estantería de metal para hacer lo que se le había ordenado.

—Tuviste suerte. Ya sabes que las mafias manipulan los altos cargos y estos a la vez manejan a los oficiales. No sé si habrás leído sobre el caso Stelleno. —El viejo cogió las gafas que tenía en su bolsillo, se las colocó y empezó a leer las instrucciones de un bote de limpieza.

—No, no he sabido nada de eso… —Por un momento, Frank se alegró de que alguien en la ciudad no supiera hasta qué punto estaba implicado en el caso.

—Si no me he informado mal, creo que, gracias a la astucia de algún compañero tuyo, han podido meter a toda una familia entre rejas. Es cosa de los jueces si dictamina la culpabilidad, pero me alegro de que en esta mísera ciudad existan hombres como ese. —Petter se quitó las gafas y sonrió al joven—. Por cierto… ¿andas patrullando solo?

—No, estoy con Charles. Pero antes de entrar quería echarles una reprimenda a unos niños que se estaban peleando cerca del pilar. Ya sabe… desde que va a ser padre, anda preparándose —dijo Frank entre susurros.

—¡Bendito hombre de Dios! Nunca imaginé que el joven Charles haría algo de provecho. Recuerdo un niño canijo midiendo sus fuerzas con los muchachos más grandes del barrio —comentó con añoranza.

—Bueno, ahora sigue siendo igual de canijo, pero ya no se enfrenta con los puños sino con una placa —ambos se carcajearon.

De repente, ante las miradas atónitas de los hombres, la escalera comenzó a moverse y Fabia perdió el equilibrio. La joven cerró los párpados y esperó su inevitable final, pero los fuertes brazos de Frank se aferraron a su cintura, impidiendo que se hiciera daño. Al abrir los ojos, observó el sonriente rostro masculino. Los pecaminosos labios estaban de nuevo cerca de los suyos, el aliento del hombre calentaba su tez y, por un segundo, le asaltó la idea de volver a sentir aquella boca sensual unida a la suya.

—¡Chiquilla! —exclamó el señor Petter, preocupado—. ¿Estás bien?

Las campanillas de la puerta volvieron a sonar y, antes de que la muchacha pudiera contestar, se escuchó:

—La próxima vez te peleas tú con esos gamberros y me dejas a mí abrazar a damiselas en apuros —tras sus palabras, Charles comenzó a reír.

—Parece que nuestros encuentros no tienen emoción si no te protejo —susurró Frank divertido.

—No me toques… —dijo Fabia con una mezcla de furia y vergüenza.

—Como quieras —la soltó, y Fabia cayó al suelo de culo.

—¡No seas grosero! —Charles se acercó a ella y le ofreció la mano para levantarse.

—Ella no desea mi ayuda —comentó Frank con voz infantil mientras se cruzaba de brazos.

Fabia aceptó el auxilio de Charles y, sin mirar a Frank, se levantó con dignidad. Aún con el rubor en sus mejillas, trató de recomponerse y continuar con su tarea.

—Discúlpeme, este hombre no sabe cómo tratar a una señorita como usted —sonrió Charles.

—Eso he visto —gruñó ella—. Pero por suerte siempre existirán caballeros con algo de cortesía —se sacudió el vestido y esbozó una tímida sonrisa.

—Señorita, dé gracias a que estoy casado y mi mujer me mataría si tuviese una amante, pero no puedo evitar decirle que es usted…

—Una italiana gruñona y maleducada —terminó la frase Frank con rapidez.

El señor Petter estaba sorprendido ante lo que sus ojos admiraban. Fabia era un vaivén de sensaciones. De repente la veía como un toro embistiendo y, segundos después, sus mejillas ardían por la timidez. Se cruzó de brazos y, sin decir ni una palabra, contempló aquello que parecía que nadie era capaz de ver.

—¿Yo maleducada? ¿De verdad me estás hablando de eso? —Giró su cara levemente hacia la derecha, entornó los ojos y se enfrentó al hombre con un dedo amenazador.

—Sí, yo —sin apartarse de ella hizo que el dedo femenino tocara su tórax.

—Chicos... —dijo al fin el anciano.

—No interrumpa esto, señor Petter, es la primera vez en cuatro años que mi compañero me divierte en una jornada laboral. —Apoyó la cintura sobre el mostrador, se ajustó el arma hacia la derecha y, cruzándose de brazos, se entretenía con lo que estaba sucediendo.

—Charles… —murmuró el anciano.

—¿Sí? —Movió un poco la cabeza hacia el hombre sin apartar la mirada de ellos.

—Estos están… es decir, ¿piensas?

—¡Qué va! Imagino que será la joven que *mamma* Gabriella arrastró ayer hasta su casa cuando Frank fue a visitarla. Quería ser una especie de casamentera, pero cuando la muchacha le comentó que no tenía la menor idea de contraer matrimonio, se puede imaginar qué vino después…

—¡Ja, ja, ja! —Rio el señor Petter—. Pobre Gabriella, sigue con la esperanza de hacer sentar la cabeza a su hijo.

—Más lástima me da mi compañero por tener una madre tan testaruda como ella. Creo que hasta que no consiga su propósito, no parará.

—Sin lugar a dudas, jovencito.

Durante la discusión, Fabia estuvo a punto de darle unos puñetazos en el pecho a Frank. No entendía por qué la enfadaba tanto y, sobre todo, por qué estaba allí. La excusa era tan débil que nadie podía creerla. Con la respiración agitada y muerta de rabia, se giró sobre sus propios talones e, intentando mantener la calma, le dijo a su jefe:

—Si no le importa, llevaré por fin la caja al sótano. —La alzó como si se tratase de una pluma y, pisando con fuerza el suelo, se alejó escupiendo por su boca sapos y culebras.

Frank la miraba sorprendido. No comprendía la actitud arrogante de la joven. Él tan solo quería ayudarla y ella le ofrecía puñetazos en el estómago. Frunció el ceño al acordarse de la información que le había ofrecido el anciano y se preocupó. No llegaba a comprender cómo Fabia no le había comentado nada sobre el altercado cuando hablaron en casa. «Tal vez no sabía que era agente», la excusó. Sin embargo, no podía dejarla sin protección. Era verdad que aquel barrio no era de los más tranquilos y una mujer como ella podía tener un grave problema. Dirigió su mirada hacia los hombres que lo observaban con el rostro burlón y, despidiéndose con un leve movimiento de su gorra, salió del establecimiento. Una vez en la calle, empezó a maldecir el momento en el que había decidido visitar la tienda y comprobar que ella se encontraba bien. Sin lugar a dudas, estaba perfectamente. Caminó hacia el coche policial y se metió dentro con agresividad, cerrando la puerta tan fuerte que podían haber oído el estruendo dos manzanas más a la derecha. Sentado e intentando controlar su respiración, esperó a que su compañero decidiera regresar.

Capítulo 6



Crecido bajo la protección de don Mario Santoro, John Rossi amaba a la familia como si por sus venas corriera la misma sangre. Todos los que lo conocían le llamaban «Jonhy el Santorito». A él no le importaba el apodo; es más, se enorgullecía de ello, pues el único hombre al que había llamado padre era don Mario. Le debía la vida, lo que era y, sobre todo, en lo que se había convertido, porque si no hubiese sido por la piedad del señor Santoro, habría muerto antes de llegar a la adolescencia.

Con tan solo cinco años, su padre lo arrojó a las calles para que robara a los transeúntes. El dinero hurtado lo usaba para sus propios vicios, mientras el pequeño John se alimentaba de las sobras que encontraba en los cubos de basura. Daba gracias a Dios todos los días por hacer que don Mario decidiera tomar un atajo aquel día, el día en que conoció a quien se convertiría en su esposa. John estaba escondido tras un muro y, al escuchar pasos cercanos, salió de su escondite. Caminó hasta el joven Santoro fingiendo una cojera. Al estar a su lado, simuló un tropiezo y, cuando este le ayudó, con gran maestría a pesar de su corta edad, le robó la cartera. Tras darle las gracias, continuó su camino hasta que giró en la esquina. En ese momento, echó a correr hacia su casa. Mientras se alejaba, su mente le gritaba con fuerza que aquel robo iba a cambiarle la vida, y así fue.

Llegó a su hogar y su padre le arrancó de las manos el monedero. Lo abrió y miró el dinero que contenía. Entonces, sin mediar palabra, comenzó a propinarle una inmensa paliza. Le gritaba que no había conseguido suficiente dinero para satisfacerle. Contentarlo significaba robar la cantidad necesaria para que pudiera invertirlo en sus dos grandes adicciones: bebida y prostitutas. En medio de una lluvia de golpes, todo se quedó en silencio. John estaba escondido en un rincón de la cocina, tapándose el rostro con los brazos. Con las rodillas flexionadas hacia su torso para evitar la ruptura de alguna costilla por una patada,

comenzó a estirarse. Alzó la vista y observó algo que guardaría para siempre en la retina. Su padre temblaba. El sudor le caía en cascada por la cara amarillenta, los ojos parecían querer salirse de su sitio y el pantalón empezaba a tener un cerco húmedo en la entrepierna. En el silencio, John pudo escuchar los balbuceos de su viejo, sollozando algún tipo de plegaria.

De repente, el niño dirigió la mirada hacia el hombre que estaba detrás de su padre. Era el mismo al que le había robado minutos antes. En su mano portaba un arma y apuntaba a la cabeza de su progenitor. El extraño clavó el cañón en la parte posterior del cráneo y, tras susurrarle algo que John jamás averiguó, le disparó. John cerró los ojos y cubrió su rostro con las manos para no ser salpicado por los restos que brotaron del impacto. Tras caer el cuerpo desplomado al suelo, el extraño cogió su cartera, la limpió en la camiseta del padre y buscó el dinero que todavía permanecía dentro. Se acercó al niño y, con una sonrisa dibujada en su rostro, le dijo:

—Desde hoy, todo lo que robes será para ti —dejó el dinero sobre la mesa y se alejó del lugar.

—No me deje solo, señor —murmuró el niño al verlo marchar.

—No soy un buen ejemplo para ti, chaval. Acabo de matar a tu padre —comentó sin mirar atrás.

John corrió tras él. Le agarró de la chaqueta y, con lágrimas en los ojos, sollozó:

—Señor, no me deje solo. Moriré.

Mario Santoro lo miró durante unos instantes. Tras meditar qué debía hacer, puso la palma de su mano sobre la cabeza del niño y le susurró:

—Vale, te quedarás conmigo, pero tendrás que cumplir una regla muy importante.

—La que usted quiera, señor. —John apartó sus lágrimas de las mejillas y miró a los ojos al gánster. Quería demostrarle que, aun siendo pequeño, podía confiar en su palabra.

—Tendrás que bañarte todos los días… —Santoro se llevó la mano hacia la nariz y se la tapó con dos dedos.

El pequeño John se echó a reír. Fue la primera vez que escuchó el sonido de su propia carcajada y su corazón se llenó de alegría. Sin pedir permiso, abrazó a su salvador y le prometió, entre sollozos, que se bañaría todos los días.

Y así fue. Llevaba con don Mario Santoro casi veinte años y seguía manteniendo

su promesa. Hasta le habían construido un baño dentro de su habitación para que nadie le molestase en su hora de «relajación», como él la llamaba. Pero era tan solo una manera de recordar quién fue y en quién se había convertido. El Señor Santoro le había ofrecido un hogar lleno de amor. Nunca fue John Rossi, sino Santorito. Valeria, la mujer de don Mario, fue su madre desde esa misma tarde. Le regalaron una vida que ni él mismo se esperó tener: una familia llena de cariño y comprensión.

—¿Cuándo has dicho que obtendremos la mercancía? —John apretaba con fuerza el cuello de su prisionero.

—Esta noche. Se lo juro, señor Santoro. Esta noche la traerán en un barco procedente del sur. —El preso intentaba contestar entre ahogos. Las manos, aferradas a dos cadenas de hierro, le resultaban tan pesadas como dos bloques de hormigón.

—¿Cómo sabré que no mientes? —insistió el capo.

—Deseo continuar vivo… —reveló con una mueca que se asemejaba a una sonrisa.

—Me parece una buena razón si en verdad tu vida tuviese algún tipo de valor. —Se alejó del arrestado, se llevó la mano hacia su arma y, tras girarse hacia este, le disparó en la cabeza.

Tras el tiro, hubo un pequeño silencio en el lugar. John volvió a colocar su Smith en la funda, se puso la chaqueta y dirigió la mirada hacia su compañero Leo Vellusi.

—Limpiad esto. Os espero en el coche.

Con paso firme y erguido, salió como si se tratase de un héroe. Su altura y corpulencia le hacían parecer un dios, y su frialdad le asemejaba a un bárbaro vikingo. Tras correr el rumor sobre la presencia de Santorito en la ciudad, la mayoría de los aspirantes a gánster de New Jersey la habían abandonado como miserables ratas asustadas. Nadie quería ver la cara de quien se decía que estaba poseído por el mismísimo diablo.

John se metió en el coche y reclinó el asiento mientras observaba a sus muchachos eliminar todas las pruebas posibles. Leo llevaba en sus manos una garrafa de gasolina y la rociaba sobre las puertas del barracón. Dejó el bidón en el suelo, sacó un cigarrillo, lo encendió y, sonriendo a Rossi, que lo contemplaba sin pestañear, lanzó el pitillo hacia el interior del cobertizo. El fuego se extendió con rapidez. Una oleada de calor pilló desprevenido a Leo, quien corrió a toda velocidad hacia el coche.

—¿Has traído carne para esa bonita fogata? —preguntó John entre risas al ver que su amigo no paraba de palpar su cuerpo por si había fuego en él.

—¡Maldito seas! ¿Cómo no me has dicho que estaba construido con material muy inflamable? —Golpeó en el hombro de su colega mientras este no paraba de sonreír.

—Mira el cartel de cuatro metros que hay clavado en la pared. ¿No puedes leer lo que pone? Porque dice con letras grandísimas: «Atención, no fumar, material explosivo», —comentó entre carcajadas Marco Moretti, un joven italiano que, tras ver cómo su familia moría a manos de una banda afroamericana, caminó por las calles moribundo hasta que John se tropezó con él. Lo cuidó, le enseñó todo lo que debía aprender sobre defensa y armas, y cuando estuvo en condiciones de realizar su *vendetta*, John lo acompañó hasta que acabó con el último individuo que le destrozó la vida. Desde aquel día cubría la espalda de Rossi y era tal su fidelidad que estaba dispuesto a ofrecer su vida a cambio de la de John.

—I*ngannare*![10] ¿No sabes que no sé leer? —Leo cerró la puerta con fuerza y miró enojado a sus compañeros.

—Tranquilo… cuando regresemos a casa contrataremos a una bonita profesora —John giró la cabeza hacia su amigo y sonreía levemente.

—Si contratáis a una bonita profesora no seré capaz de aprender ni una sola palabra. Mejor una horrorosa y vieja —miró a través de la ventana y contempló la hazaña que acababa de realizar.

—Hablando de mujeres bellas… ¿conocéis algún lugar donde se puedan comprar unos bonitos sombreros de mujer? —preguntó John mientras ponía en marcha el vehículo.

—¿Para la señorita Falco? —inquirió Moretti, subiendo y bajando las cejas.

—Para la misma. Le prometí que le compraría uno y todavía no he cumplido mi promesa.

—¿Cuándo le vas a dejar claros tus sentimientos? —preguntó Leo, dándose unas pequeñas palmadas sobre los pantalones porque pensaba que todavía le quedaba algo de fuego en su ropa.

—No lo sé. Primero quiero confirmar lo que hemos descubierto. Si es cierto. Si ella es hija de mi padre tendrá que estar bajo su protección y no creo que la familia apruebe un romance entre hermanos, si es que ella siente algo por mí. —John miró por el espejo retrovisor y se aseguró de que no eran perseguidos.

—Apostaría mi cabeza a que la señorita Falco está enamorada de ti —Marco se giró hacia su compañero, colocó su brazo sobre el respaldo del asiento y sonrió—. Eres terroríficamente irresistible…

—Entonces con más razón habrá que buscar ese sombrero, ¿no os parece? —alegó Rossi entre risas.

Capítulo 7



A las afueras de la metrópolis, en un lugar al que solo se podía acceder caminando, se encontraba en mitad del campo un pequeño almacén rodeado por un muro metálico y con varios carteles de: «prohibido el paso», para evitar la visita de algún montañero o curioso. Helena salía de vez en cuando a ver los rayos del sol. Intentaba permanecer oculta el mayor tiempo posible, ya que esa había sido la principal orden de quien la había llevado hasta allí. A su edad, con casi dieciséis años, no imaginaba que aquella fortaleza era más una prisión que un espacio donde sentirse protegida de las personas que habían hecho daño a su familia.

Sentada sobre el catre en el que dormía, se llevó las manos a la cabeza y la presionó. Le resultaba imposible hacer desaparecer de su mente lo ocurrido la noche de los hechos. Se alzó con rabia, caminó hacia la pared de piedra que la rodeaba y empezó a golpearla y a gritar en cada golpe. «¡Maldita seas! ¡Te odio, te odio! Deseo tu muerte», chillaba descontrolada. Tras unos instantes, dejó de pegar al muro, corrió hacia la puerta, la abrió y subió las escaleras de dos en dos. Casi cuando estaba en el último peldaño, observó que a través de la ventana se veían los últimos rayos solares. Sonrió, se acercó al cristal, apoyó la cara y, mientras su tez era calentada por la luz, empezó a cantar una nana. «*Twinkle, twinkle, little star. How I wonder what you are…*».[11] Cerró los ojos y, estrechándose a sí misma, imaginó que se trataba del cálido abrazo de su padre. Tras finalizar la canción infantil, levantó las pestañas y entendió que jamás volvería a sentir los cariñosos gestos de su progenitor. Se giró, volvió a bajar al sótano, se metió en su habitación y, escondiendo la cabeza entre sus piernas mientras se balanceaba ligeramente, recordó lo sucedido el día en que comenzó su desgracia.

Siempre fue una de las marginadas en su escuela, a veces le decían bruja por tener

el pelo tan rojo, otras por tener demasiadas pecas y otras… por lo que a ellos le parecieran bien. Por eso, cuando Billy le preguntó si deseaba estar con él después de cenar, ella le dijo que sí sin pensárselo dos veces. Se escaparon juntos hacia un rincón tranquilo del puente Bow, en Central Park. Allí la cogió de la mano y, entre encantadoras palabras de amor, la besó. Helena jamás imaginó que un beso llegara a darle tanto placer y se dejó no solo besar, sino también acariciar por las manos expertas del chico.

—¿Jamás has estado con un hombre? —preguntó el muchacho al notar la timidez de la joven cuando la acariciaba.

—No —contestó avergonzada.

—Entonces… ¡todavía eres una niña! ¡Maldita sea! ¡Yo no buscaba una niña sino a una mujer! —clamó Billy muy enfadado mientras se giraba para darle la espalda.

Helena no sabía cómo hacer para que este volviera a besarla y conseguir de nuevo esos sentimientos cálidos que había despertado en ella, así que sin pensárselo dos veces se acercó por detrás y le susurró:

—Si quieres, puedes convertirme tú en una mujer.

—¿De verdad? —Se giró el joven mostrando un eufórico entusiasmo.

—Sí —contestó sin pensar, sintiéndose feliz al ver que Billy volvía a interesarse por ella.

—Ven. Tienes que colocarte así de rodillas. Primero debes acariciar mi pene. ¿Lo has hecho alguna vez? —Ella lo negó—. Te enseñaré. Agárralo para meterlo en la boca. Ábrela. —Helena lo hizo y este, erecto por la situación, puso su sexo en los labios de la niña —. Debes chupar como si fuera un caramelo. —Así lo hizo—. Me encanta…

Empezó a gemir. Embestía cada vez con más fuerza la boca de la niña, y esta, casi con lágrimas en los ojos, lo soportaba. De pronto, Billy se apartó y siguió dándole órdenes a la muchacha, que sin objeción lo satisfacía.

—Levántate la camisa. ¡Oh! No sabía que tenías unas tetas tan bonitas. —Helena se sonrojó de nuevo—. Voy a chuparlas igual que has hecho tú con mi polla.

Al sentir la calidez de los labios del muchacho, la niña se arqueó. Estaba fascinada con lo que sucedía. Que un chico como él se fijara en ella para convertirla en mujer, era algo tan especial que no se lo contaría a nadie para hacerlo su eterno secreto.

—¿Te ha gustado? —Levantó el chiquillo el rostro hacia la niña.

—Sí.

—Pues ahora lo demás.

Colocó las manos en la pequeña cintura, bajó la falda de la muchacha hasta los tobillos y empezó a tocar el inocente sexo femenino con la mano.

—Tranquila, de esto sé un montón porque he visto cómo se lo hace mi padre a mi madre —le confesó en medio de jadeos ansiosos.

Con la palma sobre los labios virginales comenzó a acariciarla. Helena sentía cómo su cuerpo empezaba a agitarse. Llevó las manos hacia sus mejillas y notó cómo le ardían. Su complexión se endurecía lo mismo que los pezones. De repente algo húmedo acarició su bajo vientre. Alzó la mirada y observó que Billy había metido la cabeza entre las piernas y comenzaba a tocarla con la lengua. Aquello le resultó algo tan sorprendente que empezó a tener miedo e intentó apartarlo para abandonar lo que estaban haciendo. Pero el muchacho le impidió la huida. Le cogió las manos y las posó sobre la cabeza. Con las rodillas abrió las piernas y antes de que ella pudiera susurrarle que no quería continuar, el joven la penetró con fuerza. Se le escapó un alarido cuando notó cómo se quebraba su interior. Más lágrimas comenzaron a emerger de sus ojos y tuvo ganas de vomitar. Pero el crío no se apartó de ella. Siguió zarandeándose dentro de su cuerpo hasta que levantó la cabeza y gimió abriendo la boca. Tras unas leves convulsiones, Billy se apartó y se tumbó a su lado.

—No llores, Helena. Te acabo de hacer un gran favor. Te he convertido en mujer. ¿Sabes? Deberías estar agradecida de que haya pensado en ti para semejante honor.

—Me ha dolido mucho… —balbuceaba la niña entre sollozos—. Y mira —señaló a sus piernas—. Me has hecho sangre…

—¿Por qué crees que te he traído aquí? ¡Venga, levántate y límpiate esas piernas! Tienes que seguir agradeciéndome lo bien que me he portado contigo.

—No creo que pueda… —murmuró avergonzada.

—¡Sí lo harás! ¿Quieres complacerme? ¿Quieres que todo el mundo sepa que ya no eres una marginada y que por fin alguien importante como yo se ha interesado por ti? —Agarró con una mano la mandíbula de la muchacha y la apretó con fuerza.

—Sí —contestó la niña asustada.

—Pues haz lo que te ordene. Tienes que agradecerme ese interés que tengo hacia ti porque si yo no lo hago… ¿quién más podría fijarse en una bruja de pelo rojo y con el rostro

cubierto de pecas?

Permaneció una hora más haciendo lo que él le indicaba. Rota de dolor y con un sentimiento atroz de angustia regresó al hogar. Cuando se metió en su habitación, a través de la ventana, escuchó la voz de su padre gritar. Al principio se asustó pensando que la había descubierto, pero al oír varias voces masculinas más, se relajó un poco. Sin embargo, su corazón palpitaba cada vez más al entender que algo peligroso sucedía fuera de sus cuatro paredes. Se acercó a la puerta y la abrió muy despacio. Desde allí pudo contemplar cómo un par de hombres robustos golpeaban sin parar a su amado padre.

—¡Maldito seas! ¿Cómo has podido hacernos esto? ¿Acaso no hemos sido benévolos contigo? —gritaba uno vestido con traje de rayas al mismo tiempo que le daba un terrible puñetazo en el rostro.

—¡Hijos de puta! —exclamó su padre tras el golpe.

Helena temblaba. Apenas se mantenía en pie. Deseaba gritar y salir corriendo para salvar a su padre, pero se encontraba en un estado de *shock* tan inmenso que ni las palabras emanaban de su garganta. De repente hubo un silencio. Los hombres miraban enfurecidos al prisionero. El que le había maldecido abrió su chaqueta, sacó un arma y sin dudarlo le pegó un tiro en la cabeza. La niña se llevó las manos a la boca y lloró amargamente. Cuando se marcharon, ella salió de su escondite y corrió para abrazar al inerte cuerpo. Lo que sucedió después ni lo recordaba, salvo que estuvo un buen rato en comisaría y que de repente un hombre bien vestido y con una sonrisa amable se le acercó para abrazarla. Ella respondió con agrado a esa muestra de cariño. En mitad del estrujón este le susurró el nombre del autor de su desdicha y le juró que la ayudaría con su venganza. Helena se apartó las lágrimas del rostro, lo miró y se marchó con él.

Capítulo 8



Habían transcurrido algo más de dos meses desde la primera visita que Frank había hecho a su trabajo. Desde ese momento, él pasaba con el coche policial y se dedicaba únicamente a vigilar que el cierre del establecimiento no tuviese complicaciones. Sin lugar a dudas, el suceso que le explicó el anciano y lo que este le insinuó sobre la joven habían causado efecto. Sin embargo, actuaba como si Fabia no estuviera allí. No le hablaba ni la miraba. Siempre hacía lo mismo: sobre las ocho y cuarto pasaba reduciendo la velocidad del vehículo, se asomaba por la ventana, saludaba al señor Petter, paraba cerca de la puerta y continuaba su marcha tras el cierre del comercio.

Al principio, Fabia daba gracias por la actitud que el hombre había tomado, pues de esa forma le resultaba más fácil olvidar la excitación que este le provocaba cuando estaba cerca de ella. No obstante, con el tiempo se dio cuenta de que, aunque estuviese a cien metros de distancia, él la seguía hipnotizando. Cada vez que sus ojos miraban el reloj de la tienda y observaban que pronto estaría allí cuidando los rincones de la calle, protegiéndola, su corazón comenzaba a palpitar con rapidez y actuaba con torpeza. Traicionada por sus sentimientos, Fabia se enfadó al comprender la realidad: estaba cayendo de nuevo en las redes del amor. Negando con rotundidad aquella afirmación, se empeñó en luchar con todas sus fuerzas contra sus sentimientos.

—Señor Petter, se me había olvidado decirle que hoy necesito salir un poco antes —explicó la joven cuando observó que eran las siete y cuarto.

—¿Y eso? —Arrugó la frente y alzó sus gafas apoyadas en la punta de la nariz.

—Viene visita y mi madre necesita ayuda en la cocina —mintió.

—Entonces termina de barrer y márchate. Hoy todo parece tranquilo —contestó el

anciano.

—¡Gracias! —Se acercó dando un pequeño bote a la mejilla de su jefe y le dio un sonoro beso—. Es usted muy amable.

—¡No seas boba! —exclamó con fingido enojo—. Que sepas, jovencita, que te lo descontaré de tu salario.

Sin borrar la sonrisa de su rostro, la joven aferró la escoba y barrió con rapidez. Colocó dos latas en su lugar y, sacudiéndose el polvo del vestido, se despidió hasta el día siguiente. Cuando salió a la calle, miró a ambos lados para confirmar que Frank no deambulaba ya por allí. Tomó la dirección contraria a la que normalmente cogía y, con los ojos llenos de felicidad porque hoy no lo vería y su cuerpo no reaccionaría con respingos, se marchó a su casa. «Batalla ganada», se dijo. «Si lo que tengo que hacer es huir, huiré. Pero no puedo caer otra vez…», cavilaba mientras paseaba.

De pronto, sintió una presencia tras ella. Aumentó la velocidad de sus pasos y contuvo la respiración.

—Guapa, ¿no te apetece pasar un buen rato?



Después de casi nueve semanas de intenso trabajo, Frank al fin disfrutaba de unas horas de libertad. Se levantó pasadas las diez de la mañana, se dio un buen baño y aprovechó la paz que le ofrecía su hogar. No era un lugar repleto de mobiliario; él no necesitaba más de lo que allí había. En el salón, una mesa rodeada de cuatro sillas, un sofá de dos plazas de color marrón oscuro y, junto a la puerta, un perchero en el que tenía tanta ropa que lo utilizaba ya como vestidor. Su dormitorio era igual de sencillo: una cama de matrimonio, una silla, una mesita de caoba oscura y un armario de dos puertas. Todo lo demás sobraba. Con la taza de café en las manos, caminó hacia el sillón y se sentó. Era tiempo de dejar de pensar en todos aquellos a los que debía cuidar y meditar sobre él mismo.

No llegaba a comprender qué sucedía, pero la realidad era muy simple: Fabia

estaba sumergiéndose en su alma con tanta fuerza que se volvía loco si no la veía. Era incapaz de regresar a su hogar sin saber que se encontraba bien, que llegaba sana y salva a su casa. «Si le ocurriera algo…», se odió por pensar una cosa así. A ella no le sucedería nada porque él la protegería con su vida si fuera necesario. Arrugó la frente al recordar el altercado que tuvo que vivir en el negocio del señor Petter. El viejo tenía razón, era una presa fácil. Por ese motivo había estado custodiando los cierres del comercio durante aquellas semanas. Sin lugar a dudas, era el momento más peligroso de todo el día. Cualquier ladrón que se preciara esperaría a última hora para atracar una tienda. El tendero tendría en su caja toda la recaudación obtenida de las ventas y el botín sería suculento. Pero si además de obtener un buen saqueo, se podía conseguir el placer de una jovencita, el asalto sería óptimo. ¿Cuántas mujeres habían sido secuestradas y encontradas muertas en cualquier vertedero de la ciudad? «Decenas…», se respondió enfadado. A la comisaría llegaban más de diez denuncias por desaparición todas las semanas. «¡Maldita sea!», gritó irritado.

Se levantó, llevó la taza hasta la cocina y, con paso firme, se dirigió a su habitación para vestirse y salir a la calle. Tenía que confirmar que Fabia estaba bien y, ya de paso, iría a almorzar con sus padres. Quizá la última rabieta de Gabriella se había desvanecido y lo recibiría con la misma alegría de siempre.

Tal como se había imaginado, su madre lo saludó como si nada hubiera pasado. Le abrió la puerta y, con su habitual frase: *«Marito, nostro figlio è tornato a casa*», lo abrazó y lo dejó entrar. Frank sonrió al tener la certeza de dónde se encontraba su padre. Un delicioso aroma llenó su puntiaguda nariz. Caminó hasta la cocina y gritó:

—¡Buenos días, *daidí*! ¿Eso que huelo es… *colcannon?*[12]

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó Alexander con efusividad—. Pensé que nos ibas a castigar sin tu presencia por una larga temporada —miró de reojo a su esposa, que se había cruzado de brazos en la entrada.

—He tenido mucho trabajo... —comentó el joven acercándose a su padre para fundirse en un abrazo—. Las calles no se cuidan solas.

—*Figlio mio, vuoi fare la limonata*?[13] —preguntó la madre, haciendo desaparecer cualquier tono de enfado.

—No, madre, prefiero una buena cerveza —sonrió y guiñó un ojo a su padre.

—*Io compro, non ti muovere.*[14] —Gabriella se giró e intentó alejarse de allí, pero antes de conseguirlo, la mano de su hijo aferró su brazo y la detuvo.

—Ni se te ocurra traerme otra candidata a esposa. Creo que hemos escarmentado con la última, ¿verdad?

—Solo voy a comprar dos latas de cerveza para mi hijo... —susurró, alzando sus oscuras pestañas.

—*Perfetto allora,*[15] porque si no es así, no verás este hermoso pelo rubio durante una buena temporada, *capisce*?[16] Solo quiero disfrutar de la compañía de mis padres.

—*Capisco.* Pero que sepas una cosa, jovencito —puso su dedo amenazador sobre el duro pecho de su hijo—. *Tua madre vuole solo la vostra felicità* [17].

—Lo sé, y por eso te quiero muchísimo, pero debes entender y respetar mi opinión. —Inclinó la cabeza hacia ella y besó su arrugada frente.

Gabriella abrió sus brazos y entrelazó el cuerpo de su hijo en ellos. Era su niño, el amor de su vida, el fruto de su felicidad, y no podía consentir que padeciera la tristeza de la soledad. Ella sabía muy bien de lo que hablaba porque la había sufrido hasta que apareció Alexander en su vida. Tras rechazarlo en más de un millar de ocasiones, se quedó prendada de él cuando este, en mitad de la calle, la abrazó y la besó delante de todos aquellos que los miraban atónitos. «Mis manos solo te acariciarán y mis labios solo te besarán». Fueron sus palabras antes de atraparla en otra apasionada caricia.

Cuando abrió los ojos y observó la ternura con la que aquellas pupilas azules la miraban, entendió que nada malo le sucedería mientras permaneciera a su lado, y así ocurrió. Él había velado por ella cada segundo de su vida desde que se unieron. Jamás le faltó un trozo de pan en la mesa, jamás dejó de recibir un beso antes de acostarse. Le ofreció el mejor de los regalos para una mujer: ser madre. Y ahora solo le quedaba rezar para que, si algún día no estuviera, ella no tardase mucho en reunirse con él.

—Cariño, suelta ahora mismo a ese descarado al que llamas hijo y dirige tus brazos hacia mí. Me siento muy solo... —Alexander puso cara de tristeza y extendió sus brazos hacia su esposa. Esta lo miró irritada, levantó la mano y bufó.

—Me marcho. No tardaré —dijo la mujer cerrando la puerta de un portazo.

—¿Qué ha pasado entre vosotros? —preguntó Frank con tono burlón.

—Nada, que no me quiere —soltó una gran carcajada y se sentó en su silla—. Ven, posa tu culo policial en el asiento y cuéntame cómo te va. Hace mucho tiempo que no visitas a tu anciano padre y algo me dice que tienes muchas cosas que decir, ¿no es verdad? —

Levantó las cejas.

Frank hizo lo que le había indicado y, tras pasear su mirada por la pequeña cocina y suspirar unas decenas de veces, se cruzó de brazos y murmuró:

—Creo que tengo un gran problema...

—¿Qué sucede? —Alexander se alarmó.

—Hay una mujer...

—¿Se trata de una mujer? ¿Eso es lo que te perturba? ¡Que dios te guarde en su regazo! —exclamó el padre divertido—. Hijo mío, las mujeres en sí son un problema, lo extraño sería que no lo tuvieras. Pero cuenta, ¿qué es lo que te ronda en esa dura cabezota?

—La conocí en la fiesta del señor Baker, ¿lo recuerdas?

—Sí —afirmó con un movimiento de cabeza.

—Bien, pues tuvimos un... —Miró a su padre y esperó a que este entendiera las últimas palabras de la frase, pero al ver que el anciano lo observaba expectante, la finalizó él —. Encuentro sexual.

—Ajá. Y eso es un problema porque...

—Porque creo que me sedujo por un motivo muy diferente al de pasar un rato entretenido.

—No sé... ¿Has encontrado algún indicio para ratificar tu hipótesis? Te lo pregunto porque, después de estar casado más de tres décadas con Gabriella, te puedo asegurar que todas esconden algo.

—Dos días más tarde fui a visitarla. Necesitaba explicarle que lo sucedido había sido un error, pero el vigilante de la entrada del local me comentó que se había marchado precipitadamente.

—Te pregunto lo mismo de siempre, ¿qué te dice tu instinto? —Alexander se cruzó de brazos y miró a su hijo, ofreciéndole toda su atención.

—Creo que escondía algo y que ese algo ha sido la razón de su huida. No sé... tal vez no obtuvo lo que deseaba o sintió miedo.

—¿Cómo se llama esa misteriosa mujer?

—Isabella Falco.

El anciano se quedó petrificado. No había oído ese nombre desde hacía algo más de treinta años, y el recuerdo de un pasado casi olvidado regresó a su mente. Intentó mantener la calma y seguir dialogando con su hijo. Tenía que alejarlo de ella lo antes posible, porque de lo contrario, podría verse involucrado en una lucha que nada tenía que ver con él. Se levantó de la silla y se dirigió hacia el fregadero, abrió el grifo y, tras dejar correr el agua durante unos segundos, puso las palmas para coger algo de líquido fresco y se lo echó por la cara. Después de limpiarse, se giró hacia su hijo y comenzó lo que sería un sutil interrogatorio.

—En esa fiesta del señor Baker... ¿ocurrió algo que te dé una posible pista sobre la inesperada atención que tuvo hacia ti? —Apartó la silla y se volvió a sentar junto a su hijo.

—Pues lo he pensado mil veces, pero no ocurrió nada importante, salvo que un reportero me descubrió e intentó hacerme preguntas sobre el caso Stelleno. Pero no respondí a ninguna, me aparté con rapidez. —Se inclinó hacia atrás y se cruzó de brazos.

—Por ahora no veo ninguna relación. De todas formas, ándate con ojo. En esta maldita ciudad, nada es lo que parece, ya lo sabes. Por cierto... ¿por qué fuiste a decirle que vuestro encuentro sexual había sido un error? ¿Acaso el miembro viril de un Stilmet no dio la talla? —Le echó el brazo sobre el hombro a su hijo y lo atrajo hacia él como cuando era pequeño, mientras sonreía sin parar.

—No se trataba de eso. Mi guerrero hizo que ambos pasáramos un buen rato. Pero deseaba aclararle que lo nuestro había sido tan solo un *affaire* porque estoy enamorado de Fabia.

—¿Qué Fabia? ¿Fabia Canetti? —Fue tan grande su sorpresa que el viejo estuvo a punto de caer hacia atrás, pero Frank le agarró del brazo con fuerza y lo volvió a poner en su lugar.

—Sí, la misma. Desde que nos besamos...

—¿También la besaste? —lo interrumpió—. ¿Cuándo? ¿A razón de qué? ¿No dijo que no deseaba tener un marido a su lado? ¡Como diría tu madre... *Madonna mía!*

—Sí, eso fue lo que dijo. No obstante, esa misma tarde cuando la acompañé a su hogar, tropezó con un hueco de la acera. La agarré para que no cayera al suelo y en ese momento nuestras bocas se quedaron muy... cerca. Te aseguro que no fui yo quien se abalanzó, aunque por tu forma de mirarme lo estés pensando; fue ella quien se acercó a mí.

—¿Y?

—Y... bueno, resultó que aquel beso despertó en mí un... interés que ha ido creciendo día tras día. Hasta tal punto que la imagino en mi hogar, abrazándome, sonriendo cuando entró por la puerta e incluso la veo... —Puso los ojos en blanco— amamantando a mis hijos...

—*Che cazzo*![18] ¡Esto es fantástico! Tu madre se pondrá loca de alegría. —Atrajo de nuevo a su hijo hacia él y lo despeinó como cuando era un niño.

—Pero, padre... ¿y si ella no siente lo mismo por mí?

—¿Se lo has preguntado? —Alexander lo miró fijamente.

—¡No! ¿Qué quieres que le diga? Hola, Fabia, creo que me estoy enamorando de ti porque cuando cierro mis ojos te veo a mi lado y esa imagen hace que me sienta muy feliz, pero quiero que sepas que el día que nos conocimos me acosté con otra mujer. Te comento esto porque deseo que la confianza sea un punto importante en nuestra relación —expuso burlón.

—Visto desde ese punto... como mínimo te daría un bofetón y luego desaparecería para siempre. Yo, en tu lugar, iría poco a poco.

—Eso es lo que he intentado. Aparecí por la tienda del señor Petter al día siguiente de conocerla. Quise hablar con ella y pedirle disculpas por la última frase que le dije antes de que huyera a su casa despavorida. Pero cuando llegué, el viejo me informó de algo que me enfureció muchísimo. Algo que ella no había mencionado cuando estuvo en casa hablando de sus quehaceres en la tienda. —Su rostro se llenó de rabia.

—¿Qué te comentó ese cascarrabias? —inquirió el padre intrigado.

—Que los habían atracado. Según él, días anteriores un grupo de ladrones asaltaron la tienda cuando cerraban.

—¿Un atraco a la tienda del señor Petter? —Se sorprendió Alexander—. Nadie por los alrededores ha comentado nada.

—Me quedé tan asombrado como tú. Según narró, había ido a la comisaría para informar del suceso, pero allí nadie le hizo caso; ya sabes cómo se las gastan cuando son los mestizos los que tienen problemas.

—¿Qué más? —Volvió a cruzarse de brazos mientras lo observaba sin pestañear.

—Como es lógico, se preocupaba más por la vida de Fabia que por la suya. No cesaba de repetir que daba gracias a que los ladrones solo se interesaron por adquirir el botín económico y no pensaron en... —Pegó con fuerza con el puño sobre la mesa y se levantó de la silla—. ¡Si le hubiesen tocado un solo pelo de su cabeza hoy estarían muertos! —gritó.

—Pero no fue así, ¿verdad?

—No, no fue así. —Se llevó las palmas hacia su rostro y se lo frotó—. Desde ese día paseo con el coche por la calle, aparco cerca del establecimiento para vigilar que los cierres se realicen de manera adecuada y sigo a Fabia hasta su casa. Solo me quedo tranquilo cuando la veo subir las escaleras sana y salva.

—Eso se llama protección, y es un instinto muy normal en un verdadero macho cuando tiene cerca a la mujer que ama. —Sonrió el padre.

—Hablas de eso como si en vez de personas fuéramos animales. —Se giró hacia Alexander y arqueó las cejas.

—Ven, siéntate a mi lado. Te voy a contar hasta qué punto un hombre se convierte en animal cuando ve en peligro a la mujer que ama.

—¿De qué se trata? —Frank se sentó, cogió el vaso de limonada y, llenándolo hasta el borde, observaba la mirada oscura de su padre.

—¿Recuerdas algo del padre de tu madre?

—Apenas nada. Se rumorea que era un mal bicho, pero *mamma* jamás me dijo nada malo de él porque, según ella, no se puede hablar mal de los muertos.

—Bueno, pero *mamma* no está y yo no tengo esa creencia. —Sonrió con gusto. Frank se reclinó nuevamente sobre su asiento y se preparó para escuchar.

—Acababa de regresar de España. —Frank levantó las cejas, atónito ante aquella revelación—. No te voy a comentar la razón por la que estuve allí, pero sí te diré que era un favor que le hice a un amigo. En fin, durante un tiempo no contaba con más dinero que el que tenía en la cartera, así que decidí alquilar un penoso piso en Lower Manhattan. Era un antro, pero al ser barato y tener un catre para dormir, me pareció suficiente hasta que encontrase de nuevo trabajo y pudiera regresar al Bronx. Era un lobo solitario. No deseaba tener a mi lado ninguna compañía femenina, salvo en los encuentros que pagaba. Sin embargo, todo cambió cuando la conocí. Recuerdo que estaba tumbado y reflexionaba sobre cómo debía encauzar la nueva vida que había decidido tener. Acababa de hablar con el capataz del ferrocarril y me

había dicho que apareciera a la mañana siguiente para demostrar mi valía como obrero.

—Imagino que ese comentario estaría producido por tu origen irlandés —refunfuñó Frank.

—En efecto. Ya sabes la fama que tenemos los irlandeses en esta ciudad. —Sonrió de medio lado.

—¿Qué sucedió?

—¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Que estaba tumbado en mi cama reflexionando. Tuve que quedarme dormido porque me levanté sobresaltado al escuchar unos gritos. Eran chillidos de una mujer que rogaba en sus llantos el cese de una agresión.

—¿Era *la mia mamma* quien chillaba? —Abrió los ojos como platos, apretó los puños y vio a su padre asentir—. ¡Maldito hijo de perra! ¿Cómo pudo poner un dedo sobre mi madre? Me alegro de que esté muerto porque de lo contrario lo hubiese estrangulado con mis propias manos.

—Salí de mi hogar y golpeé con fuerza la puerta desde donde provenían las voces —prosiguió Alexander—. Durante más de cinco minutos reinó el silencio en la casa de tus abuelos, pero yo insistí y llamé varias veces más hasta que me recibió tu abuela. Tenía sangre por todo el vestido. Un labio partido y las mejillas rojas me indicaban que la habían abofeteado. Intenté abrir la puerta, pero ella me lo impidió. Dijo que no pasaba nada y que si en verdad quería ayudarla no volviera a aparecer frente a su puerta. Como no deseaba alterar más la situación, me giré y regresé a mi hogar. Al día siguiente empecé a trabajar. Creí que no volvería a pensar sobre lo que ocurría tras el muro de mi vivienda, pero no fue así, y te puedo asegurar que mi inquietud se acentuó tras ver a tu madre por primera vez. Regresaba sobre las siete del trabajo, se había roto el ascensor y tuve que subir por las escaleras. Mientras maldecía que el aparato se hubiese estropeado, con tan solo una semana de funcionamiento, encontré ante mí una figura pequeña y delgada que llevaba en sus manos más peso del que su diminuto cuerpo le permitía. Con la *amabilidad que me caracteriza* y más tras observar el delicioso culo que escondía bajo el fino vestido. Me acerqué por detrás y le pregunté si necesitaba ayuda. Ella sin mirarme a la cara me la negó con rapidez e intentó subir las escaleras con más velocidad. Yo no podía apartar la mirada de su cuerpo. Tienes que entender que un hombre joven, como era, y sin meter en mi lecho a una señora durante mucho tiempo, porque no tenía dinero para pagar fulanas, tan solo tenía un pensamiento estándar…

—¿Puedes omitir esa parte? Es que me vienen las imágenes de cuando os pillé de niño y no creas que es muy divertido no poder borrarlas. —Alexander se carcajeó y le dio una

palmada a su hijo en la espalda.

—¡Esa es mi tigresa! —gritó con orgullo.

—No te pierdas, sigue. Ibas por… que caminabas detrás de *la mamma.*

—Sí, caminaba detrás de ella, *admirando su delicioso cuerpo.* Sin embargo, toda la fogosidad sexual que había sentido mientras la perseguía desapareció de un plumazo cuando se deslizó el pañuelo que cubría su pelo. Alargué la mano para dárselo y observé lo que jamás tuve que ver. Gabriella tenía el ojo derecho morado, el labio hinchado y algunas gotas de sangre seca todavía permanecían sobre su nariz.

—¿Qué hiciste? Porque si llego a ser yo… ¡abro la puerta a patadas y le doy a ese imbécil una paliza mayor de la que le había dado a *mamma*! —clamó alterado.

—Tal como te pasó a ti cuando supiste que Fabia podría correr peligro, brotó en mí un instinto animal que casi me hace destrozar las paredes del bloque con la cabeza. Pero yo dejé que el tiempo pasase. Permanecí alerta y pedí ayuda a mi amigo para que mientras me ausentaba de mi casa, él cuidara de Gabriella.

—¿Y cómo la conseguiste?

—Todos los días, tras terminar mi trabajo, me sentaba en la calle y miraba hacia su ventana.

—¿No te arrojó algo? *Mamma* es de esas… —sonrió llevándose la mano a la cabeza al recordar cómo esta le había tirado una cacerola por no atender a su llamada.

—No, parece increíble pero no lo hizo. Pasó algo de tiempo, dos semanas a lo sumo y cansado de esperar a que ella tomase una decisión, la tomé yo. Como estaba al acecho de lo que hacía, una tarde que bajó a comprar a la tienda de la esquina, la seguí. Esperé el momento adecuado y… la atrapé entre mis brazos y antes de poder saludarla, la besé. Al principio se retorció como buena italiana e intentó escapar. Al ver que no podía, levantó su mano para darme un bofetón, pero se la agarré con rapidez y le susurré: ¿ves esta mano? Pues solo te acariciará. ¿Ves esta boca? Pues solo te besará. Jamás te haré daño porque no se puede dañar a la mujer que se ama. ¿Entendido? Ella dejó de resistirse y me abrazó con fuerza. Esa tarde no regresó a la casa de tus abuelos, me la llevé a mi hogar y le hice ver que mis palabras eran reales. —Levantó varias veces las cejas.

—¡No sigas! Me puedo imaginar qué sucedió. Pero… ¿qué dijo el abuelo?

—No dijo nada porque por suerte unos días después se lo encontraron en la calle

tendido en el suelo y con un disparo en la cabeza. Según comentaron tuvo una enorme trifulca en el bar en el que había estado y alguien se tomó la justicia por su mano.

—¿No serías tú el causante de ello? —Amusgó sus ojos hacia su padre.

—¿Yo? —Levantó sus palmas ante él—. ¡Si en mi vida he cogido un arma!

—De todas formas, se lo tenía merecido… —murmuró al fin Frank.

—Se lo tenía merecido y mucho. —Alexander miró hacia la puerta al escuchar un ruido tras ella.

—Espero que en otro momento puedas explicarme porqué nunca me habías dicho que estuviste en España y ya de paso me dices quien es ese misterioso amigo, puesto que no tenía conocimiento de que alguna vez tuvieses uno —susurró antes de que la mujer apareciese ante ellos.

—Si te lo cuento… tendría que matarte —se carcajeó.

Gabriella llevaba entre sus manos una bolsa de papel. La posó sobre la mesa y se quedó mirando a los dos hombres de su vida. Por la expresión de sus caras algo gordo había ocurrido. Quizá su hijo seguía teniendo problemas en el trabajo y por eso estaba allí. Sin querer hablar de lo que había sucedido entre ambos, sacó las cervezas y se las ofreció.

—Espero que por esto no me lleven a prisión.

Alexander se levantó de la silla, cogió a su mujer de la cintura y le susurró:

—No te preocupes, iría a visitarte todas las noches… —Y la besó con dulzura.

—*Válgame il cielo*! ¡Siempre estás pensando en lo mismo! —Puso sus palmas sobre el pecho de su esposo y lo lanzó hacia atrás.

Frank los miraba absorto. Él quería tener una vida así. Necesitaba ser amado como lo hacían ellos. Se entristeció al recordar la historia que le había narrado Alexander. En ningún momento imaginó que su madre fuera maltratada en su niñez. Como siempre la veía con un carácter fuerte, pensó que esa fortaleza había nacido en ella y no era así. El amor que su padre profesaba por su mujer era lo que había necesitado para obtener ese empuje y superar sus miedos. Maldijo a su abuelo y dio gracias a la *Madonna* que ya no estuviese vivo porque de ser así, él lo habría hecho desaparecer. Evitó mostrar ese odio interior cuando Gabriella lo miró de reojo. Sin decir palabra, se levantó y abrazó a la mujer que le dio la vida y le susurró: *ti amo, mamma.* Y ella le respondió: *Non più di quanto ti amo*.[19]

Tras el almuerzo, decidió descansar en la cama que lo había acurrucado durante su niñez. Necesitaba de una vez por todas solidificar los pensamientos que tenía por la mujer o hacerlos desaparecer con prontitud. Él no podía estar jugando al sí pero no porque ese maldito juego lo estaba volviendo loco. Ideó un plan; iría esa tarde a la tienda del señor Petter y acompañaría a Fabia hasta su hogar. Durante el trayecto le desvelaría sus sentimientos y observaría su reacción. «Me va a destrozar como me diga que no…», se dijo mientras cogía la almohada y se cubría la cabeza con ella. Odiaba sentirse así. Él era un hombre que se enfrentaba cada día a los criminales más peligrosos de la ciudad y en ningún momento sentía el terror que estaba notando en aquellos instantes. Apartó el almohadón y lo colocó a su lado. Lo miró como si en vez de tratarse de un saco con plumas fuese el cuerpo de Fabia. Cerró sus ojos y lo acarició con ternura. «Parece una locura, pero creo que te quiero…», susurró sin dejar de rozar la tela. Embaucado en aquellos sentimientos, se quedó dormido. Una sonrisa en su boca y la felicidad de su rostro, podía indicar a cualquiera que lo observara cuál podía ser su sueño. Era la primera vez en años que se sentía así de feliz.

Pasaban algo más de las ocho cuando alzó las pestañas. Unos espantosos gritos se escucharon en la calle y lo despertaron sobresaltado. Por inercia se llevó la mano hacia el lugar en el que debía de estar su arma y gruñó al descubrir que no estaba. Se levantó con rapidez y se asomó a la ventana. La gente corría sin rumbo, gritando de allá para acá. Intentó hablar con un viandante que pasaba justo por su lado, pero el hombre tras echarle una mirada salió corriendo. De repente se giró al oír que la puerta de la habitación se abría con fuerza. No le gustó lo que vio. Su padre tenía el rostro desencajado. Algo grave había sucedido. El instinto policial surgió de sus entrañas, alzando su vello y poniendo su cuerpo tan rígido como una tabla.

—¿Qué pasa? —increpó al anciano.

—Han asaltado la tienda del señor Petter… —explicó Alexander expresando en su rostro la agonía que sentía en el interior.

—¿Fabia? ¿Dónde está Fabia? —dijo horrorizado mientras se colocaba con rapidez los zapatos y se abrochaba la camisa.

—No sabemos…

—¿Cómo que no se sabe dónde puede estar? ¿Se lo han preguntado al señor Petter? —insistió sin darle tregua a que su padre contestara.

—El señor Petter ha… ha… —intentó terminar la frase, pero antes de conseguirlo, Frank lo empujó y salió de la casa a gran velocidad.

Todo le daba vueltas. Miles de ideas surgieron en su mente sin poder detenerlas. La gente lo zarandeaba cuando huían presa del pánico. No era habitual que mataran a un pobre tendero, así que Frank no paraba de pensar que, si habían hecho una excepción, la causa era simple: el anciano había intentado salvar a Fabia. Cuando llegó hasta la puerta del comercio, la gente se agolpaba en la entrada. Ya había un coche policial allí y se enojó aún más por no haber sido él quien estuviera vestido de uniforme. Miró a su alrededor buscando alguna pista que le indicase lo sucedido, pero la afluencia de personas curioseando habría borrado cualquier rastro eficaz. Comenzó a empujar a los fisgones. Deseaba entrar lo antes posible en el establecimiento y asegurarse él mismo de los rumores que escuchaba mientras corría hasta allí. «Ha sido un atraco. Creo que ese señor Petter estaba involucrado en algo. La chica ha desaparecido». Pero no podía confirmar nada hasta que entró.

La tienda estaba destrozada. Los víveres se apilaban por el suelo. La estantería de metal, aquella en la que Fabia había intentado colocar la lata, no guardaba nada. Todo estaba alborotado. El cuerpo sin vida del anciano yacía en el suelo boca abajo y con evidentes signos de lucha. Sus gafas rotas estaban bajo la palma de su mano.

«Intentó escapar», meditó.

—Buenas tardes, Frank —le saludó William, un compañero.

—Buenas tardes, Willy —contestó sin apartar su mirada de la cabeza del cadáver, donde le habían disparado—. ¿Alguna pista de dónde puede estar la joven que trabajaba aquí? —Evitó con todas sus fuerzas no expresar en su rostro la desesperación que estaba viviendo. Sus palmas sudaban. Su pulso estaba totalmente descontrolado. Su cabeza sufría fuertes presiones y su corazón parecía haber dejado de funcionar.

—No. Pienso que la habrán tomado como parte del botín. Tal como veo la situación, antes de que lo asesinaran, luchó para salvarla. Así que me imagino que dio su vida para protegerla.

—¿Has encontrado algo que nos pueda indicar quién pudo haber sido el autor de esta fechoría? Quizá de este modo tengamos algo con lo que trabajar —suspiró con profundidad y observó a su compañero esperando una afirmación.

—Míralo por ti mismo. Esto está destrozado y cualquier pista puede llevarnos a confusión. Oye... ¿de verdad que te encuentras bien? Estás pálido.

—Conozco a la joven —murmuró casi sin voz.

—¡Joder, Frank! Lo siento mucho —se acercó y posó su palma sobre el hombro

del afligido camarada.

—Más lo va a sentir aquel que le haya puesto la mano encima —sentenció.

No pudo permanecer allí por más tiempo. Tenía que salir a la calle e investigar él mismo quién podía ser el autor de tal barbarie. Recordó que el señor Petter le comentó el altercado de la última vez y las palabras «una banda de jóvenes» surgieron en su cabeza sin parar. Salió del local sin despedirse de sus compañeros. Arrastró tras su paso a los curiosos. Su rostro afligido y la mirada asesina hicieron que muchos de ellos se apartaran por temor. Tenía escrito en su rostro la palabra «venganza» y eso era un sentimiento que causaba terror a quien lo observaba. Con las palmas apretadas y paso firme, se colocó en la acera de enfrente y observó de nuevo la situación. Casi sin aliento, formuló un juramento: no importaba el tiempo que emplease en ello, mataría al que había raptado a Fabia. De repente, sintió una presencia tras él. Apenas le dio importancia. Pensó que era algún curioso merodeando el lugar. Pero escuchó una voz tan débil y asustada que creyó oír un fantasma. Se giró con rapidez hacia el sitio de donde procedía el leve sonido y, cuando descubrió de quién se trataba, estuvo a punto de caer de rodillas al suelo.

—Frank... —sollozó la joven.

—¡Fabia! —exclamó sorprendido. Corrió hacia ella y la abrazó con fuerza. Su corazón volvió a latir. El pulso, acelerado por la alegría, podía sentirlo en su garganta—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

—No... —Seguía llorando la muchacha entre sus brazos.

—¿Cómo has...? —La apartó despacio y la miró a los ojos.

—Le pedí al señor Petter salir un poquito antes y me lo concedió. Yo... yo... no quería verte... —le confesó.

—¿Sabes que me he vuelto loco intentando averiguar qué te había sucedido? Habría puesto la ciudad patas arriba buscando cualquier pista que me llevara a ti —reveló.

—No entiendo el por qué... —Ella agachó el rostro cubierto de lágrimas.

—¿De verdad quieres saber el por qué? —Fabia asintió muy despacio—. Porque desde que te conocí no he sido capaz de olvidarte ni un minuto. Porque cada vez que regreso a mi hogar te veo allí, esperándome con los brazos abiertos y porque creo que... —Posó con cuidado su mano en la barbilla, le alzó el rostro y, recordando las palabras que su padre le dijo el mismo día que le informó que deseaba ser agente de la ley: «Haz lo que te dicte tu corazón. Es el más sabio de todos», le murmuró—. Porque te quiero, Fabia Canetti.

Y la besó.

Capítulo 9



Era la primera vez que, al entrar en su hogar, Gabriella no lo recibía con chillidos eufóricos. Agarrado de la mano de Fabia y protegiéndola con su cuerpo, Frank caminó por la casa hasta llegar a la cocina, donde se encontraba Alexander, sentado y cabizbajo. Cuando este alzó la mirada y los vio, el rostro desencajado por la incertidumbre vivida se disipó.

—¿Estás bien? —Se levantó con rapidez y abrió los grandes brazos para que Fabia pudiera encajarse entre ellos.

—Por ahora lo está —contestó Frank, liberándola de su amarre.

La muchacha caminó hacia el anciano y se dejó abrazar. Ya no temblaba y su miedo había desaparecido; sin embargo, sus ojos expresaban todavía ráfagas del pánico vivido.

—*Mamma* —Frank dirigió su mirada hacia su madre—, ¿puedes decirle a la familia de Fabia que está con nosotros? —Gabriella asintió y se marchó.

—Es la primera vez que veo a mi esposa así —comentó Alexander observando cómo se alejaba su mujer—. No ha dicho ni una palabra desde que nos enteramos de lo sucedido en la tienda del señor Petter.

—Ven —le dijo Frank, extendiendo las manos hacia la joven al verle brillar los ojos por las inminentes lágrimas. Ella corrió y se dejó envolver en la suave caricia protectora del hombre. Este le dio un beso en la frente y, apretando su pequeño cuerpo contra el suyo, miró a su padre—. Voy a llevar a Fabia a su hogar, cuando regrese hablaremos de lo sucedido.

Alexander asintió. Sabía a la perfección qué camino tendría la conversación que vendría. En primer lugar, intentarían averiguar quién había realizado el anterior robo y con

quién había hablado el señor Petter en el departamento. En los tiempos que corrían, raro era el agente que no estaba pagado por algún contrabandista o capo, y tal vez por eso la denuncia se quedó en la papelera de algún despacho. Necesitaban averiguar si el anciano era un comerciante honrado o, por el contrario, era el expendedor de algún traficante. Si así fuera, quién podría estar interesado en quitarlo de en medio y por qué. Y para ese tipo de respuestas, él mejor que nadie sabía a qué puerta tocar. Una puerta que dejó abandonada hacía ya bastantes años, pero que no le importaba volver a llamar si con ello conseguía su propósito.

—¡Hija mía! ¿Te encuentras bien? —La madre de la joven entró en la cocina con tanta rapidez que nadie en la casa pudo actuar, y pilló a Fabia en los brazos de Frank. Al ver la situación, la mujer se llevó la mano a la boca y evitó que saliese el grito.

—No me ha pasado nada —se apartó con desagrado y se dirigió hacia su madre para consolarla—. Ha sido un milagro, *mamma*. Cosas del destino. El señor Petter me había dejado salir antes porque finalicé mi tarea y... —miró de soslayo al agente.

—Y gracias a eso, ella está sana y salva —interrumpió Alexander—. Ese viejo gruñón protegió la vida de su niña sin saberlo.

—Gracias —agradeció a Frank tras un extraño silencio. Estaba contenta de tener a su hija sana y salva, pero no le había agradado verla tan cómoda entre los brazos del hombre.

—No tiene por qué dármelas —contestó el joven.

—Vamos, Fabia. Marchémonos a casa. —Agarró con fuerza la mano de la joven y tiró de ella hacia el exterior. Sin embargo, la muchacha rehusó salir. Los ojos de la madre se abrieron como platos y no supo cómo actuar, entonces Fabia dijo:

—Espérame en la puerta, por favor. Tardaré un minuto en salir.

En ese mismo instante le hubiese gustado que su niña fuera algo más pequeña para que, tras su orden, ella obedeciese sin rechistar. Pero ni Fabia era pequeña ni ella podía imponerle algo que no iba a hacer, porque se palpaba en el ambiente que entre ellos había mucho más que un mísero interés amistoso. El hombre deseaba protegerla hasta con la mirada.

—Vamos, querida —Gabriella echó su brazo sobre el hombro de la mujer y la condujo hasta la salida.

Cuando ambas madres se alejaron, Fabia dejó caer sus brazos. Frank caminó hacia

ella y la cogió de la cintura. Levantó de nuevo el rostro afligido de la joven y la besó muy despacio.

—¿Estás preocupada? ¿Quieres que te acompañe? —preguntó Frank sin apenas separar sus labios de los de ella.

—No te molestes. No creo que alguien de esta ciudad esté tan loco como para enfrentarse a mi madre y a la tuya —sonrió.

—En eso tienes razón. —Volvió a rozar la comisura de su boca—. De todas formas, cuando haya hablado con mi padre iré a confirmar que te encuentras mejor.

En ese instante las voces de las madres empezaron a escucharse. Hablaban en italiano y parecía que la conversación era un tanto acalorada. Frank arrugó la frente y antes de soltar a la joven, prestó atención. La madre de Fabia estaba enfadada y le decía a Gabriella que no era justo lo que sucedía. Le contaba que la joven llevaba poco tiempo en la ciudad y que había estado fuera de su lado por un desamor. Oyó el nombre de Stefano y vio cómo la muchacha se encogía al oírlo también. Le narraba las calamidades que la niña había padecido hasta que alguien acabó con la vida del psicópata. Concluyó diciendo que iba a hacer todo lo posible por evitar que su hija se marchase de nuevo. Pero tras sus palabras, replicó Gabriella diciendo que su hijo no era ningún delincuente ni un perturbado mental. Le explicó que era uno de los mejores agentes de policía que tenía la ciudad y que, bajo su protección, ella estaría a salvo. Pero los argumentos no le importaron a la madre de Fabia que, aunque callada con palabras, emitía ruiditos de desagrado.

—Tenemos que hablar de eso… —susurró Frank a Fabia.

—No fue más que una mala elección. —Agachó la cabeza y el hombre se la alzó nuevamente.

—Pero si cabe la posibilidad de una venganza hacia ti por lo que he escuchado, debo estar informado. ¿De acuerdo?

—No creo que… de eso hace ya… —replicó.

—Envejecemos con el tiempo, pero nuestros pensamientos siempre son los mismos. Si alguien está resentido contigo por la relación que tuviste con ese tipejo, quizá esté buscando la manera de dar fin a ese rencor. —Al ver cómo Fabia empezaba a encogerse por lo que estaba escuchando, la apretó contra sí mismo y le cuchicheó—. Nadie va a tocar a la futura madre de mis hijos. Tendrían que matarme primero. Ahora vete con ellas e intenta calmarlas. Nos vemos en un rato.

Sorprendida por lo que había escuchado de la boca de Frank, con temblores en las piernas y con un corazón imposible de relajar, Fabia se llevó consigo a las dos madres, que todavía seguían discutiendo sobre el tema del repentino amorío. Antes de cerrar la puerta giró su rostro para mirarlo y se sintió la mujer más afortunada del mundo. Había sido una tonta al pensar que él no la amaba y que tan solo se dedicaba a incordiarla.

Frank había estado todo el tiempo protegiéndola a pesar de que ella rehusaba mirarlo siquiera. «No sucederá más. Me dedicaré en cuerpo y alma a quererte y a hacerte feliz», prometió al mismo tiempo que asentía a su madre sin saber qué le había preguntado. A pesar del episodio tan desagradable que había vivido, la declaración de amor hizo que todo lo malo se disipase de su mente y en aquellos momentos solo pensaba en volver a sentir el calor de los brazos protectores de quien sería su futuro esposo. Sonriendo de oreja a oreja y caminando como si pisara nubes, entró en su hogar donde la esperaba la familia completa.

Cuando las tres mujeres se alejaron, Frank se giró rápidamente hacia su padre. Este descansaba sobre el borde de la encimera. Una mano se apoyaba en el bíceps del otro brazo y se tocaba la barbilla. Su gesto mostraba una gran preocupación. Ojeaba el suelo con tanto interés que parecía estar buscando algo. El labio superior, levemente inclinado hacia la derecha, reafirmaba su posición de inquietud.

—Dime qué estás pensando —inquirió el hijo sin mover los pies del suelo.

—No lo sé, Frank. Esto es muy raro y complicado. Por lo que he podido escuchar de la gente, todo parece indicar que fue un robo fallido. Ya sabes… el señor Petter defendió hasta el último momento su pequeña propiedad. Sin embargo…

—¿Sin embargo? —Alzó las cejas.

—Algo me dice que no es así, que hay «algo» que tiene que ver con Fabia. ¿No te parece mucha casualidad que hoy, justo el día que descansas y no has merodeado con el coche patrulla, se comete el hurto?

—Ya has oído a su madre, estuvo con un muchacho problemático. Puede que la investigación la empiece visitando a la familia del joven.

—Es una opción, pero pensemos con claridad. ¿De verdad crees que la familia de un presunto psicópata, quien según he oído terminó muerto, se va a interesar por la exnovia? Yo no le veo sentido, salvo que ella tuviese conocimiento de algún tema importante que comprometa a dichos miembros.

—No creo que Fabia esconda nada… —Caminó hacia la mesa y se sentó.

—¡A eso me refiero! Ella… ¿qué sabe? ¿Qué importancia tiene y para quién? —Se acercó a su hijo y se colocó a su lado.

—Para mí es muy importante, para los demás no lo sé —expuso con determinación.

—¡No digas bobadas! Nadie sabía tus sentimientos hacia ella. Creo que ni tú mismo eras consciente de hasta qué punto la amabas hasta que sentiste el miedo de perderla para siempre —cogió un vaso que tenía sobre la mesa, lo llenó de limonada y se lo bebió de un sorbo—. Mañana voy a ir a casa de Mario Santoro a ver si él nos puede ayudar —dijo cuando posó el vaso.

—¿Los Santoro? ¿Para qué? —Frank se giró con rapidez sobre el asiento y miró a su padre muy sorprendido.

—Si el señor Petter andaba metido en algo ilegal, ellos lo sabrán.

—En cualquier otra ocasión intentaría disuadirte y pedirte explicaciones de por qué conoces a una de las familias más peligrosas de esta ciudad, pero como la vida de mi futura mujer ha estado en peligro, tan solo te diré que actúes con mucha cautela y que si en cualquier momento necesitas ayuda, me lo hagas saber. ¿Entendido?

—Tranquilo, sé apañármelas muy bien solo —sonrió, le echó el brazo sobre el hombro para atraerlo hacia él y lo abrazó con fuerza.

Capítulo 10



Jamás imaginó que ella huyera de la ciudad y tampoco que nadie de su entorno tuviese la menor idea de dónde podía haber ido. Hasta su compinche en la policía no halló una pista que les pudiese indicar su posible paradero. Enfadado al recordar de nuevo que no había dado por finalizada su gran proeza, golpeó con fuerza el volante.

—¡Tenía que haberla matado esa misma noche! —gritaba airado. Tras intentar mantener la calma apoyó la frente en el volante y continuó su monólogo—. Lo único bueno de toda esta mierda es descubrir que John Rossi no tenía ningún interés amoroso hacia esa bastarda, puesto que de ser así todos hubiésemos tenido un grave problema. Creo que en el fondo le hice un gran favor haciéndola desaparecer. Quizá algún día me sienta junto a él y le informe de que gracias a mí intervención obtuvo lo que andaba buscando. Sería divertido hablar de cómo la amenacé, de cómo la utilicé y hasta de cómo disfruté golpeando con el palo de golf su blanquecina piel. Estoy seguro de que estará muy agradecido por esa colaboración y me ofrecerá algún tipo de *favor italiano.* —Sonrió suavemente al imaginarse la situación—. Aunque en el fondo el más beneficiado de toda esta tesitura he sido yo porque gracias a la búsqueda incesante de esa mala puta he encontrado a mi segundo hombre de confianza. —Su sonrisa seguía permaneciendo en el rostro y un brillo en sus ojos de felicidad resplandecía en sus pupilas—. ¿Quién dijo que tres eran multitud?

Eufórico por sus logros salió del coche y se acercó a la entrada del hogar. Durante unos instantes se quedó parado y la risa se desvaneció. La razón de su drástico cambio emocional fue el recuerdo de una conversación que había tenido con Anderson unas semanas atrás. En ella le desvelaba que el agente Stilmet parecía tener algún tipo de sentimiento hacia la muchacha que trabajaba en una tienda de comestibles entre Belmont Ave y E187th St, cerca de la Iglesia Católica de Mount Camel. Desde ese momento ideó cómo hacerla desaparecer y hoy era el gran día. Sin embargo, se había marcado otra importante prioridad antes de sonreír

con el dolor del policía. Caminó con lentitud hacia la entrada, metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves. Apretó con la otra el candado que impedía la huida de la niña o la entrada de cualquier curioso y lo abrió.

Como era costumbre allí dentro solo reinaba la oscuridad. Helena era muy cuidadosa y cumplía muy bien los mandatos que él le imponía. Era tan fácil manejar su mente adolescente que la hizo creer que Frank había sido quien ordenó la ejecución de su padre. Le bastó tener entre sus manos la portada del *Dialy Moorning*, en el que el agente aparecía escondiendo su rostro con el sombrero, para que la ingenua criatura visualizase la cara de quien ella pensaba que era el autor de su desgracia. Baker confiaba plenamente en sus dos amigos, no obstante, como buen hombre de negocios, siempre tenía otra alternativa y Helena era el comodín que todo buen jugador guarda hasta el último momento para sacarlo y ganar la partida.

Cada día que pasaba más se orgullecía de la labor que realizaba con la muchacha. Era tanta la confianza que la joven tenía hacia él que no cuestionaba ninguna orden. Sonrió de placer al concluir que la estaba convirtiendo en un verdadero monstruo…

—¿Helena? —preguntó tras cerrar la puerta.

—Estoy aquí. —La delicada voz de la niña surgió tras el dormitorio.

—Puedes salir —le indicó.

—Buenas tardes, señor. —Corrió hacia él para abrazarlo.

—Buenas tardes pequeña. Hoy te traigo buenas noticias —respondió a la cálida bienvenida abriendo sus brazos.

—¿A qué se refiere?

—Tal como te prometí, he encontrado algo que nos puede acercar un poco más a conseguir nuestra *vendetta*. —Acarició el pelo azafranado.

—¿De verdad? —La muchacha alzó su cara hacia el hombre y sonrió—. El alma de mi padre podrá al fin descansar…

—Por supuesto que descansará y yo pongo todo lo que tengo a mi alcance para que eso ocurra cuanto antes. —Agachó su boca hacia la de la joven y la besó.

Ella se dejó besar. Billy le había enseñado bastante bien sobre cómo debía complacer a un hombre que se interesase en ella y su salvador, no solo la protegía o la cuidaba sino también le había dicho que la amaba.

—Eres la lujuria en estado puro —le susurró entre jadeos. Le excitaba tanto hacer con ella lo que le diese la gana, que con tan solo mirar aquellos ojos atigrados ofreciéndose sin resistencia, se ponía muy duro.

—Gracias, señor. Sabe que es un placer para mí atenderle como es debido. —Llevó sus pequeñas manos hacia los botones del pantalón y se los desabrochó.

—Eso es. Si me cuidas y me haces feliz, yo pondré todo mi empeño para que puedas conseguir aquello que tanto deseas. Porque tuvo que ser muy duro ver cómo mataban a tu padre, ¿verdad? —La joven se arrodilló y sacó el erecto sexo mientras afirmaba con la cabeza—. Sabes que te ayudaré, pero primero necesito ver cómo me lo agradeces.

Bajó la mirada ardiente de deseo hacia la muchacha.

—¿Así? —murmuró Helena antes de meter en su boca el miembro.

—Perfecto… —susurró entre gemidos. Agarró la cabeza de la niña y le indicó el ritmo que debía de llevar para hacerlo disfrutar.

La joven alzó sus ojos y se sintió orgullosa al percibir en el rostro del hombre la satisfacción que le provocaban sus acciones. Parecía que había aprendido muy bien cómo debía complacer a quien se interesaba en ella.

—¡Para! —le ordenó tirando de la cabeza de la niña—. Esta vez no quiero correrme en tu boca. Levántate, quítate la ropa y deja que acaricie ese cuerpo pecaminoso que escondes bajo los harapos.

Helena hizo lo que le había ordenado. Se alzó del suelo y sin pudor, se fue quitando la ropa. No entendía por qué, pero ver cómo aquel hombre la miraba con deseo le gustaba tanto que le hacía temblar las piernas.

—Bella… eres muy bella. —Se acercó a la muchacha y empezó a acariciar la suave piel. Se inclinó hacia los pechos y saboreó los duros y firmes pezones que se alzaban bajo su tacto—. Eres una pequeña bruja, Helena. Da igual en qué lugar me encuentre, siempre estoy pensando en tocarte, besarte, estar dentro de ti.

—¿Eso es amor? —preguntó ingenua.

—Por supuesto. Te quiero tanto que hasta me duele hacerlo. —La alzó en sus brazos y la condujo hasta la cama.

—¿De verdad que me ama? —inquirió feliz.

—¡Desde luego! ¿Por qué dudas de mis palabras? —La tumbó e hizo que su rostro

se acercara al de ella.

—No dudo, pero como hasta que lo encontré nadie me había amado así… —musitó. Sus mejillas claras como la nieve comenzaban a sonrojarse por la pasión y la emoción de las palabras que escuchaba.

—Pues es una lástima… —continuó saboreando la figura femenina—. Aunque tus palabras me hacen muy feliz. —Posó las manos sobre las rodillas de la niña y las abrió para dejar expuesto los labios que deseaba degustar.

—¿Por qué? ¿Por qué le hace feliz escuchar que nadie me ha amado? —Intentó levantar la cabeza, pero al sentir el calor de la lengua en su sexo y la presión de los dientes mordiendo sus voluptuosos pliegues, se echó hacia atrás presa de la desesperación.

—Porque gracias a eso puedo gritar que eres solo mía — respondió sin dejar de devorarla.

Helena pensó que si tocara el cielo con sus manos no podría ser tan feliz como en aquel momento, puesto que jamás imaginó que un hombre como él pudiese decirle palabras tan importantes como que la amaba y que la deseaba. Estaba en deuda con él y por eso jamás cuestionaría cualquier mandato que se le ofreciera. Cerró los ojos al notar la lengua recorrer cada rincón de su sexo. Le gustaba mucho y, sobre todo, le encantaba que fuera él. Levantó las caderas, permitiéndose más placer. Un grito salió de su boca al notar cómo entraban en su cuerpo dos dedos.

—Eres lo mejor que he tenido en esta vida —susurró con la boca pegada a su sexo—. Quiero comerte, quiero saborearte, quiero llenar mi cara del líquido que suelta tu coño al excitarte.

Helena gimió de placer. La volvía loca escuchar aquellas palabras. Movió las caderas, para que el rostro de Baker se llenara de esa sustancia pringosa que necesitaba. Tembló de nuevo al sentir cómo él la chupaba, la lamía y la mordía. Era puro placer, era auténtico amor.

—¿Quieres que te folle? ¿Quieres que mi polla entre en tu coño y lo frote hasta que tus gritos te dejen muda? —preguntó él metiendo y sacando los dedos, observando cómo la niña se rendía ante todo lo que le daba.

—Sí —murmuró—. Lo quiero.

Julian colocó de nuevo su boca sobre los pliegues y los mordió hasta dejarlos hinchados y con las marcas de sus dientes. Ella seguía gritando de placer, de dolor, de éxtasis.

A continuación, fue repasando con su lengua cada rincón del cuerpo de Helena, cuando llegó a los pezones, los trató de igual manera que a su sexo.

—¡Córrete! —le ordenó mientras la masturbaba con violencia—. ¡Hazlo!

Ella lo hizo. Porque todo lo que él le pedía, lo hacía sin rechistar.

—Buena chica —dijo feliz tras el sometimiento.

A continuación, se puso de rodillas sobre ella y la miró. No hizo falta que le diera la orden, la niña sabía qué debía hacer. Se incorporó y volvió a chuparle la polla hasta que notó que pronto llegaría al orgasmo. La retiró con rapidez, se movió sobre ella, la giró y la puso a cuatro patas. Le abrió las piernas y la penetró.

—¡Mi joven Helena! —exclamaba en cada embestida, en cada fricción—. Dime que me quieres. Dime que soy tu salvador, tu único hombre.

—Lo es —respondió mientras su cuerpo no dejaba de moverse al ritmo que él le proporcionaba.

—¡Quiero follarte siempre! —gritó cogiéndole las tetas con ambas manos para estrujárselas.

—Siempre me tendrá aquí —contestó entre gemidos.

—¡Sí! —clamó fuera de sí, porque no solo le daba placer estar con ella, sino también escuchar lo que deseaba.

Baker colocó las manos en la cintura de Helena y la embistió con fuerza, sin contemplaciones. Cuando eyaculó dentro, soltó un grito que era más la liberación de una bestia que la llegada del clímax.

Tras las últimas sacudidas, se tumbó a su lado y la observó. Sin lugar a dudas nunca llegó a imaginarse que una venganza tendría un sabor tan delicioso. Sonrió mientras le tocaba el azafranado cabello. Le resultaba tan inocente que a veces se sentía un monstruo por mantenerla para él solo.

—¿Qué piensa? —La muchacha puso el codo en la cama y apoyó su cabeza sobre la mano.

—Que no puedes imaginar cuánto te quiero. —Continuó con su mentira.

—Yo también le quiero —sonrió.

—¿Serías capaz de hacer todo por mí? —Acarició el suave cabello.

—Lo que desee…

—Y si tienes que entregarte a los brazos de otros hombres, ¿también lo harías?

—¿Me quiere abandonar? ¿He hecho algo malo? —La adolescente se alzó de rodillas sin dejar de mirarlo con miedo—. ¿No le ha gustado cómo lo he hecho hoy? —Agachó la cabeza y lamió el flácido y pequeño sexo.

—Jamás dudes de lo que me haces sentir —dijo con tono dominante mientras la cogía del pelo y la acercaba hacia su rostro. —Pero debes de entender una cosa, aquí, entre cuatro paredes no podrás cumplir la promesa de vengar la muerte de tu padre y como comprenderás nadie puede conocer de tu existencia, puesto que sería el final de todo nuestro plan.

—¿Qué desea hacer? —Helena no podía mover su rostro, Julian lo tenía bien agarrado.

—Cuando estés lista voy a mover hilos para que puedas permanecer oculta. La única opción que he barajado es que trabajes en algún club de la sociedad y para ello tendrás que satisfacer a otros hombres como lo haces conmigo. —Clavó su mirada en la de la niña y la observó durante unos instantes. Al ver que la duda se reflejaba en ellos acercó su boca a la de la joven y la besó.

—No sé si podré…—balbuceó Helena tras ser liberada del beso.

—¿Te acuerdas lo que dijiste la primera vez que te traje un mendigo? —Los pulgares empezaron a acariciar las mejillas infantiles.

—Sí, que no lo conseguiría.

—Y ahora… ¿qué harás con el que tengo en el maletero del coche?

—Lo degollaré con tanta lentitud que podré escuchar cómo el filo de mi cuchillo corta la sucia piel. —Helena sonrió de una manera tan maquiavélica que hasta él sintió un escalofrío recorrer su cuerpo.

—Pues el entregarte a otro hombre es igual, para ello tenemos que practicar.

—Si yo hago eso… ¿me seguirá queriendo? —El rostro ensombrecido de la muchacha se disipó y regresó la inocencia correspondiente a una joven de quince años.

—Te querré mucho más, pequeña brujilla. —Bajó sus manos hasta las axilas de la muchacha y la alzó sobre él—. Mira, solo de pensar que me haces caso, ya quiero follarte

de nuevo.

—¿Desea hacerme el amor otra vez?

—Por supuesto, quiero hacerte el amor a todas horas. —La abrió y la volvió a penetrar con fuerza—. Hazme feliz de nuevo. —Puso las enormes manos sobre la cintura de la niña y empezó a balancearla—. Así, despacio.

—Me siento… —Arrugó la nariz.

—¿Qué? —siguió zarandeándola.

—Me duele… —murmuró.

—¡Perfecto! —la presionó con más fuerza y arremetió contra ella. Ahora sí estaba sintiendo lo que venía a buscar, la satisfacción que le provocaba el dolor de los demás.

Una hora más tarde, colocó a su víctima sobre las cadenas y tras varias bofetadas este despertó.

—¿Qué…? ¿Dónde…estoy? —preguntó el mendigo asustado.

—Estás en buenas manos —contestó el señor Baker divertido.

—Entonces… ¿puedo hacer todo lo que desee? —Helena levantó sus cejas y esperó silenciosa la respuesta que necesitaba.

—Por supuesto. Haz lo que quieras con él es tuyo. —La besó en los labios y se alejó del interior de la casa.

No había caminado ni dos metros cuando escuchó un grito ahogado procedente del interior del almacén. Se levantó el cuello de la chaqueta y sin mirar atrás se introdujo en el coche. Tenía que cumplir su otro objetivo aquella tarde y así finalizaría el día como lo había planeado, feliz y con la vida destrozada del agente.



Aparcó en Arthur Ave. Necesitaba tener el coche alejado del lugar donde iba a realizar su fechoría. Aunque Charles le había dicho que aquella tarde no pasarían coches policiales por la zona y que, al ser jueves, casi todo el mundo se marchaba a la Quinta Avenida para hacerse con las mejores gangas que ofrecían, él era muy cuidadoso. Frunció el ceño al recordar el día que conoció a Anderson. No pudo comprender cómo se había realizado una redada tan importante y ninguno de sus amigos del Departamento le informó de nada. Sabía que de no ser por Charles toda su vida se hubiese esfumado como el polvo. ¿Quién contrataría a un abogado que le gustaba mantener relaciones sexuales con menores de edad? Sin olvidar de la masacre social que le harían los periódicos ávidos de carne fresca. Miró su reloj. Eran casi las ocho. Si no estaba mal informado, el señor Petter estaba a punto de cerrar y, aprovechándose del recuerdo que la gente tenía sobre el último robo que padeció el anciano, ideó su plan. Vestido con las ropas del vagabundo que llevó a Helena la semana anterior, se acercó hasta la cristalera de la tienda. Escondía en uno de los bolsillos un arma que le había dado Charles. Metió la mano para agarrarla, echó un último vistazo por las inmediaciones y tras observar que no había nadie a su alrededor entró en el local.

Tras el sonido de las campanas, el señor Petter se giró sobre sus talones y recibió al supuesto cliente con una sonrisa, al ver que este vestía con ropa mugrienta frunció el ceño y se subió las gafas que descansaban sobre su nariz.

—Señor Baker… ¿es usted? ¿Qué hace con esas ropas? ¿Ha sido atracado? ¿Necesita ayuda?

—Vengo buscando a la joven que trabaja para usted —respondió sin vacilar.

—¿Para qué? —Entrecerró sus ojos y dirigió sus pupilas hacia el movimiento de la mano que se escondía en su chaqueta.

—Necesito hablar con ella —dijo esbozando una falsa sonrisa. El anciano al ver que la situación era cada vez más rara y desconcertante, miró hacia la ventana de su escaparate y cogió una de las latas que tenía a su lado—. Yo que usted no lo intentaría. —Sacó el arma y lo apuntó—. No se lo repetiré dos veces, ¿dónde está la joven que trabaja para usted?

En milésimas de segundo el cerebro del señor Petter comenzó a hilar una razón por la que el distinguido señor vestía como un pordiosero y buscaba a Fabia. También recordó que había leído en algún periódico sobre las posibles tendencias sexuales del personaje que permanecía frente a él. Frunció el ceño al concluir que buscaba a la chiquilla para utilizarla y aniquilarla, como sucedía con todas las jóvenes que desaparecían. Tomó fuerzas y salió del mostrador para enfrentarse a su agresor.

—Maldito cerdo ame…

No terminó la frase. Le pegó un tiro en la cabeza y, de la fuerza del impacto, el anciano se giró sobre sí mismo cayendo al suelo. Al ver que con el sonido del disparo no apareció nadie. Fue a buscar a la joven en la trastienda. Enfadado al no encontrarla, empezó a tirar todo aquello que hallaba a su paso. Se dirigió hacia la caja registradora y, para simular que lo ocurrido allí había sido un robo, cogió la recaudación.

Levantando los pies para no tropezar con el cadáver, se acercó a la puerta. Observó que no había nadie a su alrededor y salió sin mirar atrás. Tras alejarse de allí empezó a escuchar gritos de la gente. «¡Han matado al señor Petter! ¡Ha sido un robo!», oía satisfecho. «Has tenido suerte, Frank. Pero no la tendrás por mucho más tiempo», pensó.

Capítulo 11



New York, dos meses después…

Daba puñetazos a todo lo que se encontraba a su alrededor. Bajo la atenta mirada de sus compañeros, Angelo Santoro gritaba y maldecía sin parar. Cogió una silla de madera y la lanzó contra la pared haciendo que la butaca se rompiera en una docena de pedazos. Nadie dijo ni hizo nada. Todos se mantuvieron alejados del airado joven con la mirada clavada en el suelo. Angelo tenía un carácter endemoniado cuando algo le salía mal y hoy era uno de esos días.

Él y su pequeña banda merodeaban la ciudad buscando locales fáciles de asaltar. La principal razón no era la adquisición de unos miserables dólares, sino la experiencia que iban tomando en cada golpe. Querían llegar a ser unos verdaderos expertos en temas de coacción, intimidación, miedo o coraje. En los atracos también adquirían la confianza que tenían entre ellos. Para conseguir sus propósitos no recurrían a una violencia extrema. Sus armas estaban descargadas y las navajas que mostraban para la intimidación apenas cortaban. Era un mero juego donde solo salía herido el orgullo de quien era atracado. No obstante, la diversión había llegado a su *Game Over*, puesto que alguien había utilizado como excusa el robo que perpetraron en el establecimiento del señor Petter para aniquilar al anciano.

Más de un vendedor asaltado conocía la identidad de los atracadores y jamás habían dado los posibles nombres, puesto que lo tomaban más como chiquilladas de adolescentes que como verdaderos saqueos. Sin embargo, ahora todo cambiaría. Tras el fallecimiento de un vendedor, todos temerían por su vida y ofrecerían a los agentes de la ley los apodos que habían estado ocultando. Santoro imaginaba que el noventa por ciento de las personas que habían sido asaltadas gritarían su nombre, puesto que, tras ser mirado a los ojos,

estos lo reconocieron de inmediato.

Caminó hacia el saco de boxeo, que su amigo Thomas Mancini había colgado en medio de la polvorienta nave y le asestó el primer derechazo de toda una serie.

—*Imbecille!!* —gritó al mismo tiempo que arremetía contra el inerte objeto.

—Tranquilo, Angelo. Esto no va a quedar así. Estoy seguro que averiguaremos quién ha sido el culpable de ese asesinato —dijo John Rossi con su típico tono alentador.

—¿Averiguar? ¿Acaso no puedes imaginar quién ha sido? —Arqueó las cejas y apretando con fuerza los puños, volvió a asestarle una lluvia de puñetazos al saco.

—Debemos estar seguros, tan solo eso. Creo que a nuestro padre no le gustará que uno de sus hijos mate a personas inocentes y menos basándonos en meras suposiciones. Ya sabes que hemos pactado un tiempo de tregua —continuó John sin alterarse.

—*Sta´zitt´!*[20] —gritó Angelo mientras alzaba su dedo inquisidor hacia el hombre —. Mi padre no debe saber nada de esto por ahora. Y sobre quién ha sido el causante de esa muerte… yo no tengo dudas que los Lacontti están involucrados. Habrán descubierto que fuimos nosotros quién atracó al viejo meses atrás y nos han querido tender una trampa. ¡¡Esos bastardos quieren quitarnos la parte oeste de la ciudad!!

—¡Angelo tiene razón! —exclamó Thomas Mancini. El joven, dos años menor que Santoro, era uno de sus mejores amigos. Corpulento como una mula y fuerte como un búfalo, escondía sus casi cien kilos bajo unas bonitas camisas blancas y pantalones oscuros con tirantes.

—No digáis tonterías —continuó con voz serena el hermano mayor—. Tenéis que utilizar la cabeza para algo más que para llevar sombreros.

—*Che cazzo!!* —intentó replicar Santoro, pero al levantar John la palma de su mano hacia él, se calló de inmediato.

—Poneros a pensar… Si lo que decís es cierto y nadie os vio en el atraco, es justo suponer que alguno de vosotros es un topo. —Dirigió la mano hacia su bolsillo derecho y sacó una navaja con la que empezó a limpiarse las uñas de las manos.

—*Che diavolo dici?*[21]—Rizzo se levantó de un salto y miró primero a John y luego a Angelo—. ¡¡Aquí no hay ningún *spione*!![22]

—No creo que se trate de eso, John. Ellos son como nosotros, una gran familia y jamás se traiciona a la familia —comentó algo menos enérgico y caminó hacia su hermano.

—Si tú confías en ellos, yo también lo haré…

Rossi seguía limpiándose las uñas mientras que los compañeros de su hermano empezaron a respirar con cierta tranquilidad. Le bastaba saber que Santoro confiaba en ellos para sentir que sus vidas no corrían peligro. No obstante, si encontraba algún titubeo que le indicase la existencia de una minúscula posibilidad sobre una traición hacia su hermano, no dudaría en actuar *a su manera*. Tras terminar la inesperada manicura, cerró la navaja y la guardó de nuevo en el bolsillo.

—Ellos son *i miei amici, i miei fratelli*[23]. —Angelo posó la mano sobre el hombro de Rossi y lo apretó despacio.

—Confiaré porque tú lo haces. Otra cosa, *fratello*, yo no ocultaría por mucho tiempo esto a nuestro padre. Si es informado de lo sucedido por otra boca que no sea la nuestra, nos colgará de las pelotas en el puente Brooklyn y eso no me gustaría. Tengo la esperanza de darle algunos nietos…—Se levantó de su asiento, abrochó los botones de su chaqueta y se colocó el sombrero.

—¿Qué propones? —preguntó el joven.

—En primer lugar, tus amigos tendrían que salir de esta ciudad lo antes posible. Si es verdad que os han tendido una trampa irán a por vosotros y es mejor dejar que todo se calme un poco. Démosle tiempo a los agentes encargados del caso para que empiecen a descubrir las pistas que les conduzcan hacia los verdaderos asesinos. ¿Alguno de vosotros tiene parientes fuera de aquí? —Los tres asintieron—. Pues si queréis salvar vuestro culo italiano, buscaría el primer transporte que os lleve hasta ellos y saldría de la ciudad con rapidez, *capisce?*

—¿Y en segundo lugar? —inquirió Angelo.

—Hablaría con nuestro padre sobre esas *aventuras* que has realizado a solas y le comentaría también la razón que te ha llevado a pensar que tras esto están los Lacontti.

—¿Acaso no eres capaz de entenderlo por ti mismo? —Levantó un poco la voz, pero al ver que John entrecerraba sus ojos, debido a un posible enfado, se calmó con rapidez y habló más sereno—. Si nos quitan la parte oeste, que es la más productiva, nos quedará el este y eso no nos interesa. Las salidas y entradas de mercancías son mejores en aquel sector.

—¿Quién te ha dado esa información? —Los ojos de Rossi seguían fijos en su hermano menor.

—Escuché la conversación que tuvo padre con Tino Clemenza en su última reunión —explicó orgulloso.

—Entiendo… —John se giró y caminó lentamente hacia la puerta—. Quédate aquí, hablaré con papá y en cuanto te haya preparado el billete de salida, vendré a buscarte.

—Había pensado ir a Londres —dijo Angelo antes de verlo desaparecer.

—¿Londres? —Ante la sorpresa que le produjo aquella afirmación, John giró sobre sí mismo con tanta rapidez que casi pierde el equilibrio.

—Sí, Londres. ¿No recuerdas que tenemos una pequeña mansión allí? Los abuelos…

—Cuando te dije *salir fuera de la ciudad,* no me refería a que te marcharas a más de tres mil millas. Me gustaría tardar menos de un día en contar contigo, si fuera necesaria tu presencia…

Fue la primera excusa sensata que se le ocurrió para persuadirlo de la idea. No podía ir hasta allí. Nadie podía descubrir que protegía a Isabella en la casa de Londres, hasta que descubriese qué había sucedido durante su ausencia y por qué ella tenía tanto miedo cuando le preguntaba sobre la fecha de su posible regreso.

—Entonces espero instrucciones. —Angelo caminó hacia el saco y comenzó a propinarle una gran lluvia de golpes mientras que John se alejaba.

—Ese hermano tuyo me da escalofríos —explicó Dinty, callado hasta aquel momento, sin apartar la mirada de la espalda de Rossi.

—No es para menos… —habló Thomas Mancini—. Se rumorea que ha puesto patas arriba New Jersey en un par de semanas.

—Mi hermano siempre ha tenido un temperamento muy fuerte. —Santoro abrazó el saco cuando este embestía con fuerza hacia su torso y miró a sus amigos.

—Dicen que los mafiosos más temidos huyeron cuando supieron que John andaba tras ellos —habló Thomas con entusiasmo.

—Tuvo que sucederle algo grave en New Jersey. Algo que le hizo cambiar…

—¿Por qué dices eso, Angelo? —inquirió Rizzo intrigado.

—Porque durante unos meses su mirada estaba perdida y llena de odio. Mi madre, preocupada por su comportamiento, buscó mil formas de comenzar una charla con él,

pero no lo consiguió. Mi padre dice que todo estaba bien hasta que regresó. Yo no lo sé, pero es cierto que durante varias semanas parecía una persona diferente.

—Pues yo lo veo como siempre —opinó Mancini—. No puedes decir que tu hermano es un alma caritativa cuando sabes lo que les hizo a los Piatore.

—¡¡Estábamos en guerra y él hizo lo que mi padre le ordenó!! —Santoro gritó al mismo tiempo que levantó hacia su amigo el dedo inquisidor.

—Mi padre dice que andaba buscando una mujer. —Carlo Rizzo se levantó del asiento y caminó hacia su líder, colocó la palma en el hombro y lo presionó con delicadeza.

Deseaba tranquilizar la ira que se había creado en el joven. Ahora más que nunca el grupo necesitaba mantener la calma y no aumentar más problemas con riñas internas.

—¿Un fantasma? —repitió el joven Santoro mirándolo con los ojos entornados.

—Eso dicen. Creo que lo vieron en más de una ocasión visitando las calles de South Bronx.

—¿Estás seguro? —insistió Angelo, porque le resultaba muy extraño que su hermano se hubiera enamorado y no lo supieran sus padres.

—Ya te he dicho que mi padre lo vio varias veces por allí y, ¿qué se puede encontrar en aquella zona? Un club —resolvió.

—Dudo que John busque una mujer, más bien creería que seguía la pista de alguien a quien mi padre le hubiera pedido encontrar —expresó Santoro con firmeza.

—Todos los hombres se enamoran —dijo Mancini con una enorme sonrisa.

—Mi hermano no —aseguró el joven—. Porque eso mostraría que es humano y, por lo que hemos visto, no tiene nada de humanidad.

—¿Es tan peligroso? —Dinty levantó sus cejas y miró hacia la puerta.

—Estoy seguro de que el mismo diablo se apartaría de su camino si se lo encontrara de frente… —explicó Angelo fijando sus ojos hacia donde se dirigían todas las miradas; el lugar por donde había salido John.

Capítulo 12



John estaba sentado en el interior del coche, apoyando la frente en el volante mientras intentaba ordenar sus pensamientos antes de la inminente conversación con su padre. El asunto a tratar era sumamente delicado, y sabía que, después de informarle sobre los últimos acontecimientos, sin entrar en demasiados detalles, el *Don* no volvería a descansar tranquilo ni una sola noche. Un Santoro jamás había sido vinculado directamente con un asesinato, pero parecía que esta vez la suerte les había abandonado.

Cuando llegara el momento de discutir las posibles soluciones, John le sugeriría a su padre que la mejor opción sería alejar a Angelo de la ciudad durante un tiempo. Sin embargo, Londres debía ser descartado de inmediato, y para convencer a su padre de esto, tenía preparados una docena de argumentos sólidos.

—¿Crees que no mirarán hacia allá cuando se pregunten dónde puede estar? —imaginaba preguntándole con firmeza—. He visitado la casa en Londres tres veces en menos de dos meses para velar por los bienes familiares. Creerán que la he estado preparando para que fuese habitada. Eso, en lugar de demostrar la inocencia de mi hermano, les indicará lo contrario. Si lo enviamos allí, no dudarán de su culpabilidad y no podremos evitar su encarcelamiento. Y sabes que, si Angelo entra en prisión, pagará por todo lo que nosotros hemos cometido.

Al finalizar en su mente la posible charla, una sonrisa se formó lentamente en sus labios. Sin querer, había definido a Isabella como un bien familiar, y aunque pudiera parecer una trivialidad, para él lo era todo. Isabella era su mundo, su vida, su razón para vivir. Gracias a ella, el monstruo que realmente era había permanecido contenido. Lo que la gente veía de él no era ni una décima parte de lo que podría haber sido.

Mirando hacia el frente, recordó las agónicas semanas que pasó sin tener noticias de ella. Tras su regreso de New Jersey, descubrió que Isabella había desaparecido sin dejar rastro.

Desesperado por encontrarla, comenzó a buscarla en lugares que jamás habría visitado de otra manera. Sitios donde la penuria de las drogas que se distribuían en la metrópolis tomaba posesión del raciocinio de aquellos que las consumían. Pero no la halló. Nadie había oído hablar de ella ni la habían visto merodear por aquellos territorios.

La desesperación por encontrarla provocó que empezara a tener delirios en sus sueños. Cada vez que dormía, la veía cubierta de sangre, alargando una temblorosa mano hacia él y pidiéndole ayuda. Al no poder alcanzarla, se despertaba en un mar de lágrimas y empapado en sudor. Finalmente, decidió no dormir más de dos horas seguidas, pero aquella decisión le trajo más problemas que beneficios.

Su carácter se volvió agrio, y comenzó a actuar sin cordura. Incluso estuvo a punto de matar a su fiel amigo Michael, cuando este le confesó que había entregado con retraso una carta a Isabella y no había podido cuidarla como él le había ordenado. Pero cuando el cañón de su pistola presionaba la frente de Michael y su dedo se preparaba para disparar, un niño apareció corriendo, gritando su nombre. La noticia que le dio no fue de su agrado, pero al menos supo que, donde quiera que estuviese, su guardaespaldas y Emily la acompañaban.

La ausencia de Isabella dejó una marca profunda en su corazón. Caminaba por las calles más peligrosas sin protección, solo tenía en mente a Isabella y la razón por la que no estaba a su lado. Era cierto que habían llegado al acuerdo de no interferir en la vida del otro para protegerse mutuamente, pero cuando estaban solos en un lugar seguro, no dejaban de amarse como si fueran adolescentes descubriendo el primer amor.

Por suerte, antes de que su cordura se desmoronara completamente, Isabella lo llamó a su despacho. Cuando ella le dijo que no quería volver, la ira se apoderó de él.

—Isabella, llevo dos malditos meses recorriendo la ciudad buscándote. He rezado más de mil plegarias para hallar una mísera pista que me condujera a tu paradero. He usado todo mi poder para descubrir qué había pasado durante mi ausencia y por qué nadie sabía nada. ¿Y sabes qué descubrí?

—No —murmuró ella.

—Que no puedo tener un futuro sin ti. He pasado tanto miedo al no encontrarte que llegué a imaginarte muerta. Cada mañana miraba el periódico con temor a ver la foto de tu cuerpo flotando en algún río. ¿Acaso eso no te dice que no me importa lo que hayas hecho en el pasado, pero que te quiero en mi presente y en mi futuro? Además, si alguien debería buscar una persona mejor, esa eres tú, porque no soy digno de ser amado como deseo serlo.

Isabella suspiró hondo y se mantuvo callada. La angustia y el miedo que sentía eran

palpables a través del teléfono, pero no podía revelarle la verdad. Sabía que poner a John en peligro era lo último que quería.

—No digas eso… —respondió finalmente, con voz temblorosa.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué aprovechaste que no estaba a tu lado para marcharte? —preguntó John, con una mezcla de dolor y desesperación en su voz.

—No puedo contártelo… —Isabella mantuvo un largo silencio—. No quiero ponerte en peligro.

—¡Maldita sea, Isabella! ¿Qué es tan grave que no puedes compartirlo conmigo? —exclamó John, sintiendo la impotencia crecer dentro de él.

—Es por tu bien, John… —murmuró ella, casi inaudible.

—Dame al menos una explicación —John apretó los puños, conteniendo la respiración.

Isabella suspiró profundamente antes de responder.

—John, tuve que marcharme porque he descubierto que estoy embarazada.

—¡Santo Dios, Isabella! —exclamó John, loco de felicidad—. ¡Voy a ser padre! ¡Vamos a tener un bebé!

—Sí —respondió ella—. ¿Te hace feliz?

—¡Estoy loco de felicidad! —gritó, saltando del asiento, con el teléfono temblando en su mano—. No puedo creerlo, ¡voy a ser padre! —John se paseaba de un lado a otro de la habitación, con una risa desbordante y los ojos llenos de lágrimas de alegría—. ¿Por eso te fuiste? ¿Por qué no me dejaste una carta? —preguntó algo más calmado, intentando recuperar el aliento.

—John, como no estabas, me dio miedo quedarme sola. Luego, cuando llegué aquí, Emily tuvo que cuidarme durante diez días porque el viaje no fue bueno para mí —dijo Isabella, con un suave temblor en su voz, esforzándose por mantener la mentira sin que John la percibiera.

—Lo siento, Isabella. Siento mucho haberte dejado sola, pero sabes que yo...

—Sí, lo sé, por eso mismo me marché.

—¿Dónde estás? Quiero ir a buscarte.

—Necesito quedarme aquí hasta que el niño nazca. Cuando esté en mis brazos, pensaré qué haré a continuación —explicó tranquila y con decisión, porque esta parte era real.

—Bien, voy a decirles a mis padres que tengo que viajar unos días. Voy a recogerte y te llevaré a la residencia que tiene mi familia en Londres. Allí contrataré vigilancia que os cuide —dijo John, sin esperar una réplica.

—John...

—Escúchame, Isabella. Necesito verte. Necesito asegurarme de que estás bien, y no voy a permitir que pases por esto sola. No te obligaré a regresar si no quieres, pero estaré a tu lado en todo momento.

Isabella se quedó en silencio unos instantes, emocionada por la determinación en la voz de John. Finalmente, con un suspiro, accedió.

—Está bien, John. Ven a buscarme. Estoy en casa de Emily en Brighton.

—Voy a salir en cuanto cuelgue el teléfono. Estaré allí lo antes posible. Te amo, y te prometo que cuidaré de ti y de nuestro bebé.

—Gracias, John. Yo también te amo.

Colgó el teléfono con el corazón lleno de esperanza y alegría. La imagen de Isabella y su futuro hijo lo llenaba de determinación y fuerza. Sabía que haría lo que fuera necesario para proteger a su familia y asegurar su felicidad. Con una sonrisa en el rostro y los sentimientos a flor de piel, comenzó a prepararse para el viaje que cambiaría sus vidas para siempre.

Mientras se levantaba y empezaba a organizar sus cosas, John sentía una mezcla de emociones. El miedo y la desesperación que habían dominado sus días recientes ahora se transformaban en una vibrante mezcla de amor, esperanza y resolución. Se dio cuenta de que su vida estaba a punto de cambiar de una manera que nunca había imaginado. La responsabilidad de ser padre y la promesa de un futuro con Isabella le daban una nueva perspectiva y una energía renovada.

Se detuvo un momento, mirando a su alrededor en el pequeño despacho donde había pasado tantas horas planificando, trabajando y preocupándose. Este espacio, que antes le había parecido el centro de su mundo, ahora se sentía secundario frente a la inminente realidad de su nueva familia. Con una última mirada a su alrededor, John se dirigió hacia la puerta, decidido a enfrentarse a cualquier desafío que se interpusiera en su camino.

Capítulo 13



Como todos los viernes, Priscila había quedado con unas amigas para ir de compras por la Quinta Avenida, pero antes daría un paseo por el inmenso Central Park. Disfrutaba de estar rodeada de naturaleza en medio de la jungla de edificios. Su ruta habitual incluía una visita al Reservoir, una caminata por Sheep Meadow y terminar en algún banco cercano a The Mall para contemplar la ciudad desde la distancia. Era su momento de paz, donde nadie la avasallaba con conversaciones sobre su futuro ni escuchaba la grave voz de su padre informándole sobre otro posible candidato para contraer un próspero matrimonio. A sus diecisiete años, se consideraba demasiado joven para un compromiso de por vida. Su ideal de marido no era alguien con una cartera repleta de dólares, sino alguien que valorara su protección y cuidado. Como era de imaginar, su madre discrepaba enérgicamente. A la señora Baker le parecía lógico que una joven solo valorara la parte romántica de una relación, pero intentaba dejarle claro que un amor sensato florecería con el tiempo, tras ver cómo el marido trabajaba a diario para mantener una buena economía familiar. Priscila odiaba aquellos argumentos. Se repetía una y otra vez que el amor no tenía nada que ver con una posición acaudalada, sino más bien con alteraciones físicas: una incesante agitación en el corazón, un revoloteo de mariposas en el estómago al pensar en el amado, el tintineo constante del nombre adorado y, sobre todo, el deseo de ser besada y tocada por esa persona. Hasta ese momento, jamás había sentido algo parecido con los candidatos que su padre le presentaba en sus majestuosas fiestas. Quizá porque el aspirante más joven que conoció tenía el doble de años que ella y la única sensación que despertó al besarle la mano fue una enorme repulsión.

Parada sobre el verde césped de Sheep Meadow, miró hacia ambos lados para asegurarse de que no había nadie conocido a su alrededor. Lo que estaba a punto de hacer no era apropiado para una joven de su posición social, pero a Priscila le encantaba realizar ese tipo de cosas. Confirmada su soledad, se descalzó y empezó a caminar sobre la gran manta

verde. El suelo estaba helado, algo típico en esa época del año, pero no le importaba. Apreciar cómo el frío acariciaba su piel y la recorría despacio le hacía sentirse viva. Alzó la mirada y observó la capa de nubes que cubría el cielo. Parecían un grupo de figuras bailando al compás de una suave brisa. Empezó a caminar algo más deprisa, como si intentara seguir el bailoteo de las esponjosas masas de gotas cristalinas. Sonrió al recordar los mejores momentos de su niñez, cuando salía al jardín y, bajo la atenta mirada de la cuidadora, revoloteaba sin parar entre las flores. De repente, frenó sus movimientos al sentir la presencia de alguien a su alrededor. Se giró despacio y encontró a un hombre que no apartaba la mirada de ella. Sin mostrar miedo, dejó los zapatos en el suelo y se los puso. En el mismo momento que levantó la vista hacia el extraño, observó que este se acercaba a paso ligero.

—Buenas tardes. Me preguntaba qué hace una joven sola en esta zona del parque.

Priscila no le respondió. Comenzó a andar hacia adelante y miraba a su alrededor en busca de alguien a quien pedir auxilio. Al no encontrar a nadie, su respiración empezó a agitarse y un leve sudor frío comenzó a bañar su piel.

—¿No me hablas? —insistió el extraño, moviéndose tras ella.

La muchacha continuaba su marcha en silencio. En ese momento, el individuo la agarró con fuerza del brazo y la hizo girar sobre sí misma, quedando su rostro aterrorizado frente al del desconocido. Le pareció bastante mayor que ella. Sus ojos, de un color oscuro, le provocaron más horror si cabe, puesto que mostraban una mirada sucia, perversa, obscena.

—¡Suélteme! —gritó Priscila, agitando su cuerpo con fuerza.

—¿No eres muda? —Sonrió con malicia.

—¡He dicho que me suelte! —Tiró con tanta rabia de su brazo que terminó soltándose. Al sentirse liberada, empezó a correr. Huía con la cabeza girada hacia atrás para asegurarse de que el agresor se quedaba alejado de ella. Pero no era así.

—Me gustan las gatas ariscas —comentó entre carcajadas.



Cuando sus amigos se marcharon, Angelo decidió dar un paseo para relajarse y aclarar su mente. Aunque John tenía un plan, él quería explorar otras opciones. Si no había hecho nada, ¿por qué se comportaba como si fuera culpable? Con la mirada fija en el suelo, comenzó a caminar sin rumbo. Al levantarla, descubrió que había llegado a Central Park. Estuvo a punto de volverse, consciente de que lo peor que podía hacer era caminar por aquel lugar sin protección, cuando escuchó gritos. De repente, sus ojos se clavaron en la escena frente a él, una situación que no le agradó en absoluto. Sin dudarlo, se dirigió hacia la joven que pedía auxilio.

—Creo que no has escuchado bien a la señorita cuando te ha dicho que la dejes en paz —dijo al situarse al lado de ellos.

Priscila se quedó clavada en el sitio y dirigió sus pupilas hacia el lugar de donde provenía la voz. La persona que habló se presentó frente a ellos. Era un joven alto, moreno, y vestía de manera menos elegante que su agresor. Sin titubeos y con una sonrisa que llegaba de oreja a oreja, caminó hacia el hombre como si lo conociera de toda la vida.

—Creo que será mejor que no te metas… —comentó airado el agresor a Angelo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Santoro, con una preocupación sincera en su voz, al ver a Priscila acercarse a él. La joven negó con la cabeza mientras le dirigía una mirada de súplica.

—Es una discusión de enamorados —explicó el ofensor, presintiendo que Angelo era más peligroso de lo que había pensado al principio.

—¡Mentira! —gritó Priscila al escuchar aquella afirmación—. No lo conozco de nada y me ha asaltado por sorpresa.

—Tch! Tch! Tch! Parece que eres un agresor mentiroso. —Santoro se dirigió hacia él sin borrar la sonrisa maliciosa.

—Acércate y te prometo que te daré una paliza —lo amenazó.

—No me asustas. De hecho, tengo ganas de pelea. Unos golpes me vendrán bien para calmar mi mente perturbada.

Priscila se llevó las manos a la boca cuando los dos hombres comenzaron a darse puñetazos. No sabía qué hacer. Quería correr hacia algún lugar del parque para hallar a alguien que pudiera poner fin a la pelea que se había desatado por su culpa, pero no deseaba dejar solo a quien se había puesto en peligro para salvarla. Decidió entonces apretar los ojos con fuerza y rezar con intensidad para que todo terminara pronto. Al momento, escuchó un gemido, luego otro y otro… y finalmente, silencio. Abrió los ojos y observó sorprendida que su atacante se encontraba arrodillado, alzando su mano hacia el joven en señal de rendición. El muchacho miró

hacia ella esperando una orden para asestarle el golpe final, pero Priscila negó con la cabeza, indicando que no deseaba más violencia. Santoro agachó la cabeza hacia su contrincante y murmuró entre dientes:

—Márchate antes de que cambie de opinión y destroce esa pelota que tienes sobre los hombros.

El agresor se llevó la mano al costado, se levantó con dificultad y, sin mirar atrás, echó a correr. Durante unos instantes, solo se escuchaban los cantos de los pájaros alrededor. Angelo, tras confirmar que el peligro había pasado, se giró y se acercó a Priscila, quien se abrazaba a sí misma y temblaba de miedo.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó con suavidad, esperando calmarla con su voz.

La joven lo miró con asombro. Por un momento, Angelo pensó que empezaría a gritar, pero no fue así. Inesperadamente, corrió hacia él. Una vez frente a él, sacó un pañuelo del bolsillo y acarició con este su mejilla izquierda.

—Ese tipejo le ha herido en la ceja… —dijo, limpiándolo con mucho cuidado la sangre que había en ella.

—No se preocupe por mí —comentó Santoro, fascinado por las suaves caricias—. Lo importante es que ese mal nacido no le haya hecho daño, y si no es así, no le dejaré escapar —añadió con un tono tan dominante que hasta él mismo se sorprendió.

—No me ha sucedido nada porque su intervención ha evitado cualquier agresión. —Retiró el pañuelo de la cara y lo apretó en su puño mientras agachaba la cabeza.

—Una joven tan guapa no debería andar sin protección. Como ha podido comprobar, hay muchos imbéciles paseando por estos plácidos lugares —puso un dedo bajo la barbilla de la joven, la elevó con delicadeza y sonrió.

Priscila se quedó anonadada, observando el rostro de su salvador. Lo primero que le llamó la atención fue la viveza de su mirada. Los ojos eran más oscuros que un cielo nocturno sin luna. Estaban arropados por las pestañas más espesas que había visto, una característica que realzaba la fortaleza de su semblante. Luego bajó sus pupilas hacia la nariz respingona y se detuvo al ver la forma acorazonada de la boca.

—Me llamo Angelo Santoro. —Quitó el dedo del rostro de la muchacha y dio un paso hacia atrás. Por un instante pensó que, si seguía tocándola, aunque fuese con la yema de un dedo, no podría contener por más tiempo sus ganas de besarla.

—Priscila Baker… —susurró ella.

—Señorita Baker, ¿quiere que la acompañe hacia algún lugar?

—Ha vuelto a sangrar —dijo preocupada, dando un paso hacia él y levantando la mano con el pañuelo para volver a limpiarlo.

—Señorita Baker, no debería… —Se retiró de ella unos pasos.

—Llámeme Priscila, por favor.

—Está bien. Priscila. ¿Quieres que te acompañe hacia…? —Se quedó confuso al ver que ella volvía a colocarse frente a él y lo limpiaba con el pañuelo.

—No se preocupe por mí. Pronto vendrán mis amigas y no estaré sola —explicó, intentando detener el sangrado de la herida.

Las caricias de Priscila, suaves e inexpertas, consiguieron relajar a Angelo de tal manera que olvidó lo ocurrido en el almacén y la razón por la que había decidido pasear. Estaba cautivado, embrujado por sus ojos verdes y su tez blanca. Fijó su mirada en un mechón que se había soltado del moño cuando ella huía de su agresor, y gruñó debido a su enfado. Una voz en su cabeza le insistía que corriera tras el atacante y le hiciera pagar por el miedo que le había hecho pasar. Pero en vez de correr y dejarla sola, levantó su mano derecha y le colocó el pelo detrás de la oreja.

Priscila se ruborizó ante tal muestra de afecto y se retiró con rapidez.

—Lo siento… no quería asustarte —murmuró Santoro.

—No me ha asustado… es que… es la primera vez que un hombre me toca así —explicó ella, con la cabeza agachada.

—Te pido perdón por haberte tocado.

—Angelo… —susurró, al mismo tiempo que levantaba el rostro para verlo de nuevo.

De repente, unas risas se escucharon cercanas y ambos retrocedieron, distanciándose para que nadie pensara aquello que no debía.

—Tengo que irme…

—¿Volveré a verte? —preguntó Santoro, escondiendo el pañuelo en el bolsillo.

—Espero que sí. Que tenga un buen día, señor Santoro.

—Lo mismo le deseo, señorita Baker.

Santoro no apartó la vista de ella hasta que desapareció al final del camino. Sonrió y, llevándose la mano al pecho, exclamó:

—Madonna, sono innamorato![24]

Capítulo 14



Tras lo sucedido con Fabia, Alexander decidió tomar cartas en el asunto. Sabía exactamente a qué puerta debía llamar para obtener la información que andaba buscando. Desde que su hijo había hecho oficial su compromiso con la joven, ella formaba parte de la familia Stilmet, y si algo aprendió durante sus años dentro de la cuadrilla de don Mario Santoro, fue que la familia se protegía con la misma vida. Miró de soslayo a Gabriella. Estaba muy feliz desde que Frank les dio la noticia. Andaba de un lado para otro comprando comida, adornos e incluso algo de ropa para el deseado día. En su hogar reinaba la calma y su querida esposa, al estar tan feliz, pasaba las noches mostrándole lo mucho que lo amaba.

—¿Qué miras? —preguntó Gabriella al ver que su esposo la observaba.

—Me estoy preguntando hasta cuándo te durará esa felicidad. —Apoyó la cintura en el borde de la encimera de la cocina y se cruzó de brazos.

—Sabes que mi mayor preocupación ha sido que Frank acabase solo. Este matrimonio alivia toda esa angustia y hará que muera más tranquila.

—¿Y tu marido? ¿No piensas en la tristeza que tendrá tu esposo al sentirse solo?

Gabriella se levantó de la silla, caminó hasta él y lo abrazó. Su cabeza apenas llegaba a su pecho, y colocada de esta forma se sentía aún más pequeña.

—Mi esposo se vendrá conmigo —comentó burlona.

—¿Cómo conseguirás eso, pequeña bruja? —Levantó el rostro de la mujer hacia él y la besó con ternura.

—Porque cuando muera, mi alma se apoderará de tu cuerpo y me llevaré algo que me pertenece —sonrió.

—¿Qué te pertenece? —Arqueó las cejas.

—Tu corazón, Alexander. Me pertenece tu corazón —puso la mano sobre su pecho y se alzó para besarlo.

Alexander gruñó de placer tras escuchar las palabras de su esposa. Se sentía tan orgulloso de tenerla a su lado que su pecho se ensanchó. La amaba tanto que, en verdad, ella tenía razón. El día que ella no estuviera, él no tendría una razón para seguir viviendo.

—Sospecho que estás pensando en algo importante —susurró Gabriella, apoyada en su pecho.

—No te equivocas, cariño. —La abrazó con fuerza.

—¿Se trata de la boda de nuestro hijo o sobre la muerte del señor Petter?

—Pienso en qué habría ocurrido con Frank si ella no hubiese salido antes de la tienda —expresó con angustia y temor.

—Por suerte, Dios es justo y nos ayudó para que esa tragedia no ocurriera —suspiró tras sus palabras y acarició el torso de su marido con la palma de la mano derecha.

—Sí, se podría decir que tu Dios, por una vez, ha actuado como debiera. Por cierto, ¿qué planes tienes hoy? ¿Me llevarás de tiendas, a tomar café con tus amigas o al barbero?

—Hoy he quedado con la madre de Fabia. Iremos las tres a ver vestidos de novia.

—¿Me vas a dar una tarde libre? ¡Increíble! Ahora quiero mucho más a la que será nuestra nueva hija.

—¡Eres un *diavolo!*

—*Il tuo diavolo*? —preguntó el hombre, acercando sus labios de nuevo a los de ella.

—*Certo, sei il mio diavolo*. —Se besaron.

Un buen rato después, Gabriella se despidió de su marido y salió del hogar tarareando una canción. Alexander apartó con cuidado la cortina y la observó alejarse. Tras contener la respiración y serenarse, caminó con rapidez hacia su dormitorio, abrió un cajón del armario y levantó la tapa de madera. Allí escondía algo que jamás pensó volver a utilizar: el arma que liberó a su mujer de su pasado. La sostuvo entre sus manos y la miró durante un

rato. Seguro de la actitud que iba a tomar, abrió el tambor y lo recargó de balas. Durante unos instantes, sopesó si haría lo correcto, pero su instinto le decía que debía seguir adelante si quería proteger a la familia. Se la colocó en la espalda, se puso su chaqueta beis y se dirigió hacia la casa de Santoro. Hablaría con él sobre lo sucedido en la tienda y esperaría a que este le diese el nombre del asesino. Si pasaba algo en la ciudad, él conocía la respuesta.



Mario Santoro estaba sentado en su oficina situada en el noroeste del Bronx, al oeste del río. Observaba los papeles sobre la mesa, aunque su mente estaba lejos de concentrarse en ellos. Su hijo John le había pedido que fuera allí para hablarle de un asunto urgente, y eso lo tenía inquieto. Sabía que, si John lo citaba en ese lugar, sería para tratar algo importante, y la seriedad en el rostro de su hijo al llegar no hizo más que confirmar esa sospecha.

El ambiente en la oficina estaba cargado. Las gruesas cortinas bloqueaban la luz del sol, creando un ambiente casi opresivo. El olor a tabaco impregnaba el aire, una mezcla de humo y madera envejecida que hacía eco de años de reuniones y decisiones cruciales tomadas en esa misma habitación.

—Padre, gracias por venir —dijo John, sentándose frente a él con una expresión grave.

—Dime, *figlio*. ¿Qué es tan urgente? —respondió Mario, apoyándose en el respaldo de su silla, tratando de mantener la calma.

—Es sobre Angelo y lo sucedido en el comercio del señor Petter. Todas las suposiciones indican que él es el culpable de esa atrocidad.

Mario frunció el ceño y, tras unos segundos de silencio, golpeó la mesa con el puño. El sonido resonó en la habitación, amplificando su frustración.

—¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Acaso no he enseñado a todos mis hijos cómo deben comportarse para salir victoriosos? —gritó, visiblemente alterado, con la voz cargada de impotencia.

—Lo ha hecho, padre. Pero no debería dar por sentado que Angelo es culpable. Él asegura que no tuvo nada que ver en esa muerte, y yo lo creo —respondió John con firmeza, sus ojos brillando con determinación.

—¿Estás seguro de ello, *figlio*? ¿Crees de corazón que tu hermano no apretó el gatillo? —preguntó Mario, apoyando las palmas sobre la mesa y clavando la mirada en John, buscando alguna señal de duda.

—Lo creo —contestó John sin titubeos, su voz resonando con convicción.

—Pues si estás tan seguro de ello, ¿puedes explicarme por qué todo apunta a que lo hizo él? —Mario se recostó en su silla, intentando procesar la información.

—Creo que alguien descubrió que él y su banda atacaron con anterioridad al anciano y aprovecharon ese conocimiento para realizar su acto. ¿Por qué? ¿Qué pretendía el asesino? No lo sé, pero puedo asegurarle que el verdadero criminal está ahí fuera riéndose de nosotros, y eso no lo voy a permitir. Nadie juega con la familia Santoro —dijo John con los dientes apretados, su rostro mostrando una mezcla de ira y determinación.

—¿Dónde está Angelo? —preguntó Mario tras meditar unos minutos sobre la situación, su voz más calmada pero aún tensa.

—Le he ordenado que permanezca en el almacén hasta que le digamos hacia dónde debe marchar —respondió John, manteniendo la calma.

—¡No! ¡Mi hijo no huirá como una mísera rata! Quiero que venga a su casa y que permanezca al lado de la familia. Si desaparece, toda posibilidad de inocencia se esfumará. Además, un Santoro se enfrenta a los problemas de cara, no da la espalda y echa a correr —sentenció Mario, su voz firme y decidida.

—Padre… piense un poco. Necesitamos que se aparte de la ciudad durante un tiempo y así nuestros contactos en comisaría podrán ayudarnos a averiguar la verdad. Si Angelo permanece aquí, lo primero que harán será meterlo en la cárcel, y creo que allí dentro no tenemos muchos amigos —John daba vueltas a su sombrero y clavaba sus ojos al suelo, tratando de mantener la compostura.

—Entonces… no lo dejes solo. No me importa dónde vaya, pero necesito que lo protejas —dijo Mario, levantándose del escritorio y dirigiéndose hacia la ventana, buscando alivio en la vista del exterior.

—No se preocupe, padre. Me lo llevaré a un lugar seguro durante unos días —respondió John, levantándose de la silla y dirigiéndose hacia la puerta.

—Tal vez Londres sería un buen lugar… —indicó el anciano sin apartar la mirada del exterior, sus pensamientos ya encaminados en posibles soluciones.

—No sería una buena opción. Como bien sabe, llevo un tiempo visitando nuestra casa y no creo que sea conveniente que las suposiciones de esos perros policías les conduzcan hasta allí —explicó John sereno y confiado en sus palabras, pero con una tensión latente en su voz.

—John… ¿Qué guardas allí? —Mario se giró hacia él, entrecerrando los ojos, buscando una respuesta más allá de lo evidente.

—¿De verdad desea saberlo? Llevo un tiempo diciéndole que me marcho y jamás me ha preguntado la razón. —John se relajó, pues lo que iba a contarle a su padre provocaría emociones contradictorias. Regresó a la silla y se sentó.

—Pues creo que ha llegado el momento de conocer la respuesta —dijo Mario, su voz baja pero cargada de curiosidad.

—He llevado… —John con la mirada fija en su padre, prosiguió—. Allí protejo a la mujer que amo.

Mario levantó una ceja, sorprendido por la revelación.

—¿Cuándo te has enamorado? —preguntó, tratando de ocultar su sorpresa.

—Hace un año, padre. Isabella y yo hemos mantenido una relación secreta para no convertirnos en el punto débil del otro. Pero cuando regresé de New Jersey, ella había desaparecido sin dejar rastro —explicó John, su voz cargada de emoción.

—¿Por eso te comportaste como lo hiciste? —preguntó Mario intrigado, intentando conectar los puntos.

—Sí —contestó John con un largo suspiro—. Sin embargo, todo cambió después de que ella se puso en contacto conmigo.

—¿Qué te dijo? —preguntó el padre, su voz suave pero insistente.

—Que se había marchado porque está embarazada.

—¡Hijo mío! —exclamó Mario levantándose del asiento con alegría—. ¡Qué noticia tan buena! ¿Por qué nos lo has ocultado?

—Porque quiero averiguar el verdadero motivo por el que se marchó. Sospecho que me está mintiendo y no entiendo la razón. Desde que Isabella y yo comenzamos la relación, no ha habido secretos entre nosotros —respondió John, su voz quebrándose ligeramente.

—¿Qué pudo sucederle? —espetó el padre apretando los puños, sintiendo la frustración y el miedo mezclarse en su interior.

—Mucho me temo que alguien la extorsionó o...

—¿O? —insistió Mario, acercándose a su hijo.

—O se marchó de esta ciudad para seguir protegiéndome —dijo John, su voz un susurro cargado de dolor.

—¿De quién? —preguntó Mario, con el ceño fruncido.

—No lo sé —contestó John enfadado, golpeando la mesa con el puño.

—Bien, tendremos que averiguarlo, pero antes de eso, vamos a cuidar a Angelo. Una vez que esté a salvo, indagaremos sobre qué le pudo pasar a tu mujer. La ciudad ha de saber que las mujeres Santoro son intocables —dijo Mario, su voz firme y decidida.

—En efecto —respondió John con convicción, su mirada fija en la de su padre.

—¿Cuándo se lo dirás a tu madre? Porque en el momento que descubra que será abuela, se volverá loca de alegría —dijo Mario con una enorme sonrisa, tratando de aliviar la tensión.

—Supongo que lo haré cuando el ambiente esté más relajado. Además, tendré que explicarle, en primer lugar, quién es Isabella Falco —respondió John, su voz más tranquila.

Cuando Mario escuchó el apellido de la mujer de su hijo, su corazón comenzó a latir acelerado. ¿Sería la hija de Marietta? ¿Cómo podría averiguarlo? Porque si descubría que lo era, su hijo acababa de unir a dos familias que habían sido separadas treinta años atrás.

—¿Qué le ocurre? —preguntó John al ver el rostro sombrío de su padre.

—Nada. Solo estoy pensando en cuándo lograremos descubrir la inocencia de Angelo para que tu mujer regrese —respondió Mario, tratando de ocultar su preocupación.

—Lo haré pronto —respondió John levantándose del asiento—. Necesito que ella y mi hijo estén a mi lado, solo así podré protegerlos —aseveró antes de marcharse.

Mario se quedó mirando la espalda de John. La noticia lo había dejado tan sorprendido que no era capaz de pensar con claridad. Si ella era quien él sospechaba, tendría que confesarlo en algún momento. Por suerte, no se añadirían más problemas a la relación, puesto que John era su hijo adoptivo, pero tal vez el peligro del que él hablaba aumentaría. Si se descubría que Isabella era su hija y la esposa de John, se convertiría en el principal objetivo de sus enemigos. Respiró hondo para eliminar sus pensamientos. No quería anticiparse a los hechos;

debía ir poco a poco. De repente, escuchó voces fuera de su oficina. ¿Qué diablos ocurría? Cuando tenía la intención de salir de allí y averiguarlo, una enorme figura que reconoció al momento se presentó ante él.

—Buenos días, Mario —le dijo con una enorme sonrisa.

—Buenos días, irlandés. Me alegra verte de nuevo.

Capítulo 15



Mario Santoro estaba muy feliz por la suerte que había tenido. Acababa de llegar el mejor amigo que tuvo, pero también era el único que podía contarle algo sobre Isabella Falco. En aquellos tiempos, cuando su vida corría peligro, hizo todo lo posible por alejar a Marietta de su lado. Al conseguirlo, no se sintió feliz, sino todo lo contrario. Por eso, durante seis meses, le encargó a Alexander que la vigilara y protegiera. Él le aportó toda la información que consiguió hasta que ella se casó. A partir de ese momento, no quiso saber nada más de ella. Había rehecho su vida y él haría lo mismo.

Mario miró a Alexander con una mezcla de nostalgia y aprecio, sus ojos reflejando recuerdos de tiempos difíciles y decisiones dolorosas. Se encendieron sendos puros, el humo llenando la habitación con un aroma familiar y reconfortante.

—¿Qué te ha traído hasta aquí, Alexander? —preguntó Mario, tomando asiento y exhalando lentamente una bocanada de humo.

—Necesito tu ayuda —declaró el irlandés sin titubeos, su voz grave y llena de preocupación.

—¿Le sucede algo a Gabriella? —Mario se inclinó hacia adelante, su expresión endureciéndose con preocupación.

—No, ella está tan sana como cuando la conocí. Esa mujer bailará sobre mi tumba —respondió Alexander con una sonrisa amarga.

—¡Italianas! —exclamó divertido Mario, intentando aliviar la tensión.

Pero la sonrisa de Alexander se desvaneció rápidamente.

—Es Frank quien me preocupa —dijo, su voz cargada de inquietud y miedo.

Mario frunció el ceño, las arrugas en su frente profundizándose.

—¿El mocoso policía? ¿Qué ha hecho ahora? —preguntó, tratando de ocultar su nerviosismo.

—No sé si sabes que Frank destapó uno de los casos más importantes que ha tenido esta ciudad: el de la familia Stelleno.

Mario se quedó en silencio por un momento, procesando la información. Luego, golpeó la mesa con el puño, haciendo que el cenicero temblara.

—*Cazzo*! Lo leí en los periódicos. No entiendo cómo algunos hombres meten entre sus piernas a *bambinas*. En nuestra juventud tan solo perseguíamos a *donnas* con buenos pechos y con caderas de más de tres cuartas —dijo, gesticulando enfáticamente con las manos.

—Los tiempos han cambiado. Ahora encuentras hombres que se acuestan con otros hombres y bastardos que solo se les pone dura si se follan a niñas indefensas —masculló Alexander, apretando los dientes de rabia.

Mario asintió con rostro sombrío.

—Tengo una *bambina*, Sarha, es la pequeña de la familia. Solo tiene diecisiete años y espero que sus hermanos la protejan con su vida si llegase el caso —indicó con los ojos oscuros por la preocupación. Luego, suspiró profundamente y agregó—. Dime, ¿qué necesitas?

Alexander lo miró fijamente, sin parpadear.

—Primero quiero saber si tu familia está involucrada en el asesinato del señor Petter —indicó con firmeza.

Mario levantó una ceja, su expresión cambió a una mezcla de sorpresa y enfado.

—No —respondió tajantemente.

Alexander no se dejó intimidar y continuó su interrogatorio.

—Segundo, ¿la familia mandó hacer desaparecer al chivato del caso Stelleno?

Mario negó con la cabeza, su mirada fija en Alexander.

—No. Como ya te he dicho, no apoyo ese tipo de monstruosidades. Que sea un hombre de negocios un tanto oscuros no significa que la sed de poder haya nublado mi cordura. Por encima de todo, soy un hombre de principios.

Alexander estudió el rostro de Mario, buscando cualquier signo de mentira. Pero encontró la misma firmeza y honestidad que recordaba de su amigo.

—Te voy a repetir la pregunta —dijo Mario, su tono más áspero—. ¿Qué quieres?

Alexander respiró hondo, sintiendo el peso de sus palabras.

—Sospecho que desean asesinar a mi hijo —declaró con un tono ligeramente contenido por la emoción.

Mario se reclinó en su silla, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Tiene un trabajo muy peligroso… —comentó, su voz baja y reflexiva.

—No me refiero a eso. Creo que en aquella redada alguien pudo escapar, tal vez con la ayuda de algún agente, y ese tipejo desea hacer desaparecer a Frank para eliminar cualquier prueba que pueda acusarle —expuso Alexander, apretando los puños en su regazo.

Mario frunció de nuevo el ceño, meditando las palabras de su amigo.

—Nunca erraste en tus hipótesis, así que te creo. Pero si estuviese en tu lugar, me preguntaría quién participaba en la redada y quién podría venderse con tanta facilidad —declaró finalmente.

Alexander asintió, agradecido por la complicidad que aún seguía teniendo con su viejo amigo.

—He indagado por mi cuenta y la verdad es que no he tenido grandes logros. Además, no quería que Frank supiese en lo que andaba metido. Ya sabes que no tiene ni idea de mi pasado —dijo, expresando en sus palabras la culpa que sentía por haber mentido a su familia—. Tengo dos nombres en la cabeza. Uno es su compañero, Charles Dunn. Nunca he podido confiar en ese muchacho. Tiene una mirada oscura, traicionera. La última vez que hablé con Frank sobre él me dijo que andaba besándole el culo al imbécil de Baker —añadió, con una mueca de disgusto.

—Es un hombre importante en esta ciudad. He escuchado que anda haciendo negocios con propietarios de almacenes del embarcadero y que tal vez se convierta en el socio mayorista del ferrocarril —comentó, sin mover ni una pestaña.

—Está ampliando negocios. Ese hombre sabe que pronto estallará una guerra en Europa y querrá ser un punto fuerte para los países beligerantes —aclaró el irlandés con desdén.

Mario asintió lentamente.

—Por eso y porque tiene una familia con dos hijos, yo lo descartaría. —Descruzó los brazos, se levantó de su asiento, rodeó la mesa y se colocó frente a su amigo, como hacían en el pasado, como si el tiempo no hubiera ocurrido entre ellos—. Tu hijo no es tan importante para él. Además, piensa en una idea: ¿crees que, si ese hombre decidiese terminar con la vida de Frank, no lo habría hecho ya?

Alexander suspiró, reconociendo la lógica en las palabras de Santoro.

—Sé que tienes toda la razón, pero mi instinto me dice que ese tipejo esconde más de lo que podamos imaginar —insistió Alexander.

Mario afirmó con la cabeza, sabiendo que el instinto de su amigo rara vez fallaba.

—No lo dudo. Para ostentar el cargo que tiene y descender de una familia bastante pobre, habrá tenido que realizar muchos trapicheos. Sin embargo, no pienso que se relacione con ese tipo de perversiones. Si se descubriera que le gusta estar con niñas, esta ciudad lo destruiría. Y sobre ese compañero de tu hijo… será otro perro domesticado. No te puedes imaginar con qué facilidad los *buenos* agentes se convierten en *malos* agentes —dijo, esbozando una sonrisa pícara.

Alexander asintió, pero su mente seguía trabajando.

—Entonces solo queda Paul Dawson —concluyó con los ojos brillantes por la determinación.

Mario entrecerró los ojos, su expresión se volvió más intensa.

—¿Quién es ese tal Dawson?

—Un poli que tiene muchas deudas y que, según Frank, las está pagando sin saber muy bien cómo —explicó el irlandés mostrando tensión.

—Hablaré con mis hijos a ver si saben algo de él. Me interesa conocer si ese tal Dawson apretó el gatillo que disparó al señor Petter —comentó dejando la mirada perdida en su amigo.

Alexander arqueó una ceja, su curiosidad picada.

—¿Puedo saber la razón?

—El culpable de esa muerte quiere que Angelo pague por ello y no lo voy a tolerar. Este hijo mío es muy impetuoso y tiene que utilizar más el sentido común, pero no

por ello deben culparlo de algo que no ha hecho.

Alexander se quedó en silencio, procesando la información.

—¿Piensas que la muerte del señor Petter ha sido una patraña para culpar a tu hijo? —preguntó, su voz llena de asombro.

—Parece que mi hijo ha estado realizando ciertos hurtos con su pequeña banda y sospecho que han querido tenderle una trampa.

Alexander frunció el ceño, tratando de comprender.

—¿Qué ganan con ello?

—Mejor pregúntate qué perderíamos si consiguieran cazar a un Santoro; esos malditos aspirantes a *sfaccim*[25] basarían sus candidaturas en una incesante caza hacia la familia. Nos perseguirían noche y día. No podríamos obrar con tranquilidad, perderíamos el control, el respeto, el poder… Además, ¿quién nos puede confirmar que Angelo saldría vivo de una prisión?

Alexander se quedó en silencio, su mente trabajando a toda velocidad.

—Pues fíjate que yo había pensado que ese asalto tenía otra intención —indicó, su tono tranquilo y seguro.

Mario lo miró fijamente, esperando su respuesta.

—¿Cuál? —preguntó impaciente.

—Sospechaba que el propósito era Fabia, la actual prometida de mi hijo. Y que, a través de ella, destruirían a Frank.

Mario suspiró profundamente, negando con la cabeza. Sus ojos se entrecerraron mientras consideraba las palabras de su viejo amigo.

—La vida familiar ha hecho que olvides cómo piensa un verdadero asesino. Si en verdad iban a por la chica, ¿por qué matar al viejo? No, querido amigo. Tu familia está a salvo. Es la mía la que corre peligro.

Alexander sintió una oleada de alivio al considerar una nueva posibilidad, una que parecía más coherente que la suya. Tal vez sus propios fantasmas mentales no le habían dejado pensar con claridad. Como decía su camarada, la vida familiar le había cambiado tanto que hasta su infalible instinto de peligrosidad se había embotado. Miró de nuevo a Mario, notando la tensión y el cansancio en su rostro. El paso del tiempo estaba haciendo

mella en ambos.

—Han aparecido varias bandas procedentes del Norte que quieren quedarse con terrenos en auge, de los cuales más del noventa por ciento son míos. Hace un tiempo tuve que mandar a John a New Jersey para apaciguar las sublevaciones que se habían producido.

Alexander levantó una ceja, sorprendido.

—¿No me digas que fue John quien relajó el ambiente?

Mario concedió, una sonrisa de satisfacción asomando en sus labios.

—Sí. Ese muchacho tiene un demonio en su interior, pero no es peligroso para las personas que ama, solo para los demás.

Alexander no pudo evitar una risa sarcástica.

—No creo que amara mucho a quien lanzó desde uno de los rascacielos más altos hasta ahora construidos.

Mario se carcajeó, la risa resonando en la habitación y aliviando momentáneamente la tensión.

—Seguro que deseaba volar y mi hijo le concedió su deseo. —Al terminar de reír, se levantó de la mesa, la rodeó y regresó a su asiento—. Tengo tres hijos y los tres son muy diferentes.

—John... —intentó decir el irlandés, pero Mario levantó una mano para interrumpir lo que sabía que iba a decir.

—John es un Santoro igual que Angelo o Sarha. No hay diferencias entre los tres. En mi casa, al menos no.

—Tuvo suerte el niño —comentó Alexander recordando el día que lo vio aparecer agarrado de la tela del pantalón de su amigo.

—Pero mientras John actúa con cautela, Angelo es impetuoso. Un caballo sin domar. Le cuesta mucho retractarse, aun sabiendo que la decisión no es la más indicada, y eso le traerá muchos problemas.

—Me recuerda a alguien.

Mario asintió con un gesto solemne.

—Sí, lo sé, es igual que yo. Por eso quiero evitar que cometa mis mismos errores.

Alexander miró a su amigo con seriedad.

—Si algún día quiere ser un *don*, como tú, tendrá que aprender de sus propias equivocaciones.

Mario frunció el ceño, la seriedad en su rostro se intensificó.

—Hay errores que jamás se subsanan…

Se enderezó en su asiento y se quedó callado, mirando a su amigo. No sabía cómo comenzar la conversación que le interesaba mantener, una vez que las dudas del irlandés habían quedado resueltas. Se cruzó de brazos, mostrando impaciencia, gesto que su antiguo camarada captó con rapidez.

—Sabes que, si tu familia hubiera estado en peligro, podrías haber contado con mi ayuda, ¿verdad? —dijo Mario, mirando fijamente a Alexander.

—Por eso estoy aquí. Pensaba pedir tu apoyo, pero después de la charla, creo que no la necesito. —Stilmet mantuvo la mirada fija en su antiguo camarada. Aunque el tiempo había pasado, aún tenía la capacidad de leerle la mente—. ¿Qué quieres pedirme, Santoro? —preguntó al fin, con una mezcla de curiosidad y aprehensión.

Mario respiró hondo antes de hablar.

—Quiero que me hables de Marietta —declaró sin rodeos.

Alexander frunció el ceño, sorprendido.

—¿Después de casi treinta años? —soltó, incrédulo.

—Los fantasmas del pasado vuelven… —reflexionó Santoro.

—¿Qué quieres saber? Que yo recuerde, el asunto con esa mujer quedó zanjado —dijo el irlandés, tratando de mantener la calma.

—Al parecer, Marietta tuvo una hija, cosa que acabo de descubrir hoy —expresó Mario con malestar. No esperaba que su amigo le hubiera ocultado algo tan importante.

—La tuvo —admitió Alexander, sereno.

Mario golpeó la mesa con el puño.

—¿Por qué diablos no me lo dijiste? —gritó, furioso.

Alexander mantuvo la compostura.

—¿Recuerdas qué me dijiste cuando ella se casó? —le recriminó—. Solo cumplí

tus órdenes.

Santoro se levantó del asiento, su ira aumentando.

—¿Por qué me ocultaste que tenía una hija? —demandó.

—En primer lugar, fuiste tú quien la echó de tu casa como si fuera un perro. Ella, sola y embarazada, se marchó a España con el poco dinero que había ahorrado trabajando para ti. Luego, se casó y tú me dijiste que no querías saber nada más de ella, que para ti había muerto —respondió con tono acusatorio.

Mario respiró hondo, tratando de calmarse.

—Aun así, debiste contármelo —admitió, más sereno.

Alexander negó con la cabeza.

—¿Qué hubiera cambiado en tu vida? Cuando regresé, ya estabas casado con tu mujer y querías formar una nueva familia sin preocuparte del pasado —insistió.

Santoro bajó la mirada, sus palabras resonando en su mente.

—El pasado ha regresado… —concluyó con voz apagada.

El irlandés lo miró en silencio, tratando de entender la situación.

—John se ha enamorado de ella y ambos esperan un bebé —declaró.

Stilmet abrió los ojos de par en par, asimilando la noticia.

—¡Santo Cielo! —exclamó al fin—. ¿Qué vas a hacer?

Mario suspiró, la tensión evidente en su rostro.

—Nada. Por el momento, no voy a hacer nada. John y yo hemos acordado que debemos resolver el asunto de Angelo y, cuando todo termine, hablará con Isabella para que regrese de donde está.

Alexander frunció el ceño, confuso.

—¿No está aquí?

Mario enarcó una ceja y lo miró con furia.

—¿Sabías que mi hija vivía aquí y no me has dicho nada? —preguntó, enfadado.

Alexander levantó las manos en señal de rendición.

—Te vuelvo a repetir lo que te he dicho antes: me dijiste que no querías saber

nada de la vida de Marietta y cumplí tu orden —repitió, tratando de liberar su sentimiento de culpa.

Mario asintió, aceptando a regañadientes.

—La próxima vez que te ordene alguna cosa, te preguntaré primero si tienes que explicarme algo importante —masculló.

Alexander sonrió, relajándose.

—No habrá próxima vez, amigo. Recuerda que ya no estoy en el campo —dijo antes de soltar una carcajada.

Había ido allí para buscar respuestas sobre la muerte de Petter y, además de hallarlas, encontró la paz al averiguar que el asunto no tenía nada que ver con Frank. También había encontrado una especie de venganza. Sí, había hecho justicia a la pobre Marietta que se marchó con el corazón partido en dos al ver cómo la persona que más amaba la abandonaba a su suerte.

Capítulo 16



New York, enero, 1931

Todo el mundo en la casa Stilmet había estado despierto desde las cinco de la mañana. Parecía que esa noche todos sufrían de insomnio. Los pocos familiares de Gabriella paseaban por el hogar de un lado a otro, ultimando los detalles de la ceremonia. Alexander, por su parte, andaba como loco detrás de su esposa, intentando finalizar el sinfín de tareas que ella le ordenaba. El ambiente estaba cargado de nerviosismo y expectación. Las risas y los susurros llenaban los pasillos, mientras los primeros rayos del sol comenzaban a filtrarse a través de las cortinas, iluminando los rostros ansiosos y sonrientes de los invitados.

Alexander estaba terminando una de las tareas cuando pasó por la puerta de la cocina y vio a su hijo sentado plácidamente, observando a través del cristal el clarear del nuevo día. La luz dorada del amanecer iluminaba su rostro con una serenidad que contrastaba con el frenesí a su alrededor.

—¿Por qué soy el único que trabaja en esta casa? —dijo, interrumpiendo los pensamientos de Frank.

Frank le sonrió con una mezcla de diversión y comprensión por el calvario que debía estar pasando.

—Cuando todo esto termine, no quiero que aparezcas por nuestro hogar hasta que tu madre compense todo el sufrimiento que me está haciendo pasar —expresó Alexander como si fuera una amenaza, aunque la sonrisa en su rostro delataba su tono jocoso.

—Tranquilo, dentro de doce horas todo esto habrá terminado y el aburrimiento

volverá a reinar en tu pequeño castillo —sonrió Frank, intentando calmar a su padre.

—Eso espero… —resopló Alexander, echando una ojeada a su esposa, que en ese instante hablaba con unos tíos llegados del sur de la ciudad, su rostro iluminado por la emoción y la alegría.

Frank observó a su madre, radiante y feliz, y luego volvió su atención a su padre, notando la tensión en sus hombros y el cansancio en sus ojos.

—¿Puedo hacerte una pregunta que no para de martillearme la cabeza? —Frank estiró los brazos sobre la mesa como si fuera a alcanzar algo en el extremo opuesto, sus dedos tamborileando con nerviosismo.

—Pregunta lo que quieras. Pero te advierto que, si estás buscando una posible salida para huir de esta situación, no la tienes —sonrió Alexander, intentando esconderse tras el marco de la puerta.

—No se trata de eso. Quiero saber la razón por la que la familia Santoro ha sido invitada a mi boda y por qué se va a celebrar la ceremonia en los jardines de su casa —dijo Frank, su voz cargada de incertidumbre. No fue capaz de alzar la mirada. No quería confirmar en el rostro de su padre lo que sospechaba desde hacía un tiempo.

—Conozco a Mario mucho antes de que se convirtiera en *don*. Ha sido y será uno de mis mejores amigos. Durante un tiempo estuvimos distanciados por razones que no voy a explicarte, pero nuestra amistad resurgió hace unos meses y cuando le dije que por fin te casabas, se ofreció a ayudarnos. Acto que le agradeceré eternamente —Alexander hizo una pausa, observando a su hijo con una mirada cargada de sinceridad.

—Pero...

—¡No hay peros, muchacho! ¿Has oído alguna queja de tu madre al respecto? —Frank negó con la cabeza—. Pues si ella, que es la única que puede decidir si está bien o está mal, no ha dicho nada, ¿por qué diablos lo haces tú? ¿Acaso no te das cuenta de que gracias a su ayuda nos ha facilitado muchísimo el trabajo? —Alexander frunció el ceño, su tono serio pero comprensivo.

Frank se quedó en silencio, reflexionando sobre las palabras de su padre. Observó cómo Gabriella supervisaba cada detalle con una sonrisa en el rostro, feliz y emocionada por el día que les esperaba.

—No quiero discutir contigo en uno de los días más importantes de mi vida, pero

quiero que sepas que cuando me ponga el uniforme seré el agente de siempre y si algún día hallamos alguna pista que indique, que la familia Santoro está involucrada en alguno de los cientos de casos que tenemos abiertos, los detendré sin dudarlo —dijo Frank con determinación, su voz firme y decidida.

—¿Te he pedido yo alguna vez que mires para otro lado? —Alexander se apoyó en el marco de la puerta, se cruzó de brazos y frunció el ceño, su mirada fija en la de su hijo.

—No —contestó Frank con rapidez.

—Entonces no sé qué narices haces aquí discutiendo tonterías cuando deberías estar en tu dormitorio poniéndote ese traje de pingüino que te ha comprado tu madre —dijo Alexander, relajando su postura y esbozando una sonrisa.

—¿Lo has visto? —Frank levantó las cejas y cambió el tono de su voz—. Cuando mamá me lo enseñó, intenté buscar mi arma para pegarme un tiro. ¿Cómo puede haberme comprado una cosa tan horrenda? Con ese chaleco va a ser imposible ponerme la funda de mi Glock.

—Creo que eso es lo que pretendía tu madre —respondió Alexander, con una sonrisa pícara.

—¿El qué? —preguntó Frank, curioso.

—Que por un día olvidaras tu trabajo y disfrutaras de lo que en verdad importa: contraer matrimonio con la mujer que has decidido tener a tu lado —explicó Alexander, acercándose a su hijo y posando una mano en su hombro.

Frank suspiró, sintiendo el peso de las expectativas y las responsabilidades, pero también la emoción y el amor que lo esperaban.

—Ufff... Deseo ser el marido que ella ha soñado —dijo Frank, levantándose y caminando hacia su padre.

—Lo serás —Alexander abrazó a su hijo con fuerza y, tras el caluroso gesto, se apartó, le palmeó la espalda y le habló con tono esperanzador—. Espero de corazón que la vida os sonría a los dos y que seas tan feliz como lo soy yo con tu madre.

—Gracias... —murmuró Frank, conmovido por las palabras de su padre, sintiendo en su corazón la certeza de que, pase lo que pase, estaría rodeado del amor y el apoyo de su familia.



Cuatro horas más tarde, Frank caminaba del brazo de su madre por un pasillo alfombrado que llevaba al altar de madera, construido especialmente para la ocasión. Flores, guirnaldas, lazos de telas y un centenar de adornos decoraban el lugar donde los jóvenes se casarían. Gabriella, radiante de felicidad, sonreía de oreja a oreja. Su alegría aumentó al dirigir la mirada hacia su esposo. Para ella, Alexander era el hombre más guapo del planeta. Finalmente, había aceptado llevar un traje similar al de su hijo, mostrando la maravillosa figura que escondía bajo los harapos con los que se vestía en casa. Alexander, al encontrarse con la mirada de ella, le sonrió y le envió un beso. Gabriella se sonrojó, sintiéndose como una joven enamorada.

—Creo que nuestro paso finaliza aquí —le susurró Frank antes de darle un beso en la mejilla.

—*Ti amo* —respondió Gabriella, con lágrimas en los ojos.

Frank esperó a que su madre se colocara en su lugar, luego se giró con impaciencia hacia la entrada, esperando con ansiedad y entusiasmo la llegada de su futura esposa. Su corazón latía con rapidez y un sudor frío recorría su espalda. Se repetía una y otra vez que estaba haciendo lo correcto y que solo debía pensar en tenerla en sus brazos y amarla como se merecía. Sin embargo, la duda que siempre había tenido sobre el matrimonio seguía presente. De repente, una melodía comenzó a sonar y Fabia apareció, agarrada al brazo de su padre. En ese instante, todas sus dudas se desvanecieron. Ella era la mujer perfecta con quien viviría muchos, muchos años. La observó ensimismado. La luz de la entrada y las vidrieras, su paso elegante, el vestido blanco y todo lo que había a su alrededor la mostraban como un ángel caminando hacia él.

—¿Te he dejado sin palabras? —le preguntó Fabia cuando se colocó a su lado.

—Sin palabras, con la boca abierta, con el corazón loco y con un deseo que no lo vas a calmar con una sola noche —murmuró Frank, mirándola con adoración.

Fabia sonrió al tiempo que sus mejillas se teñían de rojo. A pesar del tiempo, no se acostumbraba a las palabras tan directas de su futuro marido. Respiró hondo y soltó el aire muy despacio para lograr algo de calma. No lo consiguió. Se encontraba tan emocionada, tan feliz, tan entusiasmada por casarse con Frank, que no sabía cómo relajarse.

El párroco comenzó su discurso y, tras una breve ceremonia, Fabia pasó de ser Canetti a la señora Stilmet.

—Puede besar a su esposa —dijo el sacerdote.

—No sé si me conformaré con un beso —murmuró Frank a su ya mujer.

—Debes hacerlo… —le respondió ella, ruborizada al momento.

Cuando sus labios se unieron, todo el mundo estalló en gritos de alegría y aplausos, celebrando el amor que unía a la nueva pareja.



En el banquete, los invitados disfrutaban de una abundante comida y bebida. Los novios se levantaban de la mesa y agradecían a los asistentes por acudir a la unión. Mientras tanto, Gabriella pasaba una cesta de mimbre recogiendo los regalos sin dejar de sonreír.

—Tu mujer está radiante de felicidad —le susurró Mario a Alexander.

—Creo que en nuestra boda no estaba tan sonriente —dijo el irlandés con tono divertido.

—Lo que vosotros tuvisteis no puede llamarse boda, más bien fue una reunión de amigos. Éramos vosotros dos, mi esposa, John y yo.

—Ni quería más gente ni podíamos pagar una celebración. Recuerda que en aquel momento tanto tú como yo comíamos con lo que ganábamos en el embarcadero —comentó Alexander con nostalgia y un toque de enfado, porque le hubiera gustado darle a Gabriella la boda de sus sueños, pero no era el momento.

Como si intuyera que estaban hablando de ella, Gabriella lo miró y arqueó una ceja.

—Tenemos que hablar lo antes posible —comentó Mario mientras levantaba su copa y saludaba a una persona de otra mesa.

—¿Es muy importante? Gabriella me matará si descubre que desaparezco más de diez minutos —Alexander sonrió al pariente de su mujer que se hallaba al fondo.

—Hemos logrado nueva información sobre la muerte del señor Petter —continuó el *Don*, mostrando a los asistentes su mejor sonrisa mientras se comunicaba de manera discreta con su amigo.

—Supongo que habrás oído que han encontrado al culpable. Frank me lo dijo el otro día —habló sin mirarlo y sonriendo a quienes lo miraban y levantaban su copa.

—Ese culpable no es el verdadero asesino. Tan solo se trata de un vagabundo que encontramos en East 187th Street. La familia le ha pagado para que Angelo fuese descartado de una vez por todas.

—¿Cómo dices? —Alexander se olvidó de dónde se encontraba y alzó la voz lo suficiente como para que varios invitados lo observasen con asombro.

—¿No estaréis hablando de negocios en la boda de mi hijo, verdad? —Gabriella los interrumpió con rostro enfadado y posando sus manos en la cintura.

—¡No! —exclamó con rapidez Alexander, girándose hacia su mujer y mostrando su mejor sonrisa.

—Somos chicos buenos, mi querida Gabriella. Ya no hacemos travesuras —Mario sonrió, levantó la copa hacia la mujer de su amigo y luego se bebió el licor de un sorbo.

—Eso espero… —Arrugó la frente y miró con cara de asesina a su esposo—. Venía buscando a Valeria. Quiero preguntarle el motivo por el que su hijo John sonríe como si estuviera loco.

—John jamás ha estado cuerdo —expresó el irlandés divertido.

—¡Alexander, no hables así del niño! —le regañó Gabriella. Aunque John tenía casi treinta y cinco años, para ella siempre sería un niño que debían mimar y proteger por todas las cosas malas que había vivido.

—Creo que encontrarás a mi esposa en el dormitorio de Sarha. Quería ayudarla a ponerse otro vestido porque, al parecer, ese mocoso de Nolan Baker la ha empujado a la fuente —explicó Mario más enfadado de lo que debía mostrar por una travesura infantil.

—Iré a verla —comentó Gabriella antes de girarse y caminar hacia el lugar donde estaría Valeria.

—¿Qué diablos hacen los Baker en esta boda? —preguntó Santoro a su amigo, mostrando malestar en su rostro.

—¿Recuerdas que te hablé de Charles, el compañero de Frank? —Mario asintió—. Insistió en que lo invitara y mi hijo, que necesita averiguar qué tipo de relación tienen los dos, lo hizo.

—Entonces, ¿esto es un señuelo? —preguntó Santoro, mirando al viejo Baker que, aunque estuviera muy lejos de él, le provocaba repulsión—. Julian Baker no me gusta nada —añadió volviendo la mirada a su amigo.

—A mí tampoco —contestó Alexander.



Tras el cuarto baile, los invitados comenzaron a levantarse de sus asientos y a pasear por los alrededores de la casa. Los niños corrían de un lado a otro, buscando sombras en las que acobijarse. Fabia se rodeaba de primas casaderas y les enseñaba los regalos que había recibido. Las mujeres mayores formaban corrillos para hablar de hombres, hijos y del futuro que les esperaba. Gabriella charlaba sin cesar sobre el tiempo que había invertido en encontrar su vestido, mientras Valeria observaba cómo los esposos se retiraban silenciosamente del jardín. No quiso decirle nada a su amiga para evitar que armara un espectáculo, ya que conocía bien su temperamento y prefería mantener la paz en un día tan especial.

Valeria miró a su alrededor y descubrió a Sarha discutir con el hijo de los Baker porque no dejaba de molestarla. A pesar de que su hija acababa de cumplir los diecisiete años, todavía era muy niña. Frunció el ceño y pensó en pedirle a Angelo que mediara entre ellos, pero cuando vio la cara de embeleso de su hijo, se quedó pasmada. No tuvo más remedio que seguir la dirección de su mirada y descubrió que lo que su hijo contemplaba era a una joven

muy atractiva. El rubio cabello de la muchacha estaba recogido en un bonito moño adornado con florecillas que habría recogido del jardín. Su vestido azul turquesa, cubierto de encajes y sedas, realzaba su pequeña y delgada silueta. Sin embargo, lo que más le impactó fue ver el estupor en el rostro de la joven cuando cruzaba la mirada con su hijo.

—Es la hija de los Baker —le susurró Gabriella.

—No sabía que tenían una hija… —murmuró Valeria sin dejar de observarlos.

—Dicen que ha estado fuera mucho tiempo y que ha vuelto porque su padre quiere casarla con un socio de la empresa.

—Es una joven muy guapa y su rostro muestra una infantil dulzura.

—Creo que tu hijo piensa lo mismo —sonrió Gabriella con afecto.

—Espero que no cometa más errores, porque esa joven no es para él. —Valeria se giró, evitando mirar a su hijo de nuevo.

—No esperes nada de un Stilmet o de un Santoro, querida. Así evitarás muchos dolores de cabeza. —Gabriella se cogió del brazo de su amiga y la alejó para que no siguiera viendo la cara de embeleso de Angelo al mirar a la joven Baker.

—Te prometo que ya he sufrido mucho desde que me casé con Mario —comentó Valeria medio en broma, medio en serio.

—Mucho me temo que los tendrás hasta que mueras —respondió Gabriella antes de soltar una gran carcajada.



En medio del tumulto, dos miradas se encontraron nuevamente. Angelo y Priscila se quedaron asombrados al verse en un acontecimiento como aquel. Desde la última vez, ninguno había sabido nada del otro. Aunque él se presentó en Central Park cada viernes desde que se conocieron, no la vio y perdió la esperanza de hallarla. Sin embargo, el destino parecía estar de

parte de los jóvenes y les ofreció otra oportunidad. Como era típico en Angelo, no la perdería otra vez y haría todo lo que estuviese en su mano para poder hablar con la joven que le había arrancado de cuajo el corazón.

Priscila le respondió con una tímida sonrisa. Estaba sentada entre sus padres, quienes parecían formar una barrera protectora. A pesar de ello, Santoro no se dejaría intimidar. El grupo de músicos que su padre había contratado comenzó a tocar una melodía suave, y Angelo vio el momento idóneo para sacarla a bailar y poder hablar con ella. Se levantó y caminó hacia la mesa de los Baker con determinación.

Mancini, sabiendo hacia dónde se dirigía su amigo, le siguió discretamente. Había escuchado hablar de Priscila todos los días desde que Angelo la conoció y le había acompañado en largas horas de búsqueda por la ciudad. El señor Santoro les había dado una única instrucción: que la ceremonia debía transcurrir sin altercado alguno. Desde su nueva posición, observó cómo Santoro se quitó la gorra y comenzó a saludar a la familia Baker.

—Buenas tardes. Señor Baker, señora Baker, señorita… —dijo Angelo, intentando disimular la felicidad que sus ojos reflejaban al verla tan bonita y ruborizada ante su llegada.

—Buenas tardes, señor Santoro. Gracias por saludarnos, ¿cómo está? —respondió la madre, sorprendida por la inesperada presencia del joven.

—Muy bien, señora. Me preguntaba si me darían permiso para bailar con su hija. —Fue directo al grano, como había aprendido de su padre.

—Cre…cre… —balbuceó la señora Baker, mirando de reojo a su esposo.

—¿No sería más adecuado que me lo preguntaras a mí? —intervino Priscila antes de que sus padres pudieran reaccionar y negaran la petición.

—Lo siento, pensé que debía… —Angelo entrecerró los ojos, esbozando una pequeña sonrisa.

—Para la próxima, no pienses de esa forma. Estamos en el siglo XX y una mujer puede decidir qué hacer o qué no. —Se levantó y caminó hacia él.

—¿Hija? —habló finalmente el señor Baker.

—Es solo un baile. Estoy segura de que el señor Santoro no tiene otro tipo de propósitos, ¿verdad? —dijo Priscila, ofreciéndole una mano.

—*Certo.*

Mientras el murmullo de los Baker se desvanecía, ambos se dirigieron hacia la zona del jardín donde los invitados bailaban. Santoro, feliz por tenerla cerca, le cogió una mano

mientras la otra rodeaba su cintura. La sonrisa que dibujaron sus labios en ese momento quedó grabada en la memoria de Priscila para siempre.

—Creo que tu padre ha descubierto mis verdaderas intenciones y, si no hubieras intervenido, habría rechazado que bailaras conmigo —le murmuró Angelo tras los primeros movimientos.

—¿Qué intenciones? —preguntó Priscila, un tanto confundida.

—Mi verdadero propósito no es solo bailar contigo, Priscila. Me encantaría secuestrarte ahora mismo y convertirte en mi esposa —declaró Angelo sin borrar la expresión pícara de su rostro.

Priscila se quedó petrificada. Su cuerpo se movía porque él la dirigía. Por un momento pensó que lo que vivía era otro producto de su imaginación. Desde que lo conoció, había imaginado un sinfín de veces qué harían cuando se reencontraran, pero jamás pensó que él le hablaría de aquella manera. ¿Se había enamorado de ella? ¿Sus sentimientos eran correspondidos? Dejó de hacerse preguntas cuando, en un movimiento ágil, él la trajo hacia su cuerpo y estaban tan cerca uno del otro que pudo notar sus labios debajo de su oreja izquierda. Un escalofrío recorrió su cuerpo, haciéndola tensar.

—¿Te he asustado? —preguntó él al notar su rigidez.

—No me has asustado, Angelo Santoro. Pero debes entender que no estoy acostumbrada a este tipo de descaros. Es la segunda vez que nos vemos y no deberías hablar de secuestros —respondió ella, tratando de sonar regañona.

—Durante estos meses, te he buscado como un loco. Sabía que tu apellido es Baker, pero nunca imaginé que eras hija del señor Baker. Si lo hubiera sabido, me habría plantado frente a tu hogar horas después de retirarnos —declaró solemnemente.

—No me habrías encontrado. Al día siguiente, tuve que salir de viaje —explicó Priscila.

—¿De placer? —se interesó Angelo, notando que la expresión de ella indicaba que aquel viaje había sido inesperado y desagradable.

—No exactamente… —Priscila respiró hondo e intentó disimular la tristeza que sentía.

—Si has tenido que marcharte porque tu vida corre peligro, dime quién quiere hacerte daño que dejará de existir —aseveró con tono feroz.

—¿Piensas darle una paliza? —Priscila levantó su rostro y miró al muchacho,

sonriendo.

—No, soy más de alimentar a los peces del río Harlem. —Santoro miró a su alrededor y observó cómo los padres de ella no paraban de hablar. Sabía que era el momento de llevarla con ellos, pero no quería hacerlo.

—Lo dices tan en serio que parece que lo asesinarías de verdad. ¿Debo temerte, Angelo Santoro? —comentó burlona.

—Jamás haría daño a la mujer que amo, pero descuartizaría a quien deseara hacérselo —declaró solemnemente.

—Angelo… —murmuró casi sin aliento debido a la fiereza y sinceridad de sus palabras.

—Es hora de llevarte con tu familia. —La cogió del brazo con elegancia y caminó despacio hacia los Baker.

—Angelo… —volvió a susurrar.

—Dime que no deseas estar a mi lado y te olvidaré.

—Angelo, yo… —giró su mirada hacia el joven y continuó—. Yo no quiero que me olvides.

—Entonces… no lo haré.

Como si nada hubiese pasado entre ellos, Santoro la devolvió a sus padres, les agradeció la confianza depositada al haberle dejado bailar con su hija y se retiró tranquilo y sereno.

«Serás solo mía y quien desee alejarte de mi lado… morirá», sentenció en su mente.

—*Tutto bene?* —preguntó Mancini, mirando a su amigo y leyendo sus pensamientos.

—*Sì, tutto bene*.

Capítulo 17



Aprovecharon el momento en el que todos se habían levantado de sus asientos y visitaban el segundo jardín para dirigirse hacia el interior de la vivienda. Alexander caminaba junto a su amigo, meditando sobre la conversación que mantendrían a continuación. Saber que habían detenido a una persona inocente no solo le molestaba, sino que también le preocupaba. Las dudas sobre quién lo hizo y el motivo regresaron, inquietándolo.

—Pasemos a mi despacho. Allí tendremos toda la intimidad que necesitamos —explicó Mario al ver cómo correteaban los niños por los pasillos del hogar y los sirvientes corrían tras ellos para llevarlos con sus descuidados padres.

El despacho de Mario estaba decorado con muebles de caoba y pesadas cortinas de terciopelo, proporcionando un ambiente de gravedad. Alexander observó el lugar con una mezcla de respeto y tensión. La familiaridad de la escena no le restaba importancia al momento.

—Me tienes en un completo suspense —confesó Stilmet tras cerrar la puerta, dejando fuera el bullicio.

Mario caminó hasta una vitrina y sacó una botella de *brandy*, vertiendo el licor en dos copas. El aroma cálido y especiado llenó el aire, pero no hizo nada por aliviar la tensión.

—Se trata de Julian Baker —reveló Santoro mientras ofrecía una copa a su amigo.

Alexander lo miró sin parpadear, sintiendo un escalofrío recorrer su espalda.

—¿Qué vas a decir de él? —preguntó tomando asiento, sus dedos tamborileando en el reposabrazos.

—Hemos descubierto algo que nos interesa a ambos —declaró al colocarse al lado

del irlandés y depositar la botella y las copas—. ¿Recuerdas lo que te he comentado en el jardín? —Stilmet asintió, el ceño fruncido—. Como te he dicho, decidí que Angelo dejara de ser sospechoso de la muerte del señor Petter y buscamos a alguien que no tuviera nada que perder —añadió llenando las copas.

—Pero… ¿estás seguro de que él no lo hizo? —insistió Alexander, moviéndose incómodo en la silla.

—Si mi hijo me dice que no, yo confío en su palabra —comentó con rotundidad, el brillo en sus ojos demostrando su convicción.

—Perfecto —dijo Stilmet, dando por zanjado ese asunto.

Mario dio un trago a su copa, su mirada se perdió por un momento en los recuerdos antes de enfocarse nuevamente en su amigo.

—Como puedes imaginar, hemos hecho todo lo posible para averiguar quién fue el verdadero asesino, pero nuestros intentos fallaron hasta hace diez días —explicó, su voz grave llenando el despacho.

—¿Qué habéis averiguado? —inquirió curioso Alexander al coger la bebida, sus nudillos blancos alrededor del cristal.

—Algo muy importante y aterrador —declaró Mario antes de beber el *brandy* de un solo trago.

Alexander se tensó al escuchar a su amigo mencionar aquellas palabras, porque si las mencionaba, el asunto era tan grave que hasta asustaba a un capo de la mafia tan importante como él.

—Te escucho —dijo Alexander, su voz apenas un susurro.

Mario respiró hondo, organizando sus pensamientos antes de continuar.

—John ha estado trabajando en todas las pistas que ha encontrado sobre ese asesinato al tiempo que buscaba a alguien que nos quisiera hacer un gran favor —comenzó a decir, sus ojos fijos en Alexander.

—Y lo encontrasteis —afirmó Alexander, pues esa parte ya se la había explicado antes—. ¿Qué os pidió a cambio?

—Eso es lo aterrador, irlandés. Mi hijo caminaba por el Bronx buscando un tipo para fingir el asesinato cuando se le acercó un vagabundo. Este le dijo que sabía qué había ido a buscar y que él estaba dispuesto a decir que era el asesino del señor Petter si la familia

Santoro le ayudaba en un asunto.

—¿Un asunto? ¿Cuál? —soltó asombrado Stilmet, inclinándose hacia adelante.

—Quería que descubriéramos quién raptó y asesinó a su hija —desveló Mario mientras se encendía un puro, el humo añadiendo un aire de misterio a la habitación—. Lógicamente, John aceptó su condición.

—Yo no le hubiese prometido tal cosa. En comisaría existen innumerables carpetas de casos de secuestros y muertes que, al no ser resueltos, terminan en archivos cubiertos de polvo —comentó Alexander entrecerrando suavemente los ojos, tratando de comprender la decisión de John.

—Eso pensé yo, pero el tipo nos regaló una información muy valiosa y partimos de ahí para cumplir nuestra promesa.

—¿No me habrás traído hasta aquí para pedirme que hable con Frank sobre ese suceso, verdad? —preguntó el irlandés, enfadado—. El motivo por el que dejé la familia fue para no involucrar a la mía en tus casos.

—Este hecho le interesa a tu hijo —insistió Santoro, su tono firme.

—¿Por qué? —perseveró Alexander, molesto.

—Porque se trata de la niña que hallaron muerta durante la redada a los Stelleno —explicó despacio, permitiendo que las palabras calaran en la mente de su amigo.

—Aun así, eso ya no le concierne. El juez cerró el caso tras sentenciar a los culpables. —Alexander se levantó del asiento, decidido a marcharse. Frank se había casado, comenzaba una nueva vida y no quería que el pasado destrozara su futuro. Debía centrarse en crear una familia, en protegerla y velar por su propia seguridad.

—No te marches. Te recomiendo que escuches todo lo que tengo que decirte y luego tú decides qué hacer —expresó Mario con calma, pues sabía que la información que habían obtenido le interesaba no solo a su amigo, sino también a su hijo.

—Está bien, te escucho. Pero te advierto de que nada me hará cambiar de opinión. —Stilmet regresó a su asiento y cogió el puro que Mario le había dejado sobre la mesa, se lo encendió y, tras darle la primera calada, fijó sus ojos en Santoro.

—Ese padre insiste en que su hija no saltó por la ventana, sino que la tiraron para que no hablara —explicó con convicción.

—Según Frank, sí que lo hizo —aseveró el irlandés, muy seguro de la información

que le había dado su hijo.

—¿Crees de verdad que una muchacha se lanzaría al vacío cuando escuchó a la policía y entendió que podía ser rescatada? Yo no me considero un gran investigador, pero la experiencia me dice que la niña habría bajado las escaleras chillando y pidiendo ayuda, como hicieron las demás.

—Tal vez lo hizo porque se asustó y el miedo nos hace irracionales.

—Pues yo tengo otra teoría distinta a la del miedo; alguien la lanzó por la ventana después de darle muerte. —Como Alexander no hablaba, Mario continuó—. Y te voy a decir por qué estoy tan seguro de eso.

—Continúo escuchando —declaró el irlandés.

—John ha hablado con varias niñas que fueron liberadas esa noche. —Alexander abrió los ojos como platos, porque ellas, tras declarar ante el juez todo lo que vivieron, habían sido llevadas a un orfanato de otra ciudad y nadie conocía el paradero de este para mantenerlas a salvo—. Todas le hablaron de que esa noche, la niña en cuestión estaba con un anciano cuando apareció la policía. ¿Qué anciano encontraron en aquel lugar? Que yo sepa, a nadie. La habitación estaba vacía y la niña, de manera voluntaria, se lanzó por la ventana.

Stilmet se movió incómodo en el asiento y el instinto que lo había protegido en el pasado resurgía en su interior como el Fénix.

—John, tras esas averiguaciones, interrogó al padre, que lo manteníamos oculto en una de mis fábricas.

—¿Y? —espetó ansioso Alexander.

—Le hizo confesar el motivo por el que su hija estaba allí —declaró Mario, apretando los puños.

—¿Cómo llegó hasta allí la niña? —insistió en saber.

—Dos semanas antes de esa redada, padre e hija caminaban juntos por la calle y se les acercó un hombre. Este le ofreció dinero por la niña. Al principio, ese hijo de puta rechazó la compra, pero cuando le ofreció la última cantidad, decidió entregársela.

—¡Santo cielo! —exclamó el irlandés.

—No tuvo mala conciencia de lo que hizo hasta que se quedó sin un puñetero centavo en el bolsillo. A partir de ahí, comenzó a buscarla, pero no supo nada de ella hasta que la encontró muerta.

—¡Bastardo! —gritó Stilmet, apretando los puños hasta que los nudillos se pusieron blancos.

—La cuestión es que, aunque había pasado el tiempo, recordaba la matrícula del coche que había aparcado frente a ellos ese día. Se la dio a John y él ha descubierto quién es el dueño.

—¿Quién compró a la niña?

—Julian Baker.



Frank estaba tan feliz junto a Fabia que ya no recordaba las horribles semanas que había pasado. Levantó su mano derecha y fijó la mirada en el anillo de su dedo. Una cosa tan pequeña significaba mucho para él porque no solo le informaba de que ahora estaba casado, sino también le indicaba que, por suerte, había encontrado a la mujer con quien pasaría el resto de su vida. Solo esperaba que ambos vivieran un matrimonio afortunado, como el que tenían sus padres, y seguro. Se encargaría él mismo de que Fabia estuviera a salvo en todo momento y, cuando llegase el primer *bambino* Stilmet, no solo sería vigilado por él, también contaría con la ayuda de sus padres.

Retiró la mirada de su anillo y la fijó en su esposa. Ella estaba frente a la puerta de su nuevo hogar, con una expresión de expectación y nerviosismo en el rostro. Ambas familias habían preparado el apartamento de Frank para hacer desaparecer el aire soltero. Querían proporcionar un nuevo ambiente al hogar y él ni se les ocurrió negarse. Lo único que deseaba era ofrecerle a Fabia lo mejor para que su vida como esposa de un policía no le resultara demasiado aterradora.

—Ya es tarde para echarse atrás, nena —le susurró, sacándola de los pensamientos que la mantenían con los ojos fijos en la puerta y en silencio.

—No estoy pensando en huir —contestó, girándose hacia él para darle un tierno

beso en los labios—. Solo me preguntaba cómo habrán decorado nuestras familias tu hogar. Mi madre no me ha dicho nada y la tuya solo sonreía cuando hablaba sobre el tema.

—Pues averigüémoslo —dijo girando la llave en la cerradura.

Cuando Frank abrió la puerta y observó su hogar, pensó que se había equivocado de casa. La promesa de su madre: «No la reconocerás cuando termine de decorarla», se había cumplido. Las paredes brillaban debido al blanco de la pintura, y un suave aroma a lavanda impregnaba el aire. Las ventanas estaban ocultas tras unas cortinas nuevas de lino. Su sillón preferido había desaparecido y en su lugar se hallaba un sofá de tres plazas con cojines color crema. Una gran mesa de comedor, con ocho sillas a su alrededor, rellenaba el espacio que anteriormente había estado vacío. Sus lámparas, sus estanterías e incluso los cuadros que compró años atrás, habían desaparecido.

—¿Qué? —le preguntó Fabia al observar su cara de espanto.

—Creo que nos hemos equivocado de casa —respondió mirándola.

La carcajada de Fabia llenó el silencio de su nuevo hogar. Frank olvidó cualquier enfado que sentía al no hallar nada de sus antiguas pertenencias. Merecía la pena haberlas perdido mientras ella fuera feliz.

—Quiero ver qué han hecho en mi habitación. Bueno, ahora la nuestra —dijo cogiéndola de una mano y dirigiéndola hasta allí.

Según la tradición, días antes de la ceremonia, ambas madres preparaban la cama matrimonial. Dejaban algunos sobres con dinero, dulces y una botella de vino espumoso. Eso daría suerte a la nueva pareja.

—¿Qué han hecho? —preguntó Fabia con los ojos cerrados.

—Lo que nos temíamos —respondió Frank agarrándola por la cintura.

Fabia abrió los ojos y sonrió.

—Esto nos dará mucha suerte —le susurró su esposo, mientras el aroma del vino espumoso llenaba el ambiente.

—Sí —contestó volviéndose hacia él—. Mucha —añadió antes de besarlo.

La cogió por la cintura y la condujo directamente hacia la cama, depositándola con cuidado. Ella quedó tendida y le sonrió, una sonrisa que iluminaba toda la habitación. Las emociones que Frank sentía por ella volvieron a aflorar con una intensidad que lo sorprendió.

Amor, deseo, ternura y una profunda conexión llenaron su pecho mientras la miraba.

Sin apartar sus ojos de los de Fabia, lanzó la chaqueta al suelo, desabrochó el chaleco y lo arrojó al mismo lugar. Se inclinó hacia ella y comenzó a besarla, sus labios suaves y cálidos encontraron los de su esposa con una necesidad casi desesperada. Sus manos, temblorosas al principio, se movieron con más confianza mientras desabrochaba los botones en la espalda del vestido de novia. Uno por uno, los botones cedieron, y el vestido se deslizó suavemente sobre su cuerpo, revelando la delicada piel de debajo.

Fabia jadeó suavemente al sentir el aire fresco en su espalda desnuda. Frank besó cada centímetro de piel que iba quedando al descubierto, sus labios trazando un camino de fuego que encendía una chispa en el interior de su esposa. Ella correspondió sus besos con la misma intensidad, sus manos explorando el torso de su marido.

El sujetador no fue un obstáculo por mucho tiempo. Frank deslizó los tirantes por sus brazos, besando su clavícula y sus hombros, y luego se deshizo de la prenda con una destreza que sorprendió a ambos. Sus labios se movieron hacia abajo, encontrando los pezones erectos de Fabia y besándolos con ternura. Los besos se volvieron más intensos, sus lenguas explorando y saboreando cada rincón, cada suspiro.

Ella se arqueó bajo él, sus manos tirando suavemente del cabello de Frank mientras sus cuerpos se movían al unísono. Él se tomó su tiempo, sus besos y caricias eran una mezcla de amor y deseo, sus manos explorando cada curva del cuerpo de su mujer, memorizando cada centímetro de su piel. Fabia, por su parte, se entregaba por completo, sus suspiros y gemidos llenaban el alma de su esposo.

Sus manos encontraron el cinturón, desabrochándolo con dedos ansiosos, liberándolo de su confinamiento. Frank jadeó al sentir los dedos de ella, la sensación de su toque enviando ondas de placer a través de su cuerpo. Sus pantalones pronto se unieron al montón de ropa en el suelo, dejándolos a ambos en ropa interior.

El calor entre ellos era palpable, la tensión eléctrica envolvía el aire. Frank deslizó sus manos por las caderas de Fabia, deshaciéndose de sus braguitas con un movimiento lento y deliberado. Sus labios siguieron el mismo camino, besando la piel suave de sus muslos, sus gemidos lo incentivaban a continuar.

Se tomó un momento para mirarla, admirando la belleza de su esposa, su mujer. Sus ojos se encontraron y, por un instante, todo quedó en silencio. No había palabras, solo el lenguaje de sus cuerpos, el amor que compartían. Se movió sobre ella, colocando ambas

caderas en la posición perfecta. El primer contacto fue suave, una exploración lenta y delicada. Fabia suspiró, su espalda arqueándose mientras se adaptaban el uno al otro.

La pasión pronto tomó el control, sus movimientos se volvieron más urgentes, más frenéticos. Sus besos eran una mezcla de dulzura y necesidad, ambos moviéndose al unísono en un ritmo que solo ellos entendían. Frank susurraba palabras de amor en el oído de Fabia, sus manos acariciando su espalda, sus caderas, su pecho. Ella respondía con sus propios susurros, su voz un suspiro cargado de deseo y amor.

El clímax se acercaba, una ola creciente de placer que los envolvía. Se tensaron, sus respiraciones se volvieron más rápidas, más superficiales. Y luego, en un estallido de pura euforia, alcanzaron el pico juntos. Fabia gritó el nombre de Frank, su cuerpo temblando mientras el placer la abrumaba. Él la siguió, su propio gemido llenando la habitación mientras se derramaba dentro de ella.

Se quedaron así, juntos, entrelazados mientras la intensidad del momento comenzaba a desvanecerse. Frank besó la frente de Fabia, su amor por ella creció aún más en ese momento de intimidad compartida. Fabia sonrió, su corazón lleno de una felicidad que nunca antes había conocido.

—*Ti amo*, Frank —susurró, sus ojos llenos de amor y gratitud.

—*Ti amo di più*,[26] Fabia—respondió Frank, su voz suave pero llena de una profunda convicción.

Se acurrucaron juntos bajo las sábanas, desnudos y satisfechos, sus corazones latiendo al mismo compás. No había necesidad de palabras, solo la promesa silenciosa de un amor eterno, un amor que los sostendría en los días venideros. Y así, abrazados, se quedaron dormidos.

Capítulo 18



Una semana después en Londres

El cielo de Londres estaba cubierto de nubes grises, presagio del inevitable aguacero que se avecinaba. En el interior de una acogedora casa a las afueras de la ciudad, John se movía con rapidez y determinación. Entró en la habitación con más toallas y un nuevo barreño de agua fresca, tal como le había pedido la doctora.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó John, al regresar con su esposa.

—No. Cada vez son más intensas e insoportables. Si esto sigue así, creo que me voy a partir en dos —respondió Isabella, su rostro contorsionado por el dolor de una nueva contracción.

El cuerpo de Isabella estaba bañado en sudor, y la cama se había convertido en un charco en el que no paraba de moverse, buscando una posición que aliviara su sufrimiento. Su marido, sentado a su lado, le acariciaba el cabello con ternura, susurrándole palabras de ánimo y amor.

—Me alegro tanto de tenerte a mi lado —comentó, apretando los puños mientras una nueva oleada de dolor la recorría.

—Nada me habría impedido estar a tu lado el día del nacimiento de nuestro bebé —dijo él, antes de inclinarse y darle un beso en la frente.

—No me refiero al parto, John.

—Lo sé. —Apretó la mano de su esposa con fuerza, intentando transmitirle su fortaleza mientras la doctora volvía a examinarla—. ¿Cómo va todo?

—Todo marcha bien, señor Rossi. Pero ha de entender que un alumbramiento no suele realizarse en un par de horas —le explicó la doctora con calma profesional.

John asintió, aunque cada segundo que pasaba veía a Isabella sufrir más de lo que podía soportar.

—*Marito*, por favor, coge algo duro y golpéame en la cabeza. Quiero quedarme inconsciente antes de seguir sufriendo —le suplicó Isabella, con una sonrisa forzada en medio del dolor.

—Tienes que ser fuerte, *amore*. El *bambino* no tardará —dijo él, besándole sin cesar la mano que agarraba, intentando infundirle fuerza a través de sus caricias.

La siguiente hora fue un tormento para ambos. Isabella gritaba con cada contracción, y John contenía sus propios gritos de angustia. Hubiera dado cualquier cosa por cambiar de lugar con ella, por llevar él mismo el dolor que la estaba desgarrando. Le susurraba mil palabras de amor, de aliento, mientras él mismo temblaba de miedo. Sí, el gran John Rossi, quien había olvidado el significado del miedo desde que Mario Santoro lo adoptó, recordó qué mostraba y sintió cómo este recorría cada rincón de su cuerpo.

—No falta nada, señora, ya puedo ver la cabecita de su bebé —comentó la doctora, aliviando un poco la desesperación de ambos—. Deme más paños y ponga entre mis piernas el barreño —dijo a Emily sin apartar la vista de la gran mata de cabello oscuro que intentaba salir —. Señora, necesito que empuje con más fuerza.

Isabella, apretando la mano de su marido, inclinó medio cuerpo hacia adelante e hizo lo que le pedían con la esperanza de que su calvario terminara pronto. En aquel momento, donde el dolor había llegado a un punto tan extremo, entendió la lucha de su madre por protegerla. Cada contracción era como una ola que la arrastraba, pero se aferraba a la mano de John, su ancla en medio de la tormenta.

—¿Quiere usted ser el primero en sujetar a su hijo? —preguntó la doctora a John.

Él miró a Isabella, pidiéndole permiso con la mirada. Ella asintió débilmente, y como si fuera una pantera, se levantó y se colocó frente a los muslos de su esposa. En el momento que vio una enorme mata de pelo negro, se emocionó hasta el punto de notar que le temblaban las piernas.

—Cójalo así. Muy bien. Ahora despacio coloque sus dedos en ambos lados…

John seguía las instrucciones con la respiración contenida. Cuando pudo tocar el cuerpecito de su bebé, lo deslizó con rapidez del interior de su madre. Teniéndolo en sus brazos, sin dejar que la doctora le cortara el cordón y lo atendiera, comenzó a llorar al ver el rostro

arrugado y precioso de su recién nacido.

—Señor Rossi, por favor, démela —dijo la doctora extendiendo los brazos—. Ocúpese de la madre mientras yo atiendo a su hija.

—¿Hija? —gritó Isabella con las pocas fuerzas que le quedaban.

John le entregó la niña a la doctora y corrió hacia su mujer. Llorando de alegría, besó su rostro, sus labios, sus manos.

—*Ti amo*, Isabella. *Ti amo* —repetía sin parar, la emoción desbordándole.

Isabella lo observaba expectante, intentando ocultar la angustia que había sentido durante el embarazo. A pesar de que la doctora había calculado la fecha en la que se quedó embarazada, y coincidía con la última noche que pasó con John antes de que él se marchara a New Jersey, necesitaba confirmar que su bebé era un Rossi y no un Stilmet.

—Aquí tiene a su niña —dijo la doctora tras envolverla en una mantita blanca que le habían preparado.

Isabella retiró la tela para ver la cara de su hija y cuando comprobó que, pese a lo arrugada y morada que estaba, era la viva imagen de John, comenzó a llorar. Las lágrimas caían sin cesar mientras acariciaba la pequeña cabecita de su *bambina*, sintiendo una mezcla de alivio y felicidad que nunca había experimentado antes.

—No llores, *amore* —dijo John para consolarla—. Nuestra pequeña ya está aquí, con nosotros. Mira, está bien. Ha nacido perfecta, aunque tiene mi nariz y la forma de mis labios.

—*Ti amo! Ti amo!* —gritó Isabella, abrazando a su marido con todas las fuerzas que le quedaban.

John, creyendo que la desesperación de su esposa era provocada por el esfuerzo del parto, la abrazó y mimó hasta que dejó de llorar y se calmó. Sus manos temblaban mientras acariciaba su cabello, besaba su frente y le susurraba promesas de amor eterno.

—¿Cómo quieres llamarla? —le preguntó cuando Isabella comenzó a amamantarla.

—No lo he pensado —murmuró ella, intentando que la bebé no dejara de alimentarse —. ¿Y tú?

—Había pensado en dos nombres. Si era niño, quería que se llamara como yo y si era niña…

—Dime —insistió ella al ver la duda en sus ojos.

—Me gustaría que se llamara Valeria, como mi madre adoptiva.

Isabella miró a la pequeña, ajena a todo, por el momento. Le acarició la cabecita muy despacio y le dijo en voz baja:

—Bienvenida al mundo, Valeria Rossi Falco.



La mañana siguiente amaneció tranquila en la pequeña casa. En el interior, el ambiente era cálido y acogedor. Las paredes de la habitación estaban pintadas en tonos suaves, y el mobiliario sencillo, pero elegante, reflejaba el gusto refinado de Isabella. Una cuna de madera blanca, adornada con delicados detalles, ocupaba un lugar destacado junto a la cama matrimonial. Dentro, la pequeña Valeria dormía plácidamente, ajena a las preocupaciones de sus padres.

John se despertó primero, y al ver a su esposa y su hija aún dormidas, sintió una profunda gratitud por la vida que tenía. Se levantó con cuidado, tratando de no hacer ruido, y se dirigió a la ventana. Miró hacia el jardín, donde los pájaros comenzaban su canto matutino, y respiró hondo, llenándose de la paz que emanaba de aquel lugar.

Isabella se movió suavemente, despertándose poco después. Sus ojos se encontraron con los de John, y ambos sonrieron.

—Buenos días, *amore* —susurró John, inclinándose para besar la frente de Isabella.

—Buenos días, John —respondió ella, estirándose un poco antes de levantarse y tomar a Valeria en sus brazos, quien parecía haber intuido que su madre se había levantado y comenzó a gruñir—. Mira quién se ha despertado.

John se acercó a ellas, sus ojos llenos de amor mientras observaba a su pequeña familia.

—Buenos días, Valeria. Parece que vas a parecerte a mí hasta en las horas de sueño —expresó tras darle un tierno beso en la cabecita.

Rossi ayudó a Isabella a sentarse sobre la cama. Todavía seguía débil tras el parto y no quería que hiciera más esfuerzos. Además, la doctora le había indicado que el siguiente mes

era muy importante que ella permaneciera tranquila para su recuperación. Con lo cual, él haría todo lo posible para que eso ocurriera.

—Isabella —dijo John después de un rato, rompiendo el silencio con suavidad—, estaba imaginando... ¿Cuándo tienes pensado volver a Nueva York? Quiero que mi familia conozca a la pequeña.

Isabella se tensó al escuchar la pregunta, algo que su esposo notó de inmediato. Sus ojos se encontraron, y él vio el miedo y la incertidumbre en los de ella. No dijo nada, esperando que Isabella se sintiera lo suficientemente cómoda para hablar.

—Por el momento, quiero seguir en Londres —respondió finalmente, tratando de recomponerse—. Hay demasiadas cosas peligrosas en Nueva York para mí y para nuestra hija.

—Me parece bien —contestó, aunque en el fondo le hubiera gustado tenerlas más cerca—. Podéis quedaros el tiempo que queráis. Yo vendré a visitaros cada dos semanas, como he hecho hasta ahora.

Isabella se relajó un poco al escuchar su comprensión. Se inclinó sobre el cuerpo de John y apoyó la cabeza en su hombro, sintiendo de nuevo la calidez y protección que él siempre le aportaba.

—*Ti amo, signora* Rossi —murmuró John, al tiempo que colocaba un brazo alrededor de la cintura de Isabella.

—*Ti amo, signore* Rossi.

Se quedaron así, abrazados, con Valeria alimentándose, disfrutando del momento de intimidad y unión. Sabían que el futuro sería muy complicado, pero juntos, sentían que podían enfrentarse a todo.

Capítulo 19



Londres, agosto, 1934

Isabella se despertó y miró hacia el lado de la cama donde debía estar Valeria. Siempre dormía a su lado cuando John no estaba. Emily había insistido en que no la acostumbrara porque terminaría pensando que su padre era un usurpador. Ella no le hizo caso, porque prefería no dormir sola y su hija no veía a su padre como tal. Tal vez porque John se mostraba mucho más cariñoso con la niña que con ella, cuando los tres estaban juntos.

Se sentó en la cama, se estiró y observó el exterior a través de las cortinas de la ventana. El sol se filtraba a través de las hojas verdes del jardín, proyectando sombras danzantes en las paredes. Una sonrisa apareció en sus labios al descubrir que haría un día soleado y Valeria le pediría caminar hasta el parque donde encontraría más niños de su edad. Había hecho muy bien en quedarse allí porque podían vivir la vida tranquila que siempre deseó para su hija.

Se levantó y, en camisón y descalza, salió de la habitación. Mientras caminaba por el pasillo, podía escuchar los gritos de su hija pidiéndole a Emily que la despertara. A pesar de que no hablaba con claridad, todos la entendían perfectamente. Según le había dicho la profesora que había contratado, cada niño tenía un ritmo diferente para el lenguaje y no debía preocuparse de que no fuera capaz de expresar una frase completa o ni de su tartamudeo. Cuando se lo contó a John, muy preocupada por el asunto, él se limitó a reír. Luego la abrazó y le dijo que la niña se parecía a él en todo. Eso la dejó más tranquila. Si su marido había tenido aquel problema en su niñez y de adulto hablaba muy bien, a su hija le pasaría lo mismo.

Feliz por la vida tranquila que vivía, imaginándose lo que le pediría Valeria en cuanto la viese aparecer, bajó al primer piso y, antes de que pudiera saludar a Emily, su hija le

abrazaba las piernas.

—*Mum! Mum*![27] —decía con la cabeza pegada al camisón.

—Buenos días, pequeña. Sí, mamá sabe qué quieres y nos iremos al parque en cuanto desayunemos.

Valeria se retiró de ella y corrió hacia el comedor. Isabella caminó detrás, observándola con una sonrisa de oreja a oreja. Su niña no hablaba con la fluidez con la que se comunicaban otros niños a su edad, pero entendía todo perfectamente.

—Buenos días, señora —dijo Winston al verla entrar al comedor.

Su rostro ya no se sonrojaba al hallar a su señora en camisón y con el cabello despeinado. Después de tres años trabajando para ella, se había acostumbrado a su forma de vivir.

—Buenos días, Winston —respondió poniéndose la mano en la boca para ocultar un bostezo—. Valeria quiere salir a jugar al parque y voy a llevarla después del desayuno.

—Perfecto, señora —comentó antes de girarse hacia el aparador y prepararle a la niña el bol de cereales.

—Es una niña muy obediente cuando quiere conseguir algo —expresó Emily tomando asiento.

Todos, absolutamente todos, desayunaban, almorzaban y cenaban juntos para crear un ambiente familiar para Valeria. Isabella no quería que ella creciera pensando en que no tenía familia, y en verdad, con el paso del tiempo, los cuatro se habían convertido en una.

—*I'm hungry* —dijo Valeria haciendo un gran esfuerzo para decirlo correctamente.

—Sé que tienes hambre —respondió Isabella mirándola con calidez y amor.

Sus ojos se clavaron de nuevo en el lunar que Valeria tenía detrás de la oreja izquierda. No sabía de dónde había salido aquella marca. No era pequeño, para disimularlo, ni tampoco grande para que tuvieran que esconderlo. Pero daba la impresión que había aparecido para marcarla durante el resto de su vida. John le dijo que no recordaba si su madre lo tenía, pues era muy pequeño cuando ella murió, aunque estaba seguro de que su padre no lo tenía. Ella confirmaba que en la piel de Marietta tampoco estaba, pero no podía decir lo mismo sobre su verdadero padre, pues no sabía quién era.

—Come más despacio —dijo Emily a Valeria, haciendo que Isabella se centrara en lo que ocurría.

La niña levantó la vista de los cereales, miró a Emily y luego a su madre, a continuación, comenzó a comer más lento. Isabella sonrió. Sin lugar a dudas, entendía todo, pero había heredado el carácter ansioso de John.

—Señora, aquí tiene *El Times* —dijo Winston tras recibir al muchacho que les llevaba el periódico y sentarse con ellas.

Como solía hacer, mientras tomaba el café, comenzó a leer el noticiero neoyorquino. Quería estar informada de todo lo que sucedía allí con la familia Santoro. Meses atrás, su esposo aparecía en la portada de periódico inaugurando un nuevo hospital. Valeria, cuando descubrió la imagen de su papá, pasó el día completo con el periódico en sus manos gritando *daddy*[28].

Pasó una hoja tras leer la anterior con desgana, pues la información que ofrecían carecía de interés para ella. Luego otra y otra hasta que llegó a la parte de los sucesos. En ese instante, sus manos comenzaron a temblar.

—Emily, lleva tú a Valeria al parque —ordenó tras terminar de leer la noticia y lanzar el periódico sobre la mesa.

—*Mom*? —preguntó la niña sollozando al saber que su madre no iría con ella.

—Cariño, en cuanto mami termine una cosa que debo hacer, iré al parque —intentó consolarla.

Sin que su hija la viera, le lanzó una mirada a Emily, quien se puso en pie al segundo y luego a Winston que hizo lo mismo.

—Ven conmigo al despacho —indicó al mayordomo mientras caminaba hacia la salida.

Una vez que llegaron allí, Isabella dejó expresar todas las emociones que había contenido para que su hija no se preocupara. Comenzó a llorar, después se frotó el rostro, a continuación, golpeó la mesa con ambos puños.

—¿Señora? —preguntó Winston con preocupación y angustia.

—¿Qué hora será en New York? —dijo con la voz rota de la agonía y desconsuelo.

—Las cinco de la madrugada —contestó tras mirar su reloj de bolsillo y restar cinco horas.

—John tiene que estar despierto. John tiene que estar despierto —decía mientras levantaba el teléfono para que le atendiera una chica de la centralita. Al escuchar la voz de esta, le dio la dirección donde conectarla. Mientras oía la música de la espera, Isabella rezaba para que su esposo pudiera responderle.

—¿Isabella? —preguntó John aterrorizado al escuchar que su esposa lo llamaba a aquellas horas.

Al oír su voz, ella comenzó a llorar.

—*Che succede? Stai bene? È la ragazza? Amore mio, per carità*.[29] No llores y háblame —Rossi, al levantarse de un salto de la silla, la lanzó al suelo sin darse cuenta.

—Valeria y yo estamos bien —respondió sin dejar de llorar.

—¡Gracias a Dios! —exclamó con un largo suspiro y llevándose una mano al corazón, como si así pudiera calmar sus latidos—. Entonces, ¿qué sucede? ¿Por qué me llamas a estas horas?

—Acabo de leer *El Times* —respondió.

—¡Oh, vaya! ¿Ya te has enterado? Pensé que tardarías más en descubrirlo, pero ese tipo de noticias venden más y los periodistas quieren ganarse un buen sueldo sin reparar en el dolor de la familia.

—Sé… sé… sé quién lo ha hecho —respondió al fin.

—¿Cómo? —gritó John con una mezcla de sorpresa, horror e incomprensión.

—Sé quién lo ha hecho —repitió con más seguridad, para que su esposo comprendiera que estaba muy segura de quién había sido el causante de aquella atrocidad.

—¿Por qué estás tan segura, Isabella? —perseveró en saber, porque nadie podía hacerse una idea de quién podía ser tan cruel.

—Porque él es el motivo por el que no regreso a New York —declaró al fin.

—Cuéntame, te escucho —dijo impaciente por averiguar el secreto de su esposa.

Durante una hora, Isabella le narró todo lo que le ocurrió cuando él se marchó a New Jersey. Lo único que no le dijo fue que se había acostado con Frank, aunque mucho se temía que John lo intuyó. Cada episodio que relataba en el que Julian Baker aparecía para extorsionarla, escuchaba cómo la mandíbula de su esposo se apretaba.

—Tenía que haber matado a Michael por no haberte dado esa maldita carta a tiempo —masculló John.

—No lo culpes y no le hagas daño —le advirtió.

—Te prometo que no tocaré ni un solo pelo de Michael, pero déjame que actúe con libertad para todo lo demás —le pidió.

—Confío en ti, John.

Escuchar esas palabras de su mujer, le aportó un sinfín de emociones entre las que se encontraba el orgullo.

—Para conseguir mi propósito, tú tienes que continuar con la vida feliz que vives con nuestra hija. Nada ha de cambiar a tu alrededor.

—¿Pero?

—Pero voy a enviar a veinte de mis hombres a Londres. Ellos os vigilarán noche y día hasta que yo resuelva la situación aquí —declaró firme.

—¿Se lo vas a contar? ¿Le dirás quién lo ha hecho? —preguntó Isabella desesperada.

—Buscaré la manera de hacerlo, sí. Aunque no sé cómo puede terminar todo esto cuando él lo descubra. Tal vez sea mejor que me mantenga en silencio y actúe por mi cuenta. Ahora mismo, no está en condiciones de llevar a cabo una *vendetta*.

—No me importa qué decides al final, pero te suplico que no te pongas en peligro. He mantenido en secreto lo que ocurrió porque te quiero y no quiero perderte.

—No me perderás, Isabella. Me mantendré vivo para poder cuidaros el resto de mi vida.

—Te quiero mucho, John.

—Yo te quiero más, Isabella —le respondió.

Una vez que colgaron, Isabella salió del despacho y caminó hacia su habitación. Una sensación de alivio se apoderaba de su cuerpo y sentía cómo todo el pesar que había vivido durante tantos años, desaparecía al caminar. Por fin podía vengarse de Baker, por fin podía descansar en paz. Solo esperaba que John mantuviera su palabra y no saliese perjudicado.

Una sonrisa se dibujó en sus labios al imaginar lo que haría su esposo al hijo de puta.

Noticia en *El New York Times:*

Hoy toda la ciudad de New York se despierta consternada ante el suceso más macabro de toda la historia. Por primera vez las mafias han dejado a un lado la parte caballerosa y han atacado a una madre y a su bebé de cuatro meses.

Transcurrió durante la noche del pasado miércoles. El asesino esperó que el agente Frank Alexander Stilmet se marchara a trabajar, para entrar en su hogar y asesinar brutalmente a su esposa e hijo.

Hasta el momento, nadie tiene ninguna pista de quién ha podido realizar tremenda atrocidad.

El agente Stilmet, que se hizo famoso tras el caso Stelleno, ha decidido abandonar su labor en el Departamento y hacerse cargo él mismo de la resolución del caso.

Capítulo 20



Julian esperaba con gran expectación la llegada de Henry Anderson a su oficina. Las noticias para ambos eran muy buenas y podían sentirse satisfechos de todo lo que habían hecho. Feliz por cumplir sus objetivos, se levantó de su asiento y caminó hacia la gran ventana de su despacho. Observó la ciudad con una mezcla de posesión y ambición, sacando un cigarrillo que encendió con calma. La panorámica de los rascacielos y las calles bulliciosas le recordaba constantemente el poder que anhelaba. ¿Cuánto tiempo faltaba para que su plan finalizara? Sonrió maliciosamente al resolver que poco. A lo sumo, un año. Entonces, cuando sucediera, nada ni nadie podría hacerle sombra.

El sonido de la puerta abriéndose rompió su ensimismamiento. Giró sobre sus talones, y la sonrisa que ya adornaba su rostro se amplió al ver entrar a Henry Anderson. Este hombre, alto y con una expresión calculadora, era esencial para su plan. Juntos, conseguirían destruir a todas las mafias y quedarse con el poder. Baker ya se había encargado de gran parte de ese objetivo; ahora solo faltaba que Henry limpiara aquello que él no podía alcanzar sin revelar su identidad.

—¿Disfrutando de las vistas? —dijo Henry, acercándose a Julian con paso firme y seguro.

Baker le ofreció un cigarro que Anderson rechazó con un gesto de la mano, prefiriendo mantenerse concentrado.

—Necesitaba pensar en cómo serán nuestras vidas una vez que seamos los dueños de esta maldita ciudad —indicó Baker, volviendo la mirada hacia los edificios y exhalando el humo lentamente—. Ayer conseguí por fin aliarme con los del norte y si mis planes no se alteran, para finales de esta primavera tomaré la parte sur —añadió con orgullo, sintiendo el placer de su propio éxito.

Henry, siempre frío y calculador, asintió ligeramente, ocultando su propia satisfacción. Sabía que una vez que se casara con Priscila, todo aquello que había logrado el viejo sería suyo. Ya se encargaría él de arrebatárselo en cuanto tuviera la mínima oportunidad.

—Siempre has sido un hombre ambicioso, no me sorprende que consigas lo que dices —respondió Anderson, controlando la felicidad que eso le suponía. Observó cómo Julian disfrutaba de su cigarrillo y sus ojos se desviaron momentáneamente hacia la ciudad, imaginando el poder que pronto sería suyo.

Baker, notando el interés en Henry, cambió de tema.

—¿Qué te pareció Helena? —preguntó, dejando la ventana y caminando hacia su asiento de cuero negro.

Henry se acomodó en una silla frente a Baker, cruzando las piernas con elegancia.

—¿Sinceramente? —Julian asintió—. Esa joven me da escalofríos. No entiendo cómo una muchacha como ella puede tener dos personalidades tan distintas. Es como si descubrieras que tras unos ojos llenos de pasión se encuentra el mismo diablo.

Julian soltó una carcajada, claramente disfrutando de la descripción.

—Creo que el diablo tendría miedo de mi chica —dijo, riendo con ganas—. He hecho un gran trabajo con ella. Cuando la encontré, era una jovencita llorona y quejica. Ahora, tú mismo has sido testigo de su transformación —añadió orgulloso, su pecho hinchándose de satisfacción.

Henry, inclinándose hacia adelante, continuó.

—Siendo claro, en el momento que entré en el almacén y la vi, pensé que tu fin era que conociera a una de tus amantes. Quien te conoce realmente sabe la debilidad que tienes por las jovencitas —dijo, sus ojos escrutando a Julian en busca de una reacción—. Aunque he de decir que, tras verla actuar, me quedé sin palabras. Helena no es una amante corriente y vigilaría tu cuello si la enfadas.

Julian se relajó en su asiento, disfrutando de la conversación.

—Mi cuello está a salvo. Ella jamás me haría daño. Recuerda que la cuido desde que se quedó huérfana y piensa que soy su salvador. Todo lo que le digo, lo hace sin preguntar —aclaró, sin borrar de su rostro el placer que le producía hablar de ello.

Anderson asintió lentamente, aunque una sombra de preocupación cruzó su rostro.

—¿Por eso la enviaste a la casa de Stilmet? —Baker afirmó con un leve

movimiento de cabeza—. Por supuesto, ¿quién, si no ella, podía tener la sangre fría de hacerle eso a un bebé? —añadió horrorizado—. Tienes suerte de que esté de tu lado, porque de lo contrario podrías terminar como esas dos víctimas.

Baker sonrió, una sonrisa fría y calculadora.

—No me preocupo de eso. Helena es mi gran triunfo —expresó con soberbia—. Además, tienes que reconocer que hizo un gran trabajo.

Anderson, aún perturbado por el recuerdo, asintió.

—Cierto. Por la información que he obtenido, creen que el asesino es un miembro de la mafia que se la tuviera jurada a Stilmet. Sin embargo, tienes que tener en cuenta otro asunto importante con respecto a ella.

El anciano levantó una ceja, intrigado.

—¿Cuál?

Henry, recostándose en su silla, explicó.

—Uno de los agentes busca al culpable de los asesinatos que ha habido durante los años pasados. La teoría que baraja es que se trata de un criminal en serie que desea hacer desaparecer a los vagabundos de las calles.

Julian soltó una risa corta, divertida.

—En cierto modo, esta ciudad debería estar agradecida a Helena por limpiar la basura de sus calles.

Anderson, sin compartir la risa, asintió con gravedad.

—De todas formas, vigila al agente para que no tengas problemas —le aconsejó.

Julian asintió con indiferencia, dando una última calada a su cigarrillo antes de aplastarlo en el cenicero.

—Lo haré. Pero centrémonos en lo importante, que para eso estás aquí. Dime qué has hecho y en qué te puedo ayudar.

—Por el momento, todo lo que me habías pedido se ha logrado sin ningún problema —aclaró Henry, reclinándose en el asiento, un gesto que denotaba una confianza que había sido ganada a pulso.

—¿Resultado? —Baker lo miró fijamente, sus ojos destellaban con una mezcla

de impaciencia y anticipación.

—El juez dictaminará que fue Angelo Santoro quien realizó el atraco del banco y quien apretó el gatillo —declaró Henry, con una sonrisa de satisfacción.

—Perfecto. Supongo que los Santoro buscarán la forma de liberar a ese cabrón, pero no lo conseguirán.

—No lo harán porque hemos comprado a todos los testigos y empleados del banco. En cuanto se les ofreció la cantidad que me dijiste, aceptaron sin dudarlo. Todavía queda gente valiente en este mundo; si me lo hubieran ofrecido a mí, me habría negado al momento. Estar en contra de los Santoro implica una muerte segura.

—Todo el mundo tiene un precio —resolvió Baker, su tono reflejaba una convicción absoluta—. Y no me importan las pérdidas que he tenido en ese asunto mientras logre apartarlo de mi hija. Tengo otros planes para ella y deben cumplirse.

—A mí no me importa casarme con ella, sin embargo, te digo desde ahora que no me gustan los juguetes usados.

—Cuando sea tu esposa, haces con ella lo que te plazca. No me interesa la vida de esa perra que se abrió de piernas a un Santoro. Si quieres matarla, tienes mi permiso —dijo Julian, apretando los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—No la mataré —respondió Henry con una sonrisa que no auguraba nada bueno —. Intentaré darle una buena vida para que la sociedad no dude de mi amor por Priscila.

—Como te he dicho, una vez que te cases, puedes hacer lo que quieras —masculló Julian—. El único que me importa es Nolan. Quiero que se implique en los negocios familiares y olvide esa maldita idea de convertirse en policía.

—¿Aún sigue pensando en eso? —Henry soltó una risa irónica.

—Por desgracia —dijo, dejando escapar un largo suspiro—. Pero he de hacer lo posible para que no lo sea. Tiene que convertirse en el dueño de todo lo que estoy creando o mi esfuerzo no servirá de nada.

Anderson observó a Baker, intentando no mostrar la felicidad que sentía al escucharlo hablar sobre su hijo. Si este quería convertirse en agente, sería perfecto para él. Una vez que el viejo muriese, y gracias al matrimonio con Priscila, él se haría cargo de todo. ¿Y quién puede impedir que un agente muera en acto de servicio?

—Por el momento tenemos varios cabos sueltos y debemos resolverlos lo antes posible —dijo Julian, sacando a Henry de sus pensamientos—. El primero es hacer desaparecer al padre del agente Stilmet. Desde hace tiempo anda por los bares haciendo preguntas para averiguar algo sobre el asesinato de su nuera y nieto. Puede que algún día encuentre alguna pista que lo conduzca hasta nosotros y no podemos permitirlo.

—Eso no es un problema. Conozco a alguien que puede ponerle fin a su existencia sin dejar ni un solo rastro de su presencia —dijo Henry con frialdad.

—¿Hablas del agente que ambos conocemos?

—Sí. Su odio por los Stilmet puede facilitarnos el camino. Además, tú acordaste con él que lo convertirías en el director de la comisaría. Eso aliviará cualquier duda que tenga al respecto, porque cuando sea nombrado como tal, puede manipular todas las pistas que lo señalen.

—Supongo que Charles es la mejor opción —admitió Julian, aunque no le agradaba la idea de adelantar ciertos acontecimientos, sabía que Henry tenía razón.

El silencio reinó en el despacho durante unos minutos, una tensión palpable en el aire. Baker buscaba la manera de hacer que Charles se convirtiera en director lo antes posible, pero corría un gran riesgo, ya que el actual director no era uno de los suyos. ¿Tendría que hacerlo desaparecer también? Eso no sería fácil, puesto que contaba con el apoyo de las dos grandes familias italianas: los Santoro y los Bianchi. Aunque pudiera lograr que los primeros estuvieran ocupados tratando de hallar la inocencia de Angelo, los segundos se convertirían en un enorme estorbo. Si Luccio intervenía en el asunto, no solo él correría peligro, sino todos los que le apoyaban hasta el momento. Si John Rossi era una amenaza para él, Luccio Bianchi representaba el mayor riesgo de su vida.

Henry rompió el incómodo silencio, su voz resonando en el despacho decorado con maderas oscuras y cortinas de terciopelo pesado.

—Has hablado de muchos obstáculos y no has recordado uno muy importante —dijo Henry, su tono insinuando la gravedad de lo que iba a decir.

Baker levantó la mirada, sus ojos brillando con interés.

—¿Qué obstáculo? —espetó, fijando su mirada en Henry con intensidad.

—John Rossi —declaró, dejando que el nombre flotara en el aire como una amenaza palpable.

La sonrisa que mostró Baker fue desconcertante para Henry.

—Ahora mismo pensaba en él —confesó, levantándose del asiento y caminando hacia la ventana, desde donde podía ver la ciudad en pleno ajetreo matutino—. Hace tiempo descubrí su punto débil, pero por desgracia, la puta se escapó y no hubo manera de encontrarla.

—¿Tenía una mujer? —Henry no pudo evitar el asombro en su voz, mezclado con una pizca de incredulidad.

Julian asintió, su expresión oscureciéndose.

—Exacto, tenía una mujer. Pero desde que ella no está, ese bastardo se ha hecho invencible.

Henry frunció el ceño, evaluando la situación.

—Quizá, si hacemos desaparecer al viejo Santoro…

Baker se giró bruscamente, su mirada intensa.

—¿Estás loco? Eso no nos ayudaría, al contrario. Todos los que nos apoyan decidirían dejar de hacerlo por miedo. Recuerda que, si matamos a Santoro, aparecerán en su lugar los Bianchi y, si Rossi se une a Luccio, en un abrir y cerrar de ojos nuestras cabezas serán separadas de nuestros cuerpos.

Henry respiró hondo, procesando la advertencia.

—¿Qué sugieres entonces?

Baker se sentó nuevamente, inclinándose hacia adelante con un brillo calculador en los ojos.

—Tenemos que usar aquello que no posee Rossi: inteligencia y paciencia. En primer lugar, dejemos que los Santoro actúen una vez que Angelo sea juzgado y encarcelado. Entonces, justo en ese momento, sabremos qué hacer con ese loco.

Anderson asintió, reconociendo la lógica en el plan de Julian.

—He de darte la enhorabuena por conseguir lo que nadie ha podido lograr hasta ahora. Durante más de tres décadas, la familia Santoro ha sido apoyada por todas las mafias de la ciudad y, de repente, lo han dejado solo.

—Ya lo dijo en su tiempo mi querido Julio César: *Divide et impera*[30].

Henry sonrió, compartiendo el entusiasmo.

—Seguro que, tras la caída de ese imperio Santoro, Rossi caerá con él.

Julian se recostó en su silla, su expresión volviéndose sombría.

—Si eso no lo hace, mi pequeña Helena lo hará.

Henry frunció el ceño, intrigado.

—¿Qué quieres decir?

—Helena pondrá fin a la historia, para eso la he estado preparando durante años. Una vez que logre infiltrarse en uno de los prostíbulos de Rossi, buscará la manera de quitarlo de en medio.

Henry se quedó pensativo, evaluando la confianza de Baker en la niña.

—Estás muy seguro de que ella conseguirá lo que nadie más ha podido hacer.

Julian se recostó en su silla, su expresión de soberbia y orgullo era evidente.

—Cuando uno crea un monstruo, sabe hasta dónde puede llegar.

Capítulo 21



Tres meses después…

Julian regresó a su hogar con una euforia apenas contenida, sintiéndose en la cúspide de sus logros. La boda de Priscila con Henry había sido el último eslabón de una cadena de éxitos meticulosamente forjada. Desde su última reunión con su ahora yerno, cada uno de sus planes había cristalizado a la perfección. Angelo Santoro estaba tras las rejas. Su hija Priscila, aunque inicialmente reacia, ahora estaba casada con Henry, un hombre en quien Baker confiaba para mantener el control y seguir sus designios. El asesinato del viejo Stilmet había sumido a Frank en una espiral de locura cada vez más profunda. Helena, su pieza maestra, se había infiltrado en uno de los prostíbulos de Rossi, dispuesta a ejecutar su misión final. Su hijo Nolan, lejos de las intrigas de Nueva York, se encontraba en Europa, enfocado en sus estudios.

El único objetivo que aún pendía en el aire era la completa erradicación de la familia Santoro. Solo cuando John Rossi desapareciera del mundo, su victoria sería total. Mientras se preguntaba dónde podría estar escondido, Julian atravesó el umbral de su hogar. Encendió las luces y se detuvo un momento para apreciar la quietud que lo rodeaba. La casa, que antaño resonaba con la vida de una familia, ahora era un refugio solitario. Su esposa, tras forzar el matrimonio de Priscila, había decidido poner fin a su unión de cincuenta años. El inminente divorcio no le causaba ninguna aflicción. Al contrario, la perspectiva de vivir libremente con Helena, una vez que ella cumpliera su misión, le dibujaba una sonrisa maliciosa en el rostro.

Baker se dirigió a su despacho, dispuesto a revisar los últimos documentos que Charles le había enviado. Quería asegurarse de que el próximo distrito bajo su control no

presentara problemas imprevistos. Al intentar encender la luz del techo, el interruptor no funcionó. La oscuridad envolvía la estancia, y solo un tenue resplandor de la calle iluminaba una pequeña fracción del interior. Al girarse para buscar un candil, un sonido perturbador rompió el silencio: una ligera risotada.

—Hola, Baker. Te estaba esperando.

El tono de la voz era inconfundible. Julian sintió un escalofrío recorrer su espalda al reconocer a John Rossi. Intentó correr hacia la puerta para salvarse, pero sus esfuerzos fueron en vano. Un dolor agudo le atravesó la cabeza antes de que pudiera alcanzar la salida. El mundo a su alrededor se volvió oscuro, y su cuerpo cayó inerte al suelo, sumido en una inconsciencia inevitable.



Julian despertó con un dolor punzante en la cabeza y la sensación de inmovilidad. Trató de moverse, pero sus extremidades estaban firmemente atadas. Abrió los ojos y descubrió que estaba sujeto en forma de cruz a varios postes de madera en un oscuro y desolado almacén. El aire estaba cargado de humedad y el olor a moho impregnaba el lugar. La luz era escasa, apenas unas pocas bombillas colgaban del techo, proyectando sombras alargadas y fantasmales en las paredes.

Mientras su visión se ajustaba a la penumbra, un torrente de pensamientos cruzaba su mente. Había subestimado a Rossi, el único verdadero obstáculo en su camino hacia la dominación total. Todo lo que había construido, cada pieza del meticuloso plan que había elaborado, ahora pendía de un hilo. Su ambición, que le había llevado tan lejos, ahora amenazaba con destruirlo. ¿Cómo había llegado a este punto? ¿Cómo había dejado que su guardia bajara tanto como para caer en esta trampa?

De repente, el sonido de una voz rompió el silencio:

—Ya está despierto.

Julian sintió una oleada de pánico al escuchar esas palabras. No solo distinguía el

paso de una persona, sino de dos. Cada pisotón resonaba en el vacío del almacén, aumentando su ansiedad. El eco de las pisadas resonaba en su mente como un tambor de ejecución. Intentó enfocar su vista en la dirección de los sonidos, y cuando las figuras se colocaron frente a él, su corazón se hundió.

Delante de él estaban Mario Santoro y John Rossi. La mirada de determinación y odio en sus ojos era inconfundible. El miedo se apoderó de Baker de manera tan intensa que sintió cómo sus piernas temblaban y, en un acto reflejo de desesperación, perdió el control de su vejiga. La sensación de humedad y la humillación añadida intensificaron su terror.

—Míralo —dijo Mario con desprecio—. El gran Julian Baker, reducido a esto.

El abogado intentó hablar, pero su voz salió como un murmullo incoherente. La presión del miedo le robaba el aire. Santoro avanzó un paso, su presencia imponía respeto y temor.

—Julian Baker —dijo con voz grave—. Al fin te tengo en mis manos. Hoy pagarás todo lo que has hecho a mi mujer.

Rossi, con una mirada fría y calculadora, se acercó más.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó, levantando el palo de golf. En cuanto observó el pavor en los ojos de Baker le susurró—. Sí, sé todo lo que le hiciste a mi chica y hoy es el día de devolverte sus golpes.

Antes incluso de que Julian pudiera decir una sola palabra, John comenzó a golpearlo con el palo. Cada vez que aquella cabeza de hierro tocaba una parte de la piel, él notaba cómo se abría. Percibió el calor de la sangre recorriendo su cuerpo, el dolor se hizo tan insoportable que los gritos salían de su boca sin ser consciente de que lo hacía.

Escuchar los gritos de Baker le causaban más ira, más rabia, porque así se imaginaba que había estado Isabella el día que le pegó y, por mucho que lo llamara, él estaba demasiado lejos para protegerla.

—Hijo —dijo Santoro poniéndole una mano en un hombro para hacerlo parar.

Cuando Rossi se volvió hacia él, Mario creyó que tenía frente a sus ojos al mismísimo diablo. La expresión que mostraba su hijo no la había visto antes, y podía jurar que había presenciado más de doscientas torturas de John. Estaba fuera de control, y sus ojos, rojos por la ira, brillaban con un fuego aterrador.

Su rostro estaba transformado en una máscara de furia pura. Sus facciones,

normalmente firmes y controladas, ahora estaban distorsionadas por una rabia que parecía consumirlo desde dentro. Sus labios, apretados en una línea delgada y temblorosa, dejaban escapar un ligero gruñido, casi animal, con cada respiración. Sus dientes estaban tan apretados que Mario temía que pudieran romperse en cualquier momento.

Las venas en el cuello y las sienes sobresalían de manera alarmante, palpitando con cada latido acelerado de su corazón. La piel alrededor de sus ojos estaba enrojecida, casi al punto de estallar, y las lágrimas de furia y frustración se mezclaban con la sangre de Baker, manchando su rostro.

Cada gota que caía parecía avivar aún más la llama de su odio…

Mario retrocedió un paso instintivamente, el aire en la habitación se había vuelto espeso, casi sofocante, bajo la intensa energía que emanaba de su hijo. Podía sentir la desesperación de John, su deseo atormentado de venganza, tan palpable que casi podía tocarla. Nunca había visto a su hijo así, ni siquiera en los momentos más oscuros de su vida criminal. Esta ira era diferente, más profunda, más personal…

—John... —habló de nuevo, para que la cordura de su hijo regresara.

Rossi no parecía escuchar. Sus ojos, encendidos por una furia primitiva, se clavaban en el cuerpo maltrecho de Baker con una intensidad que Mario nunca había presenciado. Era como si toda la humanidad hubiera abandonado a su hijo, dejando solo una bestia salvaje, hambrienta de venganza y justicia. La forma en que sujetaba el palo de golf, con los nudillos blancos por la presión, y la postura de su cuerpo, tensa como una cuerda a punto de romperse, indicaban que estaba listo para seguir golpeando, para continuar descargando su furia hasta que no quedara nada más que un amasijo de carne y huesos.

—Hijo, basta... —logró decir Mario finalmente, su voz llena de una mezcla de temor y compasión—. Esto ha sido suficiente para vengar el dolor que pasó tu mujer.

El verdadero horror de la situación se hizo evidente para Mario. Su hijo no solo estaba enloquecido por la venganza; estaba perdido en ella. John había cruzado una línea, una línea de la que quizá nunca podría regresar.

—Quiero matarlo —gruñó Rossi al fin.

Mario dio gracias a Dios por haber logrado sacar del trance a su hijo.

—Y te dejaré que lo hagas, pero antes tenemos que saber si él está detrás de lo que les ha ocurrido a las personas que amamos —comentó con voz calmada.

Mario no solo quería saber si Baker había tramado el plan para culpabilizar a Angelo, sino que también debía averiguar todo lo que pudiera sobre los Stilmet. Se lo había prometido a Alexander. Antes de que le pegaran un tiro en la cabeza, había estado hablando con él y le había hecho jurar que, si él moría, la familia Santoro ayudaría a Frank.

Cuando un Santoro hacía un juramento lo cumplía…

—Julian —dijo Mario con una frialdad que heló la sangre en las venas de Baker —. Tienes muchas cosas que contarnos antes de que mi hijo termine contigo.

Baker soltó una carcajada ahogada, sus labios sangrando.

—¿Crees que me asusta morir, Santoro? —su voz era un susurro ronco, apenas audible—. Mi muerte es solo el principio de todo...

Mario levantó una ceja, intrigado.

—Explícate —ordenó, inclinándose hacia él.

—He dejado... legado —dijo Baker, tosiendo y escupiendo sangre—. No estoy solo. Los que vienen después de mí... son peores. Ya verás.

John levantó el palo de golf nuevamente, sus músculos tensos como un resorte.

—No juegues con nosotros, Baker —gruñó—. ¿Quién más está involucrado? ¿Quién sigue tus pasos?

Julian sonrió débilmente, su mirada desafiando la amenaza de Rossi.

—Helena... —logró decir—. Ella... ella terminará lo que empecé. Y hay otros... muchos otros...

Mario y John intercambiaron miradas. El nombre de Helena resonaba en sus mentes como un eco siniestro.

—¿Helena? —preguntó Mario—. ¿Quién es ella? ¿Qué papel juega en todo esto?

—Mi creación... mi obra maestra... —Baker se burló, disfrutando del horror en los ojos de sus captores—. Ella es la clave de todo. Más peligrosa de lo que pueden imaginar. Si muero... ella se encargará de cumplir la misión.

Un escalofrío recorrió la espalda de Mario. Había subestimado a Baker y, peor aún, el alcance de su maldad. Necesitaban saber más, pero el tiempo se agotaba.

—¿Dónde está ella? —exigió John, acercándose más, su voz temblando de rabia contenida.

Baker soltó una risa espeluznante, sus ojos brillando con una locura desquiciada.

—Ya está en marcha... no podéis detenerla... —dijo, su voz desvaneciéndose en un susurro—. Mi muerte solo acelerará todo...

John levantó el palo de golf, dispuesto a terminar con la vida de Baker, pero Mario lo detuvo con una mano firme en su brazo.

—Aún no, hijo. Necesitamos más respuestas —dijo, su voz calmada pero llena de autoridad—. Baker, ¿has sido tú el culpable de encarcelar a mi hijo Angelo? ¿Enviaste a esa tal Helena a la casa de Frank Stilmet? ¿Ella mató a su esposa e hijo? ¿Quién disparó a Alexander?

Baker sonrió una última vez, sus ojos apagándose lentamente.

—Mi pequeña hizo un buen trabajo… —murmuró antes de que su cabeza cayera hacia un lado.

John dejó caer el palo de golf, su cuerpo temblando por la mezcla de emociones que lo embargaban. Miró a su padre, buscando orientación.

—¿Y ahora qué? —preguntó, su voz quebrada.

Mario suspiró profundamente, pasando una mano por su rostro cansado.

—Ahora, hijo, nos preparamos para lo que viene. En primer lugar, haré todo lo posible para liberar a Angelo. A continuación, hablaré con Frank y le contaré lo que hemos descubierto. Aunque explicarle que fue una mujer quien mató a su familia no le será de gran ayuda.

—Pero tiene algo por dónde empezar. Seguro que hará las investigaciones necesarias para averiguar qué ha hecho Baker durante el pasado y tal vez encuentre a esa tal Helena —explicó John.

—Eso espero —comentó Mario, moviendo la mano izquierda para que sus hombres comenzaran a limpiar aquel lugar.

—¿Quiere que me quede un mes más? Puedo hacerlo —dijo Rossi mientras ambos caminaban hacia la salida del almacén.

—No, tienes que marcharte con tu esposa e hija, ellas te necesitan. Como has escuchado, Baker no trabajaba solo. Por lo que ha dicho, no solo tenemos que protegernos de esa tal Helena sino también de aquellos que le han estado apoyando.

—¿Cuántos habrá? ¿Quiénes serán?

—No lo sé, pero hay que hacer todo lo posible para encontrarlos y mantener a la familia a salvo —declaró Mario.

Salieron del almacén, dejando atrás el cuerpo inerte de Baker. Los hombres de Santoro se encargaban de limpiar cualquier rastro de la carnicería que había tenido lugar. En la oscuridad de la noche, Mario y John se dirigieron a sus vehículos, listos para enfrentar los nuevos desafíos que se avecinaban.

LA MIA Vendetta

SEGUNDA PARTE



Inicio 2



Rossi decidió mudarse a Londres para estar cerca y cuidar de su familia en crecimiento. A pesar de las investigaciones, las autoridades no pudieron vincularlo con el asesinato de Baker, pues todas las evidencias apuntaban a que un vagabundo, motivado por venganza tras la muerte de su hija a manos de Baker, había cometido el crimen. Además, durante la investigación, se descubrió que el abogado fue quien realmente mató al señor Petter.

Isabella encontró la felicidad y la tranquilidad junto a su esposo después de que él le confesara que había eliminado a su agresor. La vida que siempre había soñado junto a John comenzaba a tomar forma, y sintió un gran alivio al saber que ya no había amenazas cercanas. Sin embargo, no consideró la posibilidad de regresar a Nueva York hasta que nacieron sus gemelos, John y Thomas. La familia Santoro estaba decidida a proteger a los pequeños y, aunque Isabella tenía sus dudas al principio, aceptó la propuesta de regresar porque la seguridad de sus hijos se había convertido en su principal preocupación.

Angelo Santoro fue arrestado bajo acusaciones de robo y homicidio. Desde el inicio, clamó su inocencia y denunció que todo era parte de una conspiración contra él y su familia. Pero tras revelaciones emergentes del caso Baker, fue liberado. Aunque su estancia en la cárcel de Hudson en el Condado de Columbia solo duró seis meses, durante ese tiempo perdió a Priscila. Al regresar a New York, descubrió que ella se había casado con Henry Anderson, heredero del imperio Baker, y se había mudado lejos de la ciudad. Aunque solo su esposo sabía de su paradero, Angelo optó por no indagar sobre su posición y se concentró en aprender todo lo necesario para convertirse en el próximo *don* Santoro.

Frank Stilmet, por su parte, se esforzaba en vano por encontrar alguna pista que lo llevara hasta Helena, quien según Rossi y Santoro, había sido responsable de la muerte de su esposa e hijo. Después de mucho tiempo sin encontrar evidencias y viendo cómo era abandonado

por quienes habían decidido ayudarle, comenzó a explorar otras hipótesis. Con el tiempo, Frank entró en una espiral de decadencia, sumergiéndose en un mundo lleno de alcohol, drogas y situaciones peligrosas que ponían en riesgo su vida a diario. En momentos de desesperación extrema, llegó a considerar el suicidio como una salida, pero nunca completó el acto, aferrándose a la necesidad de descubrir al asesino de su gran amor antes de morir. Su vida se había convertido en una sombra de lo que alguna vez fue.

Nolan Baker sufrió enormemente al descubrir que su padre, bajo una fachada de buen padre y empresario respetable, había sido el criminal más temido de la ciudad. Decidido a limpiar el nombre de su familia, ingresó a la fuerza policial, quedando bajo la supervisión del nuevo director. Cada día en su nuevo rol era un intento por distanciarse del oscuro legado paterno y redimir el apellido Baker.

Charles finalmente consiguió dejar las peligrosas calles. Cuando Baker murió, pensó que todo estaba perdido y que sus esfuerzos habían sido en vano. Sin embargo, la aparición de Henry Anderson le demostró que el legado de su suegro seguiría vivo. El día que Charles entró en su codiciado despacho con su nueva placa y uniforme, no pudo contener una carcajada. Se sintió invencible, y su primera misión fue aumentar significativamente la seguridad en las calles de su nueva residencia con la ayuda económica de su mecenas, garantizando así su presencia en cada evento importante de la ciudad junto a su esposa, que lucía radiante con la vida que ahora llevaban.

Después de casarse con la joven Priscila, Henry tomó control de todas las pertenencias de Baker, incluida Helena. Ella continuó trabajando en uno de los clubs dirigidos por John, proporcionando información vital sobre la familia Santoro a Henry. Con el tiempo, su relación se hizo más intensa y mutuamente beneficiosa, consolidando su poder y asegurando su dominio sobre los negocios turbios de la ciudad.

Capítulo 22



New York, 1936

Era una de esas tardes en la ciudad donde el crepúsculo parecía vacilar, resistiéndose a ceder ante la oscuridad. Los últimos rayos de sol luchaban por perforar el velo de nubes bajas que colgaba sobre los edificios imponentes. Las luces de la oficina del periódico se apagaban una a una, como estrellas desvaneciéndose al amanecer, mientras David Cameron terminaba su día laboral. Su oficina, ubicada en el último piso, ofrecía una vista panorámica de la ciudad que nunca dormía; sin embargo, esa noche, el brillo de la metrópolis no podía disipar el peso de la soledad que sentía.

David se quedó un momento en silencio después de apagar la luz de su escritorio. Observó la habitación con sus muebles de madera oscura y los papeles apilados meticulosamente, cada objeto un recordatorio de las largas horas y el esfuerzo incansable que había invertido en su carrera. Él era el director de uno de los periódicos más influyentes de la ciudad, un puesto que demandaba todo su tiempo y energía, un trabajo que le había costado sacrificios personales que solo ahora comenzaba a lamentar verdaderamente.

Cerró la puerta de su oficina con un clic suave, eco de su resignación. Mientras caminaba por el pasillo vacío, sus pasos resonaban contra el mármol frío, cada resonancia un recordatorio del vacío de su vida personal. A pesar de su éxito profesional, donde cada día más de tres millones de ejemplares de su periódico reinaban en los hogares y comercios de la ciudad, su vida familiar era un desastre, un barco hundiéndose del que él parecía incapaz de escapar.

«¿Por qué no puedo tener ambas cosas?», se preguntó, recordando la demanda de

divorcio que había recibido esa mañana. Amanda, su esposa, había llegado al límite de su paciencia. Después de cuatro años juntos, ella se había cansado de esperar a un hombre que estaba físicamente presente pero siempre ausente en espíritu. La imagen del mensajero llegando a su puerta con una sonrisa de oreja a oreja y el sobre en la mano aún quemaba en su mente. No había sido la perspectiva de una ruina económica lo que lo había sacudido, sino la realización de que estaba perdiendo a la mujer que amaba, a su manera peculiar y fallida, pero amaba de verdad.

Decidido a no volver a casa esa noche, a no enfrentar el vacío de su apartamento ni la ausencia de Amanda, David se ajustó el sombrero y subió el cuello de su gabardina. El aire frío de la tarde le picaba las mejillas mientras descendía las escaleras del edificio hacia la calle, decidido a encontrar algún tipo de consuelo en la soledad de la ciudad.

«Una copa, eso es lo que necesito», se dijo, tratando de convencerse de que un poco de alcohol podría calmar la tormenta que se agitaba en su interior. Con ese pensamiento, se dirigió hacia el primer bar que encontrara abierto, sin saber que la noche apenas comenzaba a desvelar sus secretos más oscuros.

Mientras caminaba por las calles casi desiertas de la ciudad, su mente vagaba involuntariamente hacia el pasado. Las imágenes de su vida con Amanda revoloteaban como hojas arrastradas por el viento otoñal. Recordaba el día de su boda, la manera en que ella sonreía, cómo su risa parecía iluminar los rincones oscuros de su existencia. Habían sido felices, o al menos él había creído que lo eran. Pero como el director de un gran periódico, las demandas de su carrera habían crecido, robándole cada vez más tiempo, dejando a Amanda sola en su vasto apartamento, rodeada de lujos, pero carente de compañía.

El eco de sus pasos resonaba contra las fachadas de los edificios, cada uno marcando el ritmo de su creciente desesperación. Recordó las noches en que había llegado a casa para encontrar a Amanda despierta, esperándolo, solo para que él revisara su correo o atendiera llamadas de trabajo, ignorando las señales de su soledad y su creciente resentimiento. Había intentado compensar su ausencia con regalos caros y vacaciones exóticas, pero no eran el tiempo y el afecto que Amanda realmente necesitaba.

Ahora, enfrentaba las consecuencias de sus elecciones. La demanda de divorcio no había sido una sorpresa, pero sí un golpe devastador. En su corazón, sabía que había fallado en lo más fundamental: mantener y nutrir el amor que había prometido cuidar.

La luz parpadeante de un bar al final de la calle captó su atención, ofreciéndole un refugio temporal de sus pensamientos tumultuosos. «Una copa te despejará la mente», insistió,

empujando la puerta del bar con una determinación sombría. El interior estaba bañado en una luz tenue, las conversaciones susurradas llenaban el aire con un zumbido constante, mezclándose con el *clink* ocasional de los vasos.

Se dirigió directamente a la barra, pidiendo un *whisky* doble sin miramientos. Mientras el camarero preparaba su bebida, David se permitió un momento para observar a los otros clientes, cada uno absorto en su propio mundo de risas o lamentos. Aquí, rodeado de extraños, encontró un raro consuelo en su anonimato.

Tomó su bebida y la calidez del líquido le reconfortó, suavizando los bordes afilados de su dolor. Mientras bebía, reflexionaba sobre su situación. ¿Podría cambiar las cosas con Amanda? ¿Había algo que pudiera hacer para reparar los daños, para reconstruir lo que una vez tuvieron? O, ¿era este el inevitable final de un matrimonio olvidado por las exigencias de su carrera?

Con cada sorbo, la decisión se formaba en su mente. No volvería a casa esa noche. No enfrentaría las paredes vacías de su apartamento ni la ausencia palpable de Amanda. En su lugar, pasaría la noche vagando por la ciudad, buscando información en los casos que su periódico mencionaba. Tal vez así, su dolor desaparecería.

Tras tomar el último sorbo y pagar al camarero, salió del bar para continuar su caminata sin rumbo por las calles. Fue entonces cuando los sonidos de un altercado le llegaron claramente a través del aire frío de la noche. Siguiendo los ruidos, llegó a un callejón donde dos figuras robustas estaban golpeando a un hombre que yacía en el suelo, sollozando y suplicando por misericordia.

El instinto de David, forjado a través de años de reportar sobre la justicia y la injusticia, se disparó. A pesar del peligro, no pudo simplemente pasar de largo.

—¿No creéis que ya ha tenido suficiente? —dijo con voz temblorosa.

—Cierra la boca y márchate. Aquí no está sucediendo nada —le indicó uno de los asaltantes.

—Pues para no suceder nada, tremenda paliza ha tenido el tipo del suelo, ¿no crees? —Sus pies seguían pegados en la calzada.

Su respiración se agitaba cada vez más. Unas gotitas de sudor bajaban por los laterales del rostro y los ojos los mantenía todo lo abiertos que podía. En aquellos momentos tan tensos, pensó que era muy diferente narrar una noticia sobre violencia callejera que vivirla *in situ*.

—¡Mira! Tenemos un valiente —comentó el otro agresor, asestando una patada a la víctima en el estómago—. ¿Tienes ganas de pelea, amigo?

—Ninguna. Solo quería una copa, pero no me parece políticamente correcto que abandone a un hombre en la situación en la que está —aclaró con tanta rapidez David que hasta él se perdió en su discurso.

—Creo que ese payaso es un hombre de letras y no de puños —dijo jocoso el que había hablado en primer lugar.

—Entonces, olvídalo. No es rival para nosotros. —Se agachó hacia el lesionado y lo agarró de la chaqueta para gruñirle en la cara—. Esto solo ha sido una pequeña advertencia. La próxima vez no volverás a respirar, ¿entendido?

Tras la leve afirmación de este con la cabeza, lo soltó y, caminando juntos, ambos asaltantes pasaron al lado de David que intentaba ocultar su estado de nerviosismo.

—No merece la pena que pongas tu vida en peligro por una maldita rata —le indicó el que había dado el ultimátum al lesionado.

—Creo… —intentó hablar David, pero ellos se alejaron sin escucharle.

Durante unos instantes el periodista los observó con detenimiento. Había visto muchas caras a lo largo de dos décadas de trabajo en la redacción y se acordaba a la perfección del rostro de cada criminal que vivía en la ciudad, pero aquellas no le sonaban de nada. «Esta ciudad se está pudriendo. Seguro que serán los miembros de una nueva banda», pensó. Tras la abolición de la Ley Seca, los gánsteres y contrabandistas enfocaron sus actos vandálicos hacia otros elementos más sustanciosos como el tráfico de armas, drogas, prostitución o construcciones ilegales. Un movimiento hizo que girara la cabeza hacia el callejón y observó los intentos fallidos del hombre por levantarse. Aligeró el paso y, ofreciéndole la mano para que se incorporara, le ayudó.

—Gracias… —murmuró el muchacho entre golpes de tos.

—No me las des. Solo he alargado un poco más tu vida. Creo que esos dos, tarde o temprano, terminarán el asunto contigo. —Echó el brazo del herido sobre sus hombros y lo condujo fuera de la oscuridad.

—Tienes acento extranjero y… no creo que regresen —comentó mirando hacia el camino que observaba su salvador.

—Pues nací en el Bronx y puedo asegurarte que sé muy bien de lo que hablo.

¿Alguna dirección a la que deseas que te lleve?

—El mejor sitio, en estos momentos, sería la de un lugar donde puedan servirme una copa —dijo intentando simular una sonrisa.

—¿Ahora? Creo que sería más razonable ir al Departamento de Policía e indicarles lo que te ha sucedido, tal vez ellos puedan ayudarte —explicó con confianza David.

—¡No! Seguro que nos matarían antes de poner el pie en la primera escalera. Mejor caminemos despacio hasta ese magnífico lugar llamado The Blue Skay. ¿Lo conoces? —preguntó el muchacho con esfuerzo.

Claro que lo conocía, no solo porque había sido cliente asiduo cuando la encantadora Isabella Falco lo dirigía, sino porque también lo visitó en más de una ocasión cuando ayudaba a Frank en la ardua tarea de encontrar al asesino de su familia. «Mi tercer divorcio…», reflexionó. Pero tras la separación con el expolicía no regresó. No le gustaban las nuevas directrices del local. Bajo la supervisión de Isabella era un acogedor lugar donde se podía descubrir nuevos talentos musicales mientras se divertían con coloquios amigables y juegos de cartas. Ahora, era un vulgar prostíbulo donde mujeres semidesnudas se paseaban sin pudor por el interior de la sala buscando algún cliente que satisfacer y donde se movía bastante dinero con partidas ilegales.

—No me estás escuchando, ¿verdad? —le interrumpió el hombre al que había salvado.

—Perdona, tenía la cabeza en otro lugar…

—Te estaba diciendo que me llamo Giovanni Bianchi y te volvía a dar las gracias por tu heroica participación —sonrió. Al hacerlo, David observó que le faltaban algunos dientes en la boca.

—Mi nombre es David Cameron y de verdad que no tienes que dármelas. Cualquier persona habría hecho lo mismo si se hubiese encontrado en mi situación —expresó cuando ambos se encontraron frente a la entrada del club.

—No creas. He visto pasar a más de cuatro personas por esa esquina y han mirado para otro lado. Alguna ha echado a correr… —Se carcajeó.

—Bueno, entonces has tenido suerte al encontrarme.

—¿Me vas a dejar que te invite a una copa?

—Si tanto te empeñas, no me queda otro remedio que aceptarla —respondió con resignación.

Una vez en el interior, se dirigieron con rapidez hacia la barra. El ambiente estaba cargado de humo de cigarro y el sonido de música *jazz* se mezclaba con risas ahogadas y conversaciones susurradas. Mientras un saxofonista tocaba una melodía melancólica, Bianchi se volvió hacia David con una expresión seria.

—Este lugar solía ser diferente —reflexionó David, mirando alrededor—. Al igual que esta ciudad.

—Los tiempos cambian —contestó Giovanni.

—Pero todo debería ir a mejor, no a peor.

—Hablas como si quisieras cambiar el mundo tú solo —dijo Bianchi con una enorme sonrisa.

—Lo intentaré a mi manera —desveló el periodista tras girarse y apoyar los codos en la barra—. Si todo sale según lo previsto, mucho me temo que la ciudad se salvará de una gran lacra.

Giovanni cogió su copa y bebió. Actuaba como si no fueran importantes las palabras de su acompañante, pero lo eran, por eso estaba allí. Desde varios meses atrás, Henry había puesto su mirada en él y no se equivocaba. Stilmet y el periodista habían encontrado algo que los dirigía directamente a Anderson y debían actuar cuanto antes. No solo para que el nombre de su jefe siguiera manteniéndose en secreto, sino también el de Helena. Ella había conseguido grandes logros sobre los Santoro y muchas familias estaban pendientes de dicha información para ocupar el puesto del italiano, entre ellas, la suya. A pesar de que Angelo Santoro estaba tomando el control de la familia, y era apoyado por Rossi, tenía la esperanza de hacerlos desaparecer. Una vez que lo consiguiera, aquellos que lo habían repudiado le mostrarían el respeto que se merecía.

—¿Eres médico? —le preguntó Bianchi después de unos segundos en silencio.

—¡No! —respondió David con una enorme sonrisa—. Soy periodista.

—¿En serio? —perseveró con falsa sorpresa.

—Sí.

—Creo que la vida nos ha sonreído a los dos esta noche —expresó Norris

mirándolo a los ojos.

—¿Por? —espetó enarcando una ceja.

—Porque tengo una noticia muy importante para ti. De hecho, estar en el sitio equivocado, en el momento erróneo ha sido el motivo por el que me golpeaban —declaró Giovanni, expresando en su tono de voz mucho misterio.

David adoptó el comportamiento de periodista que era, tomó otro sorbo de su bebida y, tras acercar un asiento, se colocó al lado de su salvado, para que solo él pudiera escuchar lo que parecía que iba a confesarle.

—¿Qué era? —dijo cuando el ambiente fue adecuado para esa confidencia.

—Al parecer, después de morir ese abogado…

—Baker —completó David la frase.

—Sí, exacto. Baker. Bien, al parecer hay alguien ocupando la dirección. Ellos hablaban de un ruso que se escondía en el Bronx.

—¿Ruso? —preguntó Cameron con extrañeza, pues su información era otra muy distinta.

—Sí, eso he oído —admitió Giovanni pidiendo otra copa, pues se había terminado la anterior—. Quieren traer un barco desde Rusia cargado de rusos y crear aquí otra mafia. ¡Como si no tuviéramos suficientes con los italianos y chinos! —exclamó antes de soltar una carcajada y beberse su segunda copa de un trago.

David miró a Bianchi y negó con la cabeza. La información que le proporcionaba no era buena. Sus confidentes no hicieron referencia a ningún ruso. Ellos insistían en que el yerno de Baker había heredado no solo toda la mitad de todas sus posesiones, al casarse con la hija de este, sino también el cargo que había ocupado hasta su muerte. También hablaban de una mujer, la tal Helena, pero todavía no se sabía si esa información era real o inventada. Una vez que ocurría un hecho, aparecían mitos por todas partes.

—No hagas caso a esas habladurías —dijo dándole una ligera palmada sobre la espalda—. Ni hay rusos, ni mafias de ese país.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Giovanni pidiéndole al camarero que le sirviera una copa a David. Cuando este se acercó, cambió con disimulo el vaso y luego, vertió algo y a continuación el *whisky*.

—Soy periodista, ¿recuerdas? Si hubiera algo tan importante, yo lo sabría —contestó con orgullo.

La hora siguiente fue muy esclarecedora para Bianchi. Descubrió, por boca del periodista, que todos los temores de su jefe eran ciertos. Stilmet y aquel hombre conocían la existencia de Helena, aunque no sabían cómo era. También sospechaban que ella había matado a la mujer y al hijo del antiguo policía y que era la asesina en serie de los mendigos. Todo lo que sabía, David lo desveló sin ser consciente de eso.

—Creo que es hora de marcharnos, ¿no te parece? —dijo Cameron al notar que su cuerpo perdía las fuerzas y su mente estaba más nublada de lo habitual.

—Sí, es hora de hacerlo —comentó Giovanni mirando al hombre que había sentado al final de la barra. En cuanto sus miradas se encontraron, asintieron—. Como te he dicho, pago yo —aclaró cuando vio a David buscándose la cartera.

—Está bien, amigo —dijo este caminando hacia la salida—. Te espero fuera que voy a echar una larga meada.

—Adelante —contestó Bianchi dándole la espalda.

Apoyándose en las mesas y sillas, David consiguió llegar a la salida. Una vez que el exterior le recibió, sintió un escalofrío. Miró a ambos lados de la calle, buscando un lugar donde poder mear. Cuando lo halló, se fue directo hacia él. Estaba intentando no mancharse los pantalones cuando escuchó un ruido detrás de él. Giró la cabeza y sonrió al descubrir que se trataba de una de las prostitutas que había visto en el interior del local. Joven, aunque no llegaría a los veinte años. Pese a que allí reinaba más sombras que luz, él pudo ver en algún momento que tenía mechones pelirrojos. Cualquier hombre que buscara placer estaría encantado de tenerla. Sin embargo, a él le produjo escalofríos la primera vez que sus miradas se encontraron. Parecía que en la profundidad de sus ojos calculaba los segundos que quedaban para asesinarlo.

—No necesito tus servicios, solo estoy meando —dijo lo más educado posible mientras se subía la cremallera del pantalón.

—No estoy aquí para ofrecerme, sino para hablar —expresó la mujer.

David la miró con los ojos entornados mientras un escalofrío le recorría de nuevo.

—Helena… —murmuró al descubrir la verdad.

A pesar de la droga que le habían puesto en su bebida, supo quién era ella, admitió

que había sido un tonto en caer en una trampa tan simple y adivinó cómo acabaría para él la noche.

Capítulo 23



Esa misma noche en el hogar de los Santoro

La abuela Valeria se había metido en la cocina y nada ni nadie la sacaría de allí. Estaba empeñada en preparar todos los platos que ella cocinaba a la perfección para ofrecérselos a su familia. Después de año y medio, sus hijos y sus nietos cenaban con ellos.

Mario Santoro, a pesar de la enfermedad que padecía, tenía en brazos a los gemelos de seis meses. Los miraba con ojos brillantes por la emoción. Tal vez porque sabía que la muerte le llegaría pronto y serían los únicos nietos que vería. Retiró la mirada de los pequeños, que eran la viva imagen de John, y la fijó en su nieta Valeria. Un suspiro salió de él al observarla. La niña se parecía mucho a Marietta. Había heredado su cabello oscuro y ondulado, sus manos pequeñas y dedos largos, incluso la manera de caminar. Al verla, podía hacerse una idea de lo bonita que había sido su primer amor durante la infancia. Él la conoció con dieciséis años y la abandonó cuando había cumplido los veinte. Durante muchos años se arrepintió de aquella decisión, pero en aquel momento, confirmaba que había hecho lo mejor por ella. La pena que sentía era no poderle decir que sabía que tenían una hija y que ahora se encontraba casada con su hijo adoptivo Rossi y bajo la protección de los Santoro, donde siempre tuvo que estar.

Por el bien de todos, ese secreto se lo llevaría a la tumba…

Cada vez que podía, John abrazaba y besaba a Isabella como si acabara de encontrársela después de meses de separación. Su amor por ella no tenía límites y se lo demostraba a diario. Una vez que regresaron a New York, compró la vivienda que había cercana a los Santoro. No solo lo hizo para proteger a su familia, sino también para que sus

padres tuvieran la oportunidad de ver a sus nietos a diario. Sus propósitos se consiguieron. Su madre aparecía todas las mañanas en su hogar para ayudar a Isabella con los gemelos y Valeria se marchaba con el abuelo para que no estuviera solo. La niña se había adaptado muy bien al nuevo ambiente. Parecía un camaleón.

Angelo se había convertido en una persona muy diferente. Después de salir de la cárcel, el joven caprichoso e imprudente desapareció. Ahora actuaba con cautela y estudiaba meticulosamente cualquier situación a la que debía enfrentarse. Sus rasgos se endurecieron igual que su corazón. Dirigía los negocios familiares con la ayuda de John. Su pequeña banda se había unido a la de su padre y, aunque la perspectiva de los jóvenes era diferente a la de los viejos miembros, la cordialidad y respeto reinaba en ellos. Por otro lado, y en secreto, había descubierto el paradero de Priscila. Sus informadores le dieron la noticia de que había regresado, pero que vivía en el tranquilo pueblo de Greenport. Él mismo se presentó allí horas después del informe y comprobó que era cierto. La primera vez que se reencontraron, ella no quería acercarse a él por temor a que corriera peligro. Con el tiempo, esa inquietud desapareció y retomaron la relación. Tal como había hecho su hermano Rossi con Isabella en Londres, Angelo cuidaba, protegía y amaba a Priscila manteniéndola alejada de todos los problemas que tenían en la ciudad.

Sarha, la pequeña de los Santoro, acababa de cumplir los diecinueve años. Vivía bajo el cuidado de todos y, a pesar de ser una joven muy hermosa, ningún hombre se le acercaba con temor a su familia. Ella soñaba con encontrar un marido que tuviera las agallas para amarla y poder enfrentarse a todos los inconvenientes que encontraría a su lado.

Después de varias horas, la abuela Valeria salió de la cocina con una bandeja humeante de lasaña, y un aroma delicioso llenó la sala. Todos los ojos se volvieron hacia ella con admiración y agradecimiento. Mario Santoro, le dio los gemelos a la niñera y la observó mientras se retiraba del comedor. A pesar de que había sido contratada por John, siempre mantenía la desconfianza en quienes le rodeaban.

—*Mamma*, esto huele increíble —dijo Angelo, acercándose para ayudarla a poner la bandeja sobre la mesa.

Isabella tomó un momento para admirar la escena. Era una bendición estar rodeada de familia, especialmente después de todo lo que habían pasado. Miró a John, que estaba llenando los vasos de vino, y sintió una ola de amor y gratitud. Él le había prometido la vida que siempre había deseado y, por suerte, lo había conseguido.

—Vamos, todos a la mesa —llamó Mario, su voz llena de alegría—. Es hora de

disfrutar de la cena.

Todos se sentaron alrededor de la mesa, y la conversación fluyó con facilidad.

—Isabella, ¿has visto colegios para Valeria? —preguntó la abuela una vez que se sentó.

—Sí, mamá. He visitado algunos y hay un par que me parecen muy buenos. Uno de ellos tiene un programa educativo excelente y el otro está muy cerca de casa —respondió Isabella, mientras Valeria la escuchaba atentamente.

Angelo y John se mantenían callados, saboreando la comida. Cada vez que tenían la ocasión, miraban con discreción a Mario, quien apenas podía comer. La preocupación de ambos se reflejaba en sus rostros, aunque estos cambiaban cuando las mujeres les hacían hablar.

Sarha ayudó a Valeria a cortar un trozo de carne y cuando la niña le dio las gracias en inglés, ella le sonrió y le acarició la cabeza.

—*Thank you aunt Sarha* —dijo la niña con una sonrisa.

—De nada, cariño —respondió ella, acariciando su cabeza.

La cena continuó animadamente hasta que no quedó nada en las bandejas que había preparado la abuela Valeria. Una vez finalizada, Isabella, la abuela, Sarha y la niña se retiraron a la habitación donde una niñera cuidaba a los gemelos.

Quedándose en el comedor, los hombres comenzaron a hablar tan pronto como las mujeres salieron.

—Hijo, ¿cómo van los negocios en Greenport? —preguntó Mario, con la voz un poco más fuerte para compensar su debilidad.

—Bastante bien, papá. La situación allí está bajo control y las operaciones están funcionando sin problemas —respondió, inclinándose hacia adelante con interés.

—John, ¿cómo ves la expansión en la ciudad? —continuó Mario.

—Hay muchas oportunidades, pero también muchos riesgos. Necesitamos asegurarnos de que cada paso que damos esté bien calculado —dijo John, con su tono pragmático habitual.

—Tenemos que estar atentos. No podemos permitirnos bajar la guardia —añadió

Mario, su voz grave y llena de determinación.

Angelo y John asintieron, comprendiendo la seriedad de las palabras de su padre.

—No olvidemos, la seguridad de nuestra familia es lo más importante —concluyó Santoro, reflejando la misma preocupación que había visto en los ojos de su padre durante la cena.

La conversación continuó, con los hombres discutiendo estrategias y planes para el futuro, asegurándose de que todos estuvieran en la misma página y preparados para cualquier desafío que pudiera surgir. La atmósfera en el comedor se tornaba más seria mientras debatían los detalles de sus negocios y cómo mantener la estabilidad y seguridad de la familia. Mario, a pesar de su debilidad, lideraba la conversación con la misma firmeza y sabiduría que siempre había mostrado.

—Angelo, necesitamos asegurarnos de que todos nuestros aliados estén bien posicionados —dijo el patriarca—. No podemos permitir que ningún enemigo encuentre una brecha.

—Lo sé, papá. He estado en contacto con ellos y todos están de acuerdo en fortalecer nuestras defensas —respondió el joven Santoro.

—John, ¿has conseguido una buena relación con los nuevos socios? —preguntó Mario.

—Hasta ahora, todo va bien. Han demostrado ser confiables, pero sigo vigilando de cerca cualquier cambio —contestó Rossi.

La conversación se alargó, cubriendo cada aspecto de sus operaciones y estrategias. Finalmente, cuando las luces empezaron a atenuarse y el silencio de la noche se hizo más profundo, decidieron que era hora de concluir.

—Estamos de acuerdo en los próximos pasos —dijo Mario, su voz más suave pero aún firme—. No dejaremos nada al azar.

Angelo y John asintieron, comprendiendo la importancia de cada decisión y la necesidad de mantenerse unidos y fuertes. La familia Santoro enfrentaría cualquier desafío con la misma determinación que siempre había mostrado.

Mientras los hombres se levantaban y salían del comedor para reunirse de nuevo con las mujeres, Mario se quedó un momento más, observando el lugar donde había compartido tantos momentos con su familia. Era consciente de que su tiempo era limitado, pero

también sabía que había preparado bien a sus hijos para continuar su legado.

Capítulo 24



Tras muchos intentos fallidos, Frank consiguió al fin abrir los ojos. Todo a su alrededor daba vueltas y le era imposible ver algo con claridad. De repente escuchó unos golpes en la puerta. Arrugó la frente al concluir que ese sería el motivo de su repentino despertar. Se giró sobre sí mismo y cayó al suelo, golpeándose la cabeza.

«¡Mierda!», exclamó. Tras unos segundos que empleó en tomar conciencia de en qué lugar de la casa se encontraba, apoyó las palmas sobre el suelo y empezó a andar a gatas hacia la puerta.

—Detective Stilmet, ¿está usted ahí? —Una voz desconocida para él surgió del exterior de su hogar.

—Estoy… —respondió arrastrándose hasta la entrada.

Mientras se acercaba a la puerta, Frank sopesó qué le había sucedido horas antes. Apenas recordaba cómo había llegado hasta su hogar y por qué dormía en el sofá. «Esa nueva droga es dinamita», pensó, tratando de reconstruir ciertos episodios vividos. Eran como lagunas en las que se encontraba rodeado de mujeres, escuchaba risas, se veía esnifar un nuevo producto de la mesa y contemplaba la cara burlona de quienes le observaban.

—Señor Stilmet, ¿necesita ayuda? ¿Está usted bien? —insistió la voz masculina con preocupación.

—Estoy bien, ¡maldita sea! ¿Quieres darme algo de tiempo? Me estoy arrastrando por el suelo como si fuera un puto gusano.

A su paso, iba apartando todo lo que yacía en el piso. Botellas vacías y restos de comida sin terminar ocultaban las baldosas marmoladas de lo que un día llamó casa. Tras varios tropiezos, llegó hasta la puerta, se apoyó en ella y comenzó a trepar hasta alcanzar la manivela.

La giró y dejó al muchacho con la boca abierta al ver el estado del interior.

—¿De verdad que está usted bien? —perseveró el joven con asombro.

—Perfectamente —contestó con una sonrisa el detective mientras extendía uno de sus brazos para que le ayudase a incorporarse—. ¿Quién eres?

—Soy el agente Nolan Baker, señor —atrapó aquella débil mano y lo alzó sin apenas esfuerzo.

—Agente Nolan Baker… —repitió el nombre que había escuchado entre susurros—. Te conozco de algo, ¿verdad? —Entrecerró los ojos y giró la cabeza hacia el muchacho.

—No creo que consiga recordarme. La primera y la última vez que me vio era un adolescente que se dirigió a usted para contarle que deseaba convertirse en agente —explicó mientras lo llevaba a un sillón sucio y mugriento y le ayudaba a sentarse—. ¡Dios mío! ¡¿En qué clase de vertedero vive?!

Frank lo observó enfadado. ¿Por qué diablos estaba allí? Apretó los puños al recordar que toda su desgracia había sido causada por el padre del agente. ¿Este no sabía nada del pasado? No, no debía saberlo si había tenido el valor de presentarse en su hogar sin protección.

—¿Por qué has venido? —preguntó Frank finalmente.

—He sido enviado por el director Dunn. Necesita verlo cuanto antes —explicó el joven sin dejar de mirar a su alrededor con asombro y repugnancia.

—¿A mí? —Levantó de nuevo las cejas—. ¿Estás seguro de que te ha dicho: busca a Frank Stilmet y lo traes ante mis espléndidos ojos de director? —se burló.

—No hable así de él. Es el mejor jefe que podemos tener. Su incesante labor por salvar la ciudad desde que obtuvo el cargo es digna de admirar —dijo con orgullo el joven.

—Bla, bla, bla…

—¿Pretende sacarme de mis casillas? —Se llevó las manos al cinturón y se apoyó en él.

—¿Yo? ¡Jamás! ¿Cómo iba a hacer tal cosa a un súperagente de policía? Imagino que usted tiene mucha experiencia en temas de ese tipo. Por lo que puedo observar… —Se llevó las manos a la barba y se la acarició como si fuese un pensador griego—. Por la forma impecable de vestir, deduzco que no lleva más de cuatro trimestres en el cuerpo. Huele… —Inspiró con profundidad— a limpio. Es decir, que para resolver los casos que se le asignen no necesita esfuerzo físico. ¿Peleas de italianas? ¿Gatos subidos en los árboles? ¿Papeleo en la oficina? Imagino que Dunn cumplió su palabra y lo tiene protegido.

Sin hacer desaparecer los signos de burla en su rostro, echó la cabeza hacia atrás y extendió los brazos sobre el cabezal del sofá.

—Es usted… —se calló rápidamente.

—Adelante, no te cortes. Nada de lo que puedas decirme puede alterarme, estoy demasiado acostumbrado a…

—Por lo que puedo observar, ya que jugamos a eso, lleva varios días sin comer. ¿Está enfermo o tal vez el alcohol le ha quitado el hambre? Yo me decanto por lo segundo. También veo que la noche pasada ha sido bastante movida…

—Eso no es observación, todo el mundo sabe que…

—Pelea. Sí, creo que la noche terminó con una buena discusión. Tiene en el cuello signos de haber sido agarrado. Veo que algunas gotas de sangre se han quedado impregnadas en la camisa. Aunque es difícil descubrir a simple vista —recalcó con mofa—, porque está cubierta de porquería. ¿Cuántos días lleva sin ducharse? ¡No me lo diga! Mejor no tener esa información. Continúo —tomó aire, levantó las cejas y antes de que Frank pudiera replicar, prosiguió con su discurso—. Las gotas provenían de su nariz, pero como no tiene el tabique nasal roto, imagino que fue el resultado de inhalar algo demasiado fuerte. ¿Probando mercancía nueva? Eso puede explicar su estado físico. Parpadea sin parar, mueve la boca sin darse cuenta y todavía tiene las pupilas dilatadas.

Nolan suspiró. Nunca se imaginó que un hombre como él cayera tan bajo. Entendía que hubiese sufrido por la muerte de su mujer e hijo, pero no llegaba a comprender cómo había llegado a un punto tan drástico. Él también lo había pasado mal tras salir a la luz las barbaridades que su padre había hecho y en vez de pensar en su propia destrucción, creyó que convertirse en policía limpiaría el apellido.

—Buen trabajo. Veo que el señor Dunn ha sido un buen maestro —levantó la cabeza y ofreció, nuevamente, una pequeña sonrisa.

—No ha sido el director.

Nolan continuó mirando el piso y abrió los ojos como platos al ver corretear un ratón por los rincones del salón.

—Usted fue mi héroe. Lo tuve como referente para convertirme en policía y luchar por impartir justicia entre los malos. Pero ahora… no es nada más que otra rata que pasea por las calles buscando basura de la que alimentarse.

Frank permaneció callado durante unos momentos. Por primera vez en mucho tiempo

no sabía qué decir. Aquel muchacho le había recordado lo que en su día fue y en lo que se había convertido. Ni las continuas discusiones con su madre le habían provocado tanto resquemor como aquel desconocido. Entrecerró los ojos y, escondiendo la desazón que las palabras le habían producido, se puso de pie frente al muchacho.

—¿Qué narices quieres?

—Ya se lo he dicho, el director quiere verlo. —Ante el tono brusco de Frank, Baker se enderezó y se colocó en posición policial.

—¿Para qué necesita mi presencia Charles? —continuó enfadado.

—Ha habido un asesinato e imagino que desea contar con su ayuda. Algo que no puedo concebir, puesto que un caso tan importante como es la muerte del director del periódico *Daily Morning*, debería estar en manos expertas, no de...

—¿Quién has dicho que ha muerto? —Frank había empezado a andar para dirigirse al baño cuando se giró para confirmar lo que estaba escuchando.

—El director del…

—¿Nombre? ¿Acaso no sabes darme su maldito nombre?

—David Cameron —respondió sin importarle el comportamiento desafiante de Frank.

—*Che cazzo*! —exclamó mientras se llevaba las palmas a la cara y apartaba los mechones de pelo—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Alrededor de la medianoche. Estaba en la Murray con Greenwich.

«¿Qué narices hacía David en ese lugar? Su casa está en la otra punta de la ciudad…», meditó al mismo tiempo que continuó su marcha hacia el baño.

—No conocía en persona al señor Cameron, aunque sé que era asiduo a las celebraciones que mi padre realizaba —explicó.

—¿Qué extraño, verdad? Todas aquellas personas que conocían a tu padre han terminado muertas o vagando por la ciudad sin ganas de vivir —miró de reojo a Nolan y esbozó una risa sarcástica.

—No me molestan sus insinuaciones hirientes. Todo el mundo sabe qué hizo mi padre, pero yo no soy igual —Nolan entrecerró los ojos y apretó la mandíbula con fuerza.

—Yo no insinúo. No pierdo el tiempo en esas tonterías.

Stilmet se quitó la camisa y la arrojó al suelo sobre la porquería. Dando la espalda al

joven pensó que al fin terminaría la conversación. No deseaba reprocharle cosas que él no había realizado. Era tan solo un chico que sufría las consecuencias de un ser despreciable. Sin embargo, el joven estaba dolido y continuaba charlando a pesar de que Frank no quería prestarle atención.

—Por supuesto. Su tiempo es demasiado importante como para perderlo en continuar buscando quién asesinó a su familia, ¿verdad? —arremetió contra el policía sin pensar en la crudeza de sus palabras.

—¿Qué acabas de decir? —Frank atravesó el salón andando con rapidez y olvidando su desnudez para enfrentarse al joven—. ¿Quién cojones te has creído para hablarme así?

Nolan se quedó sin palabras cuando este se mostró sin ropa ante él. No le intimidó la mirada asesina que Frank le ofreció, sino que se quedó perplejo al contemplar la gran cantidad de marcas blancas y alargadas que atravesaban el pecho. Intentó deducir, en breves segundos, si se trataban de cicatrices mal curadas de latigazos o de cortes de navaja. Pero fuera lo que fuese, tenía la certeza de que aquel hombre había sido torturado reiteradamente.

—Lo siento, señor —se disculpó—. Lo he dicho sin pensar.

—Mientras me quede un aliento de vida —masculló—. Seguiré buscando al asesino de mi esposa e hijo. Solo espero que la información que obtuve no fuera cierta o sus hijos sufrirán mi venganza —sentenció—. Ahora voy a darme un baño e iremos ante tu director. Veremos qué desea de mí —Se giró sobre sí mismo y regresó al baño.

Nolan permaneció inmóvil. Sus labios se apretaron con fuerza para no volver a responder. Se sentía culpable por lo que le había dicho a Frank, pero también dolorido por insinuar a este que su padre tenía algo que ver con las muertes de una mujer y un bebé. «Él no sería capaz…», se dijo. Tenía que convencerse de ello, aunque después de todo lo que se descubrió, la duda era más que razonable.

De repente se sobresaltó y llevó la mano hacia el arma cuando escuchó un movimiento cercano. Echó una ojeada a su alrededor y descubrió que bajo una sábana que cubría algún mueble se movía algo. Se acercó despacio, cogió una esquina con dos dedos y la levantó con cuidado.

—¡Joder! —exclamó al ver una rata comiendo sobras dentro de la cunita de un bebé.

Soltó la tela rápidamente y se volvió hacia la salida. Aquel lugar le resultaba escabroso y más aún al observar que el detective no había sido capaz de retirar nada desde que murió su familia.

«Esto no es un hogar, es un cementerio», caviló con tristeza. Echó un vistazo y se

quedó helado. Allí se encontraba la historia de un hombre que pasó de tener todo lo que deseaba a quedarse sin nada. De ser el mejor policía que había tenido la ciudad, se transformó en el mayor alcohólico y putero que vivía entre las calles.

Nolan arrugó la frente y negó con la cabeza. No llegaba a comprender cómo, a pesar de toda aquella desastrosa vida, la central siempre le pedía ayuda ante casos tan peliagudos como el que tenían en ese momento. Se rumoreaba entre los compañeros que no había existido un sabueso tan feroz como Stilmet. Se contaban muchas historias sobre él, aunque la más sonada en la central fue una en la que consiguió atrapar a un importante capo neoyorquino. Un escurridizo contrabandista que esquivaba todas las redadas policiales. Pero cuando Frank lo atrapó y este fue a confesar sus delitos, lo único que pedía a gritos era no volver a permanecer al lado del agente. Como era lógico, le preguntaron la razón; era muy extraño que un hombre tan peligroso como él llorara y suplicara por su vida. La respuesta del criminal fue que temía por su vida porque nadie podría atentar contra un hombre que ya estaba muerto. ¿Qué pasó? Nadie lo sabía y tampoco continuaron indagando sobre el tema. Todo el mundo era consciente de los métodos con los que trabajaba Stilmet y miraban hacia otro lado porque conseguía aquello para lo que se le contrataba. Narraban historias tan increíbles que al agente Baker, en aquel momento y tras contemplar al personaje, le parecían inverosímiles.

—Ya estoy preparado. Tan solo necesito un buen café y el detective Stilmet estará en perfectas condiciones para hablar con tu querido director —Frank no miró al joven. Se puso la gabardina y caminó hacia la salida. Nolan le siguió sin rechistar. No deseaba tener más discusiones absurdas. Tan solo necesitaba llevarlo ante su superior y que este se encargase de él.

Capítulo 25



Durante el trayecto hacia la central, el agente Nolan Baker pudo contar más de siete lugares adecuados donde podrían tomar un café bastante agradable. Sin embargo, el detective Frank Stilmet no los veía dignos de su presencia. Ante tantas negativas, el joven decidió llevarlo directamente a la estación y dejar que otro se ocupara del problema. La orden había sido muy clara: informarle del caso y llevarlo a comisaría.

Mientras aparcaba el coche, miró de reojo al detective. No entendía cómo el director había pedido expresamente que Stilmet se ocupara del caso. En una época de caos y crímenes, los ciudadanos debían observar los logros de la policía, para que confiaran en ellos. ¿Por qué habían decidido la participación de un hombre que, tal como había observado, no era ni la sombra del agente que fue? ¿Qué estaba pasando? Nolan se quedó con la mirada perdida, pensando en todas las razones posibles por las que debía estar allí Frank. Salvo la amistad que tuvo con Dunn, no halló nada que le resultara un motivo lógico.

—¿Problemas en el paraíso mental? —Stilmet interrumpió sus pensamientos.

—No, señor. —Salió del coche y cerró la puerta.

El joven aseguró su arma al cinturón y, colocándose correctamente el sombrero, caminó con paso firme hacia las puertas de aquel inmenso lugar donde había jurado proteger a los indefensos y luchar por una ciudad más segura. A su lado, Stilmet mantenía un semblante oscuro y airado.

—Pensar en mujeres no es recomendable, siempre traen quebraderos de cabeza —dijo Stilmet mientras sacaba un paquete de cigarrillos del bolsillo y se colocaba uno entre los labios.

—Se equivoca, señor. El motivo de mi preocupación no tiene nada que ver con mujeres.

—¿No? —Soltó Frank después de la primera calada—. Mejor.

—Estaba pensando en el motivo por el que se requiere en este caso —declaró mirándolo por encima del hombro—. No creo que sea de gran ayuda.

—Yo tampoco —expresó con una enorme y sarcástica sonrisa—. Pero si ese hijo de puta me ha llamado, es porque le interesa que esté presente —añadió borrando la sonrisa de golpe.

Nolan se quedó detrás de Stilmet cuando accedió al interior del edificio. Quería observar cómo lo recibían aquellos que fueron sus compañeros. Una vez dentro, los agentes se agruparon en pequeños grupos, murmurando tras el paso tambaleante del detective. El humo del cigarro era la única esencia que parecía acompañarlo. Nadie lo saludaba, nadie lo miraba directamente. Tal vez le temían o veían en él un reflejo de un destino no deseado si ellos también perdían lo más querido en sus vidas.

El detective conocía bien el lugar donde lo estaban esperando, pero fiel a su carácter indomable, se dirigió primero a la sala de reposo. Nolan lo observaba desde la distancia, estudiando cada uno de sus movimientos. Stilmet, sin prisa, preparó un café y agitó la cucharilla con suavidad mientras sonreía plácidamente.

—Señor, le están esperando —informó Nolan.

—Vaya, voy a tener que darme prisa.

Aunque hizo justo lo contrario. Stilmet se sentó en uno de los sillones de descanso, cogió el vaso de plástico con la mano izquierda y se reclinó para saborear el café mientras encendía un nuevo cigarrillo. El joven agente no entendía aquella actitud pasota, así que decidió avisar él mismo de la llegada del detective.

—Como siempre, te comportas como un bastardo hijo de puta con aquellos que te aprecian —dijo Charles al verlo.

—Necesitaba un café antes de poder hablar con coherencia. No ha sido una buena noche, ya me entiendes… —respondió Stilmet sin moverse de su asiento.

—El crimen te está esperando. ¿Cuándo cojones pretendes actuar?

La tensión en la voz del director era palpable.

—Iré cuando me pongas al corriente de lo sucedido y termine este delicioso café —contestó burlón.

—Si no fuera porque todavía eres un buen detective y por todo lo que hemos vivido juntos, te habría matado yo mismo —pronunció Dunn.

—Fueron buenos tiempos, Charles. Tú y yo juntos luchando en las calles. Años y años impartiendo justicia y salvando inocentes —respondió Stilmet, mirando su vaso.

—No me acuerdo de esa época, Frank. Y cuando observo en lo que te has convertido, menos deseo recordarla.

El director se cruzó de brazos y miró con repulsión al hombre.

—Fuiste afortunado, siempre lo has sido. Por eso has logrado ser el mandamás de todos estos miserables. —Cruzado de piernas, seguía fumando con tranquilidad, degustando cada calada como si fuera la última de su vida.

—He trabajado mucho para llegar hasta donde estoy. ¿Crees que me han regalado el puesto?

La ira se reflejaba en sus ojos. Nadie ponía en tela de juicio el trabajo del despacho salvo quien lo había conocido desde su inicio. Frank conocía muy bien la historia de su antiguo compañero, lo único que no sabía era cómo había sido capaz de ascender tan rápido. En las ocasiones que pensó sobre eso, las hipótesis no finalizaban. Sin embargo, no se contentaba con ninguna. Charles escondía algo gordo, de eso no le cabía ninguna duda, y ese era el motivo por el que siempre lo llamaba. No solo quería controlar su vida, sino también toda la información que encontraba. Pero él era mucho más astuto que su antiguo compañero y no desvelaba todo. Necesitaba confirmar si su intuición seguía siendo buena o se había eliminado tras la vida tan desastrosa que vivía.

—¡Me estoy dejando la piel para crear un lugar mejor! —Alzó la voz Dunn para defenderse de las acusaciones de Frank.

—¿Un lugar mejor? —repitió Stilmet con tono sardónico—. No lo creo. Según he escuchado, lo único que te interesa es hablar con los periodistas y asistir a las fiestas que ofrecen los tipos importantes. La verdad, creo que no has cambiado nada salvo el lugar de trabajo. ¡Eso sí que lo llamo un lugar mejor!

Los agentes que se encontraban alrededor se pusieron en alerta. Muchos ya sostenían el arma en sus manos, apuntando desde sus posiciones. Si Stilmet realizara cualquier gesto inapropiado, habría una inevitable lluvia de balas.

—Si no hubiera aceptado la oportunidad que me ofrecieron en aquel tiempo, habría acabado como tú —expresó Charles levantando una mano para que sus agentes bajaran las armas.

Necesitaba que Frank aceptara el caso para lograr su propósito. En esta ocasión, Helena había cometido un gran error y debía hacer todo lo posible para arreglar el problema.

Henry se lo había advertido; si no la salvaba, toda la vida que vivía desaparecería en menos de un día. Lo único que se le ocurrió fue involucrar en el caso a Stilmet. De este modo, no solo la identidad de Helena seguiría oculta, sino también estaría cerca del único objetivo de ella.

—No me culpes por haber elegido vivir. Tengo una familia a mis espaldas —dijo Charles con tono amigable, pero sabiendo que aquellas palabras harían daño a Frank.

—Y yo un asesino que encontrar, ¿cierto? —Enarcó la ceja. Stilmet no se refería al caso del periodista, sino al de su esposa e hijo.

Había estado mil veces a punto de descubrir quién era Helena, pero jamás terminó por saberlo. Todos con quienes había hablado sobre ella, terminaban muertos. ¿Coincidencia?

—Cierto. Es muy importante para mí que busques quién es el asesino del señor Cameron —aseguró dando por hecho que hablaba sobre el caso que lo había llevado hasta allí—. Necesito que trabajes en él y me des respuestas lo antes posible.

—¿Y si esta vez no quiero participar?

Frank se levantó y apartó bruscamente a Charles de su camino. En ese instante se volvieron a escuchar los seguros de los revólveres. Stilmet sonrió al percibir la melodía que provocaban los chirridos de las armas. Le pareció la mejor sintonía que había oído en años y rezó para que alguno de aquellos que lo miraba con miedo le disparara. Sin lugar a dudas, sería el mejor regalo que podría pedir; terminar por fin con su sufrimiento.

—Si no aceptas, no podrás llevarte una gran suma de dinero y estoy seguro de que te hará falta para seguir matándote —contestó Dunn sin titubeos.

—¿De cuánto estamos hablando?

Frank giró la cabeza hacia Charles. Sus principios morales desaparecían cuando hablaban de dinero. Se convertía en una prostituta ofreciendo sus servicios al mejor postor.

—Dos mil. Quinientos después de veinticuatro horas de investigación y el resto cuando descubras al criminal.

—Si hubieses empezado por ahí y no por soltarme un sermón, habrías captado antes mi interés. —Se volvió a sentar en el sillón que aún guardaba el calor de su trasero—. ¿Por qué esa exuberante cantidad?

—¿No crees que averiguar al causante de la muerte del señor Cameron lo merece? Además… se lo debes.

—¡Yo no debo nada a nadie! Él quiso ayudarme y cuando comprobó que no tendría la noticia que esperaba, me abandonó.

Cogió otro cigarrillo y se lo encendió. Efectivamente, en un principio, Charles no había averiguado que David y él continuaron la camarería y buscando información. Acordaron que, frente a todos, la amistad había acabado y que cada uno se marchó por su camino. Pero todo era mentira. Sin embargo, ahora él estaba muerto y no podía decirle quién había sido el culpable. ¿El nombre estaría en la lista que elaboraron días antes? Diez nombres. Esos eran los sospechosos que tenían. En ellos, como era normal, se encontraba el de Helena, pero ¿quién diablos era?

—Sean cuales sean tus motivos, necesito que te pongas manos a la obra. Mañana toda esta ciudad sabrá qué ha sucedido y quiero tener respuestas —dijo Charles con impaciencia.

—Claro… ¿qué imagen darías al alcalde cuando te llame pidiéndote información del caso y no tuvieras respuestas? —expresó con tono burlón.

—¡Maldito seas, Frank! ¿Quieres abandonar esa puñetera actitud?

El rostro de Charles se sonrojó por la ira.

—No te enfades, me pongo a trabajar ahora mismo. Te prometo que te mantendré informado y podrás demostrar a todo el mundo que continúas siendo el mejor en tu trabajo. —Se levantó y, despidiéndose de quien fue su amigo con un movimiento de mano, empezó a caminar hacia la salida.

Según se alejaba de aquel lugar, se escuchaban cómo los agentes que habían estado apuntando al detective depositaban las armas sobre la mesa. Nolan permaneció inamovible y expectante a la situación que se vivía frente a él. Durante unos instantes pensó que su director se doblegaría ante el detective para conseguir su propósito, pero no lo hizo. Decenas de preguntas aparecieron en la mente del agente, entre las cuales se encontraban: ¿Por qué tenía que ser Frank quien investigara el crimen? ¿Qué relación tenía este con el periodista? Su joven instinto policial le gritaba que abandonase todo lo que estaba haciendo y saliese tras el investigador. Sin embargo, caminó hacia su mesa y se sentó para realizar los últimos trámites del caso que había cerrado el día anterior.

—¡Baker, ven aquí! —chilló Dunn una vez que regresó a su despacho.

—Sí, señor. —Se apresuró a contestar.

Nolan dejó los papeles que tenía en las manos y corrió hacia la oficina.

—Cierra —ordenó—. Tenemos que hablar.

Con la puerta cerrada y expectante a lo que la conversación que mantendría, observó a su jefe. Este mantenía la mirada perdida hacia el exterior de la ventana. Se le notaba

preocupado, más de lo habitual. Se imaginó que el encontronazo con Stilmet le había hecho recordar cosas desagradables.

—¿En qué caso estás trabajando, muchacho? —preguntó sin apartar la vista de la ventana. El sol comenzaba a salir y los pequeños rayos proporcionaban una agradable sensación de calor.

—Estoy terminando el caso del robo en la 5th Avenida, señor.

—¿Descubriste al ladrón?

—Sí. Fue el hijo mayor. La señora ha retirado la denuncia. En estos momentos me disponía a redactar el informe.

—Dáselos a la mecanógrafa y que ella lo finalice. Tengo otra misión para ti.

—Como usted diga. ¿Otro robo?

—No. Debes seguir al detective Stilmet. Serás su sombra y me mantendrás informado de todo lo que suceda. Ese bastardo trabaja sin normas y hará lo que le dé la gana.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—Adelante.

Charles se dirigió hacia su sillón frente a la gran mesa cubierta de papeles, armas y un teléfono.

—¿Por qué le ha llamado si no es digno de confianza?

—Porque ha sido y será el mejor policía que ha tenido esta ciudad. ¿Alguna otra pregunta? —contestó el director sin titubear en su afirmación.

—No, señor. Le mantendré informado de todo.

—Eso espero. Confío en ti. —Una pequeña sonrisa se dibujó en su duro rostro.

—Gracias. ¿Puedo retirarme?

—Sí.

Y saludando tal como se merece un superior, Nolan salió de allí. Dejó los informes a la mecanógrafa y le explicó qué debía hacer.

Capítulo 26



Stilmet decidió caminar hasta la escena del crimen. Su mente era un hervidero de ideas, y entre ellas se encontraban dos preguntas importantes: ¿quién querría ver muerto a David y por qué? En primer lugar, no terminaba de entender por qué un hombre como él se encontraba tan alejado de su hogar. Le resultaba extraño que anduviera por una zona tan peligrosa cuando podía gozar de la tranquilidad de su espacioso piso en el centro. También reflexionó sobre el carácter tan peculiar que tenía el periodista. Era un hombre de costumbres inquebrantables. Todo tenía que estar programado para la misma hora y en el mismo lugar, de ahí que el detective no pudiese imaginar la razón por la cual un hombre como él dejara aparcados más de treinta años de sólidas convicciones. «Tenía que ser algo importante para no regresar con tu amada Amanda… ¿Qué era? ¿Alguna noticia importante?», meditaba.

Tras pensar en algunas posibles respuestas, llegó a una conclusión: el redactor estaría trabajando en algo esencial para el periódico y tal vez hallaría lo que andaba buscando en aquel lugar. Frank arrugó la frente, una mezcla de frustración y tristeza lo invadió al recordar cómo David, con su imprudencia, había puesto en riesgo su vida en más de una ocasión.

—¿No habrás sido capaz de realizar la misma estupidez, verdad? —murmuró hacia la nada—. ¡Maldita sea, David! Como ese haya sido el motivo de tu asesinato juro que cuando te entierren… ¡te desentierro para darte una paliza! —exclamó mirando al cielo y apretando los puños.

Intentó apartar los pensamientos sobre lo que encontraría en la escena del crimen y se sumergió en los recuerdos de los tiempos difíciles que compartió con David. Fue un período bastante duro para Frank. Se encontraba solo, sin la ayuda de aquellos que le habían dado palmaditas en la espalda y llenaron sus bocas con la palabra amistad. No le importó la falta de amparo de los que le rodeaban, pero sí se sintió decepcionado por la actuación de Charles, quien

dos meses después de la muerte de Julian Baker aceptó rápidamente el cargo de Director. Cuando le pidió de rodillas que buscara al asesino de su padre, lo único que dijo fue: «Haré todo lo que esté en mis manos para encontrarlo». ¿Qué pasó? Nada.

El viejo Stilmet estaba en lo cierto, Charles no era un hombre en quien confiar. De hecho, no le contó la conversación que mantuvo con Mario y Rossi sobre Helena y que había mucha gente que apoyaba a Baker. Todo eso lo guardó en su cabeza para ir formando un puzle mental. Hoy se había añadido otra pieza: Nolan Baker. ¿Por qué Charles le pidió al joven que fuera a buscarlo? Esa pregunta debía resolverla pronto, porque se temía que en ella hallaría la solución de otras incógnitas que rodeaban a su antiguo compañero.

Stilmet se detuvo en el oscuro callejón, justo antes de llegar a la intersección de Murray y Greenwich, donde la tensión entre él y los agentes ya era palpable. Apoyó las manos temblorosas contra el muro de ladrillo, agachó la cabeza y dejó que su estómago se vaciara con violentas arcadas. Tras la última arcada, pegó la frente en la pared e intentó respirar de forma pausada. Sabía que estaba jodido. Llevaba tiempo sospechando que moriría por la basura que metía en su cuerpo. En más de una ocasión pensó abandonar la ciudad y recuperarse, pero cuando regresaba a su hogar y veía las fotos de Fabia con el bebé o la cuna bajo la sábana, desestimaba la idea y retornaba a la podredumbre en la que había convertido su vida. Se recompuso como pudo y, limpiándose los restos que le quedaban sobre los labios con un pañuelo que sacó del bolsillo, continuó su marcha. Debía hacer que su aspecto no mostrara el deterioro que sufría y concentrarse en averiguar algo del caso. David se merecía que hallase a su asesino.

—Buenos días, Stilmet. Parece que el director vuelve a necesitar tu miserable ayuda —dijo uno de los siete agentes, extendiéndole la mano.

—Buenos días, Donovan. Ya sabes que siempre recurre a mí cuando quiere que algo se solucione pronto —respondió con una enorme sonrisa.

—Pues a ver cómo solucionas esto —dijo señalando al suelo.

Cuando los agentes se apartaron, Stilmet se quedó sin palabras. David no solo había sido desangrado, sino también desmembrado. La cabeza había sido colocada para que mirara a quienes aparecían en el callejón. El torso se encontraba tumbado en la calle y los brazos y piernas estaban dispuestos como si fueran los puntos cardinales. Frank respiró hondo, intentando calmar la ira que le causó aquella escena y el cruel recuerdo que apareció. Luego, miró hacia el otro cuerpo. Fuera quien fuese, había tenido suerte porque su cuerpo continuaba intacto.

—¿Quién es? —señaló Frank con la barbilla al segundo cadáver.

—Giovanni Bianchi —contestó uno de sus antiguos compañeros.

—¿Qué coño hace aquí ese contrabandista de poca monta? —espetó Stilmet con una mezcla de confusión e incredulidad.

—Eso lo tendrás que explicar tú. Por eso te ha llamado el jefe —contestó Donovan.

Frank observó durante unos segundos la escena. Había sangre por el suelo, por las paredes e incluso en los contenedores metálicos. Aquello había sido una masacre. Ni siquiera en el matadero del señor Victorino había visto algo parecido. El asesino había disfrutado, de eso no le cabía duda. Un asesino con práctica. No de una o dos veces, de muchas. Volvió a mirar la cabeza de David. ¿Cuánto habría sufrido en sus últimos momentos? El forense le había dicho en más de una ocasión que el rostro del difunto reflejaba sus últimos momentos. Los de Cameron debieron ser horribles, porque su expresión era de terror. Cuando terminó de examinar el lugar del periodista, fijó los ojos en la siguiente víctima.

—¿Quién ha movido el cuerpo? —preguntó Frank señalando a Bianchi.

—¡Te lo dije, me debes cien dólares! —gritó uno de los agentes golpeando en el hombro a otro.

—¿Quién ha movido el cuerpo? —repitió enfadado.

Lo que más odiaba era que quienes debían descubrir al culpable de una masacre como aquella, no tuvieran cuidado con el escenario del crimen. Si lo hacían de manera descuidada, debían quedarse en la oficina. Si lo hacían para eliminar pruebas, debían estar en la cárcel.

—Tuvimos que darle la vuelta para averiguar quién era —respondió al fin uno de ellos—. También hemos revisado sus bolsillos, por si encontrábamos algo que nos indicara dónde había estado antes de ser degollado —añadió con una mezcla de sarcasmo y diversión.

—¿Y? —Esperó con la mirada fija en el cuerpo de Bianchi. Por la expresión de su rostro, no se esperaba a su atacante. O tal vez no esperaba que lo asesinaran.

—Solo encontramos un paquete de tabaco y unas cerillas. No había cartera, por si te interesa —alguien le respondió.

Frank, sin pisar la sangre que, pese a estar cuajada, podría marcar en ellas sus pisadas, se acercó a Giovanni y observó la incisión en su garganta. «De izquierda a derecha», pensó. Luego, se inclinó hacia él y observó la hendidura. «Hoja lisa y muy afilada. Ha sido usada varias veces porque tiene tres muescas en la piel, como si fueran un patrón». Respiró hondo. El olor metálico de la sangre fue lo primero que captó, sin embargo, su olfato de sabueso, que seguía manteniendo a pesar de toda la droga que esnifaba, le indicaba que había perfume en las ropas de Bianchi. Con rapidez, se apartó y caminó hacia el torso de Cameron. Todos lo miraron

como si hubiera perdido la cabeza cuando colocó la nariz en el cuello de la camisa ensangrentada.

—Sí —susurró sin importar los comentarios que se crearon a su alrededor.

—¿A qué conclusión has llegado? —preguntó uno de los agentes que, intrigado, se acercó a él.

—Todavía es pronto —contestó con una sonrisa de oreja a oreja.

Expresando indiferencia, metió la mano en su bolsillo y sacó el paquete de tabaco. Lo agitó, cogió la boquilla de uno con los dientes y se lo encendió. Aquellos bastardos no se habían dado cuenta que en el cuerpo de Bianchi había marcas de golpes. Alguien le había dado una paliza antes de matarlo, pero su instinto le gritaba que esa paliza había ocurrido mucho antes de su muerte. El color de los hematomas era muy diferente cuando se golpea y muere minutos después.

—¿Qué hipótesis habéis barajado vosotros? —preguntó tras la primera calada.

—Lo que es —aseguró otro agente acercándose—. Ese periodista descubrió que Bianchi estaba haciendo algún trabajo y buscaba una noticia. Al ser descubierto, lo mataron.

La carcajada que soltó Frank fue acompañada de la tos que le produjo el humo del cigarro.

—Claro, y Bianchi, arrepentido de su crimen, se suicidó —expresó con mofa.

—Tal vez el que hacía el trabajo era otro y Bianchi era el confidente de Cameron —intervino con rapidez otro agente al ser consciente de la tontería que había dicho su compañero.

—Sí, eso es más razonable —declaró Frank mirando a quienes vestían de uniforme sin sentirlo.

¿Cómo había aceptado Charles a aquel tipo de agentes? ¿Quiénes eran o qué relación tenían con Dunn para haberse convertido en policías? Justo cuando iba a preguntarles si habían informado al forense de los crímenes, apareció la piedra de su zapato.



El agente Nolan Baker llegó a la escena del crimen con el rostro pálido y una expresión de repugnancia apenas contenida. Frank lo miró de reojo, sintiendo una mezcla de irritación y curiosidad por la presencia del joven. Baker, con paso firme pero vacilante, trató de demostrar confianza ante la mirada evaluativa del detective.

—Baker, ¿otra vez tú? —dijo Frank, con tono sarcástico.

—No crea que a mí me apetece seguirle los pasos, detective, pero solo acato las órdenes que me ha dado mi superior —respondió Nolan, tratando de sonar seguro de sí mismo —. Por el momento, he de asistir a este caso.

—¿Asistir? ¿Un novato asistiendo a un suceso así? —Frank resopló, lleno de escepticismo.

—Como le he dicho, no tengo otra opción —replicó Nolan con firmeza—. Estoy aquí para ayudar y aprender.

Frank se acercó al joven con rapidez, lo agarró por el cuello de la camisa y lo condujo hasta los cadáveres. Lo inclinó hacia ellos y le preguntó:

—Primera lección para aprender, novato. ¿Qué ves?

Las náuseas invadieron al muchacho cuando se vio a menos de un metro de los cuerpos. El olor a sangre mezclada con la podredumbre de la basura que había en el interior de los contenedores invadió sus fosas nasales con rapidez. El agarre del detective había sido tan brutal que su mejilla tocó el torso del cadáver que había sido desmembrado. Intentó levantarse para alejarse de allí y para hacerlo tuvo que poner sus palmas sobre el tórax del fallecido. El tacto pastoso de la sangre cubriendo las ropas y la frialdad de la piel hicieron que las náuseas se convirtieran en la inevitable expulsión de la cena. Cerró su boca con fuerza y corrió con la mayor velocidad que sus tambaleantes piernas le ofrecieron. Se agarró a la farola de la acera de enfrente y comenzó a expulsar todo lo que había devorado con tanto deseo.

—Segunda lección, cadete Baker: Nunca comas antes de ver una escena criminal.

Stilmet y los siete agentes que estaban en el lugar del siniestro comenzaron a reírse de la situación mientras el joven intentaba recomponerse lo antes posible.

—Estaré... no... ya... —comentaba cuando las arcadas le daban una pausa.

—¡Venga, hombre! Los cadáveres se descomponen y el forense ha venido para llevarlos al congelador... —continuó Frank con burla.

Con lágrimas en los ojos debido al esfuerzo, Nolan volvió al lugar donde era requerido. Al ver de nuevo los cuerpos tirados en el suelo y los rostros sin vida, empezó a marearse. Pero haciendo todo lo posible para que nadie volviera a ridiculizarlo, los observó desde la distancia.

—No se lo esperaban —respondió tras varios minutos en silencio.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Stilmet mientras buscaba en su bolsillo el paquete de tabaco.

—Por la expresión de sus rostros —dijo el muchacho con calma.

—¿Qué más? —insistió Frank encendiéndose el cigarrillo.

—El cuerpo de David está desmembrado y dispuesto de manera intencional, claramente para enviar un mensaje. Eso no es un asesinato impulsivo, es un acto planeado con precisión. Y el otro muerto tiene golpes, aunque por el color de estos el enfrentamiento fue mucho antes de su muerte. Con lo cual, creo que la muerte de ambos estaba planeada. Ninguno de los dos tuvo oportunidad de defenderse —resolvió mirando a Frank.

—¿Por qué crees que un cuerpo fue desmembrado y el otro no? —continuó Stilmet con el interrogatorio.

—Supongo que el verdadero objetivo del asesino fue él. El otro tal vez se convirtió en un testigo incómodo —resolvió el joven.

—Si tu hipótesis es cierta, ¿a quién ha podido enviar un mensaje y qué ha querido decirle? —perseveró Frank.

—¿Habéis tenido algún caso similar en el pasado? —preguntó Nolan a sus compañeros.

Estos negaron rápidamente.

—Lo hubo —expresó Frank con una mezcla de ira y rabia—, pero esos bastardos aún no llevaban la placa.

—¿Qué caso? —dijo el joven mirando al detective con expectación.

—Te lo diré en otro momento —comentó Frank acercándose de nuevo al torso de David.

Quería volver a oler aquel perfume y confirmar que no estaba equivocado.

—La escena está demasiado limpia en cuanto a huellas. Es como si el asesino quisiera asegurarse de no dejar rastro —habló Nolan caminando alrededor de los cuerpos. Dejó

de mirar a Stilmet cuando descubrió que se acercaba al torso y observó a su alrededor—. ¡Detective! —exclamó al encontrar cuatro colillas de cigarros en un mismo lugar.

Frank levantó el rostro en cuanto escuchó que lo llamaban. Se retiró del busto de Cameron y se dirigió hacia el joven.

—Dos boquillas manchadas de pintalabios rojo y dos limpios —comentó el joven.

—¿Por qué te han llamado la atención, cadete? —preguntó Frank contemplando fijamente las colillas.

—Porque están demasiado cerca unas de otras. Sospecho que la mujer y su acompañante permanecieron un buen rato aquí de pie, observando el lugar. Posiblemente estaban tan confiados de que nadie los descubriría que se tomaron un tiempo para lucrarse del crimen o para asegurarse de que no dejaban ninguna pista visible. Aunque si lo hicieron por la segunda hipótesis, no repararon en esto —declaró Nolan con entusiasmo por su deducción.

Frank escuchó atento la conjetura de Baker. Luego, se giró y se dirigió hacia el forense, quien estaba esperando su orden.

—Ya puedes llevártelo, Willy. Necesito que me confirmes la hora aproximada de la paliza que recibió Bianchi y su hora de la muerte —dijo.

—¿No te interesa el otro? —espetó el forense enarcando una ceja.

—Cameron fue la víctima principal, el otro fue el señuelo —resumió.

—En cuanto tenga algo, te lo haré llegar —prometió Willy.

Antes de que Stilmet diese cinco pasos hacia delante, sintió la presencia de Baker a su lado.

—¿A dónde se dirige? —preguntó el joven con curiosidad.

—A The Blue Sky —respondió sin dudar.

Capítulo 27



Imitando el paso seguro de Frank, Nolan caminó hacia la entrada del club. Una vez en la puerta, antes de que el detective pudiera poner los dedos sobre la manivela, una sombra apareció tras ellos. Con rapidez, el joven se llevó la mano hacia su pistola y la desenfundó.

—Si quieres salir ileso, no seas imprudente —murmuró Stilmet al contemplar la inapropiada acción del muchacho.

—Buenos días, caballeros. El Club está cerrado —dijo quien cubría la espalda de ambos con su amplia y fuerte figura.

—Buenos días, Joseph —habló Frank al reconocer la voz y girándose hacia la persona que no había visto en mucho tiempo.

—¿Stilmet? ¿Eres tú? —inquirió con asombro—. No te veía desde… —Joseph extendió su mano para saludarlo y dejó la frase sin terminar porque no era conveniente recordar al antiguo policía el peor momento de su vida.

—Sí, soy yo —respondió al saludo—. Veo que la vida te ha tratado mejor que a mí.

—No me puedo quejar —expresó Joseph con una gran sonrisa—. Aunque el club no es el que era, sigo trabajando —añadió mirando al joven.

—Este es el agente Baker —le informó Frank.

En ese instante, la sonrisa de Joseph desapareció. Stilmet comprendió rápidamente que su odio por el apellido del muchacho era más común de lo que pensaba. El joven iba a tener muchos problemas durante su carrera si descubrían que se trataba del hijo del abogado.

—Buenos días, señor —contestó Nolan sin ofrecer la mano.

—Sí —respondió Joseph. Acto seguido, miró directamente a Stilmet—. ¿A qué habéis venido?

—Vengo a resolver un crimen —declaró sereno—. Esta noche han matado a David Cameron, el director de un periódico, y a Giovanni Bianchi.

—¿Lo dices en serio? —Soltó asombrado.

—Si no me crees, puedes ir al callejón y comprobarlo por ti mismo —indicó Frank.

—No, confío en tus palabras —dijo Joseph muy serio.

—Sé que ambos estuvieron aquí antes de ser asesinados. Con lo cual, necesito que me digas todo lo que sepas de ellos —indicó Frank.

—Puedo decirte poca cosa, Stilmet. Llegaron juntos antes de medianoche. Permanecieron sentados frente a la barra. Bebieron hasta que se emborracharon y luego se marcharon.

—¿No hubo ningún altercado? —espetó con sorpresa.

—Ninguno. Fueron clientes tranquilos —explicó Joseph.

—Si lo que dices es cierto, este caso comienza a complicarse —reflexionó en voz alta Frank—. De todas formas, si descubres algo que me pueda interesar, búscame. Necesito resolver esas muertes cuanto antes.

—Supongo que tendrás problemas con los Bianchi si no les dices quién ha podido matar a un miembro de la familia y por qué —resolvió Joseph.

—No solo con ellos. La muerte de Cameron será la gran noticia del día y muchos peces gordos querrán respuestas y una pronta solución —confesó Stilmet.

—Haré lo que pueda, pero como te he dicho, no hicieron nada extraño —insistió Joseph.

Frank observó el rostro de Joseph y concluyó que no le estaba mintiendo. La expresión que mostraba era sorpresa, desconcierto y miedo. Comprendía la gravedad de la situación y cómo afectaría a los Santoro el asesinato de Giovanni. Ambas familias habían sido, desde tiempos remotos, fuertes rivales, aunque mantenían la armonía por el respeto que se tenían. Ahora toda esa calma entre ellas había cambiado y los Santoro tenían la obligación

de buscar al asesino para que no se creara una guerra entre ellos.

—Si no tienes nada más, nos marchamos, pero recuerda, si durante el día averiguas algo interesante, no solo debes informar a Rossi, sino también a mí —dijo Frank extendiendo la mano para despedirse.

—Lo haré —declaró Joseph aceptando el gesto.

Como se había temido, el portero no hizo ademán de despedir al joven Baker, quien se había mantenido en silencio y atento. Sin embargo, ese gesto de desprecio no pareció alterarle. Tal vez estaba más acostumbrado a la repulsa que expresaba la gente al descubrir de quién era hijo. Frank miró de reojo al muchacho. Su rostro no expresaba ninguna emoción al respecto. Parecía una figura de mármol: frío y sin sentimientos.

—¿Cuál es el siguiente paso, detective? —preguntó cuando ambos se alejaron de la puerta del club.

—¿Vas a seguir mis órdenes sin replicar? —respondió Frank con sarcasmo.

—Aunque usted no me convence, sí, haré lo que me pida. Es la primera vez que el director me pone al cargo de un asesinato y quiero hacer todo lo posible por resolverlo —expresó el muchacho.

Las palabras del joven aumentaron sus dudas sobre el motivo por el que Dunn le mandó que permaneciera a su lado. Frank dedujo que el novato había permanecido en la central desde su nombramiento. Tal vez le habían asignado casos menores para mantenerlo ocupado. ¿Por qué razón estaba con él? Charles conocía la historia de Julian Baker y lo que hizo este a su familia. La lógica desaparecía al pensar en las causas por las que el hijo del asesino de su familia se encontraba a su lado. ¿Lo utilizaría para controlarlo? ¿Con qué fin? Salvo que su antiguo compañero estuviera involucrado en el caso del abogado, no había otra hipótesis que pudiera manejar. Con mil ideas en su mente, sacó el paquete de cigarrillos y se encendió uno. Tenía que centrarse en resolver los asesinatos y, cuando hallara al asesino, quizá encontraría las respuestas que buscaba.

—Necesito que hables con el forense y que anotes toda la información que obtenga de los cadáveres —dijo Stilmet parándose en mitad de la calle y girándose hacia Nolan.

—¿Qué hará usted mientras tanto? —espetó Baker con preocupación.

—Buscar al culpable —contestó y, sin añadir nada más, retomó el paso dejando al muchacho.



Frank permaneció inmóvil durante unos minutos, esperando ser recibido. Sabía que su presencia en aquel lugar iba a causar un gran revuelo. Aunque en el pasado las puertas se le abrían con facilidad, tras la muerte de su padre, no estaba tan seguro de que lo recibieran con los brazos abiertos. Su última aparición provocó que el anciano Santoro tuviese un nuevo ataque al corazón y fue expulsado con violencia. De pronto, escuchó unos pasos que se le acercaban. Tiró la colilla y la pisó con fuerza.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Tommy, uno de los secuaces de la familia.

—He venido en son de paz —comentó con su típico tono burlón.

—La última vez dijiste lo mismo y, si no te echo a patadas, no hubieras llegado al día siguiente —le recordó Tommy.

—Necesito hablar con Rossi. Tengo que hacerle unas preguntas —insistió Frank.

Tras unos segundos, que para Frank fueron una eternidad, Tommy abrió la cancela y le dio paso.

—No hagas ninguna tontería, Stilmet —le advirtió mientras se colocaba tras él—. La familia está preocupada por la salud de don Mario.

—¿Ha empeorado? —preguntó volviéndose hacia Tommy.

—El médico le ha dicho que no le queda mucho tiempo —reveló Tommy, triste.

—Supongo que Angelo se quedará al cargo de todo —dijo Frank, caminando de nuevo.

—Sí.

Sin decir una palabra más, avanzó hacia la entrada de la mansión. Frente a la puerta, se quitó el sombrero y esperó a que Tommy hablara con Rossi. Mientras esperaba, observó a su alrededor. Todo seguía igual que siempre, nada había cambiado en aquel lugar. De repente, escuchó unos pasos rápidos cercanos a él. Se giró hacia la zona de la casa de donde procedía el

ruido y descubrió a una niña pequeña. Iba en camisón largo, sus cabellos oscuros y rizados estaban despeinados. Pero lo que dejó a Stilmet confuso fue la sonrisa que la pequeña le mostró.

—Hola —le dijo dando un paso hacia él—. ¿Quién eres?

—Hola, soy Frank, ¿y tú? —contestó agachándose para quedar a la misma altura de la niña.

—Valeria Rossi, señor —contestó mirándolo fijamente a los ojos.

—¿No te ha dicho tu papá que no debes hablar con extraños? —le preguntó Frank, estudiando cada rasgo de ella.

—¡Valeria! —exclamó una voz de mujer—. ¿Qué haces ahí?

Cuando Frank alzó la mirada y se encontró con la persona que había hablado, se quedó pasmado, su corazón dejó de latir por un instante. Isabella Falco… ¿cuánto tiempo hacía que no la veía? ¿Cinco años? De repente, retiró la mirada de la mujer y la fijó en la niña. Su corazón volvió a latir, pero a toda velocidad.

—Buenos días, Stilmet —dijo Isabella con una calma que dejó al detective más inquieto todavía—. Hace mucho que no lo veo.

—Mucho —pudo responder Frank—. ¿Qué tal te ha ido todo?

—Muy bien —contestó Isabella, cogiendo a la niña en brazos.

—¿Te casaste con Rossi? —preguntó levantándose.

—Sí.

—¿Eres feliz?

—Sí.

—Me alegro —dijo Frank sin apartar la mirada de la niña.

No quería preguntar nada sobre ella, no debía. Sin embargo, cuando la pequeña se llevó la mano hacia la oreja para retirarse un mechón de cabello, Frank dejó de respirar al descubrir la peca. Todas las dudas sobre la niña se resolvieron en ese momento.

—¡Stilmet! —dijo Rossi al aparecer.

Caminó hacia ellos con paso decidido y, una vez que se colocó junto a Isabella, puso un brazo alrededor de su cintura.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntó después de darle un beso en los labios.

—Valeria se había escapado y la he encontrado saludando a tu invitado —contestó

Isabella con enfado y angustia.

—¿Cuántas veces te he dicho que no debes hablar con desconocidos? —dijo Rossi a su hija.

Valeria colocó la cabeza en el pecho de su madre para esconderse y evitar una regañina. Frank sonrió al observar la actuación de la pequeña.

—Tengo que hablar contigo —intervino para que Rossi se centrara en él.

—En el despacho —gruñó John.

Frank dio un paso hacia adelante, cuando Rossi se separó de su esposa, pero antes de seguirlo, echó un último vistazo a la niña. La vida sería buena para ella, de eso estaba seguro, y lograría convertirse en una mujer adulta bajo la protección de los Santoro.

—¿Stilmet? —dijo John al descubrir que no estaba a su lado.

—Sí —contestó Frank, alejándose de Isabella y Valeria.

Capítulo 28



En un silencio incómodo, Rossi y Stilmet caminaron por el interior del hogar hasta llegar al despacho de Mario Santoro. Frank conocía muy bien aquella sala porque había estado en su interior más de una vez. Las paredes estaban adornadas con cuadros de paisajes italianos y una gran librería de caoba ocupaba la pared del fondo. Cuando John abrió la puerta para que entrara, se topó con la mirada oscura de Angelo, quien estaba en el asiento de su padre.

—Buenos días, Stilmet —dijo Angelo al verlo—. Adelante, no te quedes en la entrada.

—Buenos días, Santoro —respondió Frank, caminando hacia él—. ¿Qué tal te trata la vida? —añadió, extendiéndole una mano para saludarlo.

—Por lo que veo, mucho mejor que a ti —contestó, estrechándosela con firmeza—. Toma asiento y cuéntanos el motivo de tu presencia.

Frank se sentó y escuchó a Rossi ocupar la silla de su lado. Lo miró de reojo y sonrió. La preocupación era la única expresión en el rostro de John. Tal vez no le agradaba su presencia o quizá le inquietaba que hubiera averiguado la existencia de la pequeña Valentina. Si este era el motivo de su nerviosismo, debía calmarse porque él no iba a comentar nada al respecto.

—Busco información —reveló Stilmet, encendiendo un cigarrillo y exhalando lentamente el humo.

—¿Sobre qué? —preguntó John, observando a Stilmet con atención.

—Sobre dos asesinatos.

—¿Quién ha muerto? —espetó Santoro con calma, pues la noticia no lo alteró. En aquel tiempo, raro era el día que no aparecía un cadáver.

—Un periodista, David Cameron, y Giovanni Bianchi —contestó Frank, tras varias caladas al cigarro.

—Nosotros no hemos tenido nada que ver con esas muertes —dijo Rossi muy serio, entrelazando los dedos sobre la mesa.

—Lo sé —declaró Stilmet tras la primera calada—. Sin embargo, el último local en el que estuvieron antes de ser asesinados fue el The Blue Sky.

—¿Has preguntado a Joseph? Él está encargado de la seguridad del club —indicó John.

—He hablado con él, sí, pero no me ha dado mucha información —aclaró el detective, observando cómo el humo del cigarrillo se disipaba en el aire.

—Nosotros tuvimos una cena familiar, hay muchos testigos que pueden declarar nuestra inocencia —intervino Angelo.

—No he venido para culparos, sino para averiguar cosas del pasado que tal vez me ayuden a resolver este caso —manifestó Stilmet, apretando los labios.

—¿Qué quieres preguntar? —insistió Rossi, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Necesito que me cuentes qué diablos dijo Baker antes de morir —resolvió.

—¿Julian Baker? —espetó Angelo apretando la mandíbula, los nudillos de sus manos se pusieron blancos al tensarse.

—Sí.

—¿Por qué lo mencionas? —se interesó John, frunciendo el ceño.

—En primer lugar, porque Dunn ha asignado a su hijo a este caso. Lo ha convertido en mi sombra y sospecho que la intención no es que aprenda de mis buenas teorías. Hasta ahora, lo ha mantenido protegido en las oficinas.

—¿Qué más? —preguntó Angelo.

—En segundo lugar, el cuerpo de Cameron fue cortado y colocado para enviarme un mensaje.

—¿A ti? —espetó Rossi con asombro—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque hallé a mi mujer de la misma forma que he encontrado a David en el callejón —declaró Frank apagando el cigarro con fuerza en un cenicero de cristal.

—¡Santo Dios! —exclamó Santoro horrorizado—. ¿Quién ha podido ser?

—Helena —dijo John con una expresión de creciente preocupación.

—Sí —admitió Stilmet mirándolo fijamente—. Estoy seguro de que ha sido ella, pero tengo tantas dudas al respecto, que no sé por dónde empezar.

—¿Cómo cuáles? —accedió de nuevo Santoro, con los ojos entrecerrados.

—Que Baker me la tuviera jurada lo entiendo, porque en aquella redada pude acabar con su gloria. Sin embargo, ¿qué he podido hacer a esa tal Helena? Si es que es su nombre real, porque después de todo lo que he investigado durante este tiempo sobre ella, no he logrado nada. Ni siquiera he confirmado su existencia.

—¿Piensas que Baker nos engañó? —espetó Rossi.

—No lo sé. Como te he dicho, tengo muchas dudas al respecto. Algunas veces creo que esa mujer existe y que mi esposa, al no sentir peligro al recibirla, la dejó pasar a nuestro hogar. Otras deduzco que solo fue un gancho, que esa tal Helena fue alguien que encontraron en la calle y le pagaron unos míseros dólares para que llamara a mi puerta. Os aseguro que lo que encontré, no parecía obra de una mujer —habló Frank, notando cómo crecía de nuevo en su interior la furia y la impotencia.

—Baker dijo que no estaba solo, que había más gente que ocuparía su lugar —declaró John.

—¿Quién? Porque no he encontrado nada al respecto. Es cierto que Anderson se ha quedado con el legado de ese bastardo, pero lo he investigado y está limpio —explicó Frank.

—Baker también parecía buena persona —expresó Santoro apretando los puños, pues el hombre que mencionaba Frank era el esposo de Priscila.

—¿Qué sabes tú de él? —le preguntó Rossi, que conocía la historia de su hermano con la hija de Baker.

—Nada diferente a vosotros —dijo Angelo, soltando los puños.

—¿Tendrías que conocer algo diferente? —preguntó Frank entornando los ojos.

—Tengo una historia con Priscila Baker y fue el motivo por el que ese bastardo la casó con Anderson. Sin embargo, no tengo nada que añadir. Priscila no lo menciona. Actúa como si no estuvieran casados y, por lo que he podido ver, él tampoco se interesa por ella. Lo único que le preocupa es mantener el poder del viejo.

—La ambición no es un crimen —comentó Rossi—. Tampoco explica nada de lo que buscas —añadió mirando a Frank.

—No, pero sí que indica que todo lo que tuvo Baker ahora está en manos de Anderson, con lo cual, si existe esa tal Helena, también estará bajo su protección —concluyó Frank, apagando otro cigarro en el cenicero.

—¿Qué podrías haber hecho tú para que esa mujer te odie tanto? —soltó Angelo.

—Me odia mucha gente, Santoro —contestó Stilmet con una gran sonrisa, que no llegaba a sus ojos.

—Pero debes pensar en qué hiciste en el pasado para que alguien quiera que sufras tanto —resolvió Rossi—. Porque no me puedes negar que, cuando has visto la escena, no has recordado el asesinato de tu mujer e hijo.

—Lo recuerdo a diario —reveló Frank con una calma que dejó a ambos hombres sorprendidos—. De hecho, averiguar quién los mató es lo único que me mantiene vivo.

Durante unos segundos, el despacho se quedó en silencio. Al final, Angelo fue quien decidió romperlo.

—¿Qué propones?

—Necesito vuestra ayuda, es otro de los motivos por los que he venido.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Rossi.

—Me gustaría que toda la información que os llegue sobre los asesinatos, me la contéis con rapidez. También quiero que investiguéis a las mujeres del club. Encontré dos colillas manchadas de pintalabios en el callejón.

—Muchas de mis putas se dirigen a ese lugar para servir a los clientes sin tener que pagar la comisión —habló John—. Esa pista no es fiable, Stilmet.

—Barajo todas las posibilidades, Rossi, y luego iré descartando.

—Creo que deberías enfocarte en tu antiguo compañero —intervino Angelo—. Sospecho que si te ha puesto a Baker como sombra es porque tiene cierto interés en averiguar qué descubres.

—Sé que Charles está metido en el asunto, incluso deduzco que ya estaba involucrado en la época de Julian Baker, pero no he encontrado nada que lo relacione. Ahora, bajo la protección de Anderson y tras convertirse en director, incriminarlo es imposible —comentó Frank.

—Toda la ciudad está podrida —resolvió Rossi—. No hay nadie limpio.

—Aun así, he de encontrar a esa tal Helena y saber el motivo por el que me odia —

dijo Stilmet.

—Tienes nuestro apoyo —afirmó Santoro—. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance para resolver esta mierda.

—Una última cosa más —dijo Frank, admitiendo que era la mejor opción.

—¿Qué quieres? —gruñó John.

—Sé que mi final está muy cerca y necesito saber que, cuando muera, mi madre contará con vuestra protección —expresó mirando primero a uno y luego a otro.

—La tendrá —aseguró el joven.

Capítulo 29



Cinco días después…

Helena abrió la puerta y entró como si fuera su hogar. La verdad era que, desde que apareció en el pequeño apartamento por primera vez, sintió que ella formaba parte de aquel espacio. Nolan no había hecho nada para que sus pensamientos cambiaran; al contrario, le había hablado mil veces sobre dejar su hogar alquilado y vivir allí todo el tiempo. Ella sabía que no podía hacerlo porque necesitaba un lugar donde poder estudiar y planear sus objetivos.

Sonrió al escuchar el grifo de la ducha. Baker era un hombre de costumbres, y eso le facilitaba su misión. Cuando Henry le dijo que debía abandonar el club donde trabajaba porque su próxima misión era vigilar al hijo de Baker, quien acababa de convertirse en agente, se enfadó. Sin embargo, después de conocerlo, cambió de opinión. Era muy diferente a su padre. No solo la trataba con amor, sino que siempre se preocupaba por ella sin pedirle nada a cambio. Después de varios meses a su lado, había descubierto en qué consistía el amor sincero. Aunque no debía olvidar cuál era el propósito de permanecer a su lado, se permitía disfrutar de todo lo que él le aportaba.

Sin borrar la sonrisa de su rostro, caminó hacia la puerta del despacho. Sabía que Nolan dejaba las últimas pistas sobre el caso que investigaba sobre la mesa. Cuando Anderson le explicó que Dunn había decidido seguir a Stilmet mediante Nolan, se enfadó muchísimo. Quizá porque, hasta el momento, había podido vivir y disfrutar de una vida normal a su lado, y aquel cambio le devolvía a la realidad: ella tenía un plan y no podía distraerse.

Una vez que accedió a la habitación, la sonrisa que había dibujado se esfumó porque resurgió su verdadera personalidad. Con cuidado, cogió el informe que había redactado Nolan y lo leyó detenidamente. El orgullo que sintió en aquel instante fue tan inmenso que se quedó

desconcertada. Su amante había descrito la escena del crimen con tanta meticulosidad que no había olvidado ni un mísero detalle. Hasta tenía apuntadas las cuatro colillas que ella había dejado en la escena. Sin lugar a dudas, si su objetivo no fuera eliminarlo, se convertiría en un buen agente. Dejó cuidadosamente los documentos tal como los había encontrado. Se giró y salió del despacho en absoluto silencio.

A continuación, se dirigió hacia el baño, intentando reconciliar sus sentimientos personales con la realidad de su misión. La situación con Nolan se complicaba cada vez más, pero aún podía disfrutar de todo lo que él le aportaba.

Al acercarse al baño, el vapor que salía por la puerta entreabierta llenaba el pasillo de una cálida niebla. Helena se detuvo un momento, respirando profundamente, disfrutando del aroma a jabón y del sonido relajante del agua cayendo. Su corazón latía con fuerza, no solo por el deseo, sino también por la intensidad de sus emociones. Sabía que debía mantener la cabeza fría, pero en esos momentos, Nolan la hacía sentir tan viva y amada que le costaba mantener las distancias.

Empujó la puerta del baño con suavidad y se deslizó dentro. A través del vidrio empañado de la ducha, podía ver la silueta de Nolan, fuerte y masculina, bajo el chorro de agua. Sin hacer ruido, se despojó de su ropa, dejándola caer en el suelo. Abrió la puerta de la ducha y entró, dejando que el agua caliente la envolviera junto a él.

Nolan, sorprendido por su aparición, se giró rápidamente, pero su expresión de sorpresa se transformó en una sonrisa cuando la reconoció. Helena no dijo nada, simplemente lo rodeó con sus brazos y lo besó con pasión. Baker respondió al instante, abrazándola con fuerza, sus manos explorando su cuerpo con urgencia y deseo.

El calor del agua y el vapor intensificaban cada caricia, cada beso. Helena sintió cómo el deseo crecía en su interior, nublando sus pensamientos. Por unos momentos, dejó de lado el deber y se entregó completamente a la pasión que compartían. Sus cuerpos se movían al unísono, sus respiraciones se entrelazaban, creando una melodía de placer que llenaba el baño.

Nolan la levantó en sus brazos, presionándola contra la pared de la ducha. El contraste entre el frío de los azulejos y el calor de su piel la hizo estremecerse. Helena se aferró a él con fuerza, sus uñas marcando su espalda mientras él la hacía suya. Cada movimiento era una mezcla de amor y lujuria, una danza que los unía en cuerpo y alma.

Deslizó sus dedos por el cabello mojado de Nolan, sintiendo la suavidad y el peso del agua. Cada caricia era una promesa silenciosa, una conexión que iba más allá de las palabras. Él la miró a los ojos, sus pupilas dilatadas por el deseo y algo más profundo, algo que hizo que el

corazón de Helena latiera con fuerza.

—Samantha —murmuró Nolan, su voz ronca y llena de emoción.

Helena sintió un nudo en la garganta. Cada vez que Baker la llamaba de esa manera se olvidaba de quién era en realidad y adoptaba por completo el papel que debía mostrar ese nombre. Lo había elegido porque así se llamaba su madre y le resultó gracioso volver al pasado en el que fue una niña feliz. Ahora también lo era. A pesar de todo, a su lado no había oscuridad ni maldad, sino amor y luz. Se inclinó hacia él, capturando sus labios en un beso profundo y perdiéndose en el momento.

Después de lo que pareció una eternidad, ambos alcanzaron el clímax juntos, sus gemidos de placer resonando en el pequeño baño. Nolan la sostuvo durante unos momentos más, hasta que sus respiraciones se calmaron y el agua tibia empezó a enfriarse. Con cuidado, la bajó al suelo y la abrazó, dejando que el agua limpiara sus cuerpos.

—Te amo, Nolan —susurró Helena contra su pecho, confesando sincera la emoción que sentía.

—Y yo a ti, Samantha —respondió él abrazándola en lo que era un momento de vulnerabilidad para ambos.

Se quedaron así unos minutos, disfrutando del calor y la cercanía, hasta que el agua se volvió demasiado fría para soportarla. Nolan cerró la ducha y salió, envolviendo a Helena en una toalla suave antes de secarse a sí mismo. Con una sonrisa, la tomó de la mano y la condujo hacia la cama.

Nolan se tumbó y abrió los brazos, invitando a Helena a unirse a él. Ella se deslizó a su lado, acurrucándose contra su cuerpo caliente. La abrazó con fuerza y besó suavemente su frente.

—Eres lo mejor que me ha pasado, Samantha —dijo en voz baja, sus palabras llenas de sinceridad.

Helena cerró los ojos, disfrutando del momento, aunque una parte de ella se sentía culpable. Sabía que tarde o temprano tendría que tomar la última decisión y eso implicaría una muerte.

—Tú también eres lo mejor que me ha pasado —murmuró Helena, apretándose más contra él.

Baker la acarició suavemente, trazando líneas invisibles en su espalda. Sus manos eran fuertes pero tiernas, y cada caricia parecía transmitirle todo el amor que sentía por ella.

Helena se dejó llevar por esas sensaciones, permitiéndose disfrutar del momento sin pensar en el futuro.

—Samantha, quiero que sepas que siempre estaré aquí para ti, pase lo que pase —dijo él, como si supiera qué pensaba.

—Lo sé. Y yo estaré aquí para ti —le respondió, aunque era consciente que sus palabras eran falsas.

Se besaron de nuevo, esta vez con más suavidad, disfrutando del simple contacto de sus labios. Helena sentía que cada beso, cada caricia, la ataba más a él.

Después de un rato, Baker comenzó a deslizar sus manos por el cuerpo de Helena, explorando cada curva y cada rincón con una ternura que la hizo estremecer. Ella respondió de la misma manera, sus manos viajando por el torso y los brazos de Nolan, sintiendo cada músculo y cada línea de su cuerpo.

El deseo volvió a encenderse entre ellos, y pronto, las caricias se volvieron más urgentes y apasionadas. Se movieron juntos en un ritmo lento pero lleno de intensidad, sus cuerpos sincronizados en una danza de amor y deseo. Helena se aferró a Baker, sus dedos enterrándose en su piel mientras él la llevaba a nuevas alturas de placer.

Cuando finalmente alcanzaron el clímax, se quedaron abrazados, sus cuerpos temblando de la intensidad de lo que acababan de experimentar. Baker besó suavemente la frente de Helena, susurrándole palabras de amor y devoción.

—Eres increíble, Samantha. No sé qué haría sin ti —dijo con la voz llena de emoción.

—Y tú eres mi todo —respondió Helena, su murmullo quebrándose un poco por la emoción.

Se quedaron así, acurrucados y envueltos en la calidez de su amor. Helena sabía que no podía permitirse muchos más momentos como ese, pero en esos instantes, decidió dejar de lado sus preocupaciones y simplemente disfrutar del presente.

Poco a poco, el cansancio los fue venciendo. Helena se acurrucó más a él, notando cómo el sueño la envolvía lentamente. Baker la abrazó con fuerza, su respiración se volvió más lenta y profunda a medida que se quedaba dormido.

Helena cerró los ojos, dejándose llevar por la tranquilidad del momento. Por ahora, el mundo exterior podía esperar. En esos brazos, en esa cama, encontró un refugio temporal de sus responsabilidades y misiones. Se permitió soñar con un futuro en el que no tuviera que elegir

entre el amor y el deber, aunque sabía que esa elección era inevitable.

Finalmente, el sueño la venció y se quedó dormida, abrazada a él, sintiendo la seguridad y el amor que él le ofrecía. Durante la noche, sus sueños fluctuaron entre momentos de paz y recuerdos de su misión. Se veía a sí misma en diferentes etapas de su vida, cada una marcada por decisiones difíciles y sacrificios. Pero, en cada sueño, él aparecía, su presencia calmándola y dándole fuerza.

En algún momento de la noche, Helena se despertó ligeramente, notando el ritmo constante de la respiración de su acompañante. Lo observó en la oscuridad, su rostro relajado y pacífico. Se permitió una sonrisa, sintiendo una mezcla de amor y tristeza. Sabía que estos momentos eran preciosos y escasos.

Volvió a cerrar los ojos, permitiendo que el cansancio la reclamara de nuevo. Esta vez, sus sueños fueron más tranquilos, llenos de imágenes de ella y él compartiendo una vida normal, alejados de las sombras y las misiones. Soñó con desayunos juntos, paseos por el parque, y noches como esta, llenas de amor y ternura.

Horas después, el primer rayo de luz del amanecer se filtró por las cortinas, iluminando suavemente la habitación. Helena se despertó de nuevo, esta vez más plenamente. Se quedó quieta, disfrutando del calor de su amante y la sensación de seguridad que él le proporcionaba. Sentía que podría quedarse así para siempre, pero la realidad pronto invadiría ese momento de paz.

Baker se movió ligeramente, despertando también. Abrió los ojos y sonrió al ver a Helena tan cerca.

—Buenos días, amor —dijo con voz ronca por el sueño.

—Buenos días —respondió ella, correspondiendo a su sonrisa.

Se quedaron así, mirándose en silencio, gozando de la tranquilidad. Nolan acarició suavemente el rostro de Helena, y ella se inclinó hacia su mano, disfrutando del contacto.

—¿Qué quieres hacer hoy? —preguntó él.

Helena sabía que la respuesta era sencilla, algo que cualquier pareja normal haría. Pero en el fondo de su mente, sus obligaciones y misiones seguían presentes.

—Quizá podríamos quedarnos aquí un rato más, disfrutar de la mañana —sugirió, queriendo alargar ese momento de normalidad.

Nolan asintió, respetando su decisión a pesar de que le hubiese gustado salir de allí y dar un paseo cogidos de la mano. Después de seis meses juntos, no habían hecho nada salvo

quedarse en casa. ¿Por qué no quería pasear a su lado? ¿Tenía miedo? ¿Qué podía asustarla? Pese a sus inquietudes, nunca le había preguntado qué había hecho en el pasado. Tenía la sospecha de que su vida no había sido buena y no quería recordársela mientras permaneciera con él. Su amor le ayudaría a superar y olvidar aquello que le atormentaba.

—Conmigo estarás a salvo —dijo abrazándola.

Capítulo 30



Gabriella Stilmet se encontraba sentada en el borde de su cama, observando el tenue resplandor del amanecer que se filtraba a través de las cortinas. A pesar de que había pasado más de un año desde la muerte de su esposo Alexander, el dolor seguía siendo tan intenso como el primer día. El armario abierto dejaba escapar el aroma de su ropa, llenando la habitación con recuerdos de los tiempos felices que habían compartido. No importaba cuánto lo intentara, no lograba conciliar el sueño; cada noche era una lucha constante contra las lágrimas y la desesperación.

Alexander había sido su roca, su compañero de vida, y desde que lo perdió, sentía que la mitad de su ser había desaparecido. Lloraba, gritaba y maldecía cada segundo de su existencia por continuar respirando sin él. En aquellos momentos de desesperación, comprendía mejor que nunca el sufrimiento de su hijo Frank, cuya vida había sido una serie de tragedias que lo habían marcado profundamente.

Gabriella se levantó de la cama y caminó lentamente hacia el armario. Allí, entre la ropa de Alexander, guardaba la pistola que había pertenecido a su esposo. La cogió y la sostuvo entre sus manos temblorosas, sopesando de nuevo la decisión que había tomado una y otra vez. Sabía que no era cuestión de valentía, sino de cordura. Si ella desapareciera, ¿qué sería de su hijo? ¿Cómo podría abandonarlo a merced del destino cruel que se había forjado a su alrededor?

Con un suspiro profundo, guardó la pistola de nuevo en el cajón y cerró el armario. Regresó a la cama, se cubrió con la sábana y cerró los ojos, intentando dejarse llevar por el cansancio que acunaba su viejo cuerpo. Aunque fuese en sueños, deseaba coger la mano de su marido y sentirlo próximo a ella.

Mientras intentaba conciliar el sueño, su mente vagaba por los recuerdos.

Recordaba las tardes de verano en el jardín, donde Alexander y ella se sentaban bajo el viejo roble, conversando sobre sus sueños y planes futuros. Se veía a sí misma preparando el almuerzo mientras él jugaba con Frank en el patio, sus risas llenando el aire. Cada detalle, cada momento compartido, estaba grabado en su memoria como si hubiera ocurrido ayer.

Apenas había logrado conciliar el sueño cuando un golpe en la puerta del dormitorio la hizo despertar de golpe. Perezosa y desconcertada abrió los ojos, pensando que tan solo era la ilusión de una fantasía.

—*Mamma, ci sei?*[31] —La voz de su hijo la trajo de vuelta a la realidad.

—¿Frank? ¿Qué haces aquí? —Apartó con rapidez la sábana y caminó hacia él.

—Necesitaba verte —susurró con un tono que reflejaba una mezcla de tristeza y culpa.

—¿Estás bien? ¿Sucede algo? —Lo abrazó, sintiendo cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo tuvo entre sus brazos.

—Estoy bien, no pasa nada. Es solo que hoy necesitaba tomar limonada —le sonrió, intentando aliviar la preocupación de su madre.

A Gabriella se le hizo un nudo en la garganta tras escucharlo. Pedirle limonada era una forma de decirle que necesitaba hablar. Antes de la muerte de Alexander creyó que ellos se reunían a beber limonada porque realmente les gustaba a ambos, pero tras el fallecimiento de su esposo comprendió que aquella palabra implicaba más cosas. No perdiendo el tiempo, le cogió la mano y lo condujo hasta la cocina.

—Siéntate. No tardaré en hacerla —dijo mientras buscaba limones en la cesta de frutas. Los partió y comenzó a exprimirlos—. ¿Qué te preocupa?

—Me han dado otro caso —comenzó a explicar Frank, sentándose en la silla que solía ocupar y mirando la de su padre, que nadie había movido desde aquel fatídico día.

—¿Otro? —Gabriella se giró rápidamente, con el ceño fruncido—. Y me imagino que será como todos los que te da ese malnacido de Charles.

—Este es diferente… —murmuró Frank.

—¿Qué tiene de diferente? ¿No es un ajuste de cuentas? ¿No tiene nada que ver con drogas o asesinatos o… demonios del infierno? —declaró enojada.

—¿Te acuerdas del periodista que estuvo ayudándome tras la muerte de papá? —preguntó con tristeza en su voz.

—Sí —confirmó Gabriella, bajando el cuchillo y relajando su actitud.

—Pues lo han asesinado hace unas horas.

—¿Y eso? —cuestionó sorprendida—. Ese muchacho era buena gente y no solía meterse en líos, ¿no?

—Creo que su muerte estaba planeada, aunque el asesino ha querido desviar nuestra atención hacia el otro cuerpo —explicó cruzándose de brazos.

—¿Qué quieres decir con eso? —Gabriella llenó un vaso con el zumo recién exprimido y lo colocó frente a su hijo.

—El segundo cuerpo fue el hijo menor de los Bianchi de Queen, Giovanni. Un drogadicto que, para obtener una dosis, estaría dispuesto a hacer cualquier cosa.

—No me digas que los Santoro tienen algo que ver en esto —dijo Gabriella, preocupada.

—No, ellos estaban ocupados celebrando el nuevo cargo del joven Santoro.

—¿Angelo ha sucedido a Mario? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí. Según parece, el viejo Santoro ya no puede continuar.

—La vejez es una enfermedad que tarde o temprano llega —susurró con tristeza. Tras unos minutos de silencio, continuó—: ¿Qué tienes en esa cabeza? ¿Ya sabes quién puede ser el autor de esas muertes?

—Tengo mis sospechas —dijo Frank, levantando la vista hacia su madre.

—¿Y por qué no me las cuentas? —Gabriella tomó las manos de su hijo entre las suyas.

—Creo que la persona responsable es Helena —declaró Frank con firmeza.

—¿Helena? —Gabriella frunció el ceño—. ¿Quién es ella?

—Es una mujer que he estado investigando durante mucho tiempo. Estoy seguro de que está detrás de la muerte de mi esposa e hijo. He seguido sus pasos, pero no he logrado descubrir nada concreto sobre ella.

—Frank… —Gabriella suspiró profundamente—. No puedes seguir atormentándote de esta manera. Tienes que dejar ir el pasado.

—No puedo, madre. No hasta que haya justicia para ellos —dijo Frank, con

determinación en su voz.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —espetó preocupada.

—He visitado a los Santoro. Les he pedido ayuda para resolver este caso —confesó Frank.

—¿Estás seguro de que puedes confiar en ellos?

—No tengo otra opción, madre. Necesito toda la ayuda que pueda conseguir —aseguró, apretando suavemente las manos de su madre.

Gabriella asintió, comprendiendo la desesperación de su hijo. Se levantó y comenzó a preparar algo de comer. Frank la observó en silencio, agradecido por su presencia y su apoyo.

—Te prometo que encontraré a los responsables, madre. No descansaré hasta que lo haya hecho —dijo Frank con determinación.

—Lo sé, hijo. Y estaré a tu lado en cada paso del camino —respondió Gabriella, con una sonrisa triste.

Capítulo 31



Angelo se despertó antes del amanecer, sus sentidos aún embriagados por la noche de pasión que había compartido con Priscila. Se giró en la cama, admirando la forma en que la luz de la madrugada iluminaba suavemente el rostro de su amada. Sus dedos recorrieron con mimo su espalda desnuda, dibujando delicadas líneas sobre su piel. El tierno movimiento de su mano despertó un suspiro de satisfacción en Priscila, que aún dormía plácidamente.

La habitación estaba decorada a gusto de ella: tonos suaves de azul y gris, muebles de madera oscura y una ventana grande que dejaba entrar la luz del amanecer. Las cortinas ondeaban ligeramente con la brisa, añadiendo una sensación de tranquilidad al ambiente. En la mesita de noche, había un retrato de ellos que les hizo un pintor callejero. Angelo sonrió al recordar aquel día. El aroma a lavanda y jazmín impregnaba el aire, creando un ambiente cálido y acogedor.

Se acercó aún más a Priscila, disfrutando de la calidez de su cuerpo junto al suyo. Se inclinó para besar su hombro desnudo, sintiendo su piel suave bajo sus labios.

—Buenos días, mi amor —murmuró Priscila, abriendo lentamente los ojos y encontrándose con la mirada amorosa de Angelo. Sus ojos brillaban con una mezcla de amor y ternura.

—Buenos días, preciosa —respondió él, inclinándose para besarla en sus aterciopelados los labios. El beso fue suave al principio, pero pronto se volvió más profundo, lleno de la pasión que siempre sentían el uno por el otro. Sus labios se movían en perfecta sincronía, expresando sin palabras el amor que compartían.

Se quedaron así, disfrutando del calor de sus cuerpos y de la intimidad del momento. Santoro sentía una profunda paz cuando estaba con Priscila, una sensación de pertenencia que no había conocido antes. A pesar de las tormentas que se cernían sobre sus vidas, en esos momentos

juntos, todo parecía estar en calma. Se sentía completo y seguro, como si nada en el mundo pudiera separarlos.

—No te esperaba y me has dado una gran sorpresa —dijo Priscila, acariciando con cariño el rostro de Angelo. Sus dedos trazaban el contorno de su mandíbula, disfrutando del contacto con su piel. Había una ligera sonrisa en sus labios, y sus ojos reflejaban la felicidad que sentía en ese momento.

—Necesitaba verte. Cada vez me resulta más duro mantenerte alejada de mí —respondió él, apretándola contra su pecho. Su corazón latía con fuerza, y en ese instante, se sintió muy feliz y realizado. Sabía que haría cualquier cosa por protegerla y mantenerla a salvo.

El silencio ocupó el espacio de la habitación. Santoro acariciaba despacio el cabello de Priscila, disfrutando de su suavidad entre sus dedos. Sus pensamientos se desvanecían en la comodidad de su abrazo, y se permitió perderse en el momento.

—Angelo —dijo Priscila al final, rompiendo el silencio—, ¿qué va a pasar ahora con todo lo que ha ocurrido con el periodista y la visita de Stilmet?

Él suspiró, su expresión se volvió seria. Sabía que debía hablar con Priscila sobre las recientes revelaciones. La miró a los ojos, deseando poder protegerla de todas las oscuridades que se cernían sobre ellos.

—Frank ha estado investigando mucho —comenzó a decir—. Está convencido de que todas estas muertes y tragedias están conectadas de alguna manera. La visita de Stilmet a nuestra casa no fue una coincidencia. Quiere desenmarañar toda esta red de mentiras y crímenes.

Priscila se acurrucó más cerca de él, su tristeza evidente en sus ojos. Sus manos temblaban ligeramente al recordar los días oscuros de su vida bajo la sombra de su padre.

—Sé que mi padre fue el causante de muchas desgracias y no quiero que nada de eso te afecte a ti ni a nuestra relación. Te amo y quiero que estemos a salvo, lejos de todo eso.

—No te preocupes, *amore*. Estoy aquí y nada ni nadie te hará daño. Pero debemos averiguar la verdad, no solo para que puedas volver y vivir conmigo, sino también para encontrar, de una vez por todas, quien está pudriendo nuestros negocios. Desde hace un par de años, los asuntos de mi familia no son tan productivos. Nosotros creemos que alguien está actuando desde las sombras para acabar con los Santoro —dicho esto, pensó en si debía mencionar la parte en la que involucraba a su marido. Pero si quería zanjar lo antes posible aquel tema, tenía que hacerlo—. Frank sospecha que Anderson no solo se quedó con las empresas de tu padre, sino también con su parte ilegal. Necesitamos desenmascararlo y detenerlo antes de que cause más daño.

El rostro de Priscila palideció y sus ojos expresaron preocupación. Si Angelo estaba en lo cierto, había demasiada gente inocente que podía verse afectada.

—Mi hermano le cedió todo el poder de su parte. Yo no tuve que firmar nada porque, al casarme con él, todo le pertenece. Siento que hemos sido manipulados, que todo esto fue planeado desde el principio —explicó con calma.

Santoro frunció el ceño. Esto no le gustaba nada.

—Eso significa que Nolan y tú habéis dejado toda la herencia a un hombre que, según Frank, podría estar detrás de todas las muertes y protege a una mujer llamada Helena.

—¿Helena? —preguntó Priscila.

—¿Has oído ese nombre? —Ella negó—. Dice que ella fue quien asesinó a su familia.

—¡Dios mío! —exclamó horrorizada.

—Por eso necesito preguntar si recuerdas algo de tu marido antes de conocerlo —perseveró Angelo.

Priscila pensó por un momento. Tenía en su mente muy poca información al respecto porque había estudiado fuera. Sin embargo, durante las breves vacaciones que pasaba en su hogar, fue testigo de la presencia de un hombre que visitaba a su padre después de medianoche.

—Me acuerdo de haber visto a un agente en nuestro hogar varias veces cuando mi padre estaba vivo. Era tan cercano a él que los dos asistían a las mismas fiestas o reuniones —comentó al fin.

—¿Recuerdas su nombre? —preguntó Santoro con evidente interés. Cada detalle, por pequeño que fuera, podía ser la clave para resolver el misterio.

—Sí —aseguró Priscila, su voz temblando ligeramente—. Era Charles Dunn, el nuevo director.

Angelo se quedó inmóvil por un momento, procesando la información. Luego, con una determinación repentina, se levantó de la cama y comenzó a vestirse rápidamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada por su reacción. Su corazón latía con fuerza, temiendo lo que vendría a continuación.

—Tengo que regresar —dijo Angelo, abrochándose la camisa—. He de informar de esta pista. Mientras tanto, necesito que te quedes aquí, bajo la protección de mis hombres. Prometo que regresaré pronto.

Priscila asintió, aunque su expresión mostraba preocupación. No quería que Santoro se pusiera en peligro, pero sabía que no podía detenerlo.

—Ten cuidado, Angelo. Por favor, prométeme que volverás sano y salvo.

—Siempre lo hago —respondió él, inclinándose para darle un beso apasionado en los labios antes de abandonar el dormitorio. El beso fue una promesa silenciosa de que haría todo lo posible por volver a ella.

Al salir, se dirigió a sus hombres que esperaban fuera.

—¡Que nadie se acerque a ella! —les ordenó antes de entrar en el coche. Sabía que podía confiar en ellos para proteger a Priscila mientras él estaba fuera.

Al emprender el viaje de regreso, Santoro se quedó pensativo. Todo comenzaba a encajar. Las piezas del puzle que Frank mencionó estaban tomando forma. Si Charles Dunn estaba involucrado, entonces la red de corrupción y asesinato era más profunda de lo que habían imaginado.

Angelo reflexionaba sobre cada detalle de la conversación con Priscila. Recordaba la expresión de tristeza en su rostro al hablar de su padre y sentía una mezcla de ira y compasión. Sabía que, aunque Priscila no estaba involucrada en los negocios oscuros de su familia, llevaba el peso de esas acciones sobre sus hombros.

Capítulo 32



La mansión de los Santoro estaba inmersa en una calma tensa. El sol de la mañana apenas comenzaba a filtrarse a través de las pesadas cortinas, llenando la sala de estar con una luz tenue y cálida. Rossi, sentado en un sillón de cuero sombrío, revisaba informes mientras esperaba cualquier novedad. El aire estaba impregnado con el aroma a café recién hecho y un leve toque de cedro de los muebles antiguos. La decoración de la mansión reflejaba un estilo clásico y elegante, con muebles de madera oscura, alfombras persas y cuadros antiguos que adornaban las paredes.

Uno de los hombres de Rossi apareció en la puerta, interrumpiendo su concentración.

—Señor, Luccio Bianchi está aquí. Dice que quiere hablar con usted.

Rossi asintió, dejando los informes a un lado y levantándose para recibirlo.

—Hazlo pasar.

Bianchi, un hombre de treinta años con una presencia imponente y un semblante serio, entró en la sala de estar. Alto, moreno y corpulento, con ojos oscuros que reflejaban una inteligencia aguda y una fortaleza interior, Luccio emanaba un aura de peligro que no pasaba desapercibida. Su traje perfectamente cortado destacaba su figura fuerte y atlética, y cada movimiento suyo estaba cargado de determinación y autoridad.

Rossi extendió la mano y le dijo:

—Buenos días, Bianchi, ¿qué puedo hacer por ti?

—He venido a investigar la muerte de mi hermano —expresó Luccio con voz dura, mirándolo fijamente a los ojos. La tensión en el ambiente era palpable, como si dos titanes se estuvieran midiendo mutuamente. Rossi notó el brillo de determinación en los ojos de Bianchi y supo que no sería fácil ganarse su confianza.

—Nosotros no hemos sido —contestó Rossi sin apartar la mirada y expresando firmeza—. Pero estamos haciendo todo lo posible para averiguar quién está detrás de las muertes.

—¿Muertes? —espetó Luccio enarcando una ceja.

—Tu hermano fue encontrado junto al cadáver del señor Cameron, un periodista.

—Nuestra familia no conoce a ese hombre y la información que he obtenido de mi hermano desde que vino a Nueva York no menciona a ese periodista.

—Eso quiere decir que se conocieron la misma noche —reflexionó Rossi—. Siéntate y hablemos. Hay muchos temas que tratar.

Ambos hombres tomaron asiento en la sala de estar. Rossi señaló una silla frente a él, invitando a Luccio a sentarse. La luz del amanecer creaba sombras alargadas en las paredes decoradas con pinturas antiguas, añadiendo una sensación de solemnidad al ambiente. El silencio era interrumpido solo por el leve crujido de la madera bajo sus pies y el suave tictac de un reloj de pared antiguo.

Rossi ofreció un puro a Bianchi, quien lo aceptó con un leve asentimiento.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó Bianchi, encendiendo el puro.

—No mucho, solo lo que nos ha dicho Frank Stilmet.

—¿Quién es ese? —espetó entornando los ojos.

—Un antiguo agente —declaró Rossi tomando asiento—. No sé si conociste la noticia sobre la muerte de la esposa y el hijo de un policía. —Bianchi afirmó con un movimiento de cabeza—. Pues de él hablo.

—¿Confías en ese tipo?

—Sí, aunque no es ni la sombra del hombre que fue, confío en su buen juicio.

—¿Qué te ha dicho?

—Según su hipótesis, tu hermano fue el señuelo para atraer al periodista al callejón. Este era el primer objetivo del asesino y Giovanni fue un testigo que debían eliminar.

Luccio apretó la mandíbula al escucharlo. Sus ojos se oscurecieron aún más, reflejando una mezcla de ira y dolor.

—¿Qué más?

—Todo lo que tenemos son conjeturas —expresó Rossi.

—Quiero escucharlas —aseveró Luccio.

En ese instante, apareció Angelo por la puerta. Su entrada fue enérgica, como siempre, con una expresión de urgencia en su rostro.

—¡Tengo noticias! —dijo al entrar. Cuando vio a Bianchi, entornó los ojos y fijó la mirada en su hermano.

—Angelo, te presento a Luccio Bianchi.

—Supongo que has venido para investigar sobre la muerte de tu hermano, ¿cierto? —preguntó extendiéndole una mano para saludarlo.

—Exacto —respondió Bianchi tras levantarse y aceptar el saludo.

—Pues has venido en el mejor momento porque tengo una información que podrá ayudarnos a todos —explicó Angelo con satisfacción palpable.

—Cuenta —le pidió Rossi.

—Priscila me ha dicho que hubo un hombre que visitaba a su padre con frecuencia y que mantenían una relación oculta.

—¿Quién es? —preguntó Luccio.

—Charles Dunn —declaró el joven Santoro con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Tiene que saberlo Frank! —gritó Rossi.

—Lo sé, por eso he pedido a uno de nuestros hombres que vaya a su hogar y lo traiga de inmediato.

—¿Quién es ese tal Charles Dunn? —preguntó Bianchi mirando primero a un hermano y luego a otro.

—El director de la policía —declaró Angelo.

En ese instante, se escucharon voces fuera del despacho. Rossi abrió un cajón de su escritorio y sacó dos armas. Lanzó una a Bianchi, quien la atrapó con agilidad. Santoro ya había sacado la suya de la funda. La puerta se abrió lentamente y Frank entró, su expresión reflejando la gravedad de la situación.

—¿Qué coño queréis de mí? —bramó Stilmet.

—¿Quién es este tipo? —preguntó Bianchi, con el arma aún en la mano.

—El único hijo de puta que puede ayudarnos —declaró Rossi, guardando su arma y volviendo a sentarse.

Capítulo 33



Rossi se levantó del sillón de cuero oscuro y guardó su arma en el cajón con un gesto firme y decidido. Sus ojos se encontraron con los de Frank, y por un momento, el tiempo pareció detenerse. La luz del sol matutino se filtraba a través de las persianas, creando líneas doradas en la habitación. Los rostros de los hombres estaban tensos, reflejando la gravedad de la situación.

—Queremos resolver este maldito rompecabezas, Stilmet —dijo Rossi con firmeza, su voz cargada de determinación—. Creemos que puedes ayudarnos a conectar las piezas.

Frank se detuvo un momento, sus ojos recorriendo la habitación y tomando nota de los presentes. Vio a Luccio, cuya presencia imponente y mirada dura no pasaron desapercibidas. Sus ojos se encontraron brevemente, y Frank sintió el peso de la desconfianza y la determinación en el aire. Dos titanes enfrentados, cada uno con su propia agenda y su propia verdad.

—Angelo, ¿qué coño está pasando aquí? —preguntó Frank, dirigiéndose a Santoro con una mezcla de incredulidad y rabia contenida.

Angelo, que había estado observando la interacción con una expresión tensa, dio un paso adelante. La luz del sol iluminaba su rostro, resaltando la seriedad de su expresión.

—Frank, sabemos que tú no tienes todas las respuestas, pero estamos cerca de descubrir la verdad —dijo Angelo—. Priscila me ha contado algo importante sobre Anderson y Dunn.

Frank frunció el ceño, su interés despertado. Su padre siempre tuvo razón, Charles no era una buena persona.

—¿Qué dijo? —preguntó, su voz bajando un poco el tono, pero manteniendo la intensidad.

Santoro se dirigió a todos en la sala, su palabra resonando con una mezcla de

esperanza y urgencia.

—Priscila recordó que su padre, Julian Baker, tenía un visitante frecuente: Charles Dunn, el actual director de la policía.

Un silencio cargado se apoderó de la habitación. Rossi tomó la palabra, sus ojos fijos en Frank.

—Eso significa que Dunn podría estar más involucrado de lo que pensábamos. Si estaba tan cerca de Baker, puede que sea una de las piezas clave en todo esto.

Luccio, que había estado escuchando atentamente, intervino, su voz baja pero cargada de fuerza.

—Si Dunn está en esto, significa que nuestra red de enemigos es más amplia de lo que creíamos. ¿Qué otras conexiones podemos tener?

Rossi asintió, mirando a Stilmet con seriedad.

—Frank, necesitamos que nos ayudes a desentrañar esta red. Tú conoces a Charles mejor que nadie.

Frank asintió lentamente, su mente ya trabajando en el problema. Los recuerdos de su tiempo en la fuerza, de las interacciones con Dunn, comenzaron a inundar su mente. La idea de que Charles estuviera involucrado en algo tan grande hacía que su estómago se revolviera.

—Dunn siempre fue un cabrón ambicioso. Si está metido en esto, no lo está haciendo solo. Anderson es su socio en las sombras, pero necesitamos pruebas para hundirlos a los dos.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? —preguntó Angelo, mirando a su hermano y a Luccio, buscando un plan de acción.

Rossi se inclinó hacia adelante, sus ojos brillando con una determinación renovada.

—Propongo que dividamos nuestras fuerzas. Necesitamos vigilar a Dunn de cerca, pero también necesitamos infiltrarnos en las operaciones de Anderson.

—¿Infiltrarnos? —Bianchi levantó una ceja, interesado—. Eso suena arriesgado.

—Lo es —respondió Rossi—, pero tenemos contactos que pueden ayudarnos. Conozco a alguien que podría infiltrarse sin levantar sospechas. Alguien que ha trabajado en las sombras antes.

—¿Quién? —preguntó Frank, entrecerrando los ojos, buscando en su mente posibles aliados.

—Un viejo amigo, Pietro, ha sido un informante durante años. Conoce los bajos

fondos mejor que nadie. Podría proporcionarnos la información que necesitamos desde dentro.

Angelo asintió, viendo el potencial en el plan.

—De acuerdo, Pietro se encargará de infiltrarse en las operaciones de Anderson. Mientras tanto, necesitamos a alguien que pueda vigilar a Charles sin que él lo note.

—Puedo encargarme de eso —dijo Frank, su voz firme—. ¿No me ha pedido que investigue la muerte de Cameron para vigilarme? Pues utilizaré ese pretexto para no separarme de él.

Luccio miró a los demás, su mente ya formulando estrategias y posibles actividades.

—Mientras tanto, yo movilizaré a mis hombres para vigilar los puntos críticos. Si Dunn o Anderson hacen un movimiento, lo sabremos de inmediato.

Rossi sonrió, sintiendo que el plan comenzaba a tomar forma, cada pieza encajando en su lugar.

—¿Qué hacemos con esa tal Helena? —espetó Angelo.

—Yo seré el reclamo para atraparla —expresó Frank—. No sé qué le he hecho, pero no me cabe la menor duda de que quiere verme muerto.

—¿Quieres morir? —le preguntó Rossi, sus ojos buscando alguna señal de duda en Frank.

—Sí. Cuando termine mi venganza, nada me retiene aquí —dijo seguro.

—¿Y tu madre? —intervino Santoro, su voz suavizándose.

—Vosotros cuidaréis de ella —les recordó Frank, apelando a la promesa que habían hecho.

—No discutamos sobre ese tema. Lo mejor es concentrarse en los primeros pasos para capturarlos. Luego nos preocuparemos de los demás —aseveró Rossi, poniendo fin a la discusión.

—Por mi parte, haré lo que me digáis —dijo Bianchi con decisión.

—Bien, planeemos —concluyó Angelo.



Una hora después de la intensa reunión, Bianchi salió del despacho con una sensación de urgencia y determinación. El plan estaba en marcha, pero aún había muchas piezas sueltas que debían encajar. Mientras caminaba hacia la salida, perdido en sus pensamientos, un ruido de pasos apresurados lo sacó de su ensimismamiento. Se giró rápidamente para ver qué ocurría y, de repente, algo impactó contra su cuerpo. Confundido, miró hacia abajo y se topó con una larga melena oscura.

—Gracias, hermano —dijo la muchacha sin apartar el rostro del pecho de Bianchi y abrazándolo con fuerza.

—Creo que se confunde de persona —comentó Bianchi con tono suave, para que la joven no se asustara.

—¡Oh! —exclamó ella.

En el instante en que echó un paso atrás, perdió el equilibrio y dos fuertes manos la agarraron de la cintura para que no terminara en el suelo. Luccio la sostuvo firmemente, observando sus rasgos delicados y su expresión de sorpresa. Notó cómo el rubor se extendía por sus mejillas, y algo en su interior se conmovió ante esa imagen.

—Perdóneme —dijo ella, aún ruborizada, alzando la vista para encontrarse con sus ojos oscuros y profundos.

—No tengo que perdonarte nada—respondió Bianchi, sin poder apartar la mirada de los suyos.

Mientras la observaba, dedujo que debía ser la hermana de Angelo. Su rostro era delicado, con ojos grandes y expresivos de un tono avellana, y mejillas que ahora estaban teñidas de un sonrojo intenso. Sus labios temblaban ligeramente, ya sea por la sorpresa o la vergüenza, y la suavidad de su piel contrastaba con la determinación que veía en su mirada.

Sarha, aún ruborizada, se sentía a la vez avergonzada y fascinada por el hombre que la sostenía. El calor de sus manos en su cintura y la intensidad de su mirada la dejaban sin aliento. Bianchi disfrutaba del sonrojo que cubría su rostro, encontrando en él una dulzura que no

había esperado encontrar en ese momento.

—Si puede soltarme —dijo Sarha finalmente, retirándose de sus brazos, aunque una parte de ella deseaba quedarse ahí por más tiempo.

—Por supuesto —respondió Luccio, dejándola libre, a pesar de que una voz en su cabeza le gritaba que no la retirase de su lado.

—Adiós —comentó ella antes de marcharse.

—Hasta pronto —aseguró él.

Sin dejar de mirarla, presenció cómo la muchacha regresaba por donde había venido. Esta vez caminaba despacio, como si cada paso fuera una despedida. Él no se alejó de allí hasta que la perdió de vista. Se dirigió hacia la salida e inspiró profundo. El aroma a rosas recién cortadas estaba impregnado en su ropa, indicándole que, a pesar de que ella se había retirado, continuaba a su lado.

Capítulo 34



Helena salió del coche y caminó sin perder el tiempo hacia el almacén. Hacía algo más de año y medio que lo había abandonado. Mientras estuvo bajo la protección de Julian Baker, aquel fue su hogar. Ahora, después de su experiencia con Nolan, podía definir aquel lugar como un infierno. Uno en el que ella sobrevivió.

Entró y miró a su alrededor. Había más de veinte hombres vigilando el interior del almacén. El lugar era grande y oscuro, con vigas oxidadas que colgaban del techo alto y polvo acumulado en cada rincón. Se notaba que Henry era muy importante para ellos. Sin embargo, ella solo era un mísero peón. Bajo la atenta mirada de todos, se dirigió hacia Anderson, quien charlaba con Dunn. El asunto por el que la habían llamado era muy importante; de lo contrario, no estaría allí el engreído director.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando se colocó frente a ellos.

Henry se giró hacia ella y le asestó un puñetazo en la boca.

—¡Puta loca! —clamó Anderson—. ¿No te dije que los Bianchi eran intocables?

Helena, sin cambiar la expresión de su rostro, se limpió la sangre de la boca con la mano y miró a Henry fijamente. El dolor físico era insignificante comparado con el odio que sentía por ese hombre.

—No tuve otra opción —respondió serena, sin expresar en su voz nada que indicase arrepentimiento.

—No fue una decisión acertada —intervino Charles, que, pese a todo, siempre sentía cierta lástima por la muchacha—. Hace una semana, Luccio Bianchi se reunió con los Santoro y, desde ese momento, hemos tenido muchos problemas.

—¡No dejan de vigilarme! —gritó Henry tras acercarse de nuevo a Helena y hablarle

muy cerca del rostro, tan cerca que podía sentir su aliento cargado de odio—. ¿Sabes lo que has hecho, puta?

Aquella palabra dejó de molestarle mucho tiempo atrás. Ahora, cada vez que la escuchaba, no provocaba en ella ninguna emoción. Se mantenía impasible, su mirada fija en Henry, desafiándolo a hacer algo más.

—Tenemos que adelantar el plan —accedió de nuevo Dunn, su voz cortando la tensión en el aire.

—Mejor —contestó ella con calma—. Estoy cansada de jugar al ratón y al gato —añadió, mirando a Henry a los ojos, retándolo con la mirada.

A pesar de que estaban rodeados de hombres armados, ella podía matarlo antes de que estos pudieran parpadear una vez. Sin embargo, no era el momento de hacerlo porque lo necesitaba para conseguir su objetivo. Cuando este finalizase, ¿quién le impediría quedarse en el puesto de Anderson? Nadie, y, además, ella sabría organizar a la gente mejor que él.

—Esta tarde, Stilmet visitará el The Blue Sky —dijo Charles—. Allí lo recibirás como cliente y harás todo lo posible para traerlo hasta aquí —indicó mirando a Helena.

Helena asintió, pero una preocupación se reflejó en sus ojos. Sabía que su lealtad siempre estaba en duda, y que cualquier fallo podría costarle la vida.

—¿Qué harás con Baker? —espetó intentando no mostrar preocupación.

—Antes de dirigirte al club, tienes que encargarte de él —dijo Anderson mirándola con los ojos entornados—. Recuerda que tu objetivo es matarlo y luego, disfrutar de tu venganza.

Helena sintió un terrible dolor en el pecho al imaginar la muerte de Nolan, pero siguió sin expresar nada salvo frialdad. Sus sentimientos por Baker eran complejos y contradictorios, pero sabía que no podía mostrar debilidad ante estos hombres.

—¿Dónde estarán los Santoro y los Bianchi? —preguntó a Henry.

—Ocupados —contestó él con una enorme sonrisa, disfrutando del control que tenía sobre la situación.

—¿En qué? —insistió en saber desviando la mirada hacia Dunn, buscando una explicación más detallada.

—Uno de mis hombres ha descubierto que la señora Anderson abandonó Francia hace algo más de cuatro meses y que mantiene una relación con Angelo Santoro. Alguien le ha enviado una nota advirtiéndole que su amante está en peligro —explicó Charles.

—Vaya, veo que no soy la única que te traiciona —dijo Helena con una sonrisa de oreja a oreja, saboreando el pequeño triunfo.

Cuando Henry dirigió un puño de nuevo hacia su cara, ella se apartó y le agarró la muñeca con una velocidad y fuerza sorprendentes.

—Tócame y te mato —murmuró sin borrar la sonrisa, su voz cargada de veneno y seguridad.

Henry se quedó paralizado por un instante, sorprendido por la rapidez y la ferocidad de Helena. Los hombres alrededor miraron con nerviosismo, sabiendo que cualquier chispa podía hacer estallar la situación.

—Por favor, vamos a centrarnos en el asunto por el que nos hemos reunido. Es importante que estemos atentos y dispuestos, porque será nuestra última jugada. Si sale bien, nos quedaremos con todo, si sale mal… —Charles no quiso terminar la frase. No deseaba evocar la tragedia que padecería si el plan fallaba. ¿Qué sería de su mujer e hija? No, necesitaban ganar.

—¿Qué harán los Bianchi? —preguntó Helena tras soltar la mano de Henry y lanzarla al aire, como si fuera un objeto sin valor.

—El forense les ha dado el cuerpo de Giovanni y se han marchado para enterrarlo. Por eso insisto en que las próximas veinticuatro horas son vitales para nosotros —continuó Dunn.

—Bien —respondió Helena.

Henry se cruzó de brazos, mirándola con una mezcla de desdén y desconfianza.

—No olvides que cualquier error, por pequeño que sea, nos costará caro —le advirtió, sus ojos brillando con una amenaza velada.

—Lo sé —replicó ella, manteniendo su compostura—. Haré lo que sea necesario.

El almacén, con su techo alto y vigas oxidadas, resonaba con cada movimiento de los presentes. Las sombras se alargaban en las esquinas, creando un ambiente cargado de tensión.

—Como traerás a Stilmet aquí, nosotros llegaremos para ver la función que nos tendrás preparada —comentó Charles—. Los hombres permanecerán en los alrededores para que no tengas problemas.

—Entendido —dijo Helena, asintiendo lentamente mientras estudiaba el plano.

—Nos mantendremos en contacto —agregó Dunn—. Cualquier cambio en el plan, nos informas de inmediato.

Ella se giró para marcharse, pero una voz la detuvo.

—Recuerda, Helena —dijo Henry, su tono mortalmente serio—. No hay segundas oportunidades.

—Nunca las hay —murmuró ella, sin apartar la mirada de Henry.

Mientras la tensión en el almacén alcanzaba su punto máximo, los pensamientos de Helena giraban en torno a la misión que tenía por delante y las implicaciones de sus acciones. Cada paso que daba la acercaba más al momento decisivo.

Henry observó la salida de Helena con una sonrisa oscura, mientras Charles y Dunn intercambiaban miradas de preocupación.

—Si falla, estamos perdidos —dijo Charles, rompiendo el silencio.

—No fallará —respondió Henry con frialdad—. Porque sabe que, si lo hace, no habrá lugar en el mundo donde pueda esconderse.

Capítulo 35



El conductor dejó a Helena alejada del apartamento de Nolan. Debían hacerlo por precaución. Mientras caminaba por la calle, sintió una mezcla de nerviosismo y dolor en su pecho. Su mente no podía dejar de repasar los eventos recientes y el plan que debía seguir. Henry había sido brutal con ella, no solo física sino también psicológicamente. Sus golpes no solo habían dejado marcas en su cuerpo, sino también cicatrices en su alma. Helena sabía que su papel en este juego era peligroso y que cualquier error podría costarle la vida.

La venganza era su motor. Cada acción que tomaba estaba impulsada por el deseo de ver a Henry caer, de destruir todo lo que él representaba. Sin embargo, alejarse de Nolan era un dolor que nunca había anticipado. Él era su refugio en medio de la tormenta, el único lugar donde podía ser ella misma, lejos de las máscaras y las mentiras.

La idea de tener que sedarlo para protegerlo la consumía por dentro. Sabía que debía hacerlo para mantenerlo a salvo, pero la culpa y la tristeza la devoraban. Cada vez que pensaba en el momento en que tendría que dejarlo, su corazón se rompía un poco más. Nolan no merecía estar atrapado en su mundo de caos y violencia, y eso solo hacía que su determinación de cuidarlo fuera más fuerte.

Cuando se colocó frente a la puerta del apartamento, tomó una respiración profunda y metió las llaves. Al entrar, encontró a Nolan sentado en el sofá, leyendo un periódico. Al verla, él dejó caer el noticiario al suelo y su rostro mostró inmediatamente preocupación.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó evaluando la herida.

Helena se tomó un momento para pensar en una excusa creíble.

—Un niño subió a un árbol y, al ayudarlo a bajar, me golpeó accidentalmente con el codo —dijo, intentando sonreír para restarle importancia al incidente.

Nolan la observó con atención, su preocupación no disminuía, pero decidió no insistir. Con suavidad, la tomó del brazo y la guio hacia el baño. Allí, con movimientos delicados, limpió la sangre seca y aplicó un ungüento en el corte. Helena notó la concentración en su rostro y no pudo evitar sentirse conmovida por la ternura que mostraba.

—Deberías tener más cuidado —murmuró él, su voz cargada de intranquilidad.

—Lo intentaré —respondió ella con una leve sonrisa.

Nolan, sin soltarla, mantuvo sus ojos fijos en los de ella. En su mirada, Helena vio el amor y la inquietud que él sentía por ella. Se inclinó y la besó muy suave en los labios, un gesto lleno de cariño y cuidado. Helena cerró los ojos y aguantó las lágrimas que querían brotar tras recordar que aquella tarde sería la última para ellos.

—Vamos, te prepararé algo de cenar —dijo cogiéndola de la mano para llevarla hasta el salón.

—No —respondió ella tirando de él.

—¿No? —espetó Baker confuso.

—Ahora mismo me apetece otra cosa —declaró antes de besarlo con pasión.

A pesar de que el labio le dolía horrores, continuó besándolo hasta que él se rindió al deseo. Se aferró a su cuello y saltó, para enredar sus piernas en la cintura.

—Samantha… —murmuró él.

—Me apetece ahora… ¡ya! —le respondió mirándolo ansiosa.

Baker olvidó la cena. Sin dejar de besarla, la llevó hasta el dormitorio y la depositó suavemente en el colchón, pero cuando pensaba en actuar con delicadeza, Helena rasgó su camisa con las uñas, haciendo que los botones saltaran por la habitación.

—Parece que hoy mi amor está salvaje —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mucho —respondió ella, colocando las manos en el botón del pantalón para arrancárselo también.

La pasión estalló entre ellos. Los movimientos eran urgentes, cargados de deseo y una necesidad casi primitiva de conectarse. Mientras él se quitaba el resto de la ropa, Helena hacía lo mismo. Cuando estuvieron desnudos, las manos de ambos recorrían la piel del otro, memorizando cada curva, cada detalle.

—Te quiero, Nolan. Te quiero tanto, que doy mi vida por la tuya —dijo.

Baker la miró y luego la besó. En ese momento, no intuyó la veracidad de las

palabras de su amada: Samantha para él, Helena para quienes la conocían de verdad. Las uñas de ella recorrieron la espalda de Nolan, arañándolo, marcándolo. Quería dejarle cicatrices para que no la olvidara nunca. Aquel gesto violento y apasionado lo endureció aún más. Sus labios se encontraron en besos ardientes, mientras sus cuerpos se unían con una fuerza y una pasión que ambos sabían que podía ser la última.

Nolan deslizó sus manos por las caderas de Helena, levantándola ligeramente para acercarla más a él. Cada caricia era una mezcla de suavidad y fuerza, cada beso un testimonio de su amor y su desesperación. La intensidad de sus movimientos aumentó, y Helena sintió una mezcla de placer y tristeza. Quería grabar en su memoria cada sensación: el contacto de su piel, el sonido de su respiración entrecortada, el ritmo acelerado de sus corazones latiendo al unísono.

Sus cuerpos se movían al compás, guiados por una urgencia mutua. Baker la sostuvo con firmeza, sus movimientos se volvieron más rápidos y decididos. Helena respondió con igual fervor, sus gemidos se mezclaban con los de él, creando una sinfonía de pasión.

—Te amo —susurró el muchacho, su voz apenas audible.

Helena no le respondió, solo lo miró a los ojos para confirmar que sus palabras eran reales. Y lo eran. La pasión entre ellos alcanzó su clímax, sus cuerpos temblando con la intensidad del momento. Ella sintió que el mundo se desvanecía a su alrededor, dejándolos solos en su burbuja de amor y dolor. Mientras sus cuerpos se relajaban, Helena se aferró a Nolan, deseando detener el tiempo, aunque fuera por un instante más.

Cuando la intensidad disminuyó, Helena se levantó lentamente y se dirigió a la cocina. Llenó un vaso con agua fría y añadió una pastilla de fenobarbital, un potente sedante conocido por su rápida eficacia. Volvió al dormitorio con el vaso en la mano y se lo ofreció. Él, confiado, lo tomó sin dudar y se recostó en la cama, abriendo los brazos para que se colocara entre ellos. Con una enorme sonrisa, Helena aceptó su invitación. Se recostó y dejó que aquel fuerte cuerpo le ofreciera el calor y la protección que necesitaba.

—Samantha… —murmuró cuando el sueño lo estaba venciendo—. Te quiero.

—Yo te quiero más —dijo, escuchando cómo el corazón de Nolan se calmaba.

Cuando oyó la respiración honda y regular, señal de que se había dormido profundamente, Helena se levantó con cuidado. Se vistió sin perder el tiempo, cada movimiento calculado para no hacer ruido. Se inclinó sobre él y depositó un suave beso en la boca.

—Lo único que puedo agradecerle a ese bastardo de Henry es el hecho de haberte conocido. Nolan Baker, gracias por enseñarme qué es el amor y gracias por haberme dado durante todo este tiempo aquello que no tuve desde la muerte de mi padre —le susurró al oído.

Con el corazón pesado pero la mente enfocada en su misión, Helena salió del apartamento y se dirigió al club The Blue Sky.

Capítulo 36



Frank Stilmet estaba sentado frente a la barra del club The Blue Sky, observando el vaso de *whisky* en su mano. La luz tenue del lugar, combinada con el humo de los cigarrillos, creaba una atmósfera opresiva pero curiosamente relajante para él. El murmullo de las conversaciones y el suave *jazz* de fondo apenas penetraban su concentración. Sabía que su pesadilla pronto acabaría. No solo conseguiría descubrir quién había matado a su esposa e hijo, sino que también lograría meter entre rejas a Charles Dunn y a Henry Anderson. Apretó la mandíbula al recordar todos los consejos que le dio su padre cuando hablaban de su antiguo compañero y su insistencia en hacerle comprender que no era buena persona. Él no podía aceptar aquella opinión porque le resultaba ilógico que un buen policía atravesara la línea. ¿Cuándo la sobrepasó?

Mirando el humo de su cigarro, que hacía una espiral gris hacia el techo del club, hizo memoria de cuándo pudo su amigo corromperse. El caso Stelleno fue lo primero que le vino a la mente. Si no recordaba mal, envió a Charles hacia la zona en la que la niña saltó por la ventana. Continuó expresando calma, aunque por dentro su alma chillaba y maldecía por la confianza ciega que tenía en su camarada. Cuando le dijo que no había nadie en la habitación, lo creyó. Cuando le dijo que la niña saltó por la ventana porque estaba asustada y no lo había reconocido, lo creyó. Cuando le dijo que debía asistir a la fiesta del señor Baker porque necesitaba apoyo, lo creyó. ¡Creyó tantas mentiras! Por suerte, en sus últimas horas de vida, estaba comprendiendo todo y, si conseguían atraparlos, todos pagarían por sus crímenes.

Se giró sobre las suelas de sus zapatos y bebió el último sorbo de *whisky*. Levantó la mano y el camarero se lo volvió a llenar. Observando aquel líquido amarillento, sonrió por la ironía de la vida. Todos los agentes de policía estaban involucrados en la trama de Dunn y Anderson y no solo había tenido que pedir ayuda a sus colegas de Washington, sino también a dos familias grandes de la mafia. En los tiempos en los que lucía una placa sobre el pecho, ni

siquiera hubiera pensado en entablar una relación con los Santoro o los Bianchi, salvo para meterlos entre rejas. Ahora ellos le iban a ayudar a vengar la muerte de su esposa, hijo y padre. Respiró profundo al recordar la promesa de Rossi. Le había prometido que cuidaría de su madre cuando él no estuviera y, por suerte, John cumpliría su palabra. Sabía que su muerte le causaría un gran dolor a la *mamma*, pero no le cabía ninguna duda de que el sufrimiento se iría mitigando al ser consciente de que su hijo al fin podría descansar en paz y que tenía una nieta en casa de los Santoro.

Cogió otro cigarro y se lo encendió al tiempo que recordó aquel momento con Isabella. A pesar de que fue extorsionada por Baker, motivo por el que Rossi lo torturó hasta la muerte, él estaba agradecido por haberla amado aquella tarde. Gracias a ese momento, había una pequeña Stilmet en el mundo, aunque siempre luciría el apellido Rossi detrás de su nombre. Pero en cuanto su madre viese aquella peca detrás de la oreja de la niña, lloraría de felicidad al comprender que, aunque fuera un secreto que jamás sería revelado, tenía una nieta y ella se convertiría en la razón por la que seguir viviendo.

Soltó todo el humo de sus pulmones al ver cómo la puerta de atrás se abría. Al fin llegaba la mujer que había esperado durante tanto tiempo. ¿Cómo sería? ¿Le contaría por qué mató a su familia? Con calma, se giró hacia el lugar por donde aparecería Helena. En el momento que se presentó ante él, su corazón latió acelerado al descubrir de quién se trataba.

—¡Imposible! —susurró con asombro.

No podía ser verdad. Algo debía estar mal porque la novia del cadete Baker no podía ser la persona que buscaba. Sin embargo, cambió de opinión cuando ella lo miró y le sonrió.

—Buenas tardes, detective, ¿me estaba esperando? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja al acercarse.

—Buenas tardes, Helena. Sí —contestó pensando en cómo se tomaría el agente la traición de aquella mujer y qué actitud adoptaría cuando supiera que había sido utilizado. «Aprenderá de sus errores», pensó.

—¿Necesitas que te saque un arma para obligarte a salir de aquí o vienes sin presión? —le susurró ella al oído.

—Iré donde tú quieras llevarme si me respondes a la pregunta que quiero hacerte desde que encontré a mi esposa e hijo muertos.

—¿Qué pregunta? —dijo Helena retirándose lentamente de él para mirarlo a los ojos.

—¿Por qué hiciste eso? —espetó Frank con aparente calma.

—Lo hice porque debías entender qué se siente al perder lo que más se quiere. ¿Alguna otra cosa más?

Frank negó con la cabeza. Se giró hacia el camarero, sacó la cartera de su bolsillo, la abrió, cogió todo el dinero que tenía, lo dejó sobre el mostrador y luego se volvió hacia ella.

—Adelante, soy todo tuyo.

Helena lo tomó del brazo y lo guio hacia la salida trasera del club. La oscuridad de la noche los envolvía, y el aire fresco contrastaba con la atmósfera cargada del interior. Frank sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral al pensar en lo que le esperaba. Cada paso que daba junto a Helena era una mezcla de resolución y desesperación. Observó las sombras que se alargaban bajo la tenue luz de los faroles, preguntándose si después de todo encontraría paz. Pero ahora, con Helena al mando, la venganza y la justicia eran sus únicas certezas.

Capítulo 37



Angelo Santoro, John Rossi y Luccio Bianchi estaban en el despacho, inmersos en un silencio tenso, esperando la señal para actuar. Habían decidido permanecer allí hasta que fueran avisados para dar el siguiente paso. A pesar de todos los inconvenientes que habían vivido las últimas tres semanas, desde la última reunión que tuvieron, habían avanzado mucho en el plan de atrapar a Dunn y Anderson. Solo esperaban que el asunto finalizara tal como había ideado Stilmet, quien saldría el peor parado de todos. Sin embargo, su decisión a convertirse en el señuelo fue tan contundente, que ninguno le hizo cambiar de opinión. Estaba dispuesto a sacrificarse por lograr justicia.

Angelo, sentado en el asiento de su padre, tamborileaba los dedos sobre la superficie de madera, impaciente por tener a Henry en sus manos. Su rostro, normalmente imperturbable, mostraba signos de tensión: una leve arruga en el entrecejo y una rigidez en la mandíbula. No solo quería hacerle pagar todos los inconvenientes que había causado a la familia desde que adquirió el lugar de Julian, sino también todo el dolor que había infligido a Priscila. Al fin, esa noche se acabaría todo y podría vivir con ella tal como habían deseado desde que se conocieron. Santoro tomó una profunda calada de su cigarro, el humo se elevó lentamente hacia el techo, añadiendo un matiz más sombrío a la atmósfera.

Miró a su hermano John y sonrió. Por el movimiento nervioso de su pie derecho, podía jurar que estaba tan desesperado como él. Aunque su motivo era uno bien diferente. Rossi quería atrapar a Charles y destrozarle la cara a puñetazos. De esta forma, jamás mencionaría el nombre de su esposa. Fue él quien le dijo a Julian que estaban juntos y fue él el causante de que Isabella sufriera extorsionada por Baker. La rabia le quemaba por dentro, pero sabía que debía mantener la calma para ejecutar el plan con precisión. Era la única forma de asegurarse de que Dunn pagara por sus crímenes y que su familia estuviera finalmente a salvo. Exhaló el humo, observando cómo se disipaba en el aire, llevándose consigo una fracción de su furia contenida.

Angelo miró a Bianchi, quien parecía más inquieto que de costumbre. Cada ruido que se escuchaba, él giraba la cabeza hacia la puerta como si estuviera esperando a alguien. Sus ojos se movían con nerviosismo de un lado a otro, reflejando la prisa e inquietud. ¿Tanta prisa tenía para vengar la muerte de su hermano? Si había sido la tal Helena, en vez de permitir que Frank se marchara con la mujer para averiguar el paradero en el que se reunían Dunn y Anderson, él debía haber estado merodeando el club y actuar en el momento justo. Sin embargo, decidió quedarse con ellos en la residencia Santoro.

Luccio sentía una mezcla de ansiedad y determinación. La muerte de su hermano había sido un golpe devastador y la oportunidad de ajustar cuentas era lo único que le mantenía en pie. Sin embargo, había algo más que lo inquietaba. Desde su encuentro con Sarha, la hermana de Angelo, había sentido una conexión inexplicable, una chispa que no podía ignorar. A pesar de que su mente debía estar enfocada en la misión, no podía evitar que sus pensamientos se desviaran hacia ella. Dio una última calada a su cigarro y lo apagó en el cenicero. No debía pensar en cosas que no podía alcanzar, porque la muchacha era un imposible. No solo por la diferencia de edad, sino también porque no debía olvidar que era una Santoro y ambas familias solo se habían unido para solucionar la muerte de Giovanni. Una vez que el asunto concluyera, él debía regresar con los suyos y continuar con su vida. Sin embargo, Luccio era consciente de que habría un antes y un después de verla.

En el momento en el que John se había levantado de su asiento y pretendía mencionar lo que había pensado, la puerta del despacho se abrió de golpe y Thomas Mancini irrumpió, sin aliento y con el rostro desencajado. Su cabello estaba desordenado y tenía los ojos muy abiertos, llenos de pánico.

—¡Angelo! —exclamó, tratando de recuperar el aliento—. Frank se ha marchado con una mujer.

—Eso es lo que teníamos pensado —dijo Rossi.

—Cierto, pero… ¿a qué no sabéis quién es? —preguntó Mancini mirando a los tres. Al no tener respuesta, añadió—: Es la novia de Nolan Baker.

La noticia cayó como un balde de agua fría. El desasosiego en el rostro de Santoro se intensificó. Si Helena era la cruel asesina que andaban buscando, ¿qué había pasado con su cuñado? La tensión en la habitación aumentó, y todos los presentes compartieron una mirada de desconcierto y alarma.

—¿Y Nolan? —preguntó Angelo, su voz firme pero cargada de preocupación.

—No hemos tenido noticias de él —respondió Thomas, con un tono de desesperación

—. Tememos lo peor.

Santoro asintió, tomando una decisión rápida. Sus ojos brillaban con una mezcla de determinación y urgencia.

—Ir vosotros juntos al lugar donde Helena tiene retenido a Frank. Yo me dirigiré al apartamento de Nolan y comprobaré si sigue vivo.

—¿Estás seguro? —dijo Rossi sintiendo la inquietud de su hermano.

—Sí. Necesito averiguar qué le ha hecho para que no sea demasiado tarde. Priscila no podrá soportar una muerte más —declaró Santoro con decisión.

—De acuerdo —confirmó John cogiendo su arma.

Todos salieron del despacho y se dirigieron hacia los coches. Bianchi, con el corazón acelerado, salió del hogar de los Santoro echando un último vistazo a su alrededor. La esperanza de encontrársela estaba desapareciendo cuando una figura apareció por la entrada. Se quedó parado, con la puerta del vehículo abierta y con Rossi esperándolo en su interior. La muchacha lo vio y durante el breve tiempo que ambos se miraron su corazón latió muy deprisa. Aguantó las ganas de correr hacia ella, de cogerle la mano y confesarle que, desde que la conoció, no dejaba de pensar en el momento en el que permanecieron juntos. No era buena idea.

—Hola, Sarha, y adiós —murmuró para sí mismo antes de subir al vehículo, sintiendo cómo todo su ser protestaba al no llevar a cabo lo que tanto deseaba.

El grupo se dividió en dos autos: Angelo y sus hombres hacia el apartamento de Nolan, Rossi, Luccio y los agentes que habían venido de Washington para ayudar a Frank, hacia el lugar donde Helena lo tenía retenido.



Llegaron al apartamento de Nolan. El edificio, un lujoso bloque de apartamentos en el centro de la ciudad, estaba en silencio, con una atmósfera inquietante que presagiaba el peligro inminente. Recordando las instrucciones de Priscila, Santoro se dirigió al cuadro en el descansillo, una obra moderna abstracta, y encontró la llave escondida detrás de él. Con un

movimiento rápido, abrió la puerta y entraron en el apartamento.

El interior estaba perfectamente ordenado, reflejando la meticulosidad de Baker. Cada mueble estaba en su lugar, y la decoración moderna contrastaba con la tensión del momento. El aire tenía un olor a lavanda, lo más seguro que fuera de algún difusor de aroma que Nolan había comprado.

Buscaron en varias habitaciones, moviéndose con cautela y en silencio. Los sonidos de sus pasos resonaban en el parqué, añadiendo una inquietante sensación de urgencia. Finalmente, encontraron a Nolan desnudo sobre la cama, inconsciente. La luz del atardecer se filtraba a través de las cortinas, bañando la habitación en un resplandor dorado. Angelo frunció el ceño y ordenó a uno de sus hombres que trajera un vaso de agua. Al recibir el vaso, Santoro vertió el agua sobre el rostro de su cuñado, observando cómo las gotas caían por su frente y su rostro se contraía por el frío.

—¡Joder! ¿Quién coño me...? —gritó Nolan al despertarse, incorporándose de un salto.

Al ver a Santoro y sus hombres, la confusión se convirtió en desafío. Las risas, al mostrarse el joven de aquella manera, resonaban en la habitación.

—No creo que sea el momento de discutir, cuñado —dijo señalándole sus partes íntimas. Nolan giró y tiró de la sábana para cubrirse mejor.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Dónde está Samantha? —preguntó, comenzando a recordar lentamente.

—Tu amada no se llama Samantha, sino Helena y ahora mismo debe de estar en alguna parte de esta maldita ciudad torturando a Frank —dijo con seriedad, su voz firme y cargada de preocupación.

—¿Qué coño dices, Santoro? —espetó Baker, su confusión mezclada con ira.

A pesar de saber que su hermana vivía un romance con Angelo, no era capaz de hablarle con familiaridad porque en el fondo su verdadero cuñado era Henry Anderson.

—Si quieres saber todo lo que hemos descubierto, vístete y ven conmigo. Pero tienes que estar preparado para enfrentarte a la verdad —dijo Santoro mirándole por encima del hombro, sus ojos reflejando la gravedad de la situación.

—¿Qué verdad? —preguntó Nolan con los ojos entornados, su mente tratando de procesar la avalancha de información.

—Que todo lo que has vivido hasta el momento era falso —respondió, dejando que

sus palabras calaran en el desconcertado muchacho.

Baker se vistió rápidamente, su mente llena de preguntas y su corazón latiendo con fuerza. La revelación había sembrado la semilla de la duda y, aunque quería resistirse, una parte de él sabía que Santoro no mentía. Se acercó a Angelo, su mirada desafiante pero vulnerable al mismo tiempo.

—Estoy listo. Llévame a donde quieras, pero más vale que tengas razón en todo esto, Santoro —le advirtió con voz firme a pesar de la incertidumbre que sentía.

Angelo asintió y, sin decir una palabra más, salió del apartamento con Nolan a su lado. Sus hombres los siguieron, asegurándose de que nadie los estuviera vigilando. Subieron al coche y se dirigieron hacia su destino, preparados para enfrentarse a cualquier desafío que se presentara en el camino.

El silencio era tenso, roto solo por el ruido del motor y el crujido ocasional del cuero bajo los cuerpos inquietos de los pasajeros. Baker observaba a Santoro de reojo, intentando descifrar sus pensamientos, pero el rostro del mafioso era una máscara impenetrable. La mente del muchacho, en cambio, era un torbellino de dudas y sospechas.

—¿Por qué demonios habría de creer todo esto? —murmuró Nolan, más para sí mismo que para Santoro.

Santoro, sin desviar la vista del camino, metió la mano en el bolsillo y le lanzó un frasco.

—¿Qué es eso, Baker? —le preguntó.

Baker observó el frasco y cuando supo lo que era, lo levantó hacia el rostro de Angelo.

—¿Qué piensas hacer? —tronó.

—Yo no he hecho nada, ha sido tu querida Samantha. Lo ha encontrado uno de mis hombres en tu cocina. Al parecer, faltan dos pastillas que serán las mismas que ella te ha dado para que te duermas. Mucho me temo que quería dejarte a un lado para que no interrumpieras su gran proeza.

—¡Imposible! —gritó Baker lanzando el frasco al suelo—. ¡Samantha no es la mujer que dices!

—Aunque te cueste aceptarlo, sabes que hay algo que no cuadra. Tus instintos te lo dicen. Helena no es quien dice ser. Ella fue la asesina de la esposa de Frank y de su hijo. Por lo visto, también es la causante de las muertes de los vagabundos y... ni puedo imaginar qué le

estará haciendo ahora al detective.

Baker cerró los ojos, dejándose llevar por un momento de introspección. Los recuerdos de Samantha, ahora Helena, pasaban por su mente, y con cada uno de ellos no indicaban nada de lo que mencionaba Santoro. Su amada era una mujer risueña, cariñosa, tierna y no era capaz de matar ni una mosca. ¿Cómo iba a ser la asesina más despiadada de la historia?

—Si todo esto es verdad, no solo Helena pagará por esto. Quiero saber quién más está involucrado y por qué —dijo, pero con la esperanza de que nada fuera cierto.

Santoro asintió, reconociendo la batalla mental que su cuñado estaba viviendo al tener que enfrentarse a la verdad.

—Lo sabrás. Y cuando todo esto termine, se hará justicia.

El coche se deslizó por las calles vacías, acercándose cada vez más al lugar donde se resolverían muchas de las incógnitas que habían atormentado a los personajes. La confrontación final estaba cerca, y con ella, la oportunidad de desentrañar la maraña de mentiras y traiciones que había envuelto sus vidas.

Capítulo 38



El almacén estaba oscuro y desolado, con solo un par de lámparas colgando del techo, proyectando sombras inquietantes en las paredes de concreto. El lugar tenía una atmósfera cargada de desesperación y dolor, un escenario perfecto para la venganza que Helena estaba a punto de ejecutar. El aire estaba impregnado de un olor metálico a óxido y humedad, mientras el eco de las gotas de agua que caían de una tubería rota añadía una inquietante banda sonora a la escena.

Frank Stilmet estaba atado en cruz a dos postes de madera, completamente sumiso, con la mirada fija en el suelo, esperando lo inevitable. La madera, áspera y llena de astillas, se clavaba en su espalda desnuda, intensificando su incomodidad.

Helena se acercó muy despacio, sus tacones resonando en el silencio del almacén. En sus ojos había una mezcla de satisfacción y odio, un fuego que no se apagaba. Llevaba un conjunto negro ajustado que acentuaba su figura esbelta y su presencia intimidante. En la mesa cercana, una colección de instrumentos de tortura relucía bajo la luz tenue, listas para ser usadas. Esta estaba llena de cuchillos, pinzas y otros objetos afilados que reflejaban la luz de las lámparas, creando un espectáculo macabro.

—En algún momento perderás la sonrisa —dijo Helena, asestando otro golpe sobre el cuerpo desnudo de Frank.

—¿Eso crees? —se burló el detective, su voz cargada de una valentía desafiante.

Helena sonrió, disfrutando del poder que tenía sobre él. Cogió una de las hojas afiladas que tenía en la mesa y se acercó hacia su víctima. Sus ojos estaban llenos de odio, pero su rostro mostraba una satisfacción incalculable. Agarró la melena del hombre y tiró hacia atrás, colocó la navaja sobre el cuello y presionó con la fuerza justa para que el detective notara cómo se cortaba su piel. Sin dejar de oprimir el frío metal sobre la carne, continuó hablando muy

bajito.

—Ella rogaba por su vida y por la de tu hijo.

Frank tensó su cuerpo y eliminó la sonrisa de su cara. El dolor físico era soportable comparado con el tormento mental que esas palabras le infligían.

—Al principio dudé qué hacer con tu hijo. Tanto me suplicaba por ese mocoso que, por unos instantes, hasta sentí piedad. Pero... ¿quién tuvo piedad de mí? ¿Quién evitó mi tragedia a pesar de mi llanto? ¡Nadie! Así que finalmente callé el llanto de tu hijo delante de tu querida esposa y luego... bueno, con ella me divertí un poco más —se carcajeó.

Frank sintió como si su corazón se rompiera en mil pedazos. Las imágenes de Fabia y Alexander inundaron su mente. Fabia, siempre tan fuerte y valiente, y Alexander, su pequeño e inocente hijo. El pensamiento de sus últimos momentos juntos, llenos de terror y dolor, lo consumió.

—¿Cómo pudiste hacerles daño? —Frank agitó las manos para liberarse, pero le resultó imposible. Alzó la mirada hacia la joven y esperó una respuesta. Aquella que llevaba tiempo esperando.

—Tú me hiciste daño y yo te lo hice a ti —seguía susurrando Helena, con una voz tan fría como el metal en sus manos.

—¿Yo? ¿Cuándo te he hecho daño? ¡Dime! ¿Cuándo?

—No me recuerdas... ¡lógico! He cambiado un poco —Helena bajó despacio la hoja afilada hasta llegar al abdomen del hombre. Clavó la punta y alzó la mirada—. Soy la hija de Benjamin Rowentter.

Frank no respondió, pero sí se acordaba de él. Rowentter fue una víctima asesinada después de realizar una emboscada. Él se había presentado un día en comisaría hablando sobre las desapariciones de niñas y ofreció el paradero de algunas de ellas. Baker y Dunn lo silenciaron brutalmente.

—Tu padre fue un buen hombre.

—Mi padre fue el mejor hombre —le rectificó Helena, con la voz temblorosa de emoción.

Frank intentó hablar, pero Helena lo golpeó en el rostro, haciendo que su cabeza se inclinara hacia un lado.

—No te preocupes, pronto te reunirás con los tuyos.

En ese momento, la puerta del almacén se abrió de golpe, y Charles Dunn entró con una expresión de disgusto en su rostro.

—¿Por qué no lo has matado ya? —espetó, mirando a Helena.

—Debe pagar por todo lo que le hizo a mi padre —respondió Helena con frialdad.

Frank levantó la cabeza con dificultad, el dolor ya era casi insoportable.

—Tu padre... —dijo Frank, apenas audible—. Tenía la intención de ayudarme...

Dunn, sintiendo el peligro que representaba la verdad, tomó una de las navajas de Helena y, sin pensarlo dos veces, se la clavó en el estómago. La sangre brotó, Frank gritó y se retorció de dolor.

—¿Por qué has hecho eso? —chilló Helena, furiosa, mientras le ponía un cuchillo en la garganta a Dunn.

Frank sonrió, aunque su vida se estaba escapando rápidamente.

—No quiere que te cuente... que fue él quien mató a tu padre. Quiso silenciarlo porque iba a ser el único testigo del caso Stelleno... y ese bastardo debía eliminar a quien podía involucrarlo —dijo Frank con dificultad, cada palabra un esfuerzo titánico.

Helena miró a Dunn y descubrió en sus ojos el miedo al ser descubierto. Los últimos años había ayudado a los asesinos de su padre y había matado a quienes quisieron salvarlo. La ira y la traición se mezclaron en su corazón, y en un instante, sin dudarlo, le rajó la garganta. La sangre manchó su mano, pero no se detuvo a pensarlo.

En ese instante, la entada del almacén se abrió de nuevo y una voz familiar gritó su nombre.

—¡Helena!

Ella se giró, horrorizada al ver a Nolan, apuntándola con un arma, con lágrimas en los ojos.

—¡Ríndete, Helena! —le gritó, su voz quebrada por la emoción.

La mirada de Helena se encontró con la de Baker, y por un momento, el tiempo pareció detenerse. La realidad de sus acciones, la sangre en sus manos, y el hombre al que alguna vez amó apuntándole con un arma, todo se juntó en una tormenta de emociones. También recordó los momentos en los que ellos permanecieron sentados en el sillón, abrazados, hablando del futuro que tendrían juntos. Las risas, las caricias, la pasión, los te quiero que se habían dicho…

—Nolan... —dijo Helena, su voz temblando por primera vez en esa noche—. Siento haberte engañado. No tuve otra opción. Aunque te prometo que todo lo que viví contigo fue real.

Baker dio un paso hacia adelante, sus manos temblando mientras sostenía el arma. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero también de una determinación feroz porque, ante todo, era un agente que debía luchar contra el mal.

—Helena, por favor, deja el cuchillo —suplicó Baker—. Te prometo que todo va a ir bien. Buscarás un buen abogado y…

Helena sabía que aquello era mentira. No encontraría nada para ella. Su fin estaba escrito.

—Helena... —susurró Frank—. Haz lo que te pide, todavía tienes una oportunidad.

Helena miró a Frank, su expresión se suavizó por un breve segundo. Pero el odio en su corazón aún ardía intensamente. Levantó el cuchillo una vez más y miró a quien le había enseñado lo que significaba el amor verdadero.

—Te quiero, Nolan. —Luego, con un movimiento rápido, agarró fuertemente el cuchillo y se lo clavó en el corazón.

Baker gritó de horror y dolor mientras corría hacia ella, tratando de detenerla, pero era demasiado tarde. Helena cayó al suelo, su vida escapándose con rapidez. La sostuvo en sus brazos, llorando con amargura mientras ella intentaba aguantar un poco más.

—No... Helena, por favor... Te quiero, nena. Te quiero —sollozó, sosteniéndola con fuerza.

Ella le dedicó una última mirada antes de fallecer. Él la abrazó, sintiendo una mezcla de amor y odio, desolado por su pérdida y la traición.

—Cadete… —susurró Frank que apreció en el rostro de Baker el dolor que él había tenido cuando halló el cuerpo sin vida de su esposa.

Nolan depositó con cuidado a Helena en el suelo y se giró hacia el detective.

—¡Vamos, Stilmet, tienes que vivir! —le dijo mientras lo liberaba.

Frank, sabiendo que su tiempo se acababa, trató de enfocar su mirada en el joven.

—Cadete Baker, tienes que hacerme una promesa —dijo Frank cuando el muchacho, al ver que no tenía fuerzas para mantenerse en pie, lo cogió y ambos se quedaron de rodillas en el suelo.

—Dime, Frank. —La voz del joven estaba cargada de impaciencia y esperanza.

—Prométeme que serás un buen agente y que aniquilarás todas las ratas que hay dentro del cuerpo —le pidió con su voz apenas susurrando.

—Tú me ayudarás. Los dos haremos esa limpieza —insistió sin rendirse a que muriese Frank.

El detective negó con la cabeza, sabiendo que apenas le quedaban unos minutos de vida.

—Mi tiempo aquí ha terminado. Quiero estar con mi esposa, con mi hijo y con mi padre —contestó con dificultad—. Pero antes de reunirme con ellos tienes que jurarme que encontrarás a Anderson e impartirás justicia.

—Te lo prometo, Frank —dijo, su voz quebrada por la emoción.

Stilmet sonrió débilmente, sabiendo que había hecho todo lo posible para asegurar un futuro mejor. Con una última exhalación, murió en los brazos de Baker, quien se quedó allí, sosteniendo a un hombre que había sacrificado todo por la justicia.

En el exterior del almacén, la tensión era palpable. Los hombres de las dos familias de mafiosos, junto con los agentes de policía de Washington, rodeaban el lugar, preparados para la redada final. El sonido de las sirenas y las órdenes a gritos llenaban el aire.

De repente, los agentes irrumpieron en el almacén, armas en mano, asegurándose de neutralizar cualquier amenaza que encontraran. Los hombres de las familias se movían con precisión, cubriendo cada rincón del lugar.

Uno de los policías de Washington, el Capitán Reynolds, llegó a la escena donde Nolan sostenía a Frank. Sus ojos se abrieron de par en par al ver la devastadora escena.

—¡Tenemos a los sospechosos! —gritó uno de los agentes, señalando a los cuerpos de Helena y Charles Dunn.

—¡Necesitamos una ambulancia aquí! —tronó Reynolds.

Baker, todavía sosteniendo el cuerpo sin vida de Frank, miró al capitán.

—Es tarde... él se ha ido —dijo con dolor.

Reynolds se arrodilló junto a Baker, colocando una mano en su hombro en un gesto de consuelo.

—Lo siento, hijo. Pero es lo mejor que le ha ocurrido desde hace mucho tiempo. No solo ha descubierto quién mató a su familia, sino que también nos ha ayudado a descubrir quién operaba bajo las sombras —comentó Reynolds suavemente.

—Aunque nunca lo admitió, siempre fue un héroe —expresó Baker recordando el primer día que se encontraron.

Los agentes continuaron asegurando el almacén, encontrando más pruebas y deteniendo a cualquier cómplice que encontraran. Mientras sacaban los cuerpos de la nave, Nolan se quedó mirando el cuerpo sin vida de Helena. A pesar de ser una asesina, también fue una víctima de toda la red criminal que había comenzado su padre. ¿Cuándo finalizaría aquella pesadilla? Saliendo al exterior, con las manos manchadas de la sangre de Stilmet, se juró que cumpliría la promesa y haría de su ciudad un lugar mejor.

—¡Aquí no está Anderson! —clamó Rossi que, junto con Angelo y Bianchi, habían ayudado a la policía a atrapar a los hombres de Dunn y Henry.

—¿Dónde diablos se habrá metido? —intervino Reynolds.

En ese momento, un coche policial se dirigió hacia ellos como si quisiera atropellarlos. En un segundo, el conductor giró e hizo que sus ruedas rechinaran sobre el asfalto.

—¡Señor! —dijo uno de los agentes que salió a toda velocidad del interior—. Ha habido un incendio en el hogar del difunto Julian Baker.

—¡Priscila! —gritó Angelo como si le acabaran de arrancar el corazón.

—¡Vamos! —ordenó Reynolds a los hombres que estaban libres.

Más de quince coches abandonaron aquel lugar. Solo uno de ellos se dirigió hacia la vivienda donde Santoro mantenía protegida a su mujer.

Capítulo 39



Henry Anderson estaba en su despacho, revisando los documentos y el dinero que había reunido. La llamada que recibió la noche anterior le había alertado sobre la inminente redada. Sabía que tenía poco tiempo para escapar antes de que lo atraparan. Con cada segundo que pasaba, su desesperación aumentaba.

Reuniendo rápidamente sus pertenencias más importantes, Anderson se detuvo por un momento, pensando en todos aquellos que había traicionado y manipulado para llegar hasta aquí. Cada rostro, cada vida destrozada por sus acciones, pasaba por su mente en una procesión macabra. Sin embargo, no había tiempo para reflexionar sobre el pasado; su único objetivo ahora era escapar.

Su contacto en la policía, un oficial corrupto llamado Michael Sullivan, había sido claro: «Te vienen a buscar, Henry. Tienes que desaparecer». Anderson no necesitaba más avisos. Guardó el dinero en una maleta y tomó su pasaporte falso, documentos que le habían costado una fortuna pero que ahora parecían una inversión invaluable.

Antes de marcharse, Anderson se dirigió a la casa de su difunto suegro, Julian Baker. Sabía que los documentos y pruebas que podrían incriminarlo estaban escondidos allí. Con una fría determinación, roció gasolina por toda la casa y encendió un fósforo.

—Esto debería borrar cualquier rastro —dijo mientras observaba las llamas crecer y consumir la casa.

El fuego subió rápidamente, devorando cortinas y muebles, avanzando por los pasillos y habitaciones. El calor era intenso, y Anderson se quedó solo el tiempo suficiente para asegurarse de que el incendio fuera total.

Mientras las llamas se elevaban, reflejadas en sus ojos fríos, un vecino salió

corriendo, gritando por ayuda. Anderson no se detuvo a mirar; sabía que no podía perder más tiempo.

Al salir de la casa en llamas, Henry se dirigió hacia un coche estacionado en la oscuridad, protegido por dos hombres de confianza. Uno de ellos abrió la puerta y se inclinó ligeramente.

—Buenas noches, señor Anderson, ¿está usted listo? —preguntó el hombre, con voz firme.

—Sí —contestó, intentando mantener la calma.

—Nosotros nos hemos encargado del cuerpo —informó el segundo hombre.

Anderson asintió, sintiendo una mezcla de alivio e inquietud.

—¿Es cierto que se parece a mí? —preguntó, buscando confirmar que su plan estaba saliendo a la perfección.

—Sí, señor. Es exactamente igual que usted y le hemos puesto la alianza y sus ropas —respondió el hombre, asegurando la fidelidad del plan.

Henry miró el lugar donde anteriormente había estado su anillo. Nunca lo lució por amor o respeto hacia Priscila. El anillo representaba poder y control, algo que él no estaba dispuesto a perder.

—Bien —contestó, satisfecho con la respuesta.

Mientras se metía en el coche y se recostaba en el asiento trasero, Anderson no pudo evitar reflexionar sobre su situación. Había pasado años construyendo su imperio, usando y manipulando a todos sus conocidos. Ahora, todo eso parecía estar colapsando a su alrededor.

El coche arrancó y emprendió la marcha. Henry miró hacia la casa en llamas por última vez. Sabía que el fuego destruiría todas las pruebas y que el cuerpo que habían dejado sería identificado como el suyo. Sin embargo, no podía evitar sentir una punzada de duda. ¿Y si algo salía mal? ¿Y si el plan no funcionaba?

La suerte estaba de su lado. Conocía a personas influyentes, como su contacto americano, David Harper, un hombre con recursos y habilidades para ayudarlo a desaparecer sin dejar rastro.

—Gracias a ti, Harper, sigo siendo libre —murmuró Anderson para sí mismo, sintiendo una mezcla de gratitud y satisfacción.

El coche avanzaba por las calles oscuras, alejándose de la ciudad. Anderson se recostó en el asiento, cerrando los ojos por un momento. Imaginó su nueva vida, lejos de las persecuciones y el caos. Había preparado una identidad nueva: Thomas Barrett, un empresario de bienes raíces con una historia impecable.

Cada kilómetro que avanzaban lo alejaba más de su antigua vida. Pasaron por un control de carretera, y Anderson contuvo la respiración, pero los hombres que lo acompañaban mostraron identificaciones falsas, y el coche pasó sin problemas.

—Todo está saliendo según lo planeado —pensó Anderson, comenzando a relajarse.

Después de varias horas de viaje, el coche llegó a una casa aislada en las afueras. Era un lugar discreto, perfecto para esconderse mientras Harper organizaba su escape definitivo fuera del país.

—Estamos aquí, señor Anderson —dijo uno de los hombres, abriendo la puerta del coche.

Anderson salió, estirando las piernas. Miró a su alrededor, satisfecho con el escondite.

—Hemos hecho todos los arreglos necesarios. Harper llegará mañana para finalizar los detalles de su viaje —informó el hombre.

Henry asintió, entrando en la casa. Se sentó en una silla frente a una ventana, mirando la oscuridad exterior. Había escapado una vez más, y aunque sabía que no sería fácil, estaba decidido a seguir adelante, dejando atrás el caos que había creado.

Epílogo



Dos días después…

Gabriella:

El cielo estaba despejado, con un sol que brillaba intensamente, pero el aire estaba cargado de tristeza mientras la familia y los amigos se reunían en el cementerio para despedir a Frank Stilmet. El sonido de los pájaros cantando parecía discordante en medio de la solemnidad del momento.

Gabriella estaba de pie junto a la tumba, con los ojos llenos de lágrimas. Se apoyaba en Valeria Santoro, quien la sostenía con un brazo firme pero reconfortante. Los demás miembros de la familia Santoro y amigos cercanos formaban un círculo alrededor del féretro, todos vestidos de negro.

El sacerdote recitaba las últimas oraciones, su voz monótona se mezclaba con los sollozos ocasionales de los asistentes. Gabriella apenas podía concentrarse en las palabras, su mente estaba llena de recuerdos de su hijo, de los momentos felices y de los trágicos.

—Frank le pidió a mi hijo John que te cuidara, y quiero cumplir esa promesa —le dijo Valeria con ternura, susurrando para no interrumpir la ceremonia.

Gabriella asintió débilmente, aunque reacia. Había sido independiente durante tanto tiempo, pero ahora se sentía perdida, desamparada. La idea de depender de alguien más era difícil de aceptar, pero no tenía la fuerza para negarse.

Después de que el sacerdote terminó, los asistentes comenzaron a dispersarse,

algunos ofreciendo palabras de consuelo a Gabriella. Ella apenas registraba sus palabras, perdida en su dolor. Valeria la guio suavemente hacia el coche que las esperaba.

Durante el viaje a la casa de los Santoro, Gabriella miraba por la ventana, observando el paisaje pasar. Sus pensamientos eran un torbellino de emociones. Recordaba a su esposo y la pistola que había guardado. La desesperanza que sentía la llevaba a pensar en terminar con su sufrimiento.

Al llegar a la imponente casa de los Santoro, recordó con tristeza que allí, en los jardines, su hijo había celebrado la boda de Fabia. Las imágenes de ellos aparecieron en su mente. Los vio sonreír, bailar y disfrutar del día más importante de sus vidas. Mientras bajaba del coche, una niña pequeña corrió hacia Valeria Santoro y la abrazó con fuerza.

—Hola, cariño —dijo, devolviéndole el abrazo a la chiquilla—. Quiero presentarte a una amiga que vivirá mucho tiempo con nosotros.

La niña se volvió hacia Gabriella con una sonrisa radiante.

—Hola, soy Valeria —comentó la niña—. ¿Vas a ser mi otra abuela?

Gabriella sonrió ante la inocencia y calidez de la niña. Se agachó para hablarle cara a cara, sintiendo una oleada de emociones abrumadoras.

—Hola, Valeria. Soy Gabriella y puedes... —comenzó a decir, pero se detuvo de repente al descubrir la peca detrás de la oreja de la niña. «Tengo una sorpresa para ti, pero mucho me temo que no podré dártela hasta que me muera». Escuchó las palabras de su hijo como si estuviera vivo y susurrándoselas.

—¿Puedo? —preguntó la pequeña, esperando con paciencia la terminación de la frase.

Gabriella tragó saliva, conteniendo las lágrimas que amenazaban con brotar. Sintió una conexión inesperada con la niña, una chispa de esperanza en medio de su dolor.

—Puedes llamarme abuela —respondió finalmente, con una sonrisa temblorosa.

La pequeña Valeria la abrazó con fuerza, y Gabriella sintió cómo un cálido sentimiento de pertenencia la envolvía. Aunque su corazón seguía pesado por la pérdida de los dos hombres a los que amó, por primera vez en mucho tiempo, sintió que tenía una razón para seguir viviendo.



Ocho meses después…

Angelo y Priscila:

Priscila estaba de pie frente al espejo de cuerpo entero en el dormitorio que compartía con Angelo. Sus dedos acariciaban suavemente su abdomen de cuatro meses, notando los movimientos sutiles del bebé en su interior. A pesar de la felicidad que sentía por la vida que crecía dentro de ella, se hallaba insegura por los cambios en su cuerpo.

Observó su reflejo, viendo cómo su figura se había redondeado y sus caderas se habían ensanchado. La ropa que solía realzar su silueta ahora no podía ponérsela.

—Estoy horrible —murmuró para sí misma, dejando que una lágrima solitaria rodara por su mejilla.

En ese momento, Angelo entró en el dormitorio, percibiendo inmediatamente la angustia en el rostro de Priscila. Sin hacer ruido, se acercó a ella y la abrazó por detrás, colocando sus manos cálidas sobre su abdomen. Sus dedos rozaron la piel estirada, transmitiendo una sensación de calma y amor.

—No le hagas caso a *mamma*, ella es la mujer más bonita del mundo —dijo en un susurro, su aliento acariciando el cuello de Priscila.

Ella se volvió hacia él, con los ojos llenos de lágrimas, pero también de amor. Sus inseguridades comenzaron a desvanecerse al sentir el apoyo incondicional de su amado.

—¡Eso lo dices ahora! —exclamó, intentando sonar firme, pero su voz temblaba.

Angelo la miró profundamente con sus manos alrededor del cuerpo de la mujer por quien daría la vida.

—Lo diré siempre, porque te quiero muchísimo, señora Santoro —dijo con una sonrisa cálida y sincera, antes de inclinarse para besarla.

El beso fue suave pero lleno de amor, transmitiendo todo lo que sentía por ella. Priscila respondió al beso, sintiendo cómo cada uno de sus miedos e inseguridades se desvanecían en el calor del momento. Angelo se apartó un poco, todavía sosteniendo su rostro entre sus manos.

—Eres hermosa, Priscila, en todos los sentidos. Esta vida que llevas dentro de ti es un milagro, y cada cambio en tu cuerpo es un reflejo de ese milagro. No hay nada más hermoso que eso —expresó con sinceridad.

Priscila sonrió, sus lágrimas ahora eran de felicidad. Se apoyó en el pecho de Angelo, sintiendo la fuerza y el amor que emanaban de él. Cerró los ojos, permitiéndose disfrutar de ese momento de paz y conexión.

—Gracias, Angelo. Realmente necesitaba escuchar eso —susurró, abrazándolo con fuerza.

—Siempre estaré aquí para recordártelo —respondió él, besando su frente con ternura.

El amor y el apoyo de Angelo le daban a Priscila la seguridad que necesitaba para enfrentar cualquier desafío. Con él a su lado, sabía que todo estaría bien. Mientras permanecían abrazados, sentían los movimientos del bebé entre ellos, un recordatorio constante de la vida y el amor que compartían.

Priscila levantó la cabeza y lo miró, con una sonrisa radiante en su rostro.

—No puedo esperar a conocer a nuestro pequeño —dijo, acariciando su abdomen.

—Yo tampoco. Va a ser increíble, como su madre —respondió Angelo, sonriendo.

Priscila se rio suavemente, sintiendo una felicidad plena y sincera. En ese momento, todos sus miedos desaparecieron, reemplazados por la certeza de que estaba rodeada de amor y apoyo incondicional.



Nolan Baker:

Se había mudado recientemente a un nuevo apartamento, más cerca de su hermana Priscila y de Angelo. Había vendido el lugar donde vivió con Helena, buscando dejar atrás los recuerdos dolorosos y empezar de nuevo. Estar cerca de su familia era una prioridad después de todo lo que había pasado, ya que encontraba en ellos el apoyo que tanto necesitaba.

Su nuevo hogar era modesto pero acogedor, con grandes ventanales que permitían la entrada de la luz natural. Desde su sala de estar, Baker podía ver una parte de la ciudad que ahora consideraba su hogar. Mientras tomaba una taza de té caliente, se sentó en su sillón favorito y miró por la ventana, dejando que sus pensamientos vagaran.

Los últimos meses fueron muy duros. Había vivido una montaña rusa emocional, desde la traición y la pérdida hasta la determinación y el propósito renovado. Recordó la promesa que le hizo a Frank Stilmet en sus últimos momentos: limpiar el Departamento de Policía de toda la corrupción que había infectado su núcleo.

Nolan había trabajado incansablemente para cumplir esa promesa. Investigó a fondo, recopiló pruebas y se enfrentó a aquellos que habían abusado de su poder. Gracias a su esfuerzo y a la ayuda de unos pocos agentes de confianza, había logrado purgar a muchos de los elementos corruptos del departamento. Sin embargo, el trabajo estaba lejos de terminar.

Mientras miraba el horizonte, no podía sacudirse la sospecha que lo atormentaba desde el día del incendio. A pesar de que todos creían que Henry Anderson había muerto en el fuego, Nolan no estaba convencido. Había algo en la escena que no encajaba del todo, una inquietante sensación de que aquel cuerpo calcinado era solo un señuelo.

Recordó las palabras que había susurrado a Frank mientras este exhalaba su último aliento: «Prométeme que serás un buen agente y que aniquilarás todas las ratas que hay dentro del cuerpo». Él había tomado aquella petición como el único objetivo de su vida y estaba decidido a cumplirlo, sin importar cuánto tiempo y esfuerzo le costara.

—Descubriré la verdad —murmuró para sí mismo, apretando el asa de su taza con firmeza.

Sabía que Anderson era astuto y tenía los recursos para desaparecer sin dejar rastro. Pero Baker también sabía que nadie podía esconderse para siempre. Con paciencia y determinación, estaba dispuesto a seguir cada pista, a explorar cada ángulo y a interrogar a cualquier persona que pudiera tener información. Su misión no solo era personal; era una

cuestión de honor y justicia.

Mientras el sol se ponía en el horizonte, Nolan se levantó y dejó la taza de té en la mesa. Sentía una nueva resolución arder en su interior. Estaba decidido a convertirse en el mejor agente de Nueva York, no solo por Frank, sino por todos aquellos que lucían la placa con orgullo.

Caminó hacia su escritorio, donde tenía un mapa de la ciudad y varios archivos abiertos. Sus investigaciones continuarían hasta altas horas de la noche, mas no le importaba. Cada día que pasaba lo acercaba un poco más a la verdad.

Baker tomó un bolígrafo y escribió en su cuaderno de notas: «Seguir las pistas de Anderson». Sabía que encontrarlo sería como buscar una aguja en un pajar, pero estaba preparado para el desafío.



Isabella y John:

Isabella se encontraba en la cocina. La luz del sol entraba a raudales por las ventanas, iluminando la estancia con un brillo cálido y acogedor. La fragancia del café recién hecho llenaba el aire, mezclándose con el suave aroma de las flores que decoraban la mesa.

John entró, sonriendo al ver a Isabella ocupada en preparar el desayuno. Se acercó a ella y la abrazó por detrás, apoyando su barbilla en su hombro.

—Buenos días, bella —murmuró, besándola en el cuello.

Isabella sonrió y se volvió para mirarlo, sus ojos reflejando la felicidad que compartían.

—Buenos días, *amore* —respondió, devolviéndole el beso.

Mientras preparaban el desayuno juntos, Isabella no podía evitar pensar en el nuevo proyecto que había emprendido. Después de vender el club The Blue Sky, decidió

comprar un pequeño taller de confección donde trabajaban seis costureras. Era un cambio significativo, pero estaba emocionada por la nueva dirección que había tomado su vida.

Se sentaron en la sala de estar, disfrutando de su café mientras conversaban sobre los planes del día. John miró a Isabella, orgulloso de su valentía y determinación.

—¿Cómo va el taller? —preguntó John, curioso.

Ella sonrió, iluminándose al hablar de su nuevo negocio.

—Muy bien. Las costureras son increíblemente talentosas y estamos empezando a recibir más pedidos de lo que esperaba. Es un desafío, pero también es muy gratificante —dijo, con entusiasmo.

Rossi la observó, admirando su dedicación y su capacidad para transformarlo todo.

—Sabes, cada día me considero más afortunado de tenerte en mi vida —dijo, tomando su mano entre las suyas.

—Yo también, John. Después de todo lo que hemos pasado, tener esta paz y la oportunidad de empezar de nuevo es un verdadero regalo —respondió, mirando a su alrededor con satisfacción.

Habían decidido seguir viviendo cerca de los Santoro, en un barrio tranquilo donde podían construir una existencia lejos del caos que los había rodeado durante tanto tiempo.

—Nunca te he dado las gracias por haber creado conmigo una familia maravillosa —dijo John, mirándola a los ojos.

—Soy yo quien tiene que agradecerte que no te alejaras de mí a pesar de todo lo que nos ha ocurrido —respondió Isabella, con una oleada de amor y gratitud.

—Jamás te abandonaría, eres *il mio amore* —contestó Rossi antes de besarla.



Luccio y Sarha:

Bianchi había pasado meses vigilando discretamente la casa de los Santoro. Había dejado que el tiempo pasara, permitiendo que las heridas sanaran y las emociones se asentaran. Sin embargo, no podía ignorar el fuerte deseo de ver a Sarha de nuevo. Necesitaba confirmar si lo que sentía por ella era algo más que una mera curiosidad.

Una tarde, finalmente reunió el valor para acercarse a la casa. El corazón le latía con fuerza mientras llamaba a la puerta. No había nadie más en la casa, salvo Sarha, según sus observaciones. La puerta se abrió y allí estaba ella, tan radiante como la recordaba.

—Buenas tardes, señorita Santoro. Quería hablar con alguno de sus hermanos —dijo, intentando mantener la calma en su voz.

Sarha sonrió, sorprendida pero feliz por la inesperada visita.

—Buenas tardes, señor Bianchi. No están, acaban de salir. ¿Quiere entrar y esperarlos? —ofreció, abriendo la puerta un poco más.

Él dudó por un momento, pero luego negó con la cabeza.

—Vendré en otro momento —contestó y, sin esperar a que ella lo despidiera, se giró para marcharse.

—Luccio —susurró Sarha al ver que se iba.

La desesperación que sintió la muchacha al entender que se alejaba se apoderó de ella. Había esperado mucho tiempo para verlo de nuevo y se había prometido que, cuando tuviera la ocasión, sería valiente y haría algo para probar si de verdad estaba enamorada de aquel hombre.

—¿Sí? —preguntó Bianchi volviéndose hacia ella con rapidez.

Durante unos segundos, ambos se quedaron mirando en silencio. Luccio sintió mil emociones recorrer su cuerpo. Había ido para comprobar lo que tanto se temía y la conclusión era firme: se había enamorado de ella a pesar de todos los inconvenientes que lo rodeaban.

—Yo... Yo... —murmuró Sarha, luchando por encontrar las palabras.

Bianchi dio dos pasos hacia ella, quedándose los dos frente a frente. Alargó una mano, la colocó en la espalda de Sarha y la atrajo hacia él.

—Yo también —dijo antes de besarla.

El beso fue tierno y apasionado al mismo tiempo. Los labios de Sarha temblaban al principio, pero pronto se relajaron, entregándose a la calidez y la firmeza de la boca de Bianchi. Sentía como si el mundo se detuviera a su alrededor, dejando solo a los dos en ese momento perfecto.

Luccio, por su parte, se notó abrumado por la intensidad de sus sentimientos. Había intentado convencerse de que su atracción por Sarha era pasajera, un mero capricho. Pero ahora, con sus labios unidos a los de ella, supo con certeza que estaba profundamente enamorado.

Gratitud

Gracias a ti por leer esta historia.

Mis libros:

- La Mia Vendetta (Gáster 1)
- Il Mio Amore (Gánster 2)

Me encontrarás en:

Amazon:

---

[1] Mamá o mama
[2] ¡Estúpido!
[3] Mujer
[4] ¡El niño! ¡Bienvenido, hijo mío!
[5] Marido, Frank ha llegado.
[6] Hola, mamá. ¿Todo bien?
[7] Pero… ¿hay una mujer en tu cabeza?
[8] Buenos días, padre en irlandés.
[9] ¡Apártate!
[10] ¡Imbécil!
[11] Brilla, brilla, pequeña estrella. Cómo me pregunto lo que eres… (en inglés)
[12] Guiso de col
[13] Hijo mío, ¿te apetece una limonada?
[14] La compro, no te muevas.
[15] Perfecto entonces.
[16] ¿Entiendes?
[17] Tu madre solo quiere tu felicidad.
[18] ¡Qué carajo o narices!
[19] No más de lo que yo te amo a ti.
[20] ¡Cierra la boca!
[21] ¿Qué diablos dices?
[22] Espía.
[23] Mis amigos, mis hermanos
[24] ¡Madona, estoy enamorado!
[25] Tocapelotas.
[26] Te amo más.
[27] Mamá!
[28] Papá
[29] ¿Qué sucede? ¿Todo bien? ¿Y la niña? Amor mío, por caridad.
[30] Divide y venderás.
[31] Mamá, ¿estás ahí?